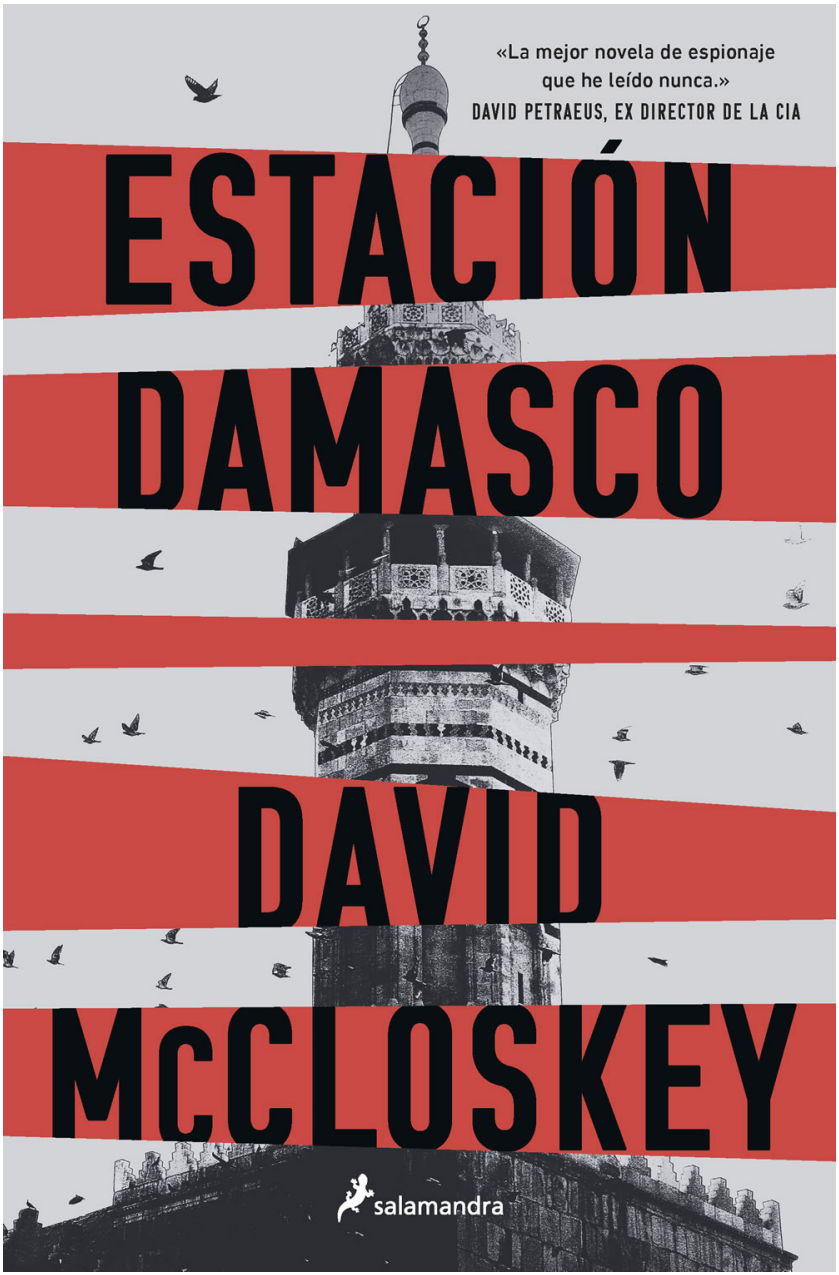

«La mejor novela de espionaje
que he leído nunca.»
DAVID PETRAEUS, EX DIRECTOR DE LA CIA
ESTACIÓN
DAMASCO
DAVID
McCLOSKEY
salamandra

David McCloskey

ESTACIÓN DAMASCO

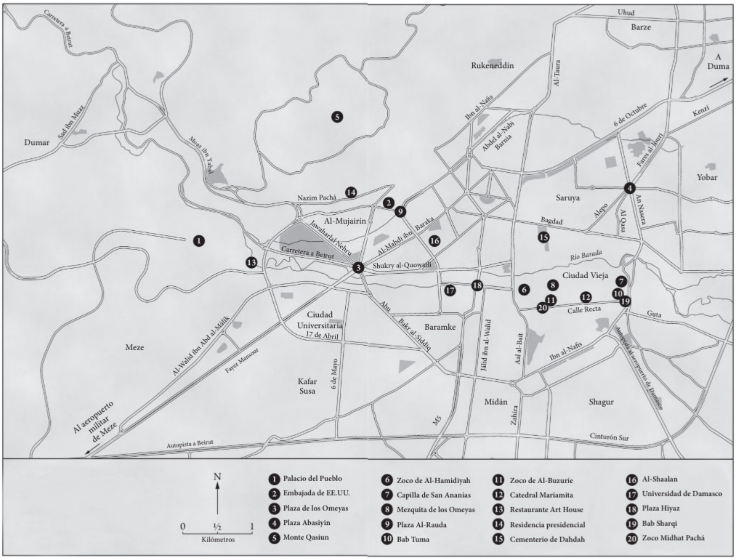
Traducción del inglés de
Jofre Homedes Beutnagel

salamandra

Para Abby, mi amor y mi cómplice,
y para Siria y su gente, por un futuro
más luminoso que el pasado

Damasco ha presenciado todo lo que ha ocurrido en el mundo, y aun así sigue viva. Ha contemplado los huesos resecos de mil imperios y verá las tumbas de mil más antes de morir.

MARK TWAIN,
Guía para viajeros inocentes
(1869)


Rukeneddín
Barze
Uhud
Al-Taura
A Duma
Kenzi
Ibn al-Nafis
Abdel al-Nabi Barnia
6 de Octubre
Fares al-Jouri
Yobar
Dumar
Sad ibn Muaz
Carretera a Beirut
Meaz ibn Yabal
Nazim Pachá
Al-Mujairín
Jawaharlal Nehru
Carretera a Beirut
Al-Mahdi ibn Baraka
Shukry al-Quowatli
Saruya
Bagdad
Alepo
Al Qasa
An Nasera
Río Barada
Ciudad Vieja
Calle Recta
Guta
Ciudad Universitaria
17 de Abril
Abu Bakr al-Siddiq
Baramke
Meze
Al-Walid ibn Abd al-Malik
Fayez Mansour
Kafar Susa
6 de Mayo
Jálid ibn al-Walid
Aal al-Bait
Ibn al-Nafis
Autopista al aeropuerto de Damasco
Midán
Shagur
M5
Zahira
Al aeropuerto militar de Meze
Autopista a Beirut
Cinturón Sur
N
0 ½ 1
Kilómetros
1 Palacio del Pueblo
2 Embajada de EE.UU.
3 Plaza de los Omeyas
4 Plaza Abasiyin
5 Monte Qasiun
6 Zoco de Al-Hamidiyah
7 Capilla de San Ananías
8 Mezquita de los Omeyas
9 Plaza Al-Rauda
10 Bab Tuma
11 Zoco de Al-Buzurie
12 Catedral Mariamita
13 Restaurante Art House
14 Residencia presidencial
15 Cementerio de Dahdah
16 Al-Shaalan
17 Universidad de Damasco
18 Plaza Hiyaz
19 Bab Sharqi
20 Zoco Midhat Pachá

PRIMERA PARTE

Asesinatos

1

Primeros años de la guerra civil siria

Después de ocho horas en la ruta de detección de vigilancia (RDV), a Sam ya no le latía tan deprisa el corazón ni aferraba el volante con la misma fuerza. Había ejecutado los cambios de sentido estipulados mirando bien los retrovisores para cerciorarse de que nadie lo siguiera y parado tres veces en Damasco y sus alrededores perdiendo el tiempo a propósito para que fuera el otro bando el que se delatase. Le dolía la espalda y se notaba los hombros encorvados sin remedio. El sol recalentaba el parabrisas poniendo a prueba el aire acondicionado. Encontró tráfico y se quedó parado en un cruce donde por suerte daban sombra unas palmeras y unos pinos. Mientras esperaba a que cambiara la luz del semáforo, volvió a mirar los retrovisores procurando comparar cada coche con los que había visto a lo largo del día, pero un agente de la Mujabarat (la Dirección de Inteligencia Militar siria) vestido con chaqueta de cuero apareció en el camino y le hizo señas al primer coche de la fila de que no se moviera. Pese a las protestas de alguien que tocó el claxon, otro agente arrastró por la calzada un caballete adornado con pegatinas del presidente Bashar al-Ásad y le indicó al primer conductor que se adelantara. Alguien gritó que se trataba de un control.

Para él era el sexto del día, pero igualmente se le aceleró el pulso: si lo detenían, no habría inmunidad diplomática que valiera, ni lo intercambiarían por nadie: simplemente desaparecería en una celda subterránea. Sólo un sociópata se quedaría tranquilo conduciendo sin garantías por un país hostil.

Se sacó el pasaporte del bolsillo del pecho y lo puso sobre el salpicadero. Era un documento canadiense de color azul oscuro (es decir, de turista) a nombre de un tal James Hansen, pero la foto era de Sam, lo mismo que la fecha de nacimiento. El Servicio de Inteligencia y Seguridad de Canadá se lo había entregado en Ottawa uno de esos días primaverales en que la nieve se derrite, tras visitar la sede de Orion Real Estate Investments, compañía de reciente creación, pero inexistente, pese a lo cual contaba con gente de verdad que contestaría el teléfono y el correo electrónico para que pudiera seguir funcionando como tapadera: los canadienses estaban encantados de participar siempre que, a cambio, se los invitara a la reunión informativa una vez que KOMODO estuviera sano y salvo en Langley, Virginia, la sede central de la CIA. Porque ni siquiera los servicios de inteligencia de países amigos comparten nada, sino que intercambian favores.

KOMODO era uno de los activos más provechosos de la Estación Damasco; un personaje de mediana edad, solitario y algo excéntrico, según los partes de operaciones, científico de nivel medio en el Centro de Investigación y Estudios Científicos de Siria, el SSRC, la institución responsable de las armas químicas de Al-Ásad. La Agencia de Seguridad Nacional estadounidense (NSA) creía que los sirios habían penetrado el sistema secreto de comunicaciones de KOMODO, y por eso la CIA, a lo largo de un solo día frenético, había montado un plan de exfiltración consistente en que Sam fuera a Siria en coche con una tapadera comercial y lo sacara del país junto con Val Owens, su agente de enlace. Sam y Val habían coincidido en Irak durante la tercera misión de él y la primera de ella en el país, y desde entonces eran como hermanos. Sólo pensar en que la operación en la que estaba involucrado tenía que ver con su amiga y con un activo cuya vida corría peligro hizo que se le acelerara otra vez el pulso. Justo entonces un soldado le hizo señas de que se pusiera en marcha.

Otro se acercó a la ventanilla: un joven de mirada dura y pelusilla en el labio que le pidió la documentación. Tras un respetuoso contacto visual que duró un segundo, Sam le entregó el pasaporte (abierto por la página del visado para noventa días) y se puso a mirar el camino. El soldado hojeó el pasaporte, observó a su alrededor como si se plantease avisar a un superior y finalmente clavó en Sam una mirada recelosa.

—¿Por qué en Siria? —dijo en un inglés con mucho acento.

—Negocios —contestó él en árabe.

El soldado le hizo una señal con la cabeza a un compañero que se acercaba y ambos contemplaron nerviosamente los coches aparcados y los edificios. Esa parte de la ciudad estaba controlada por el régimen, pero a veces los rebeldes y los yihadistas atacaban los controles. Los atentados suicidas con bomba, los lanzagranadas y las tácticas de tiroteo en movimiento como las que él mismo había visto durante sus misiones en Bagdad eran cada vez más habituales en Damasco. El soldado apretó la mandíbula y se dio golpecitos con el pasaporte en la palma de la mano.

—Abra el maletero —le dijo.

Él lo hizo apretando un botón y otro soldado caminó hasta la parte trasera del monovolumen, sacó la maleta de Sam y la dejó caer en el asfalto.

—¿Está cerrada con llave? —preguntó.

—No —repuso él.

Oyó la cremallera y un rumor de ropa arrojada al maletero.

—¿Por qué no hay nada doblado? —preguntó el otro soldado.

—Porque hoy ya me han revisado varias veces —contestó él.

—¿Alquiler? —dijo el primer soldado golpeando la puerta del coche con la culata de su AK-47.

Sam asintió con la cabeza.

—Papeles.

Él abrió la guantera y le dio unos papeles que indicaban que el coche pertenecía a Rainbow Rentals, de Amán, Jordania.

Mientras el soldado los miraba, él procuró quitarse de la cabeza la imagen de un mecánico de la Estación Amán mostrándole, con un maniquí de la misma estatura y peso que KOMODO (1,67 m, 66 kg), cómo se podía encajar a una persona en el compartimento especial del maletero.

El soldado le devolvió los papeles.

—¿Qué negocios, señor Hansen?

—Inversiones inmobiliarias: unas cuantas villas y puede que algunas viviendas en la Ciudad Vieja.

—Villas están baratas ahora.

—Sí, es verdad —respondió él sonriendo.

—Todo normal en la maleta —confirmó el de detrás del coche.

El soldado le devolvió el pasaporte.

—Siga —gruñó.

Superado el control, se metió por la autovía M1 en dirección a la Ciudad Vieja de Damasco mientras los almuédanos de las mezquitas entonaban el *maghrib*, la llamada vespertina a la oración. A esas horas había poco tráfico: ya hacía un tiempo que los sirios se habían acostumbrado a refugiarse bajo techo al caer la noche para evitar los bombardeos cruzados entre el régimen y los rebeldes.

Cuando el sol se escondió en el horizonte a sus espaldas, su cuerpo llegó a la misma conclusión a la que ya había llegado su mente: que estaba «negro», es decir, libre de vigilancia. Al principio fue un alivio, pero luego empezó el cuestionamiento, convertido en ritual para cualquier agente de la CIA desde los primeros días de instrucción. Lo más jodido de cada operación era eso: que nunca se podía estar seguro y que siempre era más fácil abortar la misión que llevarla a cabo a sabiendas de que se podía estar equivocado.

En consecuencia, dejó vía libre a las preguntas.

¿Lo habría identificado aquel Lexus negro con abolladuras en la puerta derecha que había visto en Yafour? El polvoso taxi amarillo que tenía detrás, ¿no era el mismo que había visto justo

después de la segunda parada, en aquella villa chabacana con una piscina en forma de reloj de arena? Lo que se reflejaba en la ventana del bloque de pisos cuando los agentes lo hicieron parar por segunda vez, ¿era un puesto de control fijo?

Se metió en la boca un chicle de hierbabuena y masticó despacio, sin apartar la vista del desvencijado parabrisas, mientras se iba acercando a Damasco. Las RDV sobre ruedas hacían muy difícil detectar repeticiones. Le daban ganas de bajar del coche, pero no tenía motivos para hacerlo: las afueras de Damasco se habían convertido en zona de guerra, y él era James Hansen, inversor inmobiliario. Hansen no se habría parado en una zona de guerra sólo porque sí: habría procurado llegar cuanto antes a su casa de alquiler en la Ciudad Vieja para dormir bien antes de regresar a Amán.

Frenó a dos manzanas de la casa de seguridad, salió del Land Cruiser, abrió sobre el techo un atlas amarillento y fingió escrutar las callejuelas en busca de su destino. Era la última oportunidad de cancelar la operación. Respiró hondo y sintió el fresco de la noche en la piel. No se le erizaron los pelos de la nuca: no se sentía vigilado. En un último intento de detectar si alguien lo seguía, miró a su alrededor mientras pasaba de un mapa a otro como un turista imbécil, pero finalmente comprobó el camino correcto y arrojó el atlas al asiento del copiloto.

Se detuvo delante de una casa muy cerca de Bab Tuma. Los canadienses habían elegido una ubicación perfecta en los aledaños de la Ciudad Vieja: desde la casa de seguridad arquímedes se tenía fácil acceso a los tortuosos pasajes y las estrechas calles del centro (ideales para detectar vigilancia), pero también a las vías más anchas que lo circundaban, lo cual permitía acceder en coche. Era un palacio de tres plantas de la época otomana que debía de ocupar media manzana por lo menos. Eso sí, que en Damasco, una ciudad donde de buen principio había pocos garajes, se hubiese dotado de uno, implacablemente, a un edificio tan noble se habría considerado

de mal gusto. De modo que, para respetar la estética sin renunciar a la practicidad, el propietario, un canadiense que actuaba como activo de apoyo, había hecho montar una elaborada puerta que se camuflaba como uno de los muros que daban a la calle.

Pulsó un botón escondido detrás de una farola de gas y la puerta se abrió emitiendo un leve chirrido. Subió al coche y lo metió en el garaje dando marcha atrás. Pese a las dimensiones de la casa, el pasillo del fondo era muy estrecho. Tenía suelo de mármol, e iba a parar a una doble puerta de casi cinco metros de alto con una celosía de hierro dividida en decenas de recuadros con frases del Corán forjadas. La abrió. Al otro lado había un patio interior en cuyo centro borboteaba una fuente rodeada de unos cuantos naranjos y limoneros. Unos grajos lo recibieron con graznidos de advertencia, pero no logró distinguirlos. Oyó una explosión de mortero al este y, tras encogerse por instinto, regresó al pasillo y cerró las puertas.

Gracias al plano de la casa que los canadienses habían incluido en la información de enlace, no tuvo ningún problema para orientarse por el laberinto de pasillos y llegar a la cocina. En un armario mohoso encontró lo que buscaba: un paquete de barritas de cereales altas en calorías, una bolsa de plástico con diez pastillas de Xanax de diez miligramos, un concentrador de oxígeno portátil, un pack de hidratación CamelBak y pañales para adultos. Llenó el CamelBak con agua y sacó un pañal del paquete, luego lo metió todo en una bolsa negra y cerró la cremallera.

De vuelta en el garaje, abrió el maletero del Land Cruiser y, tras levantar el asiento trasero, deslizó la puertecilla que daba acceso a un compartimento secreto. Luego se puso a girar una serie de diales ocultos y acarició el fino forro del compartimento: silicona negra trasladada hasta Amán desde un sótano de Langley por valija diplomática y diseñada para absorber el calor y evitar que los sensores de infrarrojos detectaran los objetos

calientes de debajo. Mientras dejaba allí el bolso se le ocurrió que la CIA bien podría incluir pastillas de cianuro en esos kits de viaje, como hacían los rusos para sus activos. A un activo de la CIA capturado en Siria le esperaban meses de interrogatorios y torturas, así que, de hallarse en el lugar de KOMODO, él habría preferido tragarse una de esas pastillas.

Hizo media hora de flexiones y sentadillas para eliminar el estrés y luego se duchó con agua bien caliente. Sabía que Val llevaba un cuarto de hora de retraso sin necesidad de mirar ningún reloj: su formación en la Granja (como llamaban al centro de instrucción de la CIA) lo hacía superfluo.

Se puso una camisa blanca limpia y un traje gris claro, y volvió a la cocina en busca de café. Encontró una vieja cafetera de émbolo cubierta de polvo, un hervidor eléctrico de agua y un bote de café molido cuya fecha de caducidad no miró porque le daba igual: necesitaba cafeína.

Coló el café, lo dejó enfriar un momento en una taza y se lo tomó en tres tragos. Se preparó otro contemplando el vapor y luego marcó un número de memoria y preguntó cómo iba la compra en Dubái. Su interlocutor, un activo de apoyo sirio que desconocía el auténtico significado de los códigos preestablecidos, le respondió que estaba parada y él le pidió que se lo confirmase.

—Está parada, señor Hansen.

Se acabó en dos tragos el segundo café y arrojó al suelo la taza vacía rompiéndola en mil pedazos.

La inminencia del arresto de KOMODO y el deterioro de la situación en Siria obligaba a la CIA a saltarse el protocolo habitual para las exfiltraciones: tener al activo escondido en distintos lugares seguros durante varias semanas y, una vez

calmados los ánimos, trasladarlo en secreto al otro lado de la frontera. A KOMODO llevaban semanas vigilándolo, así que se lo llevaría de allí, junto con Val, directo desde la casa de seguridad.

Se echó en la cama sin quitarse el traje, con el corazón a mil por hora por la cafeína y la adrenalina: si la Mujabarat ya tenía en sus garras a KOMODO, irían a por Val, pero a él no le quedaba otra que esperarla: su misión consistía sobre todo en eso, esperar. Lo malo era que los nervios lo hacían desear tomarse media botella de whisky de las grandes o dos pastillas de Xanax de las de KOMODO, y él sabía que a los agentes que caían en la trampa del alcohol, las drogas o las mujeres, los esperaba la expulsión o algo peor. Sin ir más lejos, a uno de sus compañeros de la Granja, un agente sin cobertura oficial (NOC) que operaba en Bielorrusia, lo habían encontrado colgado de una viga en su apartamento de Minsk con pastillas, jeringuillas y botellas de vodka vacías esparcidas por el suelo.

A veces, la misión podía contigo.

Eran casi las dos de la madrugada. Oyó crujir una puerta en algún sitio de la casa y luego pisadas en el pasillo.

Encontró a Val en la cocina, dando taconazos en el suelo mientras ponía café en la cafetera de émbolo. Temblaba tanto que se le cayó una cucharada. Dio un manotazo en la encimera.

—¡Mierda, mierda y mierda! —gritó—. ¡Ha desaprovechado tres ventanas de recogida! ¡Tres!

Val respiró hondo para serenarse y su cuerpo musculoso se ensanchó. Encendió el hervidor y se deslizó hasta quedar sentada en el suelo con la espalda contra los armarios. Él se sentó a su lado. Ninguno de los dos abrió la boca mientras el agua rompía a hervir. Val estaba como él la recordaba de Bagdad: nervuda, sin un gramo de grasa, pero se había dejado crecer una media melena rubia. Él la abrazó y ella apoyó la cabeza en su hombro.

Después de unos minutos, Sam se levantó y fue a buscar una cartera roja en el compartimento del Land Cruiser. Volvió a la

cocina y se la lanzó a Val. Dentro había un pasaporte canadiense como el de él: con un nombre falso y una foto auténtica, aunque con un disfraz que incluía peluca oscura, lentillas y barriga de espuma, con el que parecía que pesara diez kilos más. Ella observó un momento la imagen y exclamó:

—¡Tío, pero qué mal quedo morena y con sobrepeso!

—Ya, por eso elegí esa pinta.

Ella sonrió, pero enseguida volvió a ponerse seria.

—Tenemos que darle unas horas más de margen para activar la señal de emergencia, pero si sigue sin aparecer nos vamos.

Se quedaron sentados en el suelo de la cocina, esperando alguna señal de que KOMODO hubiera reaparecido, de que amaneciera o de que la Mujabarat estuviera echando la puerta abajo. Se iban turnando para descansar, pero ninguno de los dos logró dormir en toda la noche. Frotándose los ojos enrojecidos, oyeron un chirrido metálico en la calle.

—*Selmiyeh, selmiyeh*! —vociferaba por megáfono un manifestante: «Pacíficamente, pacíficamente.»

El rumor de la multitud reverberaba dentro de la casa.

—Ya empiezan las manifestaciones de los viernes —dijo Sam.

—La plaza de Abasiyin está a pocas manzanas hacia el norte —contestó ella, adormilada—. Los principales comités de la oposición y varias cuentas de Facebook han convocado una protesta para hoy. Quieren acampar en la calle hasta que caiga el régimen. Pero han empezado muy temprano hoy; deberíamos irnos pronto.

Asomado a una ventana, Sam vio desfilar una gran multitud por la calle de abajo.

—Va a ser la manifestación más multitudinaria que se haya hecho hasta ahora en Damasco —señaló Val—. Puede que corra sangre. —Volvió a sentarse con los brazos cruzados en la mesa —. Yo creo que KOMODO ha huido ya.

—Es probable —contestó Sam levantándose—, pero mejor ni hablar de esta operación fallida. Tenemos que irnos.

Justo cuando Val iba a responder graznaron los grajos y a Sam se le erizaron los pelos de la nuca. Val cerró la boca. Viendo lo abiertos que tenía los ojos, Sam supo que tenía la misma sensación de que algo no iba bien.

—*Selmiyeh, selmiyeh.*

Se levantaron a la vez en medio de un silencio tenso. Las patas de la silla de Sam rascaron el suelo.

—*Selmiyeh, selmiyeh.*

La vieja puerta de la casa crujió al saltar de sus goznes.

2

Sólo de muy pequeña Mariam había visto multitudes tan grandes en Siria. Se acercó a la plaza de Abasiyin apretujada entre los manifestantes que gritaban consignas sosteniendo en alto las pancartas que habían hecho en casa. Muchos llevaban la cara pintada; otros, neveras portátiles, como para irse de pícnic. A su izquierda había un hombre corpulento que cargaba con una silla plegable y levantaba su bandera verde, blanca y negra (el símbolo de la rebelión) cada vez que alguno de los líderes hablaba por el megáfono; a su derecha, una mujer llevaba cogida de la mano a una niña con una camisetita en la que se leía libertad. Quiso salir de allí y, antes de alejarse, vio que la niña le hacía el símbolo de la victoria con dos deditos. La plaza palpitaba de energía; ella, en cambio, estaba cada vez más asustada: como funcionaria del Palacio sabía que el gobierno no se quedaría cruzado de brazos mucho tiempo. Pero, de momento, ella tenía cosas que hacer.

—*Selmiyeh, selmiyeh*! —gritó un megáfono.

Cuando llegó al límite sur, comprobó que la plaza (rotonda, mejor dicho) había desaparecido bajo la muchedumbre. En vez de calles y calzadas se veía una masa de cabezas, hombros, banderas y pancartas. Ella había ido hasta allí para proteger a su adorada prima Razan, siempre tan despreocupada, tan confiada, tan fácil de seguir. Envuelta en la bandera de la rebelión, y seguramente un poco colocada, Razan desfilaba hacia la plaza al pie de varias pancartas de cartón que exigían libertad, la derogación de la ley de emergencia y nuevas elecciones: todo muy razonable... y judicialmente sancionable como traición. Mariam, que lo sabía muy bien, siguió adelante aguantándose

las ganas de pedirle a gritos a su prima que volvieran a casa y fueran a emborracharse lejos de la manifestación como en los viejos tiempos. Pero Razan, como en los viejos tiempos, seguía avanzando hacia el centro de la plaza, donde se alzaba una tribuna construida con madera cogida de aquí y de allá y muebles de casas de simpatizantes de la oposición. Atenta por si veía a agentes de la Mujabarat, Mariam se mantuvo bastante lejos para poder alegar que era inocente y sólo pasaba por ahí. «He salido a comprar pastas y me he quedado mirando cómo se manifiestan los traidores, señor policía», practicó en silencio, avergonzada. Razan le había recomendado muchas veces que siempre tuviera lista una excusa «para los cretinos de la Mujabarat».

Se paró en una tienda de dulces a la entrada de la plaza. El coro de voces se había vuelto ensordecedor: un jolgorio que ella no había presenciado jamás en Siria, donde las únicas reuniones multitudinarias permitidas eran las manifestaciones obligatorias que organizaba el antiguo presidente, padre del actual, en el estadio de al lado. En una de ellas, de niña, se había sumado a una multitud que coreaba alabanzas al «primer farmacéutico del país». «¡Defensor de Siria!», los exhortaban a corear los funcionarios. «¡León de Damasco!» Le había preguntado a su padre si era verdad lo de que el presidente era buen farmacéutico y él, acariciándole el pelo a esa niña que, para entonces, ya debería haber sabido que esas preguntas sólo se hacían en privado, si acaso, se había limitado a sonreír y, tras mirar incómodo hacia todas partes, le había susurrado al oído: «Un buen mentiroso, eso es lo que es, *habibti*.»

Dos chicos guapos y delgados subieron a la tribuna y se ganaron una ovación al exigir que el presidente dimitiera. Ella identificó a un agente de la Mujabarat con chaqueta de cuero filmando a la gente. Seguro que había cientos más. Al principio le había supuesto un alivio que hubiera tantos manifestantes, pero empezaba a darle miedo. Le lanzó una mirada a su prima,

que ya estaba al pie del templete. Un manifestante anónimo le entregó un megáfono: había llegado el momento de bajar de la tarima a esa *bint mbarih*, a esa zorra ingenua, antes de que la mataran. Decidió moverse.

Pero justo cuando daba el primer paso una sombra apareció en el suelo como si el polvo se hubiera manchado de tinta.

Se paró y, al levantar la vista, vio a un hombre vestido de negro en el techo de la tienda de dulces. Tenía la nariz y la boca tapadas con una bufanda, y un arma de fuego de grandes dimensiones. El hombre se llevó la mano a la oreja como si escuchase por un auricular y luego miró hacia otra azotea, al lado contrario de la calle, donde un hombre vestido igual que él estaba montando un fusil sobre un trípode. Un joven pidió a gritos por megáfono que el presidente Al-Ásad (técnicamente el jefe de Mariam) legalizara los nuevos partidos políticos. Ella se quedó cerca de la tienda de dulces. Vio

pasar una pancarta: LA LIBERTAD EMPIEZA AL NACER, PERO EN SIRIA EMPIEZA AL MORIR, vio a una pareja de jóvenes besarse en medio de la multitud y a una mujer rechoncha, de pechos inverosímilmente grandes bailando ante otra pancarta que ponía: DESPIERTA, AL-ÁSAD, QUE SE TE HA ACABADO EL TIEMPO.

Volvió la cara hacia la tribuna, donde su prima Razan había subido con un megáfono en la mano y recibía una ovación, y de nuevo hacia las azoteas, pero ya no logró ver a ninguno de los dos hombres. Razan llevaba unos vaqueros ceñidos y una camiseta con la bandera de las tres estrellas. Levantó una mano en gesto de desafío y exigió libertad, declarando que el pueblo deseaba la caída del régimen.

—*Selmiyeh, selmiyeh* —agregó.

Los manifestantes corearon la consigna.

—¡Al-Ásad es un carnicero y un tirano! —se desgañitaba

Razan—. ¡Tiene que apartarse, dimitir!

Mariam sintió como si todos sus músculos la empujaran hacia delante, pero no consiguió despegarse de la tienda de dulces. Entonces percibió el viento que levantaba la infantería de la Mujabarat, que pasaba ante ella a gran velocidad, y comprendió el tamaño de la insensatez de Razan. Como si estuviera fuera de sí misma, se oyó gritar una retahíla de ordinarieces contra la estúpida de su prima, contra la valiente de su prima.

Vio a otro agente de la Mujabarat hablando en voz baja con una radio entre la muchedumbre, y después oyó un disparo seguido por dos más. Uno de los chicos delgados de la tribuna se derrumbó entre nubecillas rojas y rosadas. Ella se arrimó a la pared, que estaba caliente, pero sintió frío en la espalda. Parecía que el aire hubiera enmudecido. Las pancartas caían a medida que la multitud salía huyendo.

La artillería de la Mujabarat empezó a acribillar a los manifestantes con disparos esporádicos, dubitativos, que fueron volviéndose más rítmicos conforme los tiradores hacían acopio de valor. Una joven con un hiyab blanco levantó las manos para protegerse de una porra mientras otro agente golpeaba a un hombre hasta abrirle una brecha en la cabeza. El hombre trató de mantenerse en pie, pero se le doblaron las rodillas y cayó al suelo. El agente de la Mujabarat siguió golpeándolo.

—¡Muévete, muévete, muévete! —chilló Mariam dirigiéndose a su prima, pero ésta no la oyó o simplemente no le hizo caso.

—¡Libertad! —gritaba con fuerza—. ¡Libertad! ¡Libertad!

En ese momento empezaron a sonar las potentes armas de las azoteas, destrozando cuerpos, pancartas y banderas. Ella sintió algo líquido en la cara. Bajó la vista parpadeando y se limpió los ojos mientras por dentro insultaba a su prima. Era sangre; lo que no sabía era de dónde venía. Se palpó la cabeza, las piernas y el pecho: todo intacto. La gente huía en estampida entre el ruido de las detonaciones, pero Razan seguía desafiante sobre la tribuna, aferrada a su megáfono, rodeada por lo que parecía una

estampida de ñus.

Un agente de la Mujabarat, todo músculo, saltó a la tribuna con la porra en alto.

—¡Libertad! —volvió a gritar Razan por el megáfono—. ¡Queremos libertad!

Lo dejó en el suelo cuando vio que el hombre se acercaba. Luego alzó la vista al cielo, en dirección el monte Qasiun, y cerró los ojos antes de que éste descargara la porra en su cabeza.

3

—No quepo, Sam —le dijo Val en voz baja—. Que no, tío, que no quepo: KOMODO es un retaco y yo paso del metro ochenta, joder.

La empujó por las caderas intentando hacerla entrar en el compartimento secreto del Land Cruiser; trató de reacomodarle las piernas como si estuviera haciendo origami, ignorando sus insultos y muecas de dolor. Oyó gritos y pasos dentro de la casa: se estaban acercando. Gritaban el nombre de Val: venían a por ella.

Ella rió y él reconoció esa risa: era la misma de Bagdad. Decía: «Se ha ido todo a la mierda.» Val salió del escondite. Asaltado por un mal presentimiento, él volvió a preguntarle si quería jugársela:

—¿Y si sencillamente te sientas delante?

Pero sabía de antemano la respuesta:

—Que no, tío, ya has oído lo que gritan. Llevo pasaporte diplomático, tengo inmunidad. No me pasará nada. El que la cagará si lo pillan eres tú.

Sam asintió. No podía no ofrecérselo, pero los dos eran profesionales y sabían lo que había que hacer. Le dio un beso en la mejilla y Val esbozó una sonrisa y pulsó el botón de la pared. La puerta del garaje se abrió despacio, rechinando.

Val entró de nuevo en la casa diciendo que en pocas semanas saldrían juntos de copas.

(Voces ininteligibles y ruido de papeles.)

—¿Está en marcha? *(Respuesta inaudible, ruidos.)*

—¿Mejor? Vale. Ésta es la segunda entrevista conjunta de

Contrainteligencia y Seguridad Nacional con Samuel Joseph, operativo del gs-12, desde que ha vuelto de Damasco. Nos encontramos en la Estación Amán.

Hoy es 26 de marzo, la una del mediodía hora local.

Remito al cable 2345 para la primera mitad de la declaración del señor Joseph, en la que describe la operación de exfiltración en Siria.

Lo entrevistan los agentes Tim McManus, de Contrainteligencia, y Lloyd... *(Toses.)*

—¿Me pasas el...? Gracias. *(Ruidos.)*

Lloyd Craig, de Seguridad. Procedemos a hacer algunas preguntas con base en la idea que tenemos de la operación.

—Diga su nombre, por favor.

—Samuel Joseph.

—¿Le dijo Valerie Owens que el activo KOMODO había desaprovechado tres ventanas de oportunidad?

—Ya lo hemos hablado, Tim. Sí: dijo que no había aprovechado ninguna de las tres.

—¿Y la RDV era de un solo sentido? ¿La intención de Val era salir de Siria con usted?

—No me parece que estemos avanzando mucho, Tim.

(Ruido de papeles y conversación inaudible.)

—Al llegar a la casa de seguridad, ¿Val no le dijo nada sobre la RDV?

—No.

—¿Era normal?

—Si tenía éxito, sí: de haber creído que la vigilaban no habría completado la RDV, la habría cancelado y se habría ido a casa.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya había trabajado con ella en Bagdad. Coño, Lloyd, que estamos...

—Son preguntas que hay que hacer, Sam. De hecho, hace una hora nos han llegado más de la central.

—Bueno, vale. Val era una agente excepcional. Nos sacamos juntos el certificado de operaciones en zonas de acceso prohibido. Si llegó hasta la casa es que pensaba que no la vigilaban.

—¿Se conocían bien?

—Sí, teníamos muy buena relación.

(Cuchicheos y toses.)

—Venga, Tim, pregúntalo.

—Es que... Mmm... *(Toses.)*

—Que lo preguntes.

—¿Tenía o había tenido alguna vez una relación sentimental con la señora Owens?

—No.

—Gracias. Y, durante su estancia en Siria, ¿no detectó usted ningún tipo de vigilancia?

—No.

(Ruido de papeles.)

—Esto es un plano de la casa de seguridad. ¿Puede indicarnos con el dedo por dónde lograron entrar quienes buscaban a la señora Owens?

—Entraron por la puerta principal, aquí. Yo diría que usaron un ariete. También rompieron al menos una de las ventanas que daban a la calle. Una de éstas. Y, por lo deprisa que llegaron al garaje, yo diría que dos de ellos bajaron al patio escalando alguna de las paredes, aun que no estoy seguro. Entraron muchos a la vez. Fuimos corriendo al coche a través de este pasillo y del patio.

Creo que entonces fue cuando oí que bajaban por las paredes. Llegamos al garaje y...

—Deme un momento porque en la central querían saber algo en concreto sobre esto. *(Ruido de papeles.)* Ah, sí: ¿no era más fácil que se fueran los dos juntos, con ella en el asiento de delante, y que la trajera usted de vuelta?

—Sabíamos árabe, y oímos que la brigada de la Mujabarat gritaba todo el rato lo mismo al pasar por las habitaciones: «¡Aquí no está!», en singular, llamando a Val por su nombre. La buscaban a ella, no a mí: no podíamos arriesgarnos a que nos vieran juntos.

—Y entonces, ¿probaron a usar el compartimento secreto del Land Cruiser? —Sí, pero Val no cabía.

—Y entonces, ¿qué hicieron?

—Tomamos una decisión: que ella se quedara y cargara con el muerto porque tenía inmunidad diplomática; después de hacerle algunas preguntas, la soltarían declarándola *persona non grata*, y podría volver.

—Mientras que si lo hubieran pillado a usted...

—Si me pillaban, desaparecería para siempre en una mazmorra siria: yo tenía pasaporte de turista. Era la mejor decisión en términos operativos. Cualquier comisión revisora lo refrendará.

—No lo ponemos en duda. Bueno, puso su maletín dentro del coche, ¿y luego?

—Val abrió la puerta del garaje y yo salí en dirección a la frontera.

—¿Y los de la Mujabarat no lo vieron?

—No debían de saber que la casa tenía garaje, ni salida por ese lado. A mi entender, ni siquiera vieron el coche.

—¿Le comentó usted al jefe de la Estación Amán que había oído algo en el momento de irse?

—Sí.

—¿Puede decirnos qué oyó?

—A Val gritando.

Sam detuvo el clip de audio en el ordenador y, dándose cuenta de que estaba tamborileando en la mesa con los dedos, cruzó las manos encima de las piernas. A continuación miró la pared y volvió a oír en su cabeza el grito de Val. A diferencia de las «paredes personales» de casi todos sus homólogos de la Dirección de Operaciones, la de Ed Bradley, jefe de la División de Oriente Medio, era muy austera. Sólo tenía una estantería con unos cuantos regalos de amigos particularmente entrañables, entre ellos uno de esos sombreros con un ala doblada típicos de los militares australianos y el AK-47 de Jalid Sheij Mohamed. Pero su mayor orgullo estaba en uno de los estantes superiores: un sistema de misiles neutralizado que le habían regalado por dirigir el Programa Stinger contra los soviéticos en Afganistán. Se rumoreaba que el lanzador no estaba bien desconectado y que una vez un visitante había apretado el gatillo y el aparato se había encendido como un árbol de Navidad. En el escritorio de Bradley, justo en la línea de fuego, estaba Procter, principal responsable de la Estación Damasco, que había vuelto a Langley para lidiar con las consecuencias de la captura de Val Owens.

De esa primera reunión, Sam saldría convencido de que Artemis Aphrodite Procter, hija de un obseso de la mitología griega, hacía más honor a su primer nombre que al segundo.

Entre sus atributos estaba el de ser baja de estatura: a duras

penas pasaba del metro cincuenta, y su pelo negro, una auténtica explosión de rizos que hacía pensar que se peinaba enchufándose a la corriente, contrastaba con su piel blanca y pecosa, tensa por todas partes en razón de su musculatura. Viendo lo tonificados que parecían sus brazos a través de la blusa y la envergadura de sus hombros, Sam se acordó de lo que le había dicho uno de los subordinados de Procter en Moscú: «Es como el conejo de Duracell, pero en plan desquiciado; por algo la llaman *la Proctóloga*. Es muy intensa, y como te relajes se te merienda vivo.» El mismo agente le había contado que una vez había diseñado un plan operativo que Procter, en un cable, había calificado de «mierda pinchada en un palo». «Mandó un cable directo a la Casa Rusia, ¿y sabes qué? Tenía razón. He aprendido muchísimas cosas de ella.»

Procter se hurgó los dientes. Bradley le apretó un hombro a Sam, fue a buscar un termo de café a su mesa y se sentó con ellos. Bradley medía más de metro ochenta y cinco, había jugado al fútbol americano mientras estudiaba en la Universidad de Texas y, tras muchos esfuerzos para quitarse el gangoso acento de los de su tierra, finalmente había desistido. La contundencia de su físico escondía una gran perspicacia en el trato humano, junto con las tablas de quien se ha bregado en mil y una operaciones. Desde hacía un tiempo, sin embargo, su vida era un vaivén constante entre crisis en Oriente Medio, políticos impacientes y comisiones de control con ínfulas en el Congreso, y el estrés se le reflejaba en la cara.

—¿De qué clase de grito estamos hablando? —preguntó Procter rompiendo el silencio.

—De un grito de dolor: le dieron una paliza de órdago —repuso él apartando la vista de la estantería y volviéndose hacia ella—. ¿Hay alguna pista?

—Pues sí, una —repuso Procter—. Llegó ayer por la noche. Interceptamos una comunicación donde se decía que el Departamento de Seguridad, una subdivisión de la Mujabarat,

arrestó hace poco a un ciudadano o ciudadana estadounidense. De momento no está confirmado, pero parece creíble.

—Lo de «Departamento de Seguridad» no lo había oído nunca —comentó él.

—La verdad es que nosotros tampoco —reconoció Procter—, pero hemos estado investigando y hemos encontrado un par de referencias en documentos sustraídos a finales del año pasado. Se ve que Al-Ásad quería que alguien lo ayudara a controlar la Mujabarat, así que puso al frente de ese departamento a Ali Hasán, un general con mucho peso dentro del Palacio. Es lo que se dice un hijo del régimen, hermano de Rustum Hasán, el comandante de la Guardia Republicana.

—Sería buena noticia que el gobierno sirio tuviera a Val —opinó Bradley—, al menos podríamos presionar diplomáticamente.

—Hemos avisado de forma extraoficial a Al-Ásad de que si le pasa algo pediremos cuentas al régimen —dijo Procter—, pero insisten en que ellos no la tienen detenida. Puede que a la Casa Blanca y a los inútiles del Capitolio les parezca bien dejar semanas en la cárcel a los nuestros, pero a mí no. Ed, hazle llegar un mensaje al tal Ali Hasán; que sepa que, si encuentro su número de teléfono, lo llamaré directamente para soltarle cuatro frescas.

—¿Y no los hemos amenazado con algo? —preguntó Sam mientras se toqueteaba la corbata y aflojaba el nudo sin querer —. Lo de que no la tienen es una trola como una catedral: la están reteniendo ilegalmente.

Bradley lo miró con cara de pocos amigos.

—El trabajo de POTUS en Siria va más allá de una de nuestros agentes, Sam. Val tiene pasaporte diplomático: pronto la tendremos otra vez por aquí.

—¿Y mientras tanto nos limitamos a avisarlos todas las veces que haga falta, aunque sin consecuencias? —preguntó Sam.

Bradley se encogió de hombros y sirvió más café de su termo.

—No, si yo lo veo como tú, pero ahora mismo la política de la Casa Blanca es ésa, o sea que toca esperar. Tarde o temprano la tendremos de vuelta, es sólo cuestión de tiempo. Si los sirios hacen algo más que meterla en una celda e interrogarla sin perder las formas es que están mal de la cabeza. Acabarán soltándola. Ah, Artemis, y si tu gente puede conseguirnos el número del general Hasán, no estaría mal que le hicieras una llamada, en eso estoy de acuerdo. —Miró el reloj de la pared—. Bueno, tengo que irme porque en unos minutos me recoge un coche; tengo por delante una larga tarde de preguntas en el Capitolio.

—¿Con el SSCI? —le preguntó Sam pronunciando como *sissy*: «gallina», las siglas de la Comisión del Senado sobre Inteligencia... y con razón.

—Eso es. Ni más ni menos —repuso Bradley abriendo y cerrando el puño derecho—. Quieren que los informe sobre Val.

Procter hizo ademán de marcharse y Sam se despidió de ella dándole la mano. Luego se quedó mirando el lanzador Stinger mientras Bradley preparaba el maletín para la sesión informativa en el Senado.

—Me han dicho que está un poco loca.

—¿Quién, Procter? —contestó Bradley.

—Sí.

—Es todo un personaje. Por cierto, ¿tienes plan para cenar?

—Pues tengo un pollo asado entero y seis latas de cerveza en la nevera —contestó.

—Vale, pues la cerveza te la traes esta noche a la granja y cenas con Angela y conmigo: tengo algo para ti.

—¿Qué?

—Una distracción.

Llegar hasta la granja de los Bradley le costó a Sam dos horas de tráfico en hora punta por la 267 y la Greenway, una experiencia

casi tan agotadora como circular en coche por una Damasco en guerra.

Giró por el camino de grava de la granja. Las estribaciones de la Cordillera Azul se recortaban en el horizonte con la franja anaranjada y cada vez más tenue del crepúsculo detrás. Junto al vallado de piedra pastaban tres caballos. Al bajar del coche se dio cuenta de que se le había olvidado la cerveza y se planteó ir a alguna tienda, pero en ese momento Angela Bradley abrió la puerta.

—¡Eh, Sam! —Le dio un abrazo y lo guió hasta la cocina—. Ed está en la Caja.

Era como ella llamaba a la Instalación de Información de Acceso Controlado (SCIF) que tenían en el sótano, y que le permitía a Bradley hacer llamadas de trabajo y leer cables desde su casa. Angela la odiaba. Una de las condiciones que le había puesto a su marido para permitirle que aceptara el cargo en la División de Oriente Medio era que compraran esa granja de caballos en las afueras de Washington. Para él suponía una hora más de camino, pero ella había dado una respuesta tajante a sus objeciones: «Me importa una mierda, Ed.»

Abrió una Coors Light sin preguntarle a Sam qué le apetecía beber y la empujó hacia él por el mármol de la encimera, donde procedió a sentarse como una colegiala. Enseguida se abrió otra cerveza para ella y dio inicio al interrogatorio:

—¿Qué tal la familia?

—Todos bien.

—¿Alguna novia?

—Ahora mismo no.

—Ya. Peor para ti. ¿Siguiente destino?

—Los jefazos lo están decidiendo.

—O sea, que Ed tendría que decidirse de una puñetera vez, ¿no?

—Ni más ni menos.

Terminado el interrogatorio, asintió con la cabeza sin que él

tuviera la menor idea de por qué, se secó las manos con un trapo y anunció que cenarían bistecs. Cuando oyeron los pasos de Ed en la escalera la sartén de hierro colado ya estaba chisporroteando, y había dos Coors abiertas más.

Angela le tiró una a su marido mientras le daba la vuelta a la carne con las pinzas que tenía en la otra mano. Ed abrió la boca para decir algo, pero ella se lo impidió.

—A ver, chicos —dijo—; ya sabéis las reglas: tengo derecho a media hora sin que se hable del trabajo.

—A la orden —contestó Sam tratando de imitar su acento sureño.

Ella le hizo una peineta.

Al final, fueron tres cuartos de hora.

A continuación Sam y Ed quitaron la mesa, lavaron los platos y, como solían hacer, se llevaron al porche trasero seis cervezas en un enfriador de poliestireno. Alrededor de las bombillas se oía zumbar a los mosquitos.

Se tomaron en silencio media lata cada uno antes de pasar a las anécdotas de guerra en El Cairo y los «¿te acuerdas?» propios de dos viejos amigos que beben juntos.

Sam estaba acabándose otra cerveza cuando Angela entreabrió la mosquitera.

—Me voy a la cama. ¿Te quedas a dormir, Sam?

—¿No os molesto? —repuso él.

—¡Claro que no! —contestó Ed—. Así mañana nos vamos juntos.

—Me lo suponía —dijo Angela—. Puedes dormir en el cuarto de al lado de la Caja. Las sábanas y demás están en el armario bajando las escaleras. Buenas noches, cariño.

Le dio un beso en la frente a su marido y volvió a entrar en la casa.

Sam arrancó la anilla de su lata vacía de cerveza y miró hacia

las montañas oscuras. Luego cogió la última ronda del enfriador y le tiró una lata a Bradley.

—Necesito que me hagas un recado —dijo finalmente—. Igual te anima un poco, después del disgusto con lo de Val.

—¿De qué se trata?

—De un intento de captación en París: pronto habrá una reunión entre una delegación del gobierno sirio y algunos exiliados de la oposición, y vale la pena que intentemos captar a alguien del Palacio, teniendo en cuenta que ya casi no salen del país. Eres el candidato perfecto: uno de los mejores reclutadores de la División de Oriente Medio, dominas el árabe y tienes experiencia en captar sirios. Viajarán varios altos cargos. Tendrás que averiguar cuál es el más indicado.

Sam ya sabía que diría que sí antes de que Bradley abriera la boca, pero, como tenía ganas de alargar la agradable sensación que se había extendido por su cuerpo, hizo varias preguntas inútiles cuyas respuestas sabía de antemano.

—¿Nadie de la Estación París está interesado?

—Estamos intentando mantener a los franceses al margen, de modo que más nos vale prescindir del talento local esta vez; de otro modo, acabarían enterándose.

—Nunca me mandas a sitios bonitos, así que... En fin, ¿puedo llevarme a los BANDITO? Conocen París, y necesitaremos contravigilancia.

BANDITO era el criptónimo de los trillizos Kasab: Elias, Yusuf y Rami, todos activos de apoyo de la CIA. Tenían doble nacionalidad siria y estadounidense, y procedían de una rica familia cristiana con concesionarios de coches por toda Siria y Líbano, aunque lo gestionaban todo desde Beirut o Estambul. Había sido en esta última ciudad donde se habían hecho amigos de Sam, que había acabado reclutándolos. Aportaban coches y casas de seguridad, y desempeñaban tareas de vigilancia básica para la Estación Beirut. Sam sabía, por los cables que leía de vez en cuando, que los tres se habían sometido al polígrafo.

—Vale, llévalos —dijo Bradley, y se estiró para matar un mosquito—. Me he tomado la libertad de reservarte la ayuda de unos cuantos analistas que te mantendrán al día sobre Siria y te ayudarán a preparar la captación. Me voy a dormir: hace seis días que volví de El Cairo y todavía tengo *jet lag*.

Ya de pie, y con la mano en el picaporte, se volvió hacia Sam:

—Piensa bien la operación, ¿vale? Sería fantástico tener a un funcionario del Palacio de nuestro lado: ahora mismo vamos prácticamente a ciegas en Siria.

—Descuida —repuso él—. Ah, Ed —añadió cuando el otro ya estaba a punto de cruzar la puerta—, otra cosa: tengo una propuesta para mi siguiente misión.

—¿Ah, sí? —preguntó Bladley cerrando la puerta y volviéndose de nuevo hacia él.

—¿Qué te parecería Damasco?

Bradley miró las montañas y esbozó una sonrisa.

—Necesitáis a gente capaz —siguió diciendo Sam—, y con lo complicadas que están las cosas no es buena idea enviar a nadie con familia. Yo no tengo ese problema y podría ser útil allá: podría ayudaros a Procter y a ti.

—¿De qué se trata, de una venganza? ¿Quieres que los sirios paguen de alguna manera por lo de Val?

—Dime dónde podría ser más útil. Acabas de reconocer que en Siria vamos a ciegas. Yo hablo bastante bien el árabe levantino: no hace falta que me mandéis un año a estudiar idiomas en Rosslyn. Además, si consigo a alguno de los sirios de París podré hacer un seguimiento desde Damasco.

—Procter es un hueso duro de roer —le advirtió Bradley.

—¿Y?

El otro se encogió de hombros.

—Pues que si no os llevarais bien podría ser un rollo.

—El país está en plena guerra civil —dijo Sam—. Fácil no será, con o sin Procter.

Bradley hizo una mueca burlona.

—No lo digo en broma, Ed: quiero el puesto. Además, nunca te pido nada.

—Vale, pues tuyo es. Mañana lo ponemos todo en marcha.

Bradley abrió la puerta haciéndola rechinar y se metió en la casa. Él fue a buscar otra cerveza a la nevera, la abrió en el porche y cerró los ojos. Una vez más, el grito de Val resonó en su cabeza antes de diluirse en el cálido aire de la noche.

Al día siguiente, fue caminando a las oficinas de los analistas del edificio nuevo de la central, una jaula de cristal y acero situada frente a los bloques de hormigón del edificio original. La sala de reuniones estaba presidida por una mesa de madera falsa rodeada de sillas giratorias, algunas nuevas y ergonómicas y otras cuya compra, a juzgar por cómo chirriaban y crujían, debía de remontarse a la época de Carter. En la pared había cuatro relojes con la hora de Washington, Rabat, Tel Aviv y Bagdad; es decir, aproximadamente el área a la que se circunscribía la oficina de análisis de Oriente Medio y África del Norte. La pared estaba llena de premios y placas, algunos ya un poco trasnochados («Distinción al Mérito de la Unidad, Acuerdos de Camp David», «Erin Yazgall, jefe de equipo del año») y otros insignificantes e incomprensibles para él («James Debman, Artículo del mes sobre inteligencia mundial»).

Dentro ya estaban sentados dos analistas que interrumpieron una discusión para levantarse y saludar a Sam.

Zelda Zaydan era flaca, y tenía una media melena negra y una nariz algo picuda y curva (románica). Llevaba un traje pantalón negro que le iba grande y un fular rosa.

James Debman era un gordinflón con una camisa blanca de manga corta y una pajarita de un naranja chillón. Le tendió su mano pegajosa y él no tuvo más remedio que estrechársela. Después le hizo señas de que se sentara mientras Zelda le acercaba por la mesa un montón de papeles y carpetas.

—Deberías leer esto —le dijo Debman; se apoyó en el respaldo y se puso a toquetear la gastada funda de plástico de la identificación azul que llevaba al cuello—, es todo lo que nuestro equipo ha producido en los últimos seis meses.

—Sabemos que has estado muchas veces de misión por casi todo Oriente Medio, pero nunca en Siria —dijo Zelda—. ¿Qué te sería más útil que averiguásemos?

—Sólo necesito la típica información que les proporcionáis a los agentes instructores —repuso él.

Conocía bien el país, sobre todo tras su estancia en Irak, pero hasta entonces nunca les había prestado demasiada atención a los análisis de la CIA.

A Debman, los ojos le brillaron de entusiasmo. Hizo a un lado la lista de temas a tratar que tenían preparada y, en un murmullo, le dijo a Zelda algo que contenía las frases «muy rebuscado» y «algo descafeinado». Se aclaró la garganta, bebió un poco de agua de una gran botella que tenía delante e hizo crujir sus nudillos.

—Es una historia que se remonta a 1930.

Zelda miró al cielo con exasperación.

1930 era el año de nacimiento de Hafez al-Ásad, padre del actual presidente de Siria. A Sam le parecía que era retroceder demasiado y Zelda estaba de acuerdo.

—Por Dios, Debman. Siempre haces lo mismo —dijo levantando la voz—. Empecemos por la guerra, que es lo que importa. —Se apartó un rizo de la cara—. La cuestión es que, justo antes del conflicto, Siria se hallaba en un estado bastante precario. No es que no hubiera cierta estabilidad...

Debman dibujó unas comillas en el aire y Zelda volvió a lanzarle una mirada asesina, pero continuó:

—Digamos que el Estado se había vuelto cada vez más insustancial. A falta de petróleo, Al-Ásad no podía engrasar la

maquinaria comprando a la población con dinero. Seguía habiendo cierto clientelismo, pero concentrado en unas pocas personas, casi todas parientes del presidente. Todas las operadoras de telecomunicaciones son de un primo suyo, por ejemplo, y ya se sabe que ese tipo de cosas cabrean bastante a la gente en tiempos de escasez. Al mismo tiempo, en el norte y el este del país se desató una sequía tan tremenda que ha terminado obligando a más de un millón de personas a emigrar hacia el oeste, a los barrios de chabolas de las grandes ciudades. Eso desestabiliza a cualquier país, pero además hay que sumar a las fuerzas de seguridad, que están literalmente en todas partes y actúan con extrema brutalidad.

—Extrema brutalidad —dijo Debman casi al mismo tiempo, pero Zelda continuó:

—Se necesita su permiso prácticamente para todo: para añadir una planta a una casa, para que una pareja pueda casarse... Para las cosas más triviales, vaya.

—Las cosas más triviales —repitió Debman.

Zelda puso cara de querer estrangularlo con la cadena de la que colgaba su identificación; él se habría conformado con utilizar la pajarita naranja.

—El caso es que todo el mundo estaba harto —añadió la agente.

En ese momento alguien abrió la puerta de la sala de reuniones, pero enseguida se retractó y volvió a cerrar.

—¿Por dónde iba? —preguntó Zelda—. Ah, sí. —Bebió un poco de agua—. Entonces sucede lo de Túnez y Egipto, y hay sirios que piensan: «¿Y nosotros por qué no? La yesca ya está ahí: sólo necesitamos una chispa», y surgen algunas manifestaciones en Damasco, pero nada. Luego se organiza otra en el sur, en un sitio cualquiera que se llama Daraa. He estado ahí y no es precisamente un lugar bonito. El caso es que la Mujabarat tortura a unos cuantos chavales y ¡bum! Hay protestas, asesinatos, funerales, más asesinatos... el cuento de

nunca acabar. Las protestas se expanden a otras ciudades y de pronto ya es un fenómeno nacional con manifestaciones de las gordas. Un viernes en Hama salieron a la calle decenas de miles de personas. Las imágenes de satélite eran una locura y el régimen no tenía ni idea de qué hacer. Piénsalo, su costumbre hasta entonces había sido ir a saco, a tiro limpio, y cargarse de golpe a los manifestantes, como hizo Al-Ásad padre en Hama en el año ochenta y dos, cuando prácticamente arrasó toda la ciudad para sofocar una manifestación.

—Se supone que hubo más de diez mil muertos —comentó Debman haciendo el gesto de mal gusto de cortarse el pescuezo —, aunque la verdad es que nadie se pone de acuerdo en el número exacto.

Zelda frunció el ceño.

—Pero bueno, Debman, ¿a qué viene eso? Compórtate. La cuestión es que el régimen no reaccionó de la misma forma. Tuvieron dudas, y en un primer momento se contuvieron bastante, a pesar de que la prensa dijese lo contrario. Hicieron concesiones políticas, aunque con poca convicción, de modo que no contentaron a nadie. Empezaron a comportarse de una manera errática: a veces disparaban adrede contra los manifestantes, otras sin querer, otras permitían las manifestaciones sin más... hasta que, al final, optaron por una campaña militar de tierra quemada: «¡matadlos a todos!», pero sólo porque no les quedaba otra opción.

—Fue bastante desconcertante, la verdad —opinó Debman mientras se limpiaba las gafas con la camisa—. El régimen terminó quemando todos los puentes: «¡Venga, vayamos a la guerra, que ya no hay marcha atrás!»

Bebió más agua y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Y de qué sirvió? —preguntó retóricamente Zelda.

Debman se dispuso a contestar, pero ella lo detuvo con un gesto.

—Para empezar —continuó—, fortaleció a la oposición en vez

de eliminarla, sobre todo a los elementos islamistas y yihadistas más radicales. La violencia les dio argumentos para defender la necesidad de armarse contra el régimen. En segundo lugar, polarizó el país enfrentando a unas sectas contra otras, a unas etnias contra otras. La verdad sea dicha, han hecho un buen trabajo fidelizando a las minorías: cristianos, drusos, alauitas; todos ellos se han acercado al régimen, pero el precio ha sido el rechazo de la mayoría suní. Hay que tener en mente que la familia Al-Ásad es alauita y, en general, que Siria es muy diversa: los cristianos y los alauitas, por ejemplo, representan apenas el diez por ciento de la población respectivamente, pero lo cierto es que sólo han conseguido convencer a unos cuantos árabes suníes de buena posición social. De ahí que, en tercer lugar, el propio gobierno haya terminado convirtiéndose en una organización paramilitar numerosa y radicalizada.

—Con la diferencia de que, en vez de venerar a Alá, veneran a Bashar —explicó Debman.

—Entre las comunidades que apoyan a la oposición y el bando favorable al régimen hay una brecha enorme —dijo Zelda.

Debman rió entre dientes.

—Por ejemplo, el bando del régimen tiene electricidad y comida, y la oposición no —dijo.

—A los políticos les interesan en particular ciertas instituciones sirias —continuó Zelda—, empezando por el Palacio, que es a todos los efectos la oficina personal de Al-Ásad: él mismo dirige el país desde ahí, echando mano de asesores y de gente que le sirve de enlace con todos los grandes organismos gubernamentales. Hace poco, por ejemplo, creó un «Departamento de Seguridad» para supervisar las operaciones más delicadas de la Mujabarat, y puso a Ali Hasán al mando. Luego tenemos la Guardia Republicana, la principal fuerza militar de Siria, con el general Rustum Hasán, el hermano de Ali, a la cabeza. Él es la punta de lanza del poder militar, y se encarga de cumplir los designios de Al-Ásad en el SSRC, el Centro

de Investigación y Estudios Científicos. Es evidente que esa consolidación y centralización del poder responde al debilitamiento del Estado. Las deserciones, los asesinatos de opositores... todo ha pasado factura.

—Y, según tú, ¿en qué acabará la guerra? —preguntó Sam.

Zelda se puso de pie y miró por la ventana con las manos en la espalda.

—El régimen no caerá porque no depende tan sólo de la familia Al-Ásad, ni de los alauitas, ni siquiera del aparato represivo: está profundamente imbricado en la nación misma y en los órganos del Estado. De hecho, ha resultado ser mucho más fuerte de lo que pensábamos.

»Cuenta con los recursos, las lealtades y la crueldad necesarios para mantenerse. En cuanto a lo que pasará... a estas alturas la esperanza que guiaba las primeras protestas ha desaparecido por completo: la han reventado a tiro limpio. Las negociaciones son pura fachada porque no existe posibilidad de acuerdo: ambos bandos están convencidos de que tienen que ganar.

—Y se ven capaces de hacerlo —intervino Debman—; tanto los yihadistas, que impulsan la rebelión sobre el terreno, como los asadistas, la milicia disfrazada de gobierno. En cuanto a los simples testigos, que intentan ir tirando sin llamar la atención, cada vez tienen menos espacio para permanecer neutrales y se ven forzados a tomar partido por unos u otros.

Otra persona asomó la cabeza a la puerta y dijo con voz aguda e insistente que ya llevaban cinco minutos de retraso y que era su turno de usar la sala.

—Es una lucha sin cuartel —señaló Zelda recogiendo las carpetas—, algo así como la jaula de las artes marciales mixtas.

Por la tarde, Zelda ayudó a Sam a recopilar datos sobre los sirios que viajaban a París con la delegación del Palacio, pero los resultados del responsable de hacer el seguimiento de los

funcionarios en Siria llegaron bastante tarde esa noche y, como ambos tenían hambre, decidieron ir a comprar unos perritos calientes en la máquina expendedora del edificio original de la central antes de leerlos. La máquina de marras era una auténtica rareza; de hecho, él jamás había visto otra máquina expendedora de perritos calientes fuera de ese edificio, aunque había viajado por medio mundo. Siempre le daban ganas de tomarle una foto, pero las cámaras estaban prohibidas dentro de las instalaciones de la Agencia.

Se sentaron en uno de los cubículos destinados a los analistas y él leyó en voz alta uno de los documentos mientras daba mordiscos a su cena. La funcionaria se llamaba Mariam Haddad:

- 1. RESULTADOS (1 DE 2): INFO LA CIUDADANA SIRIA REFERIDA ES ASESORA POLÍTICA DE PALACIO Y RESPONDE ANTE LA ASESORA PRESIDENCIAL BOUTHAINA NAJJAR. INFO ADICIONAL A: TIENE 32 AÑOS Y ES CRISTIANA SIRIA. INFO ADICIONAL B: TIENE CONTACTO HABITUAL CON ALTOS CARGOS DE PALACIO, INCLUIDOS EL PRESIDENTE AL-ÁSAD Y EL ASESOR YAMIL ATIYAH.

- 2. RESULTADOS (2 DE 2): INFO ADICIONAL C: LA MADRE DE LA CIUDADANA SIRIA REFERIDA FUE DIPLOMÁTICA EN PARÍS ANTES DE JUBILARSE Y SU PADRE, EL MAYOR GENERAL GEORGES HADDAD, ESTÁ AL FRENTE DEL TERCER CUERPO DEL EJÉRCITO SIRIO, DESPLEGADO ACTUALMENTE EN ALEPO. INFO ADICIONAL D: SU TÍO PATERNO, DAOUD HADDAD, ES CORONEL EN LA RAMA 450 DEL SSRC.

- 3. LA DIVISIÓN DE CONTRAINTELIGENCIA RESPALDA EL CONTACTO EN DESARROLLO CON LA CIUDADANA SIRIA REFERIDA EN ESPERA DE LA CONCURRENCIA DE LA DIVISIÓN DE ORIENTE MEDIO.

—Una persona bien relacionada, desde luego —opinó Sam.

—Una auténtica hija del régimen —corrigió Zelda mordisqueando un bolígrafo—. Hay que pertenecer a una familia así para trabajar en el Palacio.

Sam hizo girar su silla para verla de frente.

—Esta tal Mariam podría ser interesante —señaló—. Por lo general, los funcionarios de nivel medio tienen acceso a muchas cosas y no están tan comprometidos con el régimen. Además, la mera cercanía con su tío podría propiciar que se entere de algo sobre el programa de armas químicas. ¿Podrías localizar las fuentes en las que se basa el informe?

Zelda asintió con la cabeza y empezó a navegar por la galaxia de bases de datos de inteligencia de la CIA, entre informes que se intersectaban, incluían o excluían entre sí como los conjuntos de los diagramas de Venn. Trabajaba con la cara materialmente pegada a la pantalla del ordenador.

—He encontrado algo —declaró al cabo de unos pocos minutos.

Sam se puso detrás de ella para ver por encima de su hombro. Se trataba de un informe sustraído a la Mujabarat sobre el saldo de una manifestación en Damasco. Se fijó en la fecha: 25 de marzo, el día de la captura de Val. Según el informe, habían detenido a una joven de nombre Razan Haddad. Sam dejó de leer.

—Haddad es un apellido tan común como Smith —explicó.

—Ya lo sé, pero mira el final del informe: hay un comentario del autor.

Él leyó: «La prisionera ha sido puesta en libertad por una petición oficial de un agente de la Seguridad Política adscrito al Tercer Cuerpo.»

—La unidad del padre de Mariam.

—Que también debe de ser pariente cercano de Razan: no se me ocurre otra razón por la cual alguien que está combatiendo en Alepo iba a llamar a un destacamento de la Mujabarat en Damasco para suplicar que suelten a alguien.

—Los familiares de detenidos son de gran ayuda a la hora de reclutar —dijo Sam—; en Arabia Saudí conocí al hermano de un torturado que espió más de quince años para nosotros. Fue una venganza silenciosa. —Dio el último bocado al perrito caliente

—. Ya hemos encontrado a nuestra chica.

4

Mariam se quedó mirando la foto de Fatimah Wael fijada con un clip a la carpeta amarillenta que estaba encima de la mesa. La había tomado la Mujabarat poco después del ingreso de Fatimah en la cárcel, de modo que ya estaba muy gastada. Pasó los dedos por los bordes mientras contemplaba sus ojos angustiados. En los álbumes de la Mujabarat a menudo los ojos de los presos parecían los de un muerto, pero la mirada de Fatimah hacía pensar en una mujer que no se había dejado doblegar por toda una vida de palizas. Puso a un lado la foto y repasó otra vez el contenido del dosier mientras su jefa hablaba por teléfono.

Primera página: un resumen de los arrestos de Fatimah, en su mayoría amparados en una ley de emergencia que desde hacía décadas otorgaba al Estado amplias competencias para perseguir delitos tan difusos como el de «sedición» (o sea: participar en manifestaciones pacíficas) y «traición» (o sea: reunirse a discutir cuestiones políticas con el embajador de Francia en Damasco). El expediente no tenía menos de quince centímetros de grosor e incluía todos los informes sobre Fatimah desde principios de los años noventa, cuando, a los veintidós años, había cometido la imprudencia de mandar a un periódico un artículo donde pedía la dimisión de Al-Ásad padre. Entre 2003 y 2008 había cumplido una condena de cinco años de cárcel por sedición, precisamente, y en la actualidad vivía en el exilio entre Francia e Italia. Era una siria valiente que encabezaba la oposición en el extranjero e inspiraba gran respeto entre muchos de los grupos armados que combatían en el país, una espina clavada en el corazón de Al-Ásad.

Mariam dejó el expediente sobre la mesa al ver que su jefa,

Bouthaina Najjar, asesora política del presidente, terminaba de hablar por teléfono. Bouthaina la había puesto al frente de las negociaciones con los opositores radicados en el extranjero, en particular con el Consejo Nacional: la organización paraguas que aseguraba representar a los combatientes armados. Su objetivo era muy sencillo: convencerlos de que se distanciasen de los luchadores islamistas que habían pasado a encabezar la guerra civil, denunciasen al resto de los exiliados y volvieran a Siria, donde serían indultados y podrían vivir sanos y salvos a cambio de su silencio. Era su encargo más importante hasta la fecha, y prometía ser un trampolín hacia puestos de mayor responsabilidad.

Bouthaina se sentó con ella a la mesa, abrió su copia del expediente sobre Fatimah y empezó a mordisquear las patas de sus gafas Gucci, como siempre que se concentraba.

—¿Qué opinas de Fatimah, Mariam? ¿Qué enfoque crees que habría que adoptar en París?

Mariam se alisó la falda beis y sacó un informe de la carpeta.

—La inteligencia de señales iraní que vigilaba su apartamento en París y su villa en la Toscana lo ha hecho de maravilla y nos ha dejado claro que echa de menos Siria —opinó—. Vive bien en el extranjero, pero su hogar es Damasco. Yo creo que se prestará a negociar... —Dio un sorbo de café—. Aunque probablemente pida mucho a cambio. —Buscó entre los informes hasta encontrar uno que había estado leyendo en la cama la noche anterior vestida con una camiseta larga y tomando interminables tazas de café mientras preparaba la reunión con Bouthaina—. Aquí están. Mire: se trata de tres documentos provenientes de fuentes de la oposición en París, Roma y Estambul que denuncian corrupción y malversaciones en el seno del consejo. Éste tiene gracia. —Se lo tendió a su jefa, que se puso las gafas de leer—. Al parecer, el Consejo Nacional intentó que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia pagara la factura de una serie de habitaciones en el hotel Bristol destinadas a una

delegación de Estambul.

—Siempre lo mejor de lo mejor —comentó Bouthaina chasqueando la lengua.

—Cada habitación salía a mil doscientos euros por noche, y no parece que nadie estuviera dispuesto a compartir.

—¡Claro que no! —comentó Bouthaina con mordacidad, y le dio un mordisco a su cruasán.

—Desde luego, los franceses se negaron a pagar; o sea, que el consejo tendrá que comerse la factura. Y hay decenas de ejemplos así. Los documentos dejan ver que ese ritmo de gastos disparado está creando fisuras entre algunos de los principales líderes, incluida Fatimah, que es muy crítica con el derroche.

—¡Cómo pueden creer que lo que hacen sirve de algo! —exclamó Bouthaina—. Nosotros en guerra con terroristas y estos imbéciles de juerga por París.

Mariam le pasó un papel con una anotación que había hecho por la noche.

—Mi propuesta es que le ofrezcamos que regrese a Damasco sin riesgo alguno a cambio de calificar públicamente a los insurrectos como terroristas y, a partir de ese momento, guardar silencio.

—Al principio te dirá que no: es muy tozuda.

Mariam pensó que ella respetaba esa actitud y que, en otra vida, en un mundo inexistente, Fatimah y ella habrían sido hermanas.

—Estoy de acuerdo, pero el hecho es que Fatimah es la garante última de la unidad del consejo, y que la existencia misma de éste depende en gran parte de ella. Si no colabora, tocará recurrir a métodos mucho menos agradables.

Deslizó por la mesa otra de las anotaciones que había hecho en la cama.

—Ésta es la lista de los parientes de Fatimah que todavía están en Siria, empezando por los más allegados. Propongo que, si no acepta nuestras condiciones, empecemos a detenerlos uno a uno

hasta que acceda. Yo misma le entregaré la lista en París.

Bouthaina, que siempre disfrutaba del combate, sonrió.

—Estoy de acuerdo en que, por desgracia, habrá que presionarla, así que tu propuesta me parece bien. —Se quitó las gafas y las dejó en la mesa. Luego miró la puerta para cerciorarse de que estuviera cerrada y continuó—: Antes de que nos vayamos a París conviene que sepas que una de mis fuentes en la oficina de Yamil Atiyah me ha dicho que el viejo pedófilo aún conspira contra nosotras, no quiere que el viaje salga bien.

Yamil Atiyah era otro de los asesores del presidente. Él y Bouthaina se despreciaban entre sí y se hallaban inmersos en una constante lucha por tener mayor influencia que el otro dentro del Palacio. La predilección de Atiyah por las menores de edad (que solía satisfacer durante sus viajes diplomáticos a Extremo Oriente) era de sobra conocida, pero de momento no había bastado para echarlo: Bouthaina aún no había dado con las armas burocráticas adecuadas.

—¿Qué crees tú que planea? —preguntó Mariam.

Atiyah solía cebarse en los miembros del equipo para sembrar el terror entre ellos y tratar de desquiciar a Bouthaina. Hacía no mucho, Adnan, uno de los ayudantes, había pasado tres noches en el hospital después de la visita de los matones de Atiyah.

—No sé, pero hay que tener cuidado —contestó Bouthaina—: es listo el muy hijo de puta, y un salvaje.

Si en algo creía la familia de Mariam Haddad era en las fiestas, y el largamente esperado compromiso de uno de sus primos era una magnífica excusa para organizar una, así que habían alquilado el patio interior de un lujoso restaurante situado en una antigua mansión otomana del Barrio Cristiano de Damasco para tal fin.

Las mesas se repartían por el suelo de mármol alrededor de la fuente central. Un camarero que llevaba una botella de champán

en una cubitera pasó cerca de Mariam, que había elegido para la ocasión un vestido ceñido de seda negra. Sintiéndose a la vez guapa y poderosa, cruzó el patio hacia donde estaba su madre y le dio un beso en la mejilla embadurnada de maquillaje. Sin pensarlo, buscó con la vista a su padre y su hermano, que no estaban: costaba quitarse la costumbre. Eran oficiales de artillería y pronto haría seis meses que estaban en Alepo. «Siria es Stalingrado», le había dicho su hermano por teléfono. Ella cogió la copa de champán que le ofrecía otro camarero y habló de naderías con su madre: ropa, compras, la poca gracia de la prometida de su primo...

No habían reparado en gastos. Las fuentes con hojas de parra rellenas, *tabulé*, *z a'atar* y *baba ghanoush* aparecían una detrás de otra, y el clan lo devoraba todo a una velocidad parecida. Sirvieron *dawood basa* (albóndigas sirias), *kibbe* y kebabs de todo tipo, pescado frito cubierto de guindillas, estofados con puerro, tomate y *okra* y bandejas de postres de un famoso repostero del zoco de Al-Hamidiyah. Hileras de bombillas surcaban el patio y en un rincón tocaba un grupo de música.

El tío Daoud, que presidía una de las mesas más grandes, le hizo señas de que se acercara, lo que le permitió zafarse de un primo borracho que quería obligarla a bailar.

—Todos echamos de menos a tu padre y tu hermano —le dijo su tío—. Tenía que decirse y se ha dicho, no se hable más del tema. Los veremos muy pronto.

Mariam asintió con la cabeza y sonrió sin mucha convicción.

—Gracias, tío.

Daoud agitó un poco su copa de champán y la levantó para mirar las burbujas.

—¿Cómo está Razan? —preguntó.

—Mejor. No es que te ignore a posta, tío; es sólo que...

Daoud la detuvo con un gesto de la mano.

—Entiendo que no quiera que la vean en público, pero dile

que llame a su padre.

—Se lo diré, tío. Simplemente está triste y avergonzada, necesita recuperarse.

—Lo que tiene es rabia, igual que yo —dijo Daoud apartando la copa de champán—. De todas formas, ojalá hubiera venido. Gracias por dejar que se quede en tu casa, Mariam. Para mí es muy importante. Te quiere mucho, y ahora que ya no está Mona... —Se interrumpió: seguía costándole hablar de la tía Mona aunque llevara más de diez años muerta—. Lo que quiero decir es que una casa vacía no es el mejor sitio para ella en este momento, y un padre hasta arriba de trabajo tampoco es la mejor compañía. Sé que le gusta estar en tu apartamento.

—Siempre nos hemos llevado bien, como si fuéramos hermanas.

—Lo sé. Para tu padre y para mí ha sido una suerte tener dos hijas que se lleven tan poquitos meses.

Mariam tenía ganas de cambiar de tema, pero el tío Daoud necesitaba hablar, así que detuvo a un camarero y le pidió un whisky. El tipo arqueó las cejas de sorpresa, pero se marchó a por la bebida.

—Dile que aún estamos buscando a ese matón de la Mujabarat que la arrestó. Tenemos pistas, aunque aún no nombres.

—Se lo diré —repuso ella—. Para Razan es muy importante que lo estéis buscando entre los dos.

Daoud asintió con la cabeza al tiempo que el camarero volvía con un vaso de whisky. Mariam cogió la flauta de champán de su tío, la vació y la llenó con el whisky. Daoud sonrió.

—Siempre has sido de los nuestros, Mariam, desde muy pequeña. —Bebió un poco—. Un miembro más de los consejos de guerra.

Levantó la vista para mirar a una pareja que se marcaba unos pasos por la pista de baile entre los gritos y silbidos de varios grupos de espectadores.

—Tu padre y yo asumimos nuestros cargos para proteger todo

esto —dijo haciendo un gesto que abarcaba todo aquel patio atestado de gente—, para mantener sana y salva a una gran familia cristiana en Siria. Y mira cómo hemos acabado: tu padre desplegado en Alepo y yo...

En vez de acabar la frase, intentó sonreír.

Del trabajo de él no hablaban nunca: la Rama 450 del Centro de Investigación y Estudios Científicos; seguridad y transporte de armas químicas.

Tomó un trago de whisky y continuó:

—Como familia hemos hecho lo que nos habían pedido: a cambio de nuestra seguridad, somos leales, callados y complacientes. Somos sirios modelo, pero el régimen no ha cumplido su parte del trato. Sólo hay que ver lo que le ha pasado a Razan. Y no tenemos cómo responder, estamos atrapados.

Bebió con un brillo en los ojos, como si fuera consciente de haberse ido de la lengua, y desvió la mirada hacia el baile.

—Tu hija siempre ha sido una rebelde, tío —dijo Mariam, y enseguida se enfadó consigo misma por dar a entender que, de algún modo, su prima se merecía lo que había sucedido—. Ya entrará en razón.

Daoud señaló la pista con un ademán de la cabeza.

—¿Bailamos?

Mariam volvió a su apartamento poco antes del alba y se encontró a Razan despierta. Estaba echada en el sofá con el pijama de seda arrugado, viendo una entrevista a Fatimah Wael en Al Jazeera. Ella apagó el televisor y apartó las piernas de su prima para sentarse a su lado. En la mesa había una botella de vino blanco vacía.

—Hueles bien —le dijo Razan sin apartar el ojo izquierdo de la pantalla oscura del televisor.

El derecho aún lo llevaba vendado («parezco una pirata»,

había dicho en un momento en que se sentía más animada): el golpe en la cara la había dejado sin visión de ese lado, y los médicos no sabían si la recuperaría.

—Tu padre te echa de menos. Llámalo, por el amor de Dios, que no es culpa suya.

—Ya lo sé. ¿Te has divertido?

—Sí.

Le habló de la familia, del restaurante y del baile, pero el ojo de Razan la hacía sentirse culpable.

—¿Por qué te escondes de él? —preguntó.

—¿De papá?

—Sí.

—No lo sé.

—¿A mí también me odias? Trabajo en el Palacio, no soy mejor que tu padre.

Razan se hizo un ovillo y bajó la vista.

—No os odio a ninguno de los dos. —Una lágrima le brotó del ojo izquierdo y ella se la enjugó con rabia—. Al que odio es al que ha hecho todo esto: odio nuestra cárcel. —Apoyó la cabeza en el hombro de Mariam, metió dos dedos bajo la venda del ojo como si quisiera enjugarse también las lágrimas de ese lado y sorbió la nariz—. Los médicos me han dicho que procure no llorar porque retrasa la curación.

Volvió a echarse en el sofá y Mariam se dirigió a su dormitorio apagando las luces por el camino. Después de quitarse el vestido, se quedó al lado de la cama en ropa interior y respiró hondo mientras abría y cerraba los puños.

A continuación empezó a dar patadas hacia el frente cada vez más rápido, saltando para cambiar de pierna, como si quisiera sacarse la rabia de dentro con una patada y dispersarla con la siguiente. A cada movimiento hacía restallar el aire. Sudorosa, se dejó caer al suelo e hizo una serie de flexiones forzando los

brazos hasta el límite del dolor, luego siguió con golpes con la mano abierta, imaginando que le aplastaba la nariz al tipo que había golpeado a su prima. «¡Más rápido, Mariam; más rápido!», le decía en París, años atrás, su profesor de krav magá. «¡No pares!»

5

El general Ali Hasán conocía bien la muerte: no en balde había matado a su propia madre al nacer, y a muchos otros durante las siguientes décadas. A estas alturas, mientras hundía el filo de su navaja en el pulgar izquierdo de Marwan Ghazali, activo de la CIA, sólo la estaba cortejando por enésima vez. Ghazali lanzó un grito espantoso, pero él se limitó a limpiar la hoja de la navaja con un trapo y volvió a guardársela en el bolsillo de la camisa.

—Ya te lo había advertido: no pienso tolerar las inconsistencias —le dijo al prisionero mientras se sentaba frente a él.

Ghazali estaba desnudo y atado a una precaria silla. A su lado había una mesa, y a su espalda brillaba la luz cruda de unos focos. El coronel Saleh Kanaan, uno de los lugartenientes de Ali, esparció varias hojas de papel por la mesa con aire teatral.

—Marwan —continuó él, que sabía perfectamente lo que ponía en esas hojas—, en tu tercera versión dijiste que nunca te reuniste con Valerie Owens fuera de Damasco...

Le acercó una hoja y Ghazali parpadeó intentando leerla, aunque parecía incapaz de mirar otra cosa que lo que quedaba de su pulgar.

—Ya te explico lo que dice: es tu cuarta versión, en la que nos contaste que te habías encontrado con Owens en Abu Dabi... La cuestión es que... —acercó otra hoja— en la quinta, ese encuentro volvió a desaparecer. —Encendió un cigarrillo y se apoyó en el respaldo de su silla—. Cuéntame de una vez por todas lo que pasó en Abu Dabi.

—¡Me equivoqué! —exclamó Ghazali en tono de súplica—. Llevaba días sin dormir y estaba delirando, ya se lo he explicado

a su ayudante —añadió señalando a Kanaan con la barbilla. Le castañeteaban los dientes de frío.

—Mientes —repuso Ali arrastrando su silla hasta colocarla delante de la del prisionero—. Si me dices la verdad nos ahorraremos molestias. ¿Qué pasó en Abu Dabi?

Ghazali inclinó la cabeza y se puso a sollozar.

—Nunca me he encontrado con nadie en Abu Dabi.

Ali lanzó un suspiro. Antes de ingresar en la Mujabarat había sido inspector de policía: investigaba asesinatos, robos y, en cierta ocasión, una truculenta crucifixión que aún tenía grabada en la retina. El caso es que tenía claro que el sufrimiento físico por sí solo no era la manera más eficaz de sonsacar la verdad: a esos espías habría que ir desgastándolos durante meses de aislamiento y continuos interrogatorios hasta que se desorientaran y perdieran la voluntad o la capacidad de sostener la tapadera, hasta que se vinieran abajo y lo revelaran todo.

Pero no se podía dejar pasar una mentira.

Volvió a sacar la navaja y Ghazali empezó a gritar de nuevo.

Se cambió de camisa en el baño del sótano y puso a remojar la que estaba manchada en uno de los lavamanos. Limpió bien la hoja de la navaja, la secó y volvió a metérsela en el bolsillo de la pechera, luego encendió un Marlboro y escurrió la camisa mojada en medio del humo que llenaba aquel baño sin ventilación.

Sus suposiciones eran ciertas: Ghazali se había reunido con Owen en Abu Dabi para entregarle unos documentos robados.

Apagó el cigarrillo y subió a su despacho. Se acercó a una ventana y entornó los ojos para ver un cazabombardero sirio, un MIG comprado a los rusos, surcar el alba y soltar su cargamento en un barrio controlado por los rebeldes. Los cristales temblaron y se formó un manto de humo sobre los bloques de pisos reducidos a escombros.

Encendió otro cigarrillo y volvió la vista hacia el retrato del presidente Al-Ásad que colgaba encima de la puerta. Había uno idéntico a la vista de cualquier funcionario del gobierno.

Ali era de constitución delgada, pero tenía un michelín fruto de casi dos décadas de trasnochar y de la estela de tensión acumulada que habían dejado las investigaciones criminales, el trabajo de inteligencia y, últimamente, la guerra civil. Su pelo negro, peinado hacia atrás, hacía pensar en un casco; tenía unos ojos de mirada intensa, la nariz torcida a la derecha de la mitad para abajo y una mandíbula marcada. Desde el límite de su mejilla izquierda descendía una cicatriz sinuosa y abultada que recorría ese lado del cuello hasta la base. A veces le picaba.

Contempló el laberinto de bermas de hormigón que se extendía a los pies del edificio de diez pisos donde estaba, identificado por un cartel medio desconchado que ponía MINISTERIO DE AGRICULTURA Y REFORMA AGRARIA DE LA REPÚBLICA ÁRABE DE SIRIA. No era una mentira intencionada; simplemente, nadie se había molestado en retirarlo.

Desde hacía un tiempo, el edificio albergaba el Departamento de Seguridad, un organismo de inteligencia dependiente del Palacio Presidencial. Según sus cuentas, en Siria existían nada menos que diecisiete organizaciones de seguridad distintas: el mundo de la policía secreta, de la Mujabarat —que era como se conocía a todas estas organizaciones en su conjunto— era un enredo auténticamente bizantino de organismos superpuestos, egos enfrentados e invisibles redes de clientelismo. Incluso a los altos cargos, como él, les costaba entender los límites y las jurisdicciones de cada uno; así lo había querido el presidente, y su padre antes de él, para que fuera más fácil contraponerlos y neutralizarlos en caso de necesidad. Pero en medio de una guerra civil, y con los rebeldes, los *irhabiun*, terroristas, cada vez más consolidados, el presidente había fundado el Departamento de Seguridad para encomendarle los casos más espinosos de identificación y persecución de espías, y lo había

escogido a él para dirigirlo.

Apagó el cigarrillo y miró su reloj: había llegado el momento de hablar con Valerie Owens. Bajó otra vez al sótano llevándose el paquete de Marlboro.

El sótano del Departamento de Seguridad era una sucesión de salas húmedas con montañas de archivadores y cajas repletas de estudios sobre agricultura de los años setenta que Ali y sus hombres habían reconvertido en un laberinto de celdas y salas de interrogatorios insonorizándolo, dotándolo de cámaras y micrófonos, construyendo camas y retretes de cemento y, finalmente, instalando aquí y allá suelos de baldosas y desagües para recoger los residuos de los interrogatorios.

Kanaan abrió la puerta de la celda y él entró. Owens estaba acostada en la cama mirando el techo ociosamente. Aún tenía la cabeza vendada a causa de la violencia sufrida durante su detención, pese a que él había dado órdenes de que no se le hiciera daño. Al verla, se había enfadado tanto con el imbécil responsable de golpearla que lo había suspendido.

Se sentó al pie del lecho. Hablaban en árabe.

—General —dijo ella—, le había pedido que no fumara aquí dentro.

—Disculpe, señora Owens —repuso él, y apagó el cigarrillo medio consumido en el suelo, pero enseguida encendió otro sonriendo y le echó el humo de la primera calada a la cara—. Necesito preguntarle de nuevo cómo se comunicaba con Marwan Ghazali aquí en Damasco.

Se fijó en sus ojos por si se delataba, pero lo que vio fue odio. Estaba bien entrenada: dos semanas de frío e incomodidad no la habían acobardado en absoluto.

Ella se irguió y se pasó los dedos por el pelo rubio, que se veía apelmazado y grasiento. La parte del cemento que había estado en contacto con su pelo presentaba un brillo aceitoso.

—Ya lo habíamos hablado, general: no conozco a ningún Marwan Ghazali. Soy secre...

—Sí, sí —la interrumpió él—, secretaria segunda de la embajada de Estados Unidos, ya lo sé. ¿Quiere ver de nuevo los vídeos donde se ve su coche, con matrícula diplomática y todo, pasando por delante del lugar en el que Ghazali nos ha asegurado que habían quedado para su exfiltración? ¿Se los pongo otra vez, señora Owens?

Valerie se estiró para desentumecerse y, al subírsele la camisa, parte de sus costillas quedaron a la vista. Era delgada de por sí, pero lo estaba aún más tras los días de encierro.

—Ya hemos hablado de esas grabaciones, general —repuso—, había salido a hacer unos recados. Incluso le he enseñado las tiendas que visité en esos mapas tan bonitos que tiene. Hágame el favor de dejarme hablar con la embajada: piense que es ilegal tenerme aquí detenida.

Hasán hizo oídos sordos a su petición, como llevaba haciendo día tras día a lo largo de dos semanas.

—Ghazali nos ha contado muchas cosas. De hecho, acabamos de enterarnos de su encuentro en Abu Dabi y de que él le entregó ciertos documentos. Es interesante, pero lo que quiero saber de verdad, señora Owens, es qué métodos usaba para comunicarse con usted. ¿Había algún aparato de por medio? Si me explica cómo era y me dice dónde está, quizá la deje llamar a la embajada. Es una propuesta razonable, ¿no cree?

Owens volvió a tenderse en la cama de cemento.

—No conozco a ningún Marwan Ghazali. Soy una diplomática estadounidense, secretaria se...

Él la interrumpió con un gesto de la mano, se levantó para salir y cerró la puerta dejándola a oscuras.

El chófer lo dejó a las diez a las puertas de su piso. Los gemelos dormían y Layla estaba recostada en el sofá, leyendo con una

copa de vino. Como de costumbre, ella no le preguntó lo que había hecho durante el día ni él le explicó nada. Se sirvió una copa, se sentó junto a los pies de su esposa y se puso a masajearlos. Ella dejó el libro y cerró los ojos.

—¿Qué habéis hecho hoy los niños y tú? —le preguntó él acto seguido.

—Cállate y sigue con el masaje —contestó ella.

Le hizo caso: al fin y al cabo, estaba acostumbrado a recibir órdenes.

Tardó unos minutos en ganarse la respuesta.

—Hemos ido a hacer la compra. Había una cola espantosa. Por cierto, esta semana escaseaba la carne. Luego han estado aquí jugando. No lo hemos pasado mal. ¡Ay! —exclamó poniendo cara de dolor—. Un poco más suave...

Le había tocado un punto de presión cerca del talón derecho.

Levantó la vista y vio la melena negra de Layla esparcida en el apoyabrazos. Tenía la bata de seda abierta, las piernas al descubierto y las uñas de los pies recién pintadas. Empezó a deslizar su mano hacia arriba por la pierna desnuda, pero en ese momento sonó el teléfono fijo. Quienes merecían que les respondiera sabían que tenían que llamarlo al móvil, así que no contestó. En cambio, volvió a centrarse en los pies de Layla, después de que ella bloqueara juguetona sus avances hacia el norte.

Oyeron llamar a la puerta: un golpe aislado y luego una rápida sucesión acompañada de gritos. Él se asomó a la mirilla y vio a la señora Ghraoui, la viuda que vivía al lado, en el apartamento 46; iba con el pelo hecho un desastre y regueros de lágrimas marcados en el grueso maquillaje. Le hizo señas a su esposa para que abriera.

—¡No está! ¡No está! ¡Se lo han llevado! —exclamó la viuda, y luego se limitó a repetirlo durante varios minutos.

Hizo falta una taza de té para que se explicara: habían detenido a su hijo en un control de carretera un día antes, o

quizá dos... eso no lo sabía. Acababa de enterarse por un sobrino policía que había visto una lista de arrestos. Ella sólo tenía claro que estaba en manos de la Guardia Republicana.

Ali la dejó llorar mientras se moría de ganas de fumarse otro cigarrillo. No le hacían falta más detalles para saber que el recorrido del muchacho por el sistema sería el habitual: primero se lo llevarían a un centro de detención improvisado donde lo acusarían de traición, luego lo interrogarían sin contemplaciones y el tiempo se convertiría en un bucle infinito cada vez más doloroso. Finalmente, una vez obtenida su confesión, lo mandarían a Saydnaya, donde sería torturado por simple diversión antes de acabar en la horca y en una fosa común (el Ministerio de Vivienda había cedido permanentemente a varios operadores de retroexcavadora para que se encargaran de abrirlas).

Por supuesto, había un par de posibilidades de escape: encontrarse con uno de los pocos agentes de la Mujabarat que fuera un investigador de verdad, capaz de valorar las pruebas, o conocer a alguien con *wasta*, «influencia», que pudiera responder por él. Por esto último estaba allí la señora Ghraoui: sabía que él era general, y muy probablemente también que su hermano Rustum era el poderoso comandante de la Guardia Republicana.

—¡Ayúdeme, general! —pidió embadurnándose de maquillaje las mejillas y la nariz en su intento de enjugarse las lágrimas—. Sólo quiero saber dónde está.

Él ignoraba el motivo de la detención, pero podía adivinarlo: seguro que en su documento de identidad ponía que había nacido en uno de los pueblos al norte de Homs proclamados recientemente califatos por algún emir rebelde. En ese caso, bastaba haber bebido y toparse con un teniente de la Guardia Republicana algo agresivo para acabar deslizándose por el embudo de la detención.

Daba igual. Conocía al chaval desde los cinco años: había sido

compañero de juegos de los gemelos, y no tenía un pelo de yihadista, criminal o insurgente. Y también conocía bien la cárcel que su hermano había improvisado en el estadio: había visto los cuerpos delgados como obleas apretujándose contra las alambradas, oído los ecos de una sinfonía de lamentos en las tuberías del sótano y olido el antiséptico que vertían en el agujero abierto en el centro de la cancha, lleno a rebosar de una materia informe... La cosa es que ni siquiera él tenía tanto poder como para presentarse tan pancho y llevarse al joven. Lo había intentado antes, con el hijo de su médico, pero había tenido que reunirse directamente con Rustum (lo cual, en sí mismo, era como someterse a tortura) y además encontrar al chico, que estaba hecho un eccehomo, encadenado a una cañería en medio de un charco de sangre rancia. Esa noche había tenido que emborracharse para conciliar el sueño.

Se quedó mirando a la señora Ghraoui y luego asintió.

—Lo encontraré, no se preocupe —dijo—. Váyase a casa y la llamaré por teléfono.

La viuda asintió mirando a Layla. Parecía muy cansada y él temió que les pidiera quedarse a dormir, pero por suerte se levantó para irse. Layla la acompañó a la puerta y él regresó a la sala de estar, se encendió un Marlboro y se preguntó si podía esperar a que fuera de día para llamar a Rustum. Decidió actuar: al chico podían trasladarlo en cualquier momento y entonces ya no habría manera de dar con él. Marcó el número. El timbre sonó cuatro veces hasta que se oyó una voz:

—Hola, chiquitín.

Él se mordió la boca por dentro.

—¿Qué tal, hermano?

—Aquí, con un montón de papeles. ¿Qué querías?

—Tienes detenido a un joven que conozco. Me gustaría ir a ver cómo está.

Rustum hizo ruido con los papeles para dejar constancia de su inquietud.

—¿Otra vez, Ali? Tienes que dejar que el sistema judicial haga su trabajo, no podemos intervenir en todos los casos.

Él tuvo ganas de responderle: «Claro, claro; el mismo sistema que encadenó al hijo de mi médico a una cañería de la cárcel por unirse a un grupo de Facebook crítico con el gobierno, ¿no?», pero se mordió la lengua; decir lo que pensaba habría puesto fin a la conversación y condenado al muchacho. Sopesó con cuidado sus palabras:

—El detenido es de buena familia. Layla y yo lo conocemos desde siempre. Yo respondo por él.

—Sigues teniendo mentalidad de detective —repuso Rustum exasperado—; un manto de miedo es útil para mantener todas las cosas en su sitio, pero tú lo rasgas aquí y allá con tus indagaciones. En fin, ya es tarde y estoy cansado. ¿Cómo se llama el chico?

—Gracias, hermano. Se apellida Ghraoui.

—Te llamo en unos minutos, necesito averiguar dónde está y hablar con la persona adecuada. —Hizo una pausa para revolver papeles—. Ah, ¿y has conseguido que el traidor o esa mujer de la CIA te digan qué dispositivo utilizaban para comunicarse?

Aquél había sido el tema de un sinfín de interrogatorios, y Ghazali había confesado que se mantenía en contacto con la CIA a través de páginas web secretas, cosa que él mismo ya sabía porque gracias a eso y a la ayuda de los asesores técnicos iraníes lo habían localizado y posteriormente detenido.

Pero también sabía por qué Rustum se mostraba tan interesado en un posible dispositivo de la CIA: el enlace técnico del Ministerio de Inteligencia y Seguridad de Irán con el que ambos se habían reunido estaba convencido de que, si encontraban ese dichoso aparato, podrían usarlo para desplegar una ciberarma, algo así como el virus Stuxnet de Israel, contra alguna de las plataformas por satélite de la CIA. Eso les permitiría a Damasco y a Teherán leer transmisiones secretas e identificar a más espías.

—Ghazali sigue con la misma versión, la de las páginas web secretas.

—¿Y cuánto lo has presionado?

—Ya sabes, oscuridad, frío y hambre, cortes... pero no ha cambiado de versión, hermano —repuso él—. No me gusta reconocerlo, pero estoy seguro de que no miente.

—¿Y qué ha dicho la agente de la CIA? —preguntó Rustum.

—Sigue negando que sea una espía, no ha dicho nada que tenga el menor valor para nosotros.

—Deberíamos ser más duros con ella.

—El propio presidente ha ordenado que no la toquemos, hermano; al menos de momento, sólo podemos hacerle preguntas.

—Estoy trabajando para que eso cambie, hermanito; me gustaría someterlos a los dos a un interrogatorio de verdad, tanto a la mujer de la CIA como a Ghazali. Ya estamos tardando.

Ali se rascó la cicatriz del cuello y abrió la nevera en busca de algo que picar. Vio una bolsa de zanahorias y, por primera vez desde que había vuelto a casa, se acordó del pulgar izquierdo de Marwan Ghazali y del riesgo que corría al retener a una agente de la CIA por petición del presidente. Cerró la puerta de la nevera sin haber cogido nada.

—¿Y a qué viene este interés tan repentino por encontrar a más espías, hermano? —preguntó.

—Haces demasiadas preguntas, Ali, siempre pareces más un detective que un soldado.

—Pero yo soy quien se dedica a buscar espías. ¿Qué está pasando, Rustum? —insistió.

—Esta vida está llena de preguntas sin respuesta —se limitó a contestar Rustum—. Te digo algo pronto sobre el chaval.

Colgó.

Layla se asomó desde la sala de estar.

—¿Saldrás esta noche?

Ali asintió con la cabeza y ella le dio un beso en la mejilla,

recogió su libro y desapareció en el dormitorio.

El hijo de la vecina estaba en un antiguo almacén recientemente reconvertido en centro de detención. Gracias a Rustum, el capitán a cargo de las instalaciones ya lo estaba esperando y lo acompañó inmediatamente a la celda del joven. El olor al otro lado de la puerta oxidada era indescriptible. Un guardia se apartó y él se asomó al interior, donde se topó con los angustiados ojos de al menos setenta y cinco hombres que se apretujaban en un espacio de las dimensiones de su sala de estar. El capitán gritó: «¡Ghraoui!» y la masa de hombres se apartó poco a poco para dejar pasar a un joven cubierto de sangre.

—Les ordenaré a los guardias que lo saquen mientras usted y yo nos ocupamos del papeleo —añadió con frialdad.

Ya en el despacho, Ali miró los papeles por encima. Según el capitán de guardia, lo habían golpeado y «examinado».

—¿De qué se lo acusa? —preguntó él con los papeles ya firmados.

—De sentimientos contrarios al gobierno.

—¿Y eso qué quiere decir, capitán?

El oficial se puso las manos en la espalda.

—Le faltó al respeto a uno de nuestros hombres.

—Ya — dijo Ali—. ¿Había bebido?

—Sí.

—¿Pensaba soltarlo después del escarmiento? —preguntó Ali.

El capitán no respondió.

—¿Qué es esto de que lo han «examinado»?

El capitán esbozó una sonrisa.

—Lo hemos sometido a un examen de cuerpo entero para comprobar que no llevara ninguna arma... simplemente por precaución.

De una habitación del fondo salió un coronel de la Guardia Republicana que llevaba por los hombros al muchacho, con la

cara entre negra y azul y enrojecida por las lágrimas. De repente todo olía a heces.

—Se ha cagado encima durante el examen —explicó el coronel encogiéndose de hombros.

Señaló la cara hinchada del muchacho como si desvelase un cuadro, y lo cogió del cuello de la camisa para obligarlo a mirarlo a los ojos.

—Si volvemos a verte por aquí, no tendrás tanta suerte, ¿te queda claro?

El joven asintió.

—Todo suyo —dijo el coronel empujándolo hacia delante.

El chico se derrumbó en el suelo.

Ali lo condujo en coche a casa dejando las ventanillas abiertas. No hablaron hasta que estuvieron aparcados en la acera.

—Di que te robaron y te golpearon —le indicó—. Y no vuelvas nunca al lugar donde te detuvieron.

El muchacho asintió mirando el suelo: el sistema ya tenía otra víctima.

—Yo no le contaré nada a nadie —añadió él.

El chico apoyó la cabeza en el salpicadero y rompió a llorar.

Al día siguiente, Rustum y Basil Majluf, su lugarteniente favorito, llegaron muy temprano a la oficina de Ali en el Departamento de Seguridad. Llevaban unos papeles con el sello del presidente, el halcón de Quraish, estampado en cera. Ali leyó las primeras líneas: «Por decreto presidencial, y en cumplimiento de los poderes otorgados por la Ley de Emergencia de 1963, en adelante la investigación sobre el traidor Marwan Ghazali será transferida con carácter inmediato del Departamento de Seguridad a la Guardia Republicana.» Dejó caer el documento en el escritorio, apartó unos papeles para poder sentarse y encendió un cigarrillo sin ofrecerles uno a sus visitantes.

Basil, el verdugo a sueldo de Rustum (y el hermano menor que

Ali jamás podría ser), era un hombre nervudo de piel clara y cenicienta. Su poblado bigote a lo Sadam Huseín, por el que se pasaba a menudo la lengua (probablemente sin darse cuenta), contrastaba con una alopecia galopante. Tenía unos pies gigantescos, desproporcionados para el resto de su cuerpo, pero lo que de verdad lo distinguía era el color de agua sucia de sus ojos y su voz grave y rasposa. Lo primero evidenciaba el vacío de su alma, lo segundo era el resultado de una tráquea destrozada por los Hermanos Musulmanes en el trascurso de la última rebelión, en el invierno de 1982.

Rustum delegaba en él las tareas más delicadas. Oficialmente, estaba al frente de la Dirección de Misiles y Cohetes de la Guardia Republicana, así que era el responsable de todas las armas estratégicas del arsenal de Al-Ásad. Ali le había ordenado a Kanaan que robara sus informes psicológicos del archivo. «Es proclive a las fugas», había escrito el especialista. «Hay períodos en los que se disocia de su entorno, quizá porque revive hechos traumáticos. A menudo habla de la ciudad de Hama como si estuviera allí, y se refiere a sí mismo en tercera persona y con el apodo de *Comanche*, palabra que pronuncia en inglés. Al parecer se trata de una tribu nativa estadounidense.»

Al contrario del psicólogo, Ali sabía que el apodo había nacido en Hama en el invierno del ochenta y dos. De hecho, lo sabía todo el mundo en el régimen.

—Basil —le dijo—, me alegro de ver que tienes tiempo de hacer un pequeño paréntesis en la gestión de nuestro arsenal de misiles y cohetes para ocuparte de un interrogatorio de escasa importancia. Eres lo que se dice un hombre del Renacimiento.

—Doy importancia al toque personal —gruñó Basil sin esbozar siquiera una sonrisa sardónica. Había colocado una silla al lado del escritorio y se había sentado.

—¿Tenéis un furgón de transporte para llevaros al prisionero o queréis que solicite uno?

Rustum, que se había acercado a la ventana, repuso sonriente:

—Hemos pensado en interrogarlo aquí.

—Danos una sala que tenga desagüe en el medio —pidió Basil —, no quiero dejároslo todo perdido.

—Hermano, esto no es lo que... —empezó a decir él.

Rustum lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Ahora la investigación es de mi competencia, hermanito. Haz que lleven a Ghazali a la sala grande de interrogatorios y comprueba que Basil tenga lo que necesite.

—Y trae a Valerie Owens —agregó Basil—, también quiero hacerle unas cuantas preguntas a ella. —Y se relamió el bigote.

6

Sam fue directamente desde el aeropuerto Charles de Gaulle a la Estación París sin haber dormido ni un minuto. Había viajado en clase turista, embutido entre un recio habitante de Montana y un niño al que le pareció divertido pincharle el brazo con un dedo durante todo el viaje. Para colmo, el sistema de entretenimiento del avión no servía.

El taxi lo dejó en la embajada, una mansión de color crema situada en una frondosa esquina de la place de la Concorde. Era muy temprano, pero aun así tuvo que formarse en una larga cola para que le validaran la acreditación y el pasaporte negro. Se moría de ganas de ducharse con agua muy caliente y dormir un poco en el hotel, pero antes tenía que entrar en la red de la Agencia para comprobar si no había recibido algún mensaje relacionado con la operación de captación de Haddad durante la noche.

Una agente de apoyo se reunió con él en cuanto superó la cola y el trámite y lo acompañó hasta el tercer piso por una escalera de mármol que se retorcía sobre sí misma. Allí tuvo que depositar su móvil en una casilla y accedió al interior acorazado de la Estación, cuya puerta abrió la agente con un código.

—Ventanas, ¿eh? —comentó de repente mirando la espaciosa sala.

—En Europa, nuestras estaciones tienen ventanas —repuso la agente—. Ah, y café del bueno —agregó señalando un rincón donde había una pequeña cocina.

Sam fue a buscar un pack de asignación temporal, lo enchufó a un ordenador y empezó a leer los cables. Por suerte, le habían mandado la confirmación de que el equipo de vigilancia BANDITO

ya estaba en París. Se encontrarían por la tarde para empezar con los ensayos. Estudió unos cuantos mapas donde aparecía el hotel en el que se alojaba la delegación siria, así como sus rutas más probables hacia la reunión. Luego volvió a fijarse en la única foto de Mariam Haddad con la que contaba la CIA: se la habían hecho para su identificación del Palacio y constaba en un directorio digital que un ladrón de documentos de la CIA había copiado entero.

—Ése es un avance significativo —dijo una voz detrás de él.

Al volverse, se encontró con un sonriente Peter Shipley, el jefe de la Estación París. No se conocían en persona, pero él estaba al corriente de su reputación y también de su amistad con Ed Bradley. Había sido jefe en Kabul durante los primeros tiempos de la guerra en Afganistán y había salvado al presidente del país de un intento de asesinato en una de sus reuniones. A consecuencia de los típicos problemas conyugales de los agentes instructores, su mujer, francesa de nacimiento, había vuelto con sus hijos a París, y Shipley había solicitado que lo asignasen a la capital francesa para estar cerca de su familia y tratar de devolver las aguas a su cauce.

—Me alegro de verlo, jefe —dijo Sam dándole la mano.

Le complació notar que Shipley se tomaba el café solo.

—Es el objetivo de captación sirio, ¿verdad?

—Sí, una funcionaria del Palacio llamada Mariam Haddad. No hay muchas probabilidades. Yo diría que llevamos casi dos años sin reclutar a ningún sirio.

—Pero lo intentamos, ¿no? —Shipley señaló con la cabeza en dirección a su despacho—. Han llegado noticias de Damasco: la NSA ha averiguado el teléfono fijo del despacho de Ali Hasán.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Bradley acaba de dar el visto bueno a la operación y Procter llamará aquí en unos minutos. Ha pedido que estuvieras presente.

Ya en el despacho del jefe, Sam contempló la place de la

Concorde por la ventana mientras Shipley marcaba un número. Se oyó la inconfundible voz de Procter.

—Peter. —Se conocían de Afganistán—. ¿Está Sam Joseph contigo?

—Sí, Artemis, lo tengo aquí, recién bajado del avión. Y se le nota.

Shipley le indicó por señas que se sentara delante de la mesa y le dio un papel: era la impresión de un cable de la NSA a la Estación Damasco con el número de teléfono.

—Vamos a intentarlo ahora mismo porque en Damasco ya es casi la hora de comer —dijo Procter—. Le he pedido a uno de los técnicos de la Estación que trastee con el origen de la llamada: si Hasán tiene servicio de identificación parecerá que lo llaman desde otro teléfono del Palacio. Usaremos uno de esos sistemas friquis para que mi voz parezca de hombre. Si la cago con el árabe intervienes tú, Sam. Sonaremos todos igual, ¿no, Stapp?

—Sí, jefe —repuso Stapp, el técnico de comunicaciones—. Esto está configurado como una llamada normal, pero todo lo que digamos pasará por un modulador y sonará como una voz grave de hombre.

—El guión lo tenéis adjunto al cable —dijo Procter.

—En este cable no hay ningún adjunto, Artemis —repuso Shipley—. ¿De qué guión me estás hablando?

Procter no respondió: ya se oían tonos de llamada.

Sonó cinco veces.

—Aquí el general Ali Hasán —dijo una voz en árabe.

—Óigame bien, general —dijo Procter en el mismo idioma—, lo avisaremos una sola vez...

En el régimen sirio era imposible medrar sin ser un paranoico, y hasta cierto punto lo eran todos los burócratas; incluso a los que parecían mejor adaptados y más relajados los corroía el miedo de que algún rival los sustituyera, de que llamaran de noche a su

puerta, de que sus esposas e hijos recibieran amenazas... Ali no se consideraba especialmente paranoico por grabar todas las llamadas que recibía en el teléfono de su despacho: era un asunto de prudencia y protección, aunque sabía que la línea estaba pinchada por la inteligencia de las Fuerzas Aéreas. Lo había averiguado (ironías del destino) simplemente porque su gente también controlaba varios de sus teléfonos. Al medio segundo de ponerse, nada más oír la voz grave y robótica, encendió la grabadora.

Había estudiado inglés unos meses en Moscú; no con los mejores profesores, como habría sido el primero en reconocer, pero había ganado cierta familiaridad con el idioma y se consideraba capaz de entenderlo. La llamada que acababa de recibir (o que acababan de colarle, mejor dicho) había sido principalmente en árabe, pero con algunas frases en un inglés coloquial que se le escapaba. En los años noventa, cuando las negociaciones de paz entre Siria e Israel habían creado una atmósfera de buena voluntad entre los gobiernos sirio y estadounidense, la familia de Kanaan había aprovechado para mandarlo a estudiar a la Universidad de Dakota del Norte. Volvió hablando el idioma con soltura, aunque con un acento que no sonaba parecido a ninguno de los que Ali habría podido identificar.

Paró la reproducción y se apartó de la mesa para estornudar, luego encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. Kanaan estaba sentado delante, y había puesto cara de encontrarle un punto gracioso a la llamada, pero luego se había quedado pensativo y con la mirada perdida, como calibrando sus implicaciones. Asomado a la ventana, Ali consumió el cigarrillo en silencio. Un helicóptero iba y venía sobre Duma. Vio desprenderse algo del aparato (probablemente una bomba de barril) y caer hacia el suelo. Se apartó de la ventana.

—Ponla otra vez —dijo—, quiero volver a oírla.

—¿Quién es?

—Eso da igual, general.

—¿Quién es?

—Da igual. Sabemos que tiene retenida a Valerie Owens. Queremos que la suelte hoy mismo y la lleve a la embajada de Estados Unidos.

—¿Quién es?

—Ya le he dicho que no importa. Simplemente queremos dejarle claro que sabemos que Valerie Owens está en el Departamento de Seguridad, así que, por lo

que a nosotros respecta, será usted quien responda de

su integridad.

(*Ruido de encendedor.)*

—¿Sigue ahí, general?

—No conozco a ninguna Valerie Owens. ¿Son de la CIA?

—Sabía que iba a decir eso. Hay que ser soplapollas...

—Ponlo en pausa —dijo Ali mirando a Kanaan, que tragó saliva—. ¿Qué significa lo último que ha dicho, la palabra que termina con *«bag»*: «bolsa»?

El otro entornó los ojos, pensativo.

—Ha dicho *«douchebag»*, una palabra coloquial que se usa para referirse a alguien que es estúpido y no parece darse cuenta.

—¿Y qué tiene que ver con *«bag»*?

—La primera parte de la palabra, *«douche»*, alude a la higiene íntima de las mujeres o a los productos dirigidos a tal fin.

—Y venían en una bolsa, ¿no?

—Sí.

Ali frunció el ceño.

—Ponlo otra vez en marcha.

—Es de la CIA, ¿verdad? Le diré al presidente que han llamado.

—¿No me ha entendido? Responde usted personalmente de su seguridad; más le vale soltarla.

—Ya le he dicho que no sé de quién me habla. Adiós. —No cuelgue...

(Murmullos y gritos ininteligibles.) Responde usted de su seguridad... y, como le pase algo, me encargaré personalmente de usted, Ali. Como le toque un pelo, un solo pelo, le arranco los huevos y se los hago comer, y lue...

(Ruido del auricular al colgar.)

—Sospecho que la última parte está toda en inglés porque quien sea que haya llamado se ha enfadado mucho —explicó Ali —. He entendido que me pedía que no colgase, pero el resto se me ha escapado: hablaba muy deprisa.

Kanaan se lo resumió.

—¿Mis propios cojones? ¿En serio ha dicho eso?

El otro asintió con la cabeza.

—¿Y lo del pelo de la detenida?

—Es una expresión que significa que, si le hacemos daño, por poco que sea, nos lo harán pagar. «Si le tocamos un solo pelo...» —citó mientras se estiraba un mechón.

Ali volvió a fruncir el ceño y se levantó para coger de la mesa otro Marlboro que encendió delante de la ventana.

—Gracias, ya te puedes ir.

Kanaan se paró en la puerta.

—General, ha llamado un ayudante de su hermano preguntando cuándo estará acabado el informe final sobre la mujer de la CIA. Ha dicho que su hermano espera recibir su copia hoy mismo.

Él asintió con la cabeza.

—Déjame leerlo una vez más. No te vayas.

Cogió el breve informe con la descripción de lo que había sucedido dos días antes en su sala de interrogatorio que había preparado para el presidente. Rustum y él habían discutido mucho sobre cuál de los dos debía redactarlo, pero el Comanche había facilitado la decisión al ponerle un cuchillo en la garganta a Kanaan. «Escríbelo tú, hermanito», había dicho Rustum.

Abrió la carpeta y releyó el texto. Después se puso a mirar la

foto de la segunda página.

Le hizo una seña a Kanaan de que se acercara y le tendió la carpeta.

—Haz copias y envíalas, nos quedaremos con el original.

Cumplida la orden, Kanaan regresó al despacho con la carpeta.

El general la cogió y bajó al sótano. Allí, encendió un cigarrillo y se dirigió en medio de la oscuridad a un archivador determinado. Como cualquier alto cargo del régimen, tenía una caja fuerte en su despacho, pero era lo primero que registraban en cualquier redada política o anticorrupción. Tampoco su casa era un lugar seguro, y no tenía bastantes contactos en el extranjero para tener una caja de seguridad en Suiza, al menos de momento. Por eso usaba los archivadores del Ministerio de Agricultura como caja fuerte. Dejó la foto en una carpeta marcada como: «Nivel del agua en el lago al-Ásad. Informes y análisis, 1988-1992», junto con el vídeo del interrogatorio, y cerró el archivador.

Al volver a su despacho encendió otro cigarrillo y llamó a su casa mirando su reloj.

—*Habibti*, ¿ya habéis comido tú y los niños?

Ya en casa, lanzó a Sami sobre el nido de almohadas de la cama y el niño gritó de alegría al volar por los aires. A continuación, aullando como un lobo, persiguió a Basam hasta el comedor y lo pilló cerca de la cocina, donde Layla estaba preparando la cena aunque ya no fueran horas. Levantándolo en brazos, le puso la boca en la barriga haciendo un ruido de pedorreta entre las carcajadas del chiquillo. De pronto sintió que Sami lo cogía por las piernas y se subía a sus zapatos para caminar sobre ellos. Se desplomaron en el sofá.

Sami volvió a la carga, se puso a sus espaldas y le tapó los ojos con sus manitas pringosas mientras le preguntaba: «¿Quién soy,

papá; quién soy?»

Él echó los brazos atrás y le alborotó el pelo, luego lo atrajo hacia delante y le hizo cosquillas en su barriga de bebé crecido hasta que el niño se dejó caer en el sofá entre chillidos de felicidad.

Persiguió a Basam hasta el cuarto que compartía con su hermano mellizo y, tras darle caza, se lo cargó en un hombro para dejarlo otra vez en el salón, al lado de su hermano. Los dos niños se pusieron a dar saltos encima del sofá y él se fue a la cocina para ayudar a Layla a acabar de hacer la cena.

—Qué maravillosa sorpresa tenerte tan temprano en casa —dijo ella.

Él se quedó en la puerta sin contestar, mirándola cortar pimientos limpiamente, clavando la hoja del cuchillo en la tabla. Troceó muy deprisa uno de color naranja y con uno verde: clac, clac, clac, sonaba la madera... Puso los trozos de pimiento en los platos de los niños y al lado unas cucharadas de hummus.

—Te prepararé un plato para que te lo comas antes de volver a la oficina.

Cogió otro pimiento naranja del paquete y se puso a trocearlo. Finalmente, tras cortar el rabillo de un tajo, dejó a un lado el cuchillo con un gesto teatral.

Ali le sonrió apoyado en el marco de la puerta. Ella le dio dos platos y él los dejó en la mesa de la cocina. Fue a coger dos tacitas de *Toy Story* para llenarlas de agua y, cuando estaba delante del fregadero, Layla lo abrazó por detrás.

—Me alegro de tenerte en casa.

Le dio un beso en el cuello mientras él sentía cómo su melena se le deslizaba por el hombro.

«Como le toque un pelo, un solo pelo...»

La primera taza rebosó mojándole los dedos temblorosos. Soltó una maldición en voz baja y, tras vaciarla un poco, se secó las manos.

—¿Estás bien? —preguntó su esposa.

—Pues claro que sí, *habibti*.
Se dio la vuelta y le dio un beso en la frente.
—¡Ya está la cena, niños! —gritó hacia la sala de estar.

SEGUNDA PARTE

La captación

7

La operación de contravigilancia en torno a Mariam Haddad se gestó a lo largo de dos días en la sala de estar de un piso franco de la Estación París, cerca de la place des Vosges, en el estiloso barrio del Marais. Sam, acostumbrado a las propiedades de la División NE, mucho más sórdidas, descubrió con sorpresa un elegante *pied-à-terre* situado en la quinta planta de un edificio de piedra de color crema al que se accedía por una puerta de madera maciza. Las ventanas daban a la plaza, y la vista estaba dominada por tejados y chimeneas que formaban un dosel de tonos ocres, ámbar y pizarra. En ese momento, sin embargo, el elegante salón estaba lleno de mapas, imágenes aéreas, cajas de pizza y envases vacíos de comida china.

De noche recorrían las distintas rutas posibles y ensayaban el baile turnándose el papel del coreógrafo: el miembro del equipo que mantendría vigilada a Mariam. Los BANDITO (los trillizos Kasab) se habían ganado su criptónimo llevando a cabo operaciones similares en las calles de Beirut para averiguar si Hezbolá vigilaba a los activos de la Estación de la CIA, así que tenían bastante experiencia. Por suerte para todos, Francia no había invertido tanto en cámaras de seguridad como el Reino Unido; de hecho, habían hecho un montón de recortes que derivaron en la cancelación de cualquier tipo de vigilancia interna que no estuviera relacionada con el contraterrorismo, así que las probabilidades de que los franceses los molestaran eran escasas.

—Venga, Sam —dijo Rami—, que toda esta operación... en el fondo es como unas vacaciones en París.

Los tres hermanos acababan de estudiar una foto por satélite

de la zona adyacente al hotel de la delegación Siria mientras esperaban a que se enfriaran sus respectivas raciones de pato a la pekinesa.

Sam se rió.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Rami.

Los tres hermanos lo miraron a la vez.

—Aunque físicamente no parezcáis hermanos, tenéis los mismos tics —repuso él.

«¿Unos trillizos haciendo vigilancia?», le había preguntado Bradley cuando él le propuso reclutarlos. «¡Pero si la clave de una operación de vigilancia es pasar desapercibido, no triplicar las posibilidades de que te reconozcan!» En el siguiente cable, él había adjuntado fotos para tranquilizarlo: Rami era bajito y mofletudo; Yusuf, alto y espigado; Elias, ni lo uno ni lo otro.

Rami se llevó un trozo de pato a la boca y puso los ojos en blanco.

—Mirad, chicos —dijo Sam—, para vosotros puede que sean unas vacaciones, pero yo tengo que entrarle a una mujer siria por la calle.

Se podía decir que la fase de captación (no en frío en este caso, puesto que la CIA ya contaba con información sobre Haddad) era la parte más difícil de las operaciones de captación, y la de desenlace más incierto. Sam abordaría a Haddad en plena calle e intentaría concertar en cuestión de segundos otro encuentro en un entorno más discreto. La CIA nunca estaba segura de cómo reaccionaría el objetivo. A un agente conocido de Sam, un ruso del GRU al que acababa de abordar lo había tirado por la boca del metro en Estambul. Desde entonces, les recomendaba a los otros que captaran a sus objetivos en un lugar sin desniveles.

—Aquí mejor que no —pidió Sam señalando en el mapa una escalera de piedra que bajaba al Sena a pocas manzanas del hotel de Mariam y que uno de los hermanos había rodeado en rojo con rotulador.

Junto con una espléndida luz primaveral, la mañana trajo consigo la monotonía de la espera, primer paso imprescindible, y también el más soporífero, en cualquier operación de vigilancia. Cuando al fin se abrió la puerta del hotel de Mariam Haddad, Sam, que ya se había metido dos cafés entre pecho y espalda, estaba inquieto. Haddad salió a la calle justo al lado de la rue de Rivoli, abarrotada de tiendas y boutiques de lujo y cafés de ambiente relajado con toldos hacia la calle.

—Ya ha salido —dijo Sam por un auricular de botón que emitía una señal encriptada.

Se acabó su tercera taza de café en la panadería de enfrente, dio un último mordisco a su *pain au chocolat* y se levantó dejando calderilla apilada en la mesa: era hora de empezar el baile. ¿La seguirían los sirios de cerca todo el día? ¿La mantendrían siempre rodeada por si acaso? ¿Intentaría reclutarla la gente de La Piscine (la Dirección General de Seguridad Exterior de Francia) o del servicio exterior francés? Pronto sabría la respuesta, al final de un día de seguimiento a pie de calle.

—Recibido —dijeron los trillizos al unísono, apostados en diversas arterias del barrio para poder interceptar a Haddad por cualquier derrotero que tomase.

—Lleva ropa de deporte. Tiene pinta de que ha salido a correr —explicó Sam—, hemos tenido suerte.

Si era para correr, casi seguro que seguiría un itinerario que no conocía nadie más que ella, lo cual obligaría a cualquier posible equipo de vigilancia hostil a depender de sus activos móviles (gente, coches, motos) a la hora de seguirla, dejando pistas para él y los BANDITO. En territorio extranjero, a él y a su equipo les habría resultado difícil detectar posiciones fijas (coches aparcados, cámaras instaladas de antemano, gente en bares), mientras que los equipos móviles se moverían, claro, y el movimiento se podía detectar.

Mariam se quedó un momento delante del hotel, respirando el

aire de la primavera mientras hacía sus estiramientos.

Seguía pareciéndose a la única fotografía que la CIA tenía en su poder. Al igual que había hecho con la foto, él se quedó mirándola un poco más de lo profesionalmente necesario. Mariam tenía una melena castaña que le llegaba a media espalda, pómulos altos y una nariz redondeada, natural: no parecía haber recurrido a la cirugía plástica, tan común entre las sirias de clase alta.

Se hizo una coleta y miró a su alrededor como si aún no supiera hacia dónde salir.

Desmarcándose de las costumbres parisinas, un ejecutivo joven que pasaba al lado le sonrió y ella le respondió con una sonrisa que sacó a relucir sus bonitos dientes y los hoyuelos de sus mejillas.

Salió corriendo a paso regular hacia las Tullerías.

—Va hacia donde estás tú, Rami: hacia el sur por Castiglione —informó Sam, y fue a recoger la Vespa de alquiler que había dejado aparcada en la acera.

—Recibido, voy para el cruce —repuso el otro.

Rami marcaría su itinerario y la seguiría, o bien lo orientaría en la dirección correcta a él o a alguno de sus hermanos. Tenían que seguirla, pero sin asustarla, lo cual suponía relevarse cada poco tiempo para pasar desapercibidos.

Fue en Vespa hasta la place de la Concorde, donde ocuparía el puesto de Rami. Dejó atrás el obelisco central de la plaza y, cerca del puente sobre el Sena, le tocó un semáforo en rojo.

—Oye, Sam, que... esto... no es el típico objetivo a vigilar —dijo Rami—. Es realmente... cómo se dice...

—¿Guapa? —preguntó él.

Yusuf soltó una risita por la radio.

—Iba a decir «pechugona» —aclaró Rami.

—Más o menos como aquel objetivo al que vigilamos en Estambul —comentó Sam—, con la diferencia de que en este caso es una mujer, no un general saudí, y que aparenta bastante

menos de ciento treinta kilos; consideraos afortunados.

—Está cortando hacia el río por el parque —dijo Rami sin aliento—. Un tío más joven, de más de metro ochenta, con camiseta y shorts negros de correr va tras ella. No creo que sea nada, pero tiene pinta de levantino.

—Recibido —respondieron todos.

—Rami, aún estoy en la Concorde, delante de un semáforo en rojo —dijo Sam—, ¿podrías meterte todo lo que puedas por el parque para ver hacia dónde gira cuando llegue al río?

—Sí —respondió Rami respirando con fuerza. Sam esperó un momento—. Va hacia ti. Aún le va detrás el de antes, como a veinte metros.

Un solo giro: nada de que preocuparse. La contravigilancia requería su tiempo. Dos horas no eran concluyentes; diez, en cambio... doce... todo un día... entonces normalmente sí que tenías certezas. El semáforo seguía en rojo y él se metió un chicle en la boca. Observar lo ponía nervioso. Tenía a cinco coches delante hasta el paso de peatones. Vio a Mariam cruzar deprisa. El otro corredor no le quitaba la vista de encima.

Pasaba algo raro. Torció a la derecha para seguir el río, que fluía más abajo. Desde la calzada no alcanzaba a ver a Haddad. Oyó el silbato de uno de los *bateaux mouche* que recorrían el Sena y siguió adelante mientras una bandada de palomas se dispersaba sobre su cabeza.

Quería ver con más detenimiento a ese tipo cuya presencia le provocaba un hormigueo en el cuello. Ya en la Granja tenía esa sensación cuando detectaba a alguien que seguía de cerca a alguien más: hacía falta ser muy hábil para seguir durante mucho tiempo a una persona sin hacerse notar, y tarde o temprano casi cualquiera llamaba la atención incluso ante quienes no tenían formación en vigilancia y contravigilancia. En todo caso, la DGSE francesa no habría echado mano de alguien tan llamativo como ese hombre. Pedaleó más deprisa y, al llegar a la siguiente escalera que bajaba al paseo peatonal del río, dejó

la bicicleta en la acera.

—Voy a seguirla a pie —dijo por el pinganillo.

Bajó corriendo y apareció cuarenta metros por detrás del tipo que seguía a Haddad. Se apresuró a ir tras él. Ya podía fijarse en algunos detalles: velocidad, ángulo de visión, signos sutiles de un auricular como el suyo. Ella apretó el paso: no se le acababan nunca las pilas. A él, en cambio, se le empezaban a pegar los vaqueros y la camiseta a causa del sudor. Sabía que no podría seguir corriendo mucho tiempo sin llamar la atención.

—Nada, que el tío no se aparta de ella —dijo—. Voy a subir otra vez a la calle para seguirla desde arriba. Yusuf, si me desvío, síguelos tú.

—Recibido.

En el próximo puente, subió por la escalera de piedra que lo llevó a un frondoso parque lleno de botellas de cristal y colillas. Corrió junto al río esquivando grupos de transeúntes y parisinos con perros cuyas correas se le cruzaban en el camino. Saltó por encima de una, sobresaltando al dueño, un señor mayor con un bulldog rechoncho.

Al llegar al puente del Alma le pareció que había encontrado la respuesta: el corredor de negro subió los escalones por detrás de Haddad y, al llegar arriba, cruzó unas palabras con otro joven vestido con ropa de deporte. Entonces, el segundo corredor, con shorts rojos y holgados, salió en pos del objetivo por el mismo camino.

—La tienen vigilada, chicos —dijo él—, el corredor acaba de entregarle el relevo a un par de piernas frescas.

Una vez seguros de que Mariam estaba vigilada, el siguiente paso de Sam y los BANDITO fue averiguar la identidad de quienes la seguían. Apartándose de ella, se centraron en los tipos, y pronto descubrieron que eran tres, todos sirios o libaneses, según el dictamen unánime de los BANDITO: los dos más jóvenes y

deportistas y otro mayor y más corpulento («sirio, seguro», dijo Elias; «tiene la típica pinta de la Mujabarat, sensibilidad de troglodita y bigote del año de la castaña») que se delató al comunicarse con el de los shorts rojos desde el escaparate de una librería mediante una tosca señal con la mano.

Los vigilantes sirios siguieron a Haddad hasta que volvió a su hotel y, al cabo de un rato, reaparecieron para acompañarla desde lejos en sus compras por las Galeries Lafayette. En ningún momento trataron de detectar vigilancia ni de ponerla en evidencia.

El seguimiento se prolongó hasta que Mariam Haddad se unió a sus compañeros del Palacio para una cena en la rue Saint-Honoré y llegó sana y salva a su habitación de hotel. Entonces, Sam y los BANDITO se fueron a dar el parte desde el piso franco del Marais, a cuya elegancia Yusuf quiso rendir homenaje con dos pizzas de pepperoni de Pizza Hut y doce botellas de cerveza francesa barata.

Sam puso mala cara.

—¡Pero qué haces, tío! ¿Estamos en la capital gastronómica del mundo y quieres que nos comamos esta mierda? Llevamos dos días sin meternos nada decente en la boca.

Yusuf se encogió de hombros.

—Vigilar equivale a comer Pizza Hut.

—«Más vale malo conocido...» —recitó Elias.

Tras poner la pizza en la mesa de centro (comprada en el *marché aux puces* por un activo de apoyo de la Estación París con buen ojo para el *vintage chic*) se dieron cuenta de que no había ningún abridor en la casa, cosa que no habían notado hasta entonces debido a su costumbre de no beber mientras planeaban las operaciones.

—Es increíble —comentó Sam.

Les pidió un mechero, pero tampoco tenían, de modo que fue a buscar un cuchillo de cocina para intentar quitar las chapas,

pero éste se rompió. Al final, consiguieron abrir las cervezas apoyando la botella en el canto de la mesa y dando un golpe seco, aunque la mesa quedó descascarillada. Sam barrió con la mano trozos de teca y se bebió un buen trago.

—¿Serían espías franceses? —preguntó Rami cuando salió el tema.

—No lo veo muy probable —contestó Sam—. Los franceses no son tan chapuceros. Tienen que ser sirios.

Cogió un trozo de pizza, pero al llevárselo a la boca se dio cuenta de que seguía unido al resto por un hilo de queso de más de un palmo.

—¿En serio queréis que me coma esto? ¿No podéis conseguir nada mejor?

El equipo sirio complicaba la operación: tenía que abordar a Mariam en privado, y en la calle sería imposible. Podía tratar de aprovechar algún descuido, pero sería arriesgado: si la veían hablar en la calle con un estadounidense, por muy casualmente que fuese, cabía la posibilidad de que se hicieran preguntas. La pondría en peligro. No, necesitaba unos minutos con ella en un sitio donde fuera normal intercambiar cuatro palabras con un yanqui.

Optó por ir a la Estación París para leer el SIGINT (la inteligencia de señales) de la operación y reformular el plan. Una técnica de nombre Lisa, cedida temporalmente por la NSA, recopiló las grabaciones pertinentes: unas cuantas llamadas de Bouthaina Najjar a un amante no identificado («probablemente prefieras saltártelas, son bastante explícitas», dijo ella sonrojándose) y una llamada entre Mariam Haddad y su padre. Sam descubrió que le gustaba oír su cantinela en árabe y su risa. Cuando hablaron de los enfrentamientos en Alepo (la técnica apostilló: «el Tercer Cuerpo está destinado en Alepo desde octubre») Mariam se puso tensa y su padre, más callado y

evasivo.

—Apaga eso —le dijo Sam bruscamente—, mejor que quede entre ellos.

La técnica detuvo la grabación.

—¿Tenemos algo sobre los planes de la delegación? —preguntó Sam.

—Sí, una cosa... —contestó ella, y volvió a ponerse delante del ordenador para abrir un breve informe de la NSA fechado seis días antes. Era una conversación interceptada entre el embajador francés en Damasco y el viceministro de Exteriores francés en la que el primero sugería que, pese a las posibles reacciones de la opinión pública, podía resultar beneficioso para la relación con Bouthaina organizar algún evento social. El viceministro se mostraba de acuerdo, pero a condición de no asistir, y el embajador lo advertía de que sería importante que estuvieran representados varios socios extranjeros, en particular los estadounidenses, dicho lo cual colgaba bruscamente.

Sam cogió el papel y se dispuso a entrar en el despacho de Peter Shipley, pero tuvo que esperar un buen rato en la puerta a que concluyera una tensa conversación telefónica entre el jefe y su ex mujer sobre un examen de matemáticas de su hijo. No era el mejor momento para echar leña al fuego; sin embargo, no tenía elección: ese acto diplomático sería su mejor oportunidad para abordar a Haddad. Al oír que Shipley colgaba, llamó a la puerta, el jefe le hizo señas de que pasara y se puso unas gafas de lectura para echar un vistazo al informe. Al cabo de unos segundos, estampó el papel en la mesa.

—¡Maldita sea! —Se apoyó en el respaldo metiendo el pulgar en su tirante izquierdo—. La embajada siempre nos esconde estas cosas. ¿Estás seguro de que la vigilan?

Sam asintió con la cabeza.

—Sal un momento, que la cosa se va a poner fea.

Él se sentó tres minutos fuera del despacho, en un sofá verde con pelusa, mientras Shipley llamaba por teléfono al embajador

de Estados Unidos en Francia, alto cargo de una farmacéutica, donante de primera al partido y acaparador de información útil. Se le escaparon los detalles, pero no el tono de la conversación. Los gritos empezaron al primer minuto y fueron aumentando a lo largo del segundo; en el tercero, el hervor cedió su lugar a una sucesión de palabras sibilantes. El final estuvo marcado por el impacto de un teléfono seguro con una mesa y la frase «cabrón de mierda» pronunciada sin ninguna ambigüedad por el jefe de la Estación París.

Al abrir la puerta, Shipley aún estaba rojo de rabia, pero en su expresión hostil se abrió paso una sonrisa irónica que no le pasó desapercibida.

—Te he conseguido una invitación para mañana por la noche en el Palais Louis Philippe. A las ocho. Ponte elegante.

Lo que distinguía a los captadores (*rara avis* donde las hubiera) del resto de los agentes era su habilidad para reconocer a las personas con acceso a los lugares indicados, consolidar su relación con ellas y lograr que accediesen a trabajar para la CIA. Aun así, en la mayoría de los casos se necesitaban meses, y hasta años, para captar a alguien. Sam, sin embargo, lo había conseguido quince veces en sus diez años de servicio, muchas más que ningún otro miembro de su promoción. Conocía a la gente, entendía sus reacciones y sabía interpretarlas. Había dado coba a príncipes saudíes, agentes de la Mujabarat egipcia, jugadores itinerantes en Las Vegas y sindicalistas en la harinera de su Minnesota natal. Para él, captar activos era como un deporte.

Para encuentros oficiales y públicos como el que tenía por delante, la Granja prescribía un esquema en tres partes: entablar conversación, obtener toda la información posible sobre el objetivo (sin levantar sospechas) y organizar un nuevo encuentro en circunstancias más privadas. Al final, todo se

reducía a la química: disponía de una sola velada para encarrilar el proceso. Si congeniaban, tal vez Haddad accediese a que se vieran al día siguiente; si no, sería el final.

Patridge, una de las asesoras políticas del Departamento de Estado en la embajada, mostró su invitación y la de Sam en la entrada de un edificio palaciego situado en el Quai d'Orsay, a pocas manzanas del Ministerio de Asuntos Exteriores. Fuera, una veintena de manifestantes hacían ondear la bandera con tres estrellas de los rebeldes sirios y mostraban un conjunto heterogéneo de pancartas. En la acera había una brigada de gendarmes cruzados de brazos, apuntando al suelo con sus ametralladoras mientras sus radios emitían un chisporroteo de estática. Llegados a la puerta, que era enorme, un empleado con esmoquin los invitó a pasar con un ademán del brazo. Luego, Patridge desapareció entre los asistentes sin mediar palabra.

La sala estaba decorada como para un cóctel de una gran empresa: mucho espacio, paredes revestidas de madera, lámparas de araña, dos barras y una mesa cubierta de entrantes. Después de agenciarse un pincho de pollo con especias, Sam se sentó solo en una de las sillas altas para tomar el pulso de la sala. En el tiempo que tardó en comerse el pincho se dio cuenta de que la gente se agrupaba por países, con muy poca conversación entre los grupos. Se tocó varias veces la corbata.

Descubrió a Marian Haddad intentando zafarse de una conversación con un diplomático bajo y fornido cuyo origen él situó con claridad al este del Telón de Acero. Sonrió al observar su incomodidad, sutil pero creciente, y sus intentos de escapar. Miraba a todas partes en busca de ayuda.

Hasta que sus ojos se enfocaron en él.

Contenían un mensaje válido en cualquier lugar del mundo: «Necesito que me rescaten.» Era el momento de lanzarse. Sam se acercó y, tras darle un caluroso abrazo, le preguntó en un árabe fluido cómo le iba la vida. Fue un alivio que ella no se resistiera al abrazo y que le dijera a su interlocutor que tenía mucho de

que hablar con su amigo. El diplomático se fue con mala cara.

A Sam, aquella imagen de Haddad con un vestido de seda intensamente rojo, a juego con su pintalabios, que se le ceñía a las caderas antes de bajar en pliegues sueltos hasta el suelo, se le quedó grabada mucho tiempo. Su pelo recogido dejaba al desnudo gran parte de su espalda.

—Sam Joseph —dijo él en voz baja cuando se instalaron en dos sillas altas sin dejar de fingir que eran viejos amigos mientras el eslavo paseaba su disgusto por la sala con una nueva copa.

Aceptaron el champán que les ofrecía un camarero.

—Mariam Haddad —contestó ella, también en voz baja, y lo miró sonriente—. ¿Estadounidense?

Él asintió sin apartar la vista.

—Hablas muy bien el árabe.

—Gracias, es que he practicado mucho. ¿De qué conoces a Ígor?

—¿A quién? Ah... me parece que se llama Nikolái. Es búlgaro.

—Ah, claro, claro, lo de Ígor es una broma, como... bueno, da igual. Eso, Nikolái.

—Lo he conocido esta noche, por desgracia. A propósito, gracias por rescatarme.

Ella se había puesto a hablar en un inglés irreprochable.

—Faltaría más —dijo él—. Acaba de echarle el ojo a una amiga mía, pero bueno, ella se lo merece.

Mariam se rió mientras veían a Nikolái lanzarse sobre Patridge.

—Por cierto, hablas un inglés perfecto —dijo él—. ¿Dónde lo has aprendido?

Un camarero pasó con una fuente de galletas saladas cubiertas por una misteriosa carne gris. Sam le hizo el gesto de que no se detuviera.

—Lo aprendí aquí, de pequeña —dijo ella—. Mi madre era diplomática y aprovechó que estaba destinada en París para que

yo aprendiera francés e inglés... y también a luchar.

Esbozó una sonrisa amenazadora antes de beber un poco de champán.

Sam también bebió mientras procuraba interpretar su lenguaje corporal, deliberando sobre si lo de la lucha era broma.

Ella se arregló el vestido.

—Lo digo en serio —añadió.

Él ya se lo había imaginado.

—¿Tu madre quiso que aprendieras defensa personal?

—Por supuesto, y como le encanta el escándalo me aconsejó el krav magá.

Él sonrió de nuevo sin estar seguro de si lo había dicho con sarcasmo. Ella se dio cuenta.

—¿Qué mejor manera de meterse en la cabeza de los sionistas que vencerlos en sus propios juegos? —bromeó ella—. Hay que conocer al enemigo.

Sam soltó una carcajada, pero la sonrisa irónica de Mariam se borró al ver llegar a un sirio con bigote y un traje como mínimo dos tallas más pequeño de lo aconsejable que le recordó la necesidad de informar de cualquier interacción con los americanos. Era obvio que no sabía que él hablaba árabe, porque hizo varios comentarios despectivos señalándolo. Sam se limitó a sonreír con cara de tonto, suponiendo que sería el gorila de la Mujabarat que controlaba al personal de la embajada.

Ella puso los ojos exageradamente en blanco.

—Pues claro que lo sé, Mohannad —contestó en árabe como si Sam no lo entendiera—. Por la mañana redacto el informe. Vete a molestar a otros, por el amor de Dios.

Le dio la espalda al matón, que se fue con las facciones tensas, lanzándole a él una mirada asesina.

Estuvieron bebiendo champán en silencio hasta que Mohannad llegó a la barra y empezó a zamparse galletitas sin quitarles la vista de encima. Entonces ella se volvió hacia él.

—Mohannad es muy desconfiado y le encanta redactar

informes —dijo en inglés.

—Podríamos seguir esta conversación mañana por la noche tomando una copa, ¿no?

Ya había localizado un bar pequeño cerca de la Sorbona.

Ella bebió mirándolo a los ojos.

—¿Dónde? —dijo.

—¿Qué te parecería el Au Torchon, en el Barrio Latino? A la hora que mejor te vaya.

—¿Qué tal a las ocho y media? Hasta las siete tenemos reuniones.

—Perfecto. Bueno, pues hasta entonces.

Mariam hizo chocar su copa vacía con la de él y se marchó. Él se sorprendió mirándola intensamente y luego se acabó el champán. Había que poner orden en muchas cosas: la impresión inicial de la sensual princesa del desierto de piel aceitunada que se fundía con la imagen de la diplomática con dominio del inglés y conocimientos de krav magá para desembocar finalmente, aguas abajo, en una profesional con el valor suficiente para hacerle un desplante al tal Mohannad. Sin olvidar el vestido.

—¿Más champán, *monsieur*? —le preguntó un camarero entrometiéndose en sus pensamientos.

Él le respondió que no e intentó ver por última vez a Mariam Haddad, pero no hubo suerte.

De camino a la salida, le sonrió a Patridge, que seguía sin poder quitarse de encima al fornido búlgaro.

8

Por la mañana, él, Procter y Bradley habían debatido en una videoconferencia segura hasta qué punto era acertado quedar con Haddad para tomar algo si seguía vigilada por los sirios.

—No creo que nadie se inquiete por una breve conversación en una fiesta —había opinado Procter—. El gorila de la embajada se limitará a informar de que un estadounidense estuvo acosándola. Pero un segundo encuentro... ahí ya te pones en el radar de la Mujabarat.

—Estoy de acuerdo —había dicho Bradley—. Mejor que te asegures de que está limpia antes de quedar con ella.

Libre por el momento de cualquier labor de vigilancia, él se estaba tomando un café a una manzana de Au Torchon mientras escuchaba a los BANDITO, que seguían con sus tareas.

—De momento no la tienen controlada, Sam —dijo Yusuf—. Estoy detrás de su taxi.

—Me voy al restaurante —informó él dejando el café a medias.

—Recibido.

Había elegido Au Torchon porque tenía una sala al fondo y tres posibles salidas. Los BANDITO vigilarían desde fuera mientras él, prescindiendo del auricular, permanecería atento a un móvil de un solo uso al que los hermanos llamarían si se acercaba el equipo sirio.

Miró hacia la sala del fondo y vio una mesa pequeña en un rincón. En el extremo opuesto había dos universitarios franceses con las cabezas muy juntas. Detrás de él entró una pareja mayor arrastrando los pies.

Se quitó el auricular (los activos en general los consideraban

incómodos) y les mandó un mensaje de texto a los BANDITO: «En el restaurante. Cambio al teléfono.»

«Cinco minutos de camino y de momento sin vigilancia», contestó Elias.

Él se puso a pensar en lo que tenía por delante mientras simulaba consultar la carta. La Estación París había conseguido, gracias a la inteligencia de señales, el itinerario de la delegación siria: tenían previsto quedarse en París cuatro días más. Seguir la captación en Damasco no era imposible, pero sí más complicado, no quedaba mucho tiempo.

Oyó a Rami:

—A punto de llegar, sin vigilancia.

Vio a Mariam entrar y saludarlo con la mano con otra exhibición de hoyuelos. Llevaba vaqueros oscuros, zapatos de ante gris con tacón y un top blanco informal. Su pelo, con la raya un poco descentrada, le caía en dos crenchas por los hombros.

—¡Tú por aquí! —dijo en broma.

Él llevaba un traje azul y una camisa blanca de vestir, pero sin corbata. Se levantó a saludarla.

—Veo que te has escapado de tu amigo —comentó sonriendo.

—A veces me deja salir de la mazmorra, y otras me voy sin decírselo —contestó ella—. Estaba muy contento porque esta mañana le he entregado un informe escandaloso sobre ti.

Él sonrió curioso por saber el contenido del informe.

—¿Quieres una copa de vino?

Se sentaron y Mariam le quitó la carta de las manos.

—Sí, pero ya pido yo. Tengo la impresión de que eres uno de esos hombres que... que... ¿cómo se dice en inglés?

—¿Que beben cerveza?

—Que tienen gustos sencillos.

—Sencillos, pero buenos.

Tras sonreír burlonamente, Mariam llamó a un camarero por señas, le hizo algunas preguntas en un francés perfecto y pidió

un vino de la lista.

El camarero volvió con dos copas de tinto de un pueblo llamado Gigondas.

—Fui hace siglos con mi abuela —explicó ella.

Tomó un sorbito y le hizo un gesto de aquiescencia al camarero, que se fue.

—¿Cuánto tiempo viviste en París? —le preguntó él en árabe.

—Dos años, llegué con dieciséis y a los dieciocho volví a mi país para estudiar. Mi padre insistió en que me matriculase en la Universidad de Damasco.

Él era consciente de que ella esperaba preguntas relacionadas con su trabajo: bromas sobre el conflicto en Siria, sobre las conversaciones con la oposición... Sin embargo, no era de lo que él quería hablar con ella en un momento así. Lo mejor para la captación era hacer el vínculo entre ambos más personal haciendo que hablara de sí misma.

—¿Qué es lo que más te gusta de París? —preguntó.

Ella dio un sorbo de vino.

—La libertad —contestó deslizando los dedos por el pie de la copa.

—Cuéntame más.

Sonrió y volvió a beber.

—La primera vez que vine tenía dieciséis años y nunca había salido de Siria. Tengo un recuerdo imborrable de la primera vez que salí del piso para ir a dar un paseo por el Sena. Era mayo, hacía sol y el aire parecía... ligero. Me cuesta describirlo: era como si hasta entonces me hubieran estado apretando el pecho con la mano sin mucha fuerza, lo justo para que notara la presión, pero en París la mano se apartó, y me acuerdo de que cerré los ojos y empecé a respirar sin más, y luego me eché a correr con el abrigo al viento y lágrimas en las mejillas —concluyó riendo.

Él esbozó una sonrisa.

—Los que te veían debieron de pensarse que estabas loca.

Ella se rió bufando un poco, igual que en las grabaciones de la NSA.

—Al anochecer subí a Montmartre, al Sacré-Coeur. Me había comprado cigarrillos y me dediqué a fumar y a contemplar el mar de lucecitas que era la ciudad desde allí arriba.

—¿Respirando? —preguntó él con una sonrisa franca.

Ella volvió a reír haciendo el mismo ruido de antes por la nariz.

—No perdía oportunidad. Esperaba que volviera la sensación de la mano apretándome el pecho, pero no. El mundo era ligero. Entonces, una mujer apareció como de la nada. Era joven, muy delgada, con el pelo corto de un rubio sucio, unos pómulos preciosos y una piel como de leche. Me preguntó si tenía fuego y yo le encendí el cigarrillo. Se sentó conmigo y nos quedamos mirando el panorama desde la colina. Me explicó que se había fugado de casa y, cuando le pregunté por qué, me respondió que sentía que tenía que ser libre y que por fin lo era. Luego me miró a los ojos y me preguntó si yo era libre. Le respondí que no lo sabía. Se acabó el cigarrillo y se marchó.

Sam bebió un poco de vino.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó.

—No, gracias. Bueno, ya te he contado algo sobre mí. Ahora cuéntame algo tú. Algo gracioso; una anécdota, no una cronología. —Se reclinó en el respaldo con una sonrisa de satisfacción mientras daba vueltas a la copa sin despegarla de la mesa—. Cuéntame alguna locura, Sam.

La pareja mayor, que se había sentado del mismo lado a una mesa para cuatro, había empezado a besarse. Él los señaló con un gesto y, al verlos, Mariam tuvo que aguantarse la risa y le comentó en árabe sin emitir sonido alguno, sólo moviendo los labios: «Qué monos.» Luego añadió en voz alta:

—Pero no te salvarán de contarme la historia.

Él se rió.

—Vale, vale. De pequeño vivía en Minnesota, al norte del país,

en un pueblo que se llama Shermans Corner. Había granjas, una harinera... todo muy de trabajadores. El caso es que, cuando tenía unos veinte años, los de la harinera me invitaron a una partida de póker y arrasé.

—¿Se te dan bien las cartas?

—Me había vuelto un obseso, leía todo lo que podía sobre el tema, veía torneos de póker por la tele y tapaba la parte de la pantalla donde enseñan la mano para intentar adivinar las cartas de los jugadores. En un momento dado, uno del grupo se acercó para hacerme una propuesta: en un casino indio de las afueras había un torneo de póker con apuestas muy altas. Eran cinco mil pavos sólo por entrar, pero el premio eran doscientos cincuenta mil. El tipo me invitaba a ir con algunos de los otros a cambio del veinticinco por ciento de las ganancias.

—Y... a ver si lo adivino: ganaste.

—Pues sí, sesenta y dos mil dólares. Durante el camino de vuelta me puse a mirar a los que iban conmigo en el coche, todos se iban derechos a sus casas con sus mujeres e hijos, y pensé: «Esto es un billete de salida.» Total que, cuando me dejaron en mi casa subí a hacerme el petate, cogí el coche, me fui para Minnesota, me compré un pasaje a Las Vegas y me piré de allí. Mi madre estaba furiosa.

—Yo también lo estaría si mi hijo se marcha de ese modo. ¿Y luego? A ver si lo adivino, una vez en Las Vegas ganaste millones y, como ya no necesitabas más dinero, pensaste: «¿Y si hago algo distinto, como entrar en el Departamento de Estado y viajar por todo el mundo?»

Sam se rió.

—Ojalá. Al principio me fue bien: tuve suerte al escoger las partidas y, en líneas generales, procuré no arriesgarme más de la cuenta. Si notaba que perdía el control, me iba. Pero para entonces ya estaba obsesionado con el juego en plan TOC y, después de ganar casi ciento cincuenta mil dólares, se me fue la cabeza y me apunté a una partida de las gordas, de esas a las

que sólo se puede entrar por invitación, y me lo jugué todo.

—¿Y qué sucedió?

—Que perdí. Me acuerdo de haber calculado que me acababa de fundir tres años de sueldo en la harinera. Pero cuando ya me iba con la cabeza gacha, me paró el anfitrión, un tal Max, y me preguntó por qué jugaba. Yo me encogí de hombros y, en plan borde, le respondí que para ganar. Luego le pregunté por qué quería saberlo y él contestó que por nada, pero ya se había dado cuenta de que mentía o me engañaba a mí mismo: lo había visto en mis ojos durante la partida. «Tú nunca te conformarás con ganar, Sam», me soltó. «Necesitas más.»

—¿Y qué quería decir? —preguntó ella.

—Él era un huésped preferente del Bellagio, uno de los grandes casinos del Strip. Me llevó a una ventana y me dijo que, si yo quería, podía tenerlo todo: en un par de meses podía recuperar todo el dinero, comprarme un Aston Martin y una casa en Los Ángeles o en Lake Tahoe... lo que fuera. Me explicó que él había pasado por lo mismo y que Las Vegas se lo había comido crudo, dejándolo vacío como un cascarón. Me preguntó si no me apetecía aportar algo a la sociedad. Yo no tenía ni idea de a qué podía referirse, pero le respondí que sí, por alguna razón sintonicé con sus palabras. Yo ya había sentido ese vacío en Minnesota, y luego en Las Vegas, como si estuviera a la deriva, lejos de lo que importaba de verdad...

—Sin olvidar los cien mil dólares que acababas de perder —comentó Mariam sonriendo.

Él se rió.

—Sí, también, pero bueno, el caso es que el tal Max ayudaba a buscar gente para el Departamento de Estado, y aquí estoy.

—Qué poco convencional —opinó ella, como si supiera que algunos de los hechos no eran ciertos. Se inclinó hacia él—. Gracias por contármelo —dijo.

Pidió otra botella y Sam le aseguró que acababa de explicarle la mayor locura de su vida.

—¿Y la tuya?

—¿No me vas a preguntar por Siria y las conversaciones con la oposición? —preguntó ella riéndose—. ¿No tienes que escribir informes para Washington?

—Mi pregunta es más interesante —repuso él.

Mariam, que se había puesto seria, se tomó un buen trago de vino.

—Vale. Una vez fui a una manifestación.

—Ya sabía yo que eras una rebelde. —Sam lo dijo en broma, pero se dio cuenta de que Mariam aferraba la base de su copa—. Lo siento —dijo—, no quería banalizarlo. Si quieres cambiamos de tema.

Mariam se lo pensó un momento y bebió otro poco de vino.

—No, tranquilo, es que nunca se lo había contado a nadie.

Ahí estaba: un secreto.

Sam hizo una fotografía mental del momento, como en todas las ocasiones en que reclutaba a alguien. Sabía que cuando un objetivo de captación contaba algún secreto de sí mismo tarde o temprano solía acabar facilitando alguno relativo a su gobierno.

—¿Y qué pasó en la manifestación? —insistió cuidadosamente.

—Tengo una prima encantadora y muy impetuosa que se llama Razan —contó Mariam—. Somos casi de la misma edad, como hermanas. El caso es que Razan tenía un amigo en uno de los comités coordinadores de la oposición en Damasco, los *tansiqiyas*, que organizaban manifestaciones. Los Haddad somos una familia cristiana damascena muy grande y conocida, y los cristianos en su mayoría se han mantenido al margen de la rebelión con la esperanza de que se termine, así que los convocantes pensaban que les iría bien que mi prima asistiera para demostrar de alguna manera que los cristianos se solidarizaban con la oposición. Y ella me lo contó, para que te hagas una idea de la confianza que nos tenemos, a pesar de que yo trabajo en el Palacio.

—¿Y fuiste con ella?

Mariam asintió tímidamente: aún trataba de sostener el muro que se alzaba entre ellos.

—Sí.

Se acabó la copa, volvió a llenarla y lo miró a los ojos para dejar clara su posición.

—Fui para que no le pasara nada, no porque apoyase la manifestación.

—Vale, entiendo —repuso él en voz baja.

Ella se fijó en su cara como si quisiera confirmar que lo había entendido y él aprovechó para examinar sus ojos y su lenguaje corporal, sus caderas mientras cambiaba de postura en la silla. Intuía la tensión, pero quería que ella la verbalizase. Se quedó callado dejándole espacio.

—Le dieron un megáfono y ella empezó a decir cosas muy desafortunadas. Criticó al presidente. Yo estaba entre la multitud, como mera espectadora.

—¿Y qué hizo la Mujabarat?

—Impedírselo, naturalmente. Alguien le dio un golpe de porra en el ojo derecho. Se la llevaron a rastras, le dieron una paliza y la arrestaron. Estuvo unos días en la cárcel hasta que mi padre logró que la liberaran. Tuvo suerte, aunque sigue sin ver con un ojo.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada.

Sam puso la mano en la mesa, a modo de invitación, y ella la cubrió con la suya, cálida y tersa, y se le marcaron los hoyuelos cuando le sonrió en señal de gratitud por no pedirle más detalles.

Él procuró recordarse que era un encuentro de captación, no una cita, y que había que respetar ciertos límites. Miró su mano y la de ella, consciente de que uno de esos límites era el contacto físico: estaba permitido que un agente usara la atracción física como mecanismo de influencia, pero no que se dejara llevar, ni

siquiera cuando el objetivo se dejaba llevar también, que era lo que estaba pasando a todas luces.

—Será mejor que vuelva al hotel —dijo ella apartando la mano.

—¿Cuánto os quedaréis en París?

—Hasta finales de semana.

—¿Puedo volver a verte?

Nada más decirlo, él mismo se extrañó de haber adoptado un tono más propio de una segunda cita.

Ella puso cara de querer responder que sí, pero contestó algo distinto:

—No estoy segura de que sea buena idea. Yo estaré muy ocupada, y tú... tú eres estadounidense.

Miró la mano de él, que seguía en la mesa, y apartó la vista.

—Lo entiendo —repuso él. Cogió el bolígrafo que estaba en la carterita de cuero de la cuenta y escribió un número en una servilleta—. Éste es mi teléfono —explicó—. Me encantaría que siguiéramos hablando. Y volver a verte. Me quedo toda la semana y tengo tiempo libre.

Deslizó el papel por la mesa. Ella lo miró, dudosa, pero al final se lo guardó en el bolso.

En la sala del fondo no quedaba nadie más, ya hacía un buen rato que las parejas francesas se había marchado.

Antes de irse, ella le dejó una marca de pintalabios rojo en la mejilla y él se la quitó y le mostró los dedos manchados con una sonrisa pícara.

—No me lo he quitado todo —dijo riendo, y le dio un abrazo. Ella se lo permitió, inclinándose, y tras un rápido saludo se alejó por la calle, bajo el cielo nublado de la noche.

9

Al despertarse por la mañana, Mariam recordó aquella mano encima de la mesa, esperando la de ella. ¿Por qué le había contado tantas cosas? Seguía sin entender que se hubiera sincerado tanto con un diplomático al que no conocía de nada, y para colmo estadounidense. Se estremeció al acordarse de la servilleta con el número, que llevaba doblada en el bolso, detrás de una tarjeta de crédito. Era consciente de que debería haberla roto y haber tirado los trozos al váter, pero ahí seguía. No tenía sentido, pero así era.

Se levantó y se puso a hacer movimientos de krav hasta quedar agotada y cubierta de sudor. Se duchó, se puso un albornoz y pidió un macchiato y bollería al servicio de habitaciones. Con la mirada fija en la taza, empezó a formularse a sí misma las preguntas simples que la atormentaban: «¿Quién eres? ¿Por qué lo haces? ¿Por qué has venido a París para amenazar a Fatimah Wael?»

En lugar de responderse, fue al vestidor y se puso una falda negra de tubo, una blusa suelta de color crema, tacones negros y un collar de perlas de Mikimoto de una sola vuelta, regalo de su madre. Se recogió el pelo delante del espejo y se puso pintalabios rojo antes de hacer una valoración final del resultado: elegante y sencilla, en las antípodas de los cavernícolas de la Mujabarat que solían amenazar a Fatimah. «Soy la cara joven de la nueva Siria, Fatimah. Ven conmigo y renuncia a la rebelión. Vuelve a casa; si no, te destruiremos.»

Al bajar se encontró a Bouthaina desayunando en el comedor, al lado de la recepción. En la mesa de atrás estaba su equipo de seguridad, como un grupo de gatos monteses listos para saltar.

Ella tenía una libreta abierta encima de la mesa, junto al móvil, y tecleaba mensajes de texto como una loca.

—Mariam, cariño, esta mañana no podré ir contigo a ver a Fatimah. De hecho, es posible que tenga que acortar mi estancia porque en Damasco están que trinan.

Mandó otro mensaje y en la pantalla parpadeó una llamada de un número desconocido.

—Mierda —masculló—. Ve a la reunión; luego nos reorganizamos. —Miró otro mensaje de texto—. Mierda.

Un chófer de la embajada la recogió a las ocho de la mañana en el hotel. Había llovido por la madrugada, y las calles estaban llenas de charcos aceitosos que obligaban a los que sacaban el perro a pasear a ponerse botas altas. En los cafés los camareros secaban las sillas con toallas. Fueron a la embajada para recoger su arsenal burocrático: papel, expedientes, nombres...

Cuando estaban llegando, el chófer se internó entre un grupo de manifestantes, uno de ellos con una pancarta que ponía doctor muerte sobre una foto de Al-Ásad. En el momento de cruzar la verja ella respiró hondo. Avanzaban a paso de tortuga mientras los manifestantes aporreaban el chasis y las ventanillas. Un joven sirio la señaló desde el otro lado del cristal.

—Eres una esclava del carnicero —dijo antes de poner contra la ventanilla un cartel de confección casera con fotos de cadáveres, algunos entre escombros y otros alineados y cubiertos con *kaffans*, mortajas.

Ella se fijó en la foto de una muerta que se parecía a alguien que había conocido una noche hacía mucho tiempo, en otra Siria.

Durante su tercer año en la Universidad de Damasco, ella y Razan bebían.

También iban de compras, salían a comer, iban de fiesta, bailaban, salían con chicos, se ponían guapas, fumaban, cotilleaban, consumían e ignoraban. Eran tiempos embriagadores para los hijos e hijas del régimen. Hacía poco que Bashar Al-Ásad había llegado a la presidencia, tras la muerte de su padre, y los periódicos hablaban de cambio. A fin de cuentas, el anterior presidente había gobernado treinta años. Las casas de varios opositores ya ancianos habían empezado a albergar tertulias políticas. Los políticos occidentales visitaban el país y se hacían fotos con el presidente mientras éste los paseaba por la Ciudad Vieja a bordo de su Volkswagen Golf. Era joven y sabía usar ordenadores. Había estudiado en Londres, había trabajado como médico. Y Asma, su esposa, era una *babe*, como le gustaba decir a Razan. Incluso había protagonizado una portada de *Vogue* con el titular «Una rosa en el desierto».

Pese a todo, sólo un estrecho círculo de allegados al nuevo presidente se beneficiaba del dinero y el poder: primos, amigos de confianza, familias influyentes... un círculo que hacía auténticas fortunas con el petróleo, las telecomunicaciones y los concesionarios de coches.

Y Razan, ya entonces impetuosa, rebelde y dada a coquetear con el marxismo, le explicó a Mariam cómo funcionaba el sistema. Se había acostado en el suelo del dormitorio que compartían en la residencia de estudiantes con un top blanco de tirantes y unos vaqueros, bebiendo vodka de la botella y con un cenicero saturado de colillas junto a la cabeza.

—El dinero, los permisos y los cargos los controlan el presidente y unas pocas personas cercanas a él —dijo—. Se reparten entre ellos lo mejor y el resto se lo pasan a un segundo nivel, que hace lo mismo con el tercero, etcétera. —Dejó la botella de vodka en el suelo, dio una larga calada al cigarrillo y estiró los brazos por la alfombra hasta que se le subió el top, destapando su barriga morena. Se había hecho un piercing en el

ombligo, escándalo total—. Así se consolida el control de Al-Ásad sobre Siria: *Suriya al-Assad*, «la Siria de Al-Ásad».

Sonrió con maldad pasándole la botella.

Ella dejó a un lado su cuaderno de dibujo para beber un trago mientras miraba a su prima arqueando una ceja. Luego paseó la vista por la sala, imaginándose dónde podría haber puesto micrófonos la Mujabarat. A Razan le daba igual.

—¿Y sabes adónde va a parar todo? —preguntó con una sonrisa.

—Río abajo —repuso ella entre trago y trago de vodka barato.

Su prima abrió la puerta del armario que compartían y le mostró un par de Louboutins que no le costó reconocer por sus suelas rojas y, sobre todo, porque eran de ella: uno más de los zapatos con altísimos tacones que poseía.

—De Al-Ásad a nuestro armario —dijo Razan. El vodka estaba haciendo efecto y se le trababa la lengua—. Con algunos rodeos, claro; primero, el ejército, luego el SSRC, luego nuestros padres y al final nosotras. —Removió el contenido del cajón de las joyas y le mostró unos pendientes de oro sin interrumpir su monólogo. Luego se cogió los pechos y se acarició la frente (sometidos los unos a un reciente aumento y la otra a una inyección de bótox), y añadió—: Cortesía de su excelencia Bashar al-Ásad.

Tras una reverencia y una risa acompañada de un bufido como las de Mariam, tuvo que apoyarse en la pared por los efectos del alcohol.

—Bueno, *habtiti*. Tenemos un cuarto de hora para llegar —advirtió ella mirando su reloj, así que se dejaron de políticas para centrarse en salir de fiesta.

Ella se puso «los Louboutin de Al-Ásad», como señaló su prima cada vez más entonada, y ambas, unos vestidos cortos y ceñidos. Tras aplicarse una gruesa capa de maquillaje, cogieron un taxi al restaurante Art House, reservado por entero para el cumpleaños de una amiga. Mientras el taxi surcaba como una exhalación las

calles de Damasco, Razan apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Qué será de nosotras cuando nos alcance la vida? —preguntó ella.

—Harán que nos reproduzcamos —le respondió su prima.

—Tienes razón.

—La única manera de evitar el programa de reproducción es consiguiendo un buen trabajo —dijo Razan—, así tendremos más opciones.

Se incorporó para mirar por la ventanilla y Mariam hizo lo mismo. Al otro lado del cristal, la ciudad brillaba en su lustrosa plenitud. Damasco, Damasco... a Mariam le encantaba el fulgor del núcleo urbano: un palpitante corazón de luz que alimentaba el cuerpo gangrenado del país.

Casi se le olvidaba el peso que le oprimía el pecho. Casi.

Se acordaba de más vodka, y de bailar, y de besarse con uno de los chicos de la clase de Historia, hasta que Razan, con el brillo pérfido de siempre en los ojos, dijo: «Vámonos de excursión, *habibti*.» Entonces, su prima («Dios nos coja confesados», pensó Mariam) se las arregló para hacerse con el coche de una amiga y se puso al volante para salir de la ciudad por la M5. Mariam no descartaba haberse desmayado porque no tenía ningún recuerdo de irse del Art House. En la siguiente imagen, Razan fumaba con las ventanillas abiertas mientras una canción de Enrique Iglesias sonaba a tope por la radio. Mariam luchaba contra el mareo, viendo cómo daban vueltas las luces de la autovía; su prima daba golpecitos rítmicos en el volante y bailaba en el asiento.

Al cabo de media hora (creía ella, aunque no descartaba que fuera más tiempo) por fin le preguntó a Razan adónde narices iban.

—De excursión, *habibti* —contestó ella—, a disfrutar del paisaje y de los monumentos.

Se le había pasado un poco la borrachera, y de todas formas el

camino era prácticamente en línea recta. Cerca de un lugar llamado Harasta, Razan no vio un trozo de metal en medio de la carretera y lo embistió de lleno con un ruido sordo. Maldijo mientras revisaba los controles luminosos, tocándolos como si fueran talismanes. Se salió de la M5. No había luz en las calles. Mariam sentía la presencia de ojos que examinaban el BMW tintado desde detrás de las persianas. Pasaron delante de varias mezquitas, de una tienda de electrónica y un restaurante donde sólo quedaban gatos callejeros. Vio a una mujer con niqab (algo que no era habitual en el centro de Damasco) caminando detrás de un hombre y de una manada de niños pequeños. Las calles estaban sembradas de basura. Razan esquivó una bolsa justo enfrente de otra mezquita y soltó una palabrota mientras sentía que el neumático seguía haciéndose trizas.

—¡Me parece que no están acostumbrados a ver a mujeres cristianas conduciendo un BMW! —gritó.

El estrés sacó a Mariam de la bruma del vodka.

De repente el neumático se salió de la llanta y ésta empezó a rodar por el asfalto haciendo saltar chispas. A trompicones, y entre palabrotas, Razan frenó en una calle oscura sin letrero que la identificara. Encontraron la rueda de repuesto debajo del maletero, pero ninguna de las dos sabía cambiarla.

Inspeccionaron juntas la oscuridad («¿dónde están las farolas?») en medio de un silencio sepulcral. El viento agitaba el hedor de las cloacas.

—Estamos a un cuarto de hora de casa y nunca había tenido la impresión de estar tan lejos —comentó Mariam.

—¿Qué barrio es éste? —preguntó Razan.

—Pero si tú has conducido, tonta.

—¿Y?

—Hemos pasado Harasta, ¿no?

—Sí.

—Pues entonces es Duma.

Empezaron a buscar ayuda. Eran dos cristianas medio

borrachas y con ropa de fiesta. A pocas manzanas al norte, milagrosamente encontraron un taller mecánico. Pasaba de medianoche y el taller estaba a oscuras, pero aun así Razan llamó a la puerta.

—¿Qué haces? ¡¿No ves que es de noche?! —dijo Mariam.

—¿Tú cuánto dinero llevas?

—No mucho.

—Pues les daremos lo que tengamos.

Tras llamar a la puerta por tercera vez, les abrió un hombre de poblada barba negra y facciones angulosas que volvió a cerrar de inmediato al encontrarse con dos desconocidas. Razan levantó el puño para volver a llamar, pero Mariam se lo impidió.

—No, ya basta.

Cuando ya daban media vuelta sin dejar de discutir la puerta se abrió otra vez. Era una mujer mayor con niqab.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Se nos ha averiado el coche a unas manzanas de aquí —dijo Mariam—, un neumático pinchado.

La mujer esperó en silencio como si no fuera la respuesta correcta.

—Esperábamos que pudieran pedirnos un taxi o que alguien mirase el coche —siguió Mariam.

—¿Sabéis qué hora es?

—Sí, lo sentimos mucho, pero es que no tenemos manera de volver a casa.

—¿Adónde ibais?

—Estábamos dando una vuelta —contestó Razan.

La mujer se la quedó mirando como si fuera una respuesta absurda, y Mariam no tuvo más remedio que estar de acuerdo. Viendo a aquella mujer cubierta de pies a cabeza, sintió una especie de vergüenza cósmica por existir. Tenía ganas de tirar sus Louboutin (los de Al-Ásad) a alguno de los montones de basura de Duma. Quizá la mujer pensara lo mismo, porque su mirada se detuvo muy brevemente en sus zapatos antes de

deslizarse hasta su cara.

—Pasad —dijo.

Las llevó por un estrecho pasillo hasta la cocina y les hizo señas de que se sentasen alrededor de una mesa de plástico sucio mientras ella iba a hablar con su marido. La puerta de la habitación del fondo estaba entreabierta y Mariam distinguió a no menos de ocho niños, quizá incluso nueve, durmiendo en colchones raídos colocados sobre el suelo.

—Seis son míos —explicó la mujer cuando volvió, viendo que los miraba—, y el resto, familia de mi marido: del este. La sequía los ha dejado sin granjas ni rebaños y no tenían otro sitio adonde ir. Mi marido irá a ver el coche, ¿dónde está?

—A unas manzanas en esa dirección —respondió Razan señalando con el dedo.

La mujer asintió.

—Es un BMW —dijo Mariam esperando que su anfitriona no hiciera comentarios.

La mujer volvió a asentir y a ella le pareció atisbar los pliegues de una sonrisa bajo el niqab, que procedió a quitarse delante de ellas dos. Tenía la cara llena de arrugas, el pelo gris y unos dientes como granos de maíz. Era imposible calcular su edad, pero Mariam notó la simetría de su cara. Debía de haber sido atractiva antes de que la vida hiciera de las suyas con ella.

—Me llamo Mariam —dijo—, y ella es mi prima Razan.

—Umm Abiha —dijo la mujer.

Su marido cruzó la cocina con una caja de herramientas sin mirarlas a los ojos. Ella le explicó lo del coche y Razan le acercó las llaves por la mesa. Al tender la mano para cogerlas, el hombre expuso un brazo izquierdo lleno de cicatrices y quemaduras que hablaban de una historia de cuchillos y fuego. Muchas de las quemaduras eran pequeñas y redondas. Mariam y Razan lo miraron insistentemente, y Umm Abiha se dio cuenta. Cuando su marido se fue, se levantó para calentar agua en una tetera oxidada. Al abrir un armario buscando el té, la vergüenza

de Mariam volvió a salir a la superficie. Viendo las estanterías casi vacías por las que correteaban cucarachas, pensó en la despensa de su madre, donde siempre había pan, verdura y especias frescas.

—Fue en Saydnaya —dijo Umm Abiha.

—¿Qué? —contestó de mal modo Razan, que no estaba interpretando bien la situación.

Serían el cansancio y el vodka.

—Las quemaduras que te han llamado la atención en el brazo de mi marido se las hicieron en la cárcel, en Saydnaya. Estuvo tres años.

—Lo siento —intervino Mariam—. No ha sido adrede lo de mirar tanto.

Umm Abiha puso la tetera en el fogón y lo encendió. Luego volvió a sentarse a la mesa.

—Dijeron que pasaba armas de contrabando —contó como si hubiera vuelto a leer los pensamientos de Mariam, y luego se encogió de hombros como diciendo: «A saber si es verdad.»

Se oyó silbar la tetera y ella sirvió tres tazas de té amargo. Razan pidió azúcar y Mariam le dio una patada por debajo de la mesa.

A Umm Abiha se le enrojeció la cara. Negó con la cabeza.

—No tenemos —explicó.

Se sentó y se quedó mirando a Mariam con unos ojos llenos de vida. «Es lo único en ella que no parece inundado de cansancio», pensó Mariam.

Se la notaba incómoda («seguramente por la presencia de dos *sharameet* cristianas», se figuró Mariam); se puso a tomar el té a sorbitos, como una profesora sopesando la posibilidad de darles una lección a unos alumnos díscolos. Una niña escuálida salió de la habitación del fondo y se sentó en su regazo sin dejar de mirar fijamente a las dos desconocidas.

—Antes de la cárcel, mi marido cultivaba la tierra aquí en

Duma —explicó—. Albaricoques, sobre todo. Era muy bonito. Ahora hay más pozos y menos agua, y la Mujabarat viene a menudo a controlarlo. Trabaja con su hermano en el taller.

Miró el collar, los pendientes y los bajos del vestido que llevaba Razan, a quien se le caían los párpados y no había tocado el té.

—¿Vivís en el centro? —le preguntó a Mariam.

—Sí —contestó ella—. Estamos estudiando en la Universidad de Damasco.

Umm Abiha asintió con la cabeza.

—¿Estás casada?

—Todavía no.

—Lástima, porque eres muy guapa.

Se disculpó para ir a acostar otra vez a la niña. Razan se había quedado dormida en la silla.

A su regreso, el marido atravesó la cocina con paso decidido para decirle unas palabras en voz baja a su mujer mientras le entregaba las llaves.

—Ha cambiado la rueda —dijo ella.

Mariam abrió su bolso, pero Umm Abiha levantó una mano.

—No.

No había más que decir. Mariam asintió sacando la mano del bolso.

—Gracias.

Cuando iba a levantarse para despertar a Razan, Umm Abiha acercó su silla, le cogió la mano y se quedó mirando sus dientes con una sonrisa que dejaba a la vista los suyos, pequeños y amarillos.

Se puso su mano en la mejilla, cruzada de arrugas como surcos, y la deslizó hacia abajo, al lado de los dientes medio podridos y luego por el huesudo cuello y los pechos caídos que habían alimentado seis vidas. Al llegar al corazón, dejó la mano ahí. Ella sentía sus latidos.

—Ya es hora de que os vayáis, Mariam —dijo—, pero

acuérdate de esto, acuérdate de mí, una esclava detrás de tu puerta.

Más bien había intentado olvidarlo. Volvió la cabeza para ver de nuevo a la manifestante con el cartel.

—Hay que ser gilipollas —murmuró el chófer, que aceleró cuando finalmente consiguió pasar por en medio de la multitud.

Cuando cruzaron la verja, Mariam perdió de vista el cartel sin haber despejado sus dudas sobre si la mujer de la foto era Umm Abiha. Cerró los ojos, respiró con fuerza y exhaló como si expulsara el recuerdo.

Una vez dentro de la embajada, llamó a la puerta que daba a la estación de la Mujabarat. Le abrió un sudoroso Mohannad y ella se acordó del estúpido informe que éste había enviado acerca de la breve conversación que había mantenido con Sam en la recepción. Se preguntó qué habría puesto.

—Necesito los archivos que mandé desde Damasco —le dijo.

El otro asintió con la cabeza, le pidió que esperase y volvió poco después con un buen fajo de papeles. Ella los hojeó y sacó el que contenía la lista de parientes de Fatimah. Lo metió en un sobre que guardó en el bolso.

Seguida por Mohannad, volvió al parque móvil y al coche de la embajada tratando de ignorar los amenazadores cánticos de los manifestantes al otro lado de la valla. Al agacharse para entrar, cayó en la cuenta de que en ningún momento se había planteado informar a Mohannad de su segundo y clandestino encuentro con Sam. Cruzaron la verja. El chófer tocó la bocina, gritó e hizo gestos obscenos a la multitud mientras se abría paso por segunda vez.

La reunión con Fatimah tendría lugar en un pequeño apartamento propiedad de la embajada siria. Cualquier vivienda era cara en París, pero el apartamento era tan sórdido como la mayoría de las propiedades del gobierno sirio. Los muebles de madera maciza, las alfombras y cortinas mohosas y los retratos de Hafez al-Ásad le daban un aire trasnochado. Mohannad entró primero y se tomó unos momentos para comprobar que no hubiera micrófonos. Luego se dirigió a la puerta del pasillo para montar guardia al otro lado. Ella se sentó en la sala de estar, nada espaciosa, en un sofá gastado de color burdeos con salpicaduras de grasa en uno de los cojines, y esperó.

A los pocos minutos entró Fatimah, seguida por Mohannad. Tenía el pelo, de un castaño rojizo, corto y rizado y una cara regordeta como de querubín. Sus ojos, que no habían perdido belicosidad, se enfocaron en los de ella mientras le daba la mano. Llevaba chaqueta y pantalones negros, una blusa con volantes a topos blancos y, al cuello, una bufanda con los colores de la bandera rebelde, la de las tres estrellas. Se sentó frente a ella y Mohannad se retiró al pasillo mientras un empleado de la embajada entraba llevándoles té de cardamomo.

—Gracias por aceptar reunirse conmigo —dijo ella.

—¿Dónde está Bouthaina? —preguntó Fatimah.

—Le ha salido algo urgente. Estoy autorizada para hablar en su nombre.

La otra asintió mientras se ponía azúcar en el té. Se quitó la bufanda y la desplegó sobre el sofá para que Mariam pudiera ver las tres estrellas.

—¿Es usted hija del general Georges Haddad?

—Sí —respondió ella y lanzó un suspiro mientras se oía el ruido de la cucharilla al tocar el plato.

—¿Sabe cuántas conversaciones como ésta he tenido? Todas siguen el mismo guión: té, cumplidos y luego un recordatorio de lo insignificante de mi posición seguido de una conferencia sobre las bases yihadistas de la rebelión. Por último, la oferta

acompañada de amenazas. —Dio un sorbo al té—. Lo que no recuerdo es haber visto nunca a una emisaria tan elegante como usted, Mariam. Con eso han ganado algunos puntos: da usted fe de la creatividad del régimen y la atención a la imagen que caracteriza a nuestro deshonesto presidente. Aun así, le aconsejo que vaya directamente a la oferta, cuánto me costará y lo que harán si no la acepto, a menos que no piense seguir el guión que he descrito.

Dejó la taza y miró a Mariam.

—La oferta: puede volver a Siria y al pueblo donde pasó su niñez. El precio: entrevistas en varios periódicos europeos describiendo a los rebeldes como parte de un movimiento yihadista y después silencio —repuso ella mientras sentía el té caliente pasar por una zona del estómago que le dolía. Sacó el sobre de su bolso y lo dejó sobre la mesa.

Fatimah la miró parpadeando.

—¿Es la amenaza?

—Sí.

Abrió el sobre y echó un vistazo a la lista de veintidós nombres. Lo encabezaba el de su anciana madre, de ochenta años. Volvió a mirar a los ojos a Mariam.

—De joven no entendía que se pudiera apoyar al gobierno; odiaba a quienes lo hacían, no les dirigía la palabra. Sin embargo, al ir envejeciendo me he dado cuenta de que vivimos en un mundo y de que tenemos familias... toda clase de ataduras. Existe un sistema. Alguna gente, me refiero a los franceses o los estadounidenses, nace en mundos que brindan una libertad enorme, pero no es nuestro caso, nosotros somos sirios y, por motivos que se remontan muy atrás en la historia, nacemos enjaulados. Yo no siento odio hacia usted, aunque acabe de amenazar a mi madre, hace lo que tiene que hacer para velar por la seguridad de su familia, para poder comprarse cosas bonitas y comer bien. Ahora bien, no se engañe, se puede elegir, aunque sea muy difícil.

Mariam se acabó el té y puso la taza en el plato. Volvía a sentir una opresión en el pecho.

Fatimah dobló el papel y se lo acercó de nuevo por la mesa.

—La respuesta es no, soy una mujer libre y tengo la intención de seguir siéndolo.

Llovió por la tarde. La ciudad estaba cubierta de nubes. Ella regresó a la embajada para ir preparando un resumen del encuentro. Bouthaina había salido ya para Siria: las conversaciones habían sido un caos y el presidente se disponía a darlas por terminadas en un discurso ante el Parlamento de Damasco, dócil como pocos.

Después de acabar el informe y enviarlo a la dirección segura de correo electrónico de Bouthaina, la del Palacio, fue a un café que quedaba a la vuelta de la esquina de su hotel y abrió un cuaderno para consignar las novedades por escrito, pero no pudo escribir ni una sola línea. Cerró el cuaderno, sacó su móvil y, tras unos instantes de vacilación, llamó a Bouthaina.

—¿Has leído mi mensaje? —preguntó.

—Sí. Era de esperar. Necesita tiempo para pensárselo. Tendrás que hacer otro intento. Se pasará el resto del día meditando sobre su decisión. Perdóname un segundo.

Se oyeron ruidos indistintos: era su jefa hablando con otra persona. Ella apoyó el bolígrafo en el papel, pero quedándose muy quieta.

—¿Sigues ahí? —preguntó Bouthaina.

—Sí.

Estaba mirando la página en blanco de su cuaderno, que parecía burlarse de ella.

—Voy a llamar a Ali Hasán, pero creo que le diremos a Fatimah que como no haga caso detendremos a su madre a finales de esta semana.

—Estoy de acuerdo —repuso ella apretando la mandíbula.

—Muy bien. Quédate a hacer el seguimiento. Adiós.

Tras colgar, miró el local. La mujer de la barra estaba tonteando con un universitario que había pedido un café. Ella abrió su cartera, sacó la servilleta y la desdobló sobre la mesa. Miró el número de teléfono acordándose del tacto de la mano de él.

Y marcó.

10

La CIA prefería elegir los puntos de contacto, pero, en sus cables a Langley y Damasco, Sam había hecho hincapié en que proponer una alternativa asustaría a Mariam, así que se llevó a cabo una rápida investigación: la CIA comparó la dirección de la reunión (un gimnasio) con decenas de bases de datos por si aparecía en alguna comunicación entre terroristas; utilizando una empresa tapadera para hacer sus averiguaciones, la División EUR confirmó que el local y el negocio constaban ante las autoridades fiscales francesas. Apostados en la entrada, los BANDITO no advirtieron ninguna señal de vigilancia hostil. Rami incluso entró en el gimnasio, pero sólo había una cámara de vigilancia exterior: nada sospechoso.

Rami y Elias esperaban fuera del hotel, Sam y Yusuf estaban en una callejuela a dos manzanas de la dirección que había propuesto Mariam. Había seguido lloviendo y hacía fresco.

—Acaba de salir del hotel —indicó Rami por la radio encriptada.

Mariam le había dado instrucciones de que se pusiera ropa de deporte y llegara a las seis. También le había avisado de que sería una clase privada a cargo de un viejo amigo.

—Te va a dar caña —le susurró Yusuf a Sam con una gran sonrisa.

Probablemente fuera cierto. «Un objetivo de captación sirio deja incapacitado a un agente de la CIA durante una sesión de artes marciales israelíes.» Ése sí que sería un cable bochornoso.

—Está haciendo algo interesante —afirmó Elias por la radio—: va a pie hacia Saint-Germain, pero en zigzag, con algunos giros y cambios de sentido que no nos esperábamos. Todo muy

sencillo, pero nos ha pillado por sorpresa.

—Qué triste que una aficionada sospeche de ti —le picó Yusuf.

—Somos mejores que la Mujabarat —repuso Rami—, podemos estar tranquilos.

—¿De qué nacionalidad era el instructor que te ha enseñado el gimnasio? —preguntó Sam por la radio.

—Israelí.

Sonrió al imaginarse a Mariam a los diecisiete años, saliendo del piso de sus padres con una bolsa de deporte al hombro rumbo a una sesión de entrenamiento con un israelí.

—No quiere que la Mujabarat la descubra —aseguró—, está siguiendo una ruta de detección de vigilancia.

Al llegar al edificio, vio un viejo cartelillo escrito a mano que ponía: KRAV MAGÁ, PARÍS. Tocó el timbre.

—*Oui?* —preguntó una voz chirriante y metálica a través del pequeño altavoz.

—Perdone, no hablo francés —contestó él en un francés lastimoso.

Sólo había tenido contacto con el idioma en la época de su misión en El Cairo, cuando tuvo que encabezar una operación en Marruecos durante dos semanas. Donde solía estar asignado, los reclutadores no usaban el francés, sino el árabe.

Se oyeron risas a través del interfono.

—Claro. ¿Es usted Sam Joseph?

—Sí.

La puerta hizo un clic y él subió a toda prisa tres pisos por la escalera de caracol de cemento.

Dentro encontró a Mariam haciendo estiramientos en el suelo acolchado. Ella le sonrió. Llevaba unos pantalones negros elásticos, unas zapatillas de tenis llenas de arañazos y un top también negro, de espalda cruzada. El profesor le tendió la mano y se presentó como Beni.

—Siempre es un placer tener de vuelta a una de mis antiguas alumnas, y si se trae a un *sparring* mejor que mejor —dijo.

Tenía el cuerpo de un hombre de unos treinta y cinco años, pero las arrugas de la cara y las cejas grises y alborotadas lo descubrían como alguien cercano a los sesenta. Hablaba inglés con un acento salpicado de francés y hebreo.

—¿Has hecho de *sparring* alguna vez, Sam? —le preguntó.

—Sí, de pequeño, cuando iba a clases de kárate.

Omitió el combate cuerpo a cuerpo en la Granja y las clases de refresco antes de Bagdad.

Beni emitió una risa sonora y gutural que se te ganaba irremediablemente.

—Nos aseguraremos de que estés bien protegido de Mariam: ha sido una de mis alumnas más... cómo decirlo... entusiastas.

Al oírlo, Mariam sonrió de oreja a oreja y le lanzó a Sam un casco de boxeo, un chaleco y unos guantes.

—He pensado que me podrías hacer de *sparring*, pero en plan ligero —dijo—, así me ayudas a quitarme las telarañas de Damasco.

Beni tosió mirando a Sam.

—Supongo que no has traído nada para protegerte los... huy, no sé cómo se dice de un modo elegante...

Le señaló la entrepierna y Mariam soltó una de sus risas acompañadas de un bufido.

Sam sonrió.

—Pues no.

—Yo tengo de alquiler, poco usado.

Sam volvió del baño toqueteándose el plástico que lo protegería de esa siria salvaje.

Beni lo miró como si estuviese preocupado por la integridad de su entrepierna, aunque no dijo nada. Él le hizo un gesto con

la cabeza en señal de que estaría bien y el otro correspondió asintiendo con la cabeza antes de volverse hacia Mariam.

—Vamos a empezar con un poco de contacto suave.

Sam y Mariam se tocaron los guantes y, enseguida, ella empezó a dar vueltas alrededor mientras Beni observaba desde un lateral.

—Lo importante del krav magá no son las formas ni la belleza de los movimientos —le explicó ella—: se trata de destruir al adversario usando cualquier medio que haga falta. No te limitas a defenderte, te conviertes en atacante para destrozar a quien te amenaza.

Mariam le lanzó algunos puñetazos que él esquivó, pero, aprovechando su proximidad, le clavó una rodilla en el lado derecho del chaleco, golpe que repitió antes de apartarse y seguir con el asedio. Lanzaba golpes veloces e incisivos y lo desafiaba con la mirada, entornando los párpados. Él percibía su energía y trataba de adivinar cuál sería su siguiente movimiento.

Mariam encadenó varios directos moviendo deprisa los pies y él retrocedió bloqueando dos golpes con los antebrazos. Mientras la veía dar vueltas a su alrededor, pensaba en la captación.

Ella había aceptado tomar una copa con él.

Había compartido secretos.

Simpatizaba con los manifestantes, aunque lo negase.

Lo había llamado por teléfono, pese a que había asegurado que no lo haría.

Lo había llevado a un sitio íntimo donde estaba segura de que no habría vigilancia hostil.

«Está intentando hacerme daño físicamente: tiene ganas de pelea», pensó, y se echó hacia atrás en respuesta a un amago de patada en la entrepierna.

—Aprovecha el ataque, Sam —dijo ella—, ven a por mí.

Su intención original era evitar una pelea de verdad a fin de mantener intacta su tapadera, en el Departamento de Estado no entrenaban a nadie para luchar. Pero pensó: «A la mierda», y le

asestó tres derechazos secos en el chaleco y el casco. Ella contraatacó con una patada en la barriga y luego se lanzó sobre él dándole un rodillazo en la ingle seguido de un codazo en la cara. Él gruñó y, tras darle un puñetazo en el chaleco, lanzó un puntapié contra sus piernas para distanciarse.

—Ven, ven a por mí —repitió ella haciendo chocar los guantes como si aplaudiera.

Y él lo hizo.

Pero a esas alturas ya se adivinaban mutuamente las intenciones, así que Mariam bloqueó todos sus golpes y él hizo lo propio con una patada y un codazo. Entonces ella intentó empujarlo contra la pared, pero él le bajó los dos brazos como le habían enseñado en la Granja. Beni silbó. Mariam le lanzó un puñetazo al casco que él consiguió esquivar, maldijo en árabe y volvió al ataque; sin embargo, él se agachó y le lanzó un golpe apenas por encima de una de sus preciosas caderas. Ella retrocedió y, con una sonrisa diabólica, dio la réplica con una patada en la entrepierna que él no consiguió evitar. No obstante, logró atraparle la pierna y levantársela haciéndola caer de espaldas en el suelo; no obstante, ella se escurrió hacia atrás con el pie en alto, como si fuera el aguijón de un escorpión, y cuando él intentó acercarse lo pateó en la espinilla y después lo mantuvo a distancia lanzando patadas desde el suelo hasta que vio la ocasión y se puso en pie de un salto. Hizo chocar los guantes nuevamente, soltó otra palabrota y volvió a las andadas.

Esta vez, sin embargo, no lo hizo con patadas ni con puñetazos, sino que bajó el hombro, lo embistió con todo el peso de su cuerpo y le hizo perder el equilibrio. Acabaron los dos en el suelo, ella encima, inmovilizándole los brazos con las rodillas mientras descargaba sobre él una lluvia de golpes. Sam soltaba palabrotas y hacía muecas de dolor. Beni silbó.

—*Arrêt, arrêt* —dijo.

Sam sonrió al ver el brillo de sus ojos bajo el casco. ¿Quería acostarse con él o matarlo? ¿O ambas cosas?

Mariam se quitó de encima y caminó muy erguida hacia un rincón en busca de agua mientras él permanecía atento a sus pasos. Beni se acercó, le tendió una mano para ayudarlo a levantarse y le preguntó si estaba bien.

«Pelea bien», pensó Mariam. «Está entrenado. Nada de kárate de pequeño, se mueve como si le hubieran enseñado cómo hacerlo.» Quería más: más pelea, más Sam. Era una manera de alejarse de Fatimah y de la guerra, una manera de volver al París de su juventud, a esa respiración ligera que sentía de nuevo, aunque se sintiera sofocada y dolorida.

—¿Las armas, Beni? —dijo.

El israelí asintió con la cabeza y se volvió hacia Sam.

—Pelear con un *sparring* es útil, pero el krav consiste sobre todo en prepararse para situaciones prácticas de la vida real. —Arqueó una de sus pobladas cejas—. ¿De verdad tan sólo aprendiste kárate de pequeño?

—Pues sí. Bueno, y algunas veces las partidas de póker se torcían un poco.

—Ya — dijo el otro con un tono que insinuaba que no lo veía muy claro.

Mariam tampoco.

—¿Qué tal si me saca una pistola? —propuso antes de beber un poco más de agua y escupir en el lavamanos.

Beni asintió y descolgó de la pared una pistola falsa que le tendió a Sam.

—Te acercas a ella por detrás, le apuntas a la cabeza y le exiges que te dé su dinero. Haces una pausa para que tenga la oportunidad de reaccionar, pero luego, si tienes ocasión, aprietas el gatillo. Yo decido quién gana, *d'accord*?

Sam asintió sopesando la pistola como si quisiera asegurarse de que no era de verdad. Mariam se sentó en una silla. Él se

acercó y le encañonó la cabeza por detrás.

—Dame la cartera —dijo.

Mariam apartó la pistola con la mano derecha y después se la arrebató con ambas manos. Luego, a la velocidad del rayo, se levantó y tiró de su brazo, torciéndolo para poderle empujar el codo con el hombro. Entonces, liberando la mano derecha, lo golpeó en el casco y, en un solo movimiento, procedió a doblarle el brazo por la espalda, como si fuese a obligarlo a hacer una reverencia, y le dio un golpe seco por detrás de la cabeza. Sam lanzó un grito ahogado y ella lo cogió por la parte de atrás del cuello de la camisa con la mano izquierda y dio un estirón para llevarlo al suelo, saltó y quedó con un pie a cada lado de su cabeza. Finalmente le metió la pistola de plástico por la parte superior del chaleco, justo debajo del cuello.

Sam se había quedado sin aliento, con el cuerpo un poco flácido. Como pudo, rodó por el suelo hasta quedar boca abajo. Habían pasado cinco segundos desde que le había apuntado a la cabeza con la pistola.

Momentos después se levantó y Beni volvió a preguntarle si estaba bien.

—Me zumban los oídos —repuso yendo hacia el lavamanos para quitarse el casco y escupir. Se le cortó el aliento al ver que la saliva estaba mezclada con sangre. Cuando se volvió hacia Mariam, notó que sonreía irónicamente—. ¿Cuándo me toca a mí? —preguntó.

Beni se rió y, tras darle una palmada en el hombro, fue a buscar una porra en la estantería de la pared.

—Mariam te ataca con esto, *d'accord*?

Él asintió.

Ante un ataque con una porra, dejar que actúen tus reflejos normales puede significar que te rompan un brazo. El agresor eleva el arma para descargarla sobre ti y, cuando intentas protegerte, te parten el radio o el cúbito. Luego caes al suelo y te matan de una paliza. La clave es correr hacia el agresor

protegiéndote la cabeza con los brazos para descartar la posibilidad de que te fracturen el cráneo y, a partir de ahí, dar pelea con los codos, los dientes, los puños, la cabeza... lo que sea. La ventaja de la porra se neutraliza con proximidad.

Entretanto, Mariam estaba acordándose del hombre de la Mujabarat que había golpeado en el ojo a Razan. Recordó los inútiles esfuerzos de su prima por evitar el golpe y sus gritos, y cómo le había reprochado, tiempo después, que ella no hiciera más que limitarse a mirar.

Corrió hacia Sam con la porra en alto y, en vez de levantar los brazos, él fue hacia ella, acortando distancias. Cuando ella quiso darle un golpe en la cabeza, lo esquivó, y la porra aterrizó en su hombro izquierdo sin causar daños graves. Ya estaban muy cerca y ella sintió que la porra se le escapaba de la mano. Apretó el puño, pero él se la había cogido y se apresuró a apretarle el haz de nervios entre el pulgar y el índice. La porra cayó en la esterilla y él la sujetó por las muñecas, aunque sin lastimarla. Se lo quedó mirando a los ojos esperando el golpe de gracia, ya fuera con la mano o la rodilla. Le dolía todo el cuerpo, tenía sed.

Sam vacilaba clavando los ojos en los suyos. Entonces ella le asestó un cabezazo en el casco y él cayó hacia atrás lanzando un gruñido.

Beni se rió y silbó para dar por terminada la pelea.

Saint-Germain de noche: pasada la lluvia, la avenida arbolada se había llenado de estudiantes de la Sorbona que deambulaban entre nubes de humo de cigarrillo y gente bien vestida que ocupaba las mesas de los cafés mientras las botellas de Sancerre se enfriaban en las cubiteras. Sam y Mariam caminaban juntos por el bulevar; quizá no fuera muy prudente, pero según los BANDITO ella no estaba vigilada, y a Sam le constaba que él tampoco. Ya no llevaban ropa de deporte, pero él tenía un moratón en la frente a causa del cabezazo que ella reconocía

haberle dado «un poco más arriba de lo adecuado».

Encontraron una *brasserie* de ambiente tranquilo donde se excedieron al pedir *foie gras*, confit de pato, un *cassoulet* de judías blancas y una ración de patatas fritas que mereció un gesto de desprecio por parte de ella. No hizo concesiones con el vino, pero él se pidió además una cerveza para acompañar las patatas.

—Sólo una —dijo.

Ella se rió.

—Si me vieran en casa tomando vino con patatas fritas me matarían. Por cierto, ¿dónde te consideras en casa?

—Tengo un piso en el centro de Washington porque estoy sustituyendo a una persona en la oficina del Departamento de Estado para Siria mientras me asignan el próximo destino.

—Ah —dijo ella justo cuando llegaba el camarero con el confit de pato. Se puso la servilleta en el regazo y preguntó arrugando la nariz—: ¿Eres de perros o de gatos?

Sam sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Tienes pareja?

—Ya no.

—Es como si lo estuviera viendo: en la nevera hay cerveza y en las paredes nada. ¡Horror de los horrores!

Había dado muy cerca del blanco, sólo le había faltado el detalle de que tampoco había casi nada sobre el suelo. Tenía poquísimos muebles. Y a veces la nevera estaba completamente vacía. Se rió y se comió otra patata.

—No vas muy desencaminada, pero bueno: es un piso provisional hasta que me destinen en algún sitio. Vaya, que no me quedaré mucho.

—¿Y adónde crees que te mandarán?

Se planteó hablarle de Damasco, pero decidió que de momento se lo guardaría.

—Aún está por decidir, aunque lo más probable es que sea a Oriente Medio.

Mariam asintió y comió un poco de pan.

—¿Y tú? ¿Dónde te consideras en casa? —preguntó él.

—Tengo un apartamento en la Ciudad Vieja.

—Por la cara que has puesto hace un momento, deduzco que no tienes perro.

—No, son unos bichos muy sucios...

Él se acordó de su época en El Cairo y de la aversión que los árabes suelen tener a los perros. Sonrió.

—¿Y gato?

—No.

—¿Y pareja?

—Una chica, muy escandalosa —repuso ella guiñando un ojo.

Él volvió a sonreír.

—¿Razan?

—Sí, vive conmigo, y a diferencia de tu triste piso de soltero el nuestro está muy bien amueblado y aprovisionado.

El camarero volvió para llevarse algunos platos y Sam decidió aprovechar el momento para sacar algo de la conversación: necesitaba poder demostrarle a Langley que avanzaba.

—¿Cómo van las reuniones? —le preguntó cuando se marchó el camarero.

Ella probó un trozo de pato separando una tira de carne del hueso.

—No muy bien, hoy se ha venido todo abajo. Mi jefa ha vuelto a Siria y mi encuentro con uno de los representantes de la oposición, Fatimah Wael, ha salido fatal.

Él mojó una patata en kétchup bajo la mirada atenta de Mariam, que ya había compartido su primer secreto. Se comió la patata y bebió un trago de cerveza.

—Me sabe mal —repuso sin saber muy bien hasta qué punto presionarla—. ¿Tú también te irás antes?

Ella negó con la cabeza.

—Mi jefa me ha pedido que me quede unos días para insistir con Fatimah.

Él asintió dándose cuenta de que no le convenía apretar demasiado. Sonó el teléfono de Mariam, que miró el número e hizo una mueca.

—Tengo que contestar —dijo, y salió del restaurante.

Él se acabó la cerveza y sirvió dos copas de vino. Estaba bastante seguro de que la CIA podía abordar a Mariam desde el plano ideológico, pero lo íntimo de la conversación y la agresividad de la sesión de krav magá le preocupaban por dos razones.

La primera era que la deseaba, no podía negarlo. Ése era un problema de los gordos: una relación amorosa con un activo era causa suficiente para que la CIA expulsara a un agente. Constituía una infracción del juramento y seguramente también de una decena de normas internas. Aun así, dudaba de su autocontrol. La segunda era que su intuición de captador le decía que con ese activo no funcionarían los enfoques que solían encaminar las cosas: las comodidades que se proporcionaban al objetivo para alentar su reciprocidad, la autoridad implícita de quien captaba, la emoción del espionaje... Creía que Mariam lo deseaba y que una relación amorosa favorecería la captación. ¿Qué habría dicho Bradley? «Deliras, Sam.»

Mariam volvió y se sentó en su silla.

—Fatimah sale de viaje. Su familia tiene una casa cerca de Villefranche-sur-Mer, en la costa, y ha accedido a que nos veamos ahí. Iré mañana por la mañana.

—Si ha aceptado otro encuentro es que le ha intrigado el primero —afirmó él.

Mariam untó de *foie* una tostada.

—Ya, pero no se me ocurre ninguna razón.

—¿Por qué?

—Porque la amenacé con perjudicar a su familia si no denunciaba a la oposición. Es lo que hacemos con los opositores

que viven en el extranjero. Soy la responsable del programa dentro del departamento de Bouthaina. —Apartó la vista hacia la ventana mientras le daba otro mordisco a la tostada, pero enseguida volvió a mirarlo a los ojos—. Lo de las amenazas ya se lo imagina todo el mundo, ¿no?

—Sí, claro.

«Pero hasta ahora nunca lo había confirmado un contacto sin validación y con acceso de primera mano», pensó Sam.

—¿Has dicho que te quedarás unos días más en París? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza y, después de acabarse la cerveza, resolvió echar toda la carne en el asador.

—Es lo que tenía pensado, pero ¿qué te parece si voy a Villefranche aprovechando que tú estarás ahí y me quedo unos días? —propuso.

Ella hundió en el *foie gras* la punta de otra tostada y tomó un trago de agua. Su mirada le recordó a Sam a esos jugadores de póker que depositan sobre la mesa, con pulso tembloroso, la mano a la que atribuyen posibilidades de ganar.

—Creo que me gustaría —dijo por fin.

Decidieron la logística compartiendo una *crème brûlée*: Mariam tomaría el tren de la costa por la mañana y él lo haría por la tarde, buscaría alojamiento («en una casa de seguridad», pensó esperando que Shipley dispusiera de una por la zona) y esperaría a que ella propusiera una hora y un sitio donde verse. Mientras hablaban, él pensaba en la media docena de cables que tendrían que ir y venir de Langley esa misma noche.

Miró su teléfono: sin novedad de los BANDITO. La abrazó mientras ambos se miraban a los ojos conscientes de los límites, las intenciones, las expectativas... Ella apoyó su frente en la de él evitando el moratón y luego se apartó.

—El cabezazo de antes no ha sido tan suave —dijo él.

Ella soltó un bufido y sonrió.

—Es que has titubeado.

Sam miró a su alrededor. El restaurante ya estaba cerrado.

—¿Hasta mañana en Villefranche? —preguntó.

—Hasta mañana en Villefranche.

Ella le dio un beso en la mejilla y salió haciendo sonar la campana de la puerta.

Él fue al baño para quitarse la mancha de pintalabios antes de iniciar la ruta de detección de vigilancia y volver al piso. Su reflejo le recordó que acababa de infringir la norma 22-345 de la CIA: «Limitaciones al contacto con ciudadanos extranjeros.» El Sam del espejo negó con la cabeza con cara de reproche y desapareció.

11

Artemis Aphrodite Procter había escogido un chándal afelpado verde lima para la videoconferencia segura. Sam y Shipley estaban en la Estación París, Bradley en Langley y Procter en Damasco. El cable sobre Mariam que Sam había enviado a última hora de la noche había despertado el interés de tantos equipos —el de Informes sobre Siria, el de Inteligencia y Contraproliferación Armamentística, el del Centro de Evaluación Médica y Psicológica— que Bradley había organizado un encuentro rápido para comentar la operación con los que más importaban.

—Y esa especie de animal fosforito que te has puesto encima, ¿qué es? —preguntó un Ed Bradley muy pixelado.

—Es un chándal afelpado, so cateto. Aquí en la Estación Damasco es «viernes *casual*». Por cierto, ¿os gusta?

—Es un *look* fantástico: me recuerda a un mafioso ucraniano al que tanteé hace unos años —repuso Sam con una sonrisita.

Procter le dijo que se callara, se recogió el pelo negro y rizado y cogió algo amarillo.

—¿Estás cerca? —preguntó.

—Muy cerca.

—Pero ¿cuánto tiempo más puede llevarte? —insistió ella sin levantar la vista.

Le estaba costando abrir un pequeño envoltorio, quizá de caramelos Starburst.

—Está desilusionada con el gobierno y con su trabajo, y cada vez que nos vemos me cuenta más cosas.

Procter, que debía de haber conseguido abrir el envoltorio por

fin, se metió un caramelo en la boca y empezó a masticar ruidosamente.

—Ya hablaremos de los detalles aquí en Damasco —dijo—, pero, a mi entender, el principal problema que plantea *mademoiselle* Mariam en Francia es conseguir que luego, cuando vuelva al país, no le resulte violenta la idea de reunirse en privado con un estadounidense. —Cogió un rotulador para pizarra y empezó a darle vueltas en los dedos—. Con vuestro permiso, voy a poneros al día de lo que está pasando en Damasco, la ciudad continuamente habitada más antigua del puto planeta —dijo—. Desde tu última visita, Sam, todo se ha deteriorado mucho.

Él abrió la boca para decir algo, pero Procter no le cedió la palabra.

—Ahora mismo —siguió— no hay ninguna razón, literalmente ninguna, para que un estadounidense y una siria se conozcan en Damasco. No nos invitan a los cócteles. Supongo que tiene su lógica, teniendo en cuenta que le pedimos a Al-Ásad que se apeara del cargo, pero a mí me sigue pareciendo una falta de educación. —Sus manos desaparecieron de la pantalla y, cuando volvieron a aparecer, en vez del rotulador tenía otro caramelo. Se lo metió en la boca y siguió hablando sin apartar ni un momento la vista de la cámara—. Desde el punto de vista de la Estación Damasco, lo mejor sería que Mariam se fuera de Francia con la dirección de una casa de seguridad y un plan de comunicaciones básico, con toda probabilidad una combinación de punto de intercambio de señales y punto de contacto clandestino: ahora mismo no disponemos de ningún sistema de comunicación de corto alcance, y antes de asignarle algún trasto de última generación sería bueno que nos diera alguna información que podamos corroborar. Simplemente para estar seguros.

Sam asintió con la cabeza.

—Es verdad, los iraníes no paran de intentar colarnos a agentes dobles, y están formando a los sirios. Procuraré sacarle algo bueno.

Pese a que no tenía duda alguna sobre la credibilidad de Mariam, todo debía seguir su curso; por otra parte, era verdad que, si bien ella les había proporcionado datos sensibles, no lo eran tanto como para perjudicar al régimen sirio: la CIA necesitaba más para dar el visto bueno.

—Jefa, ¿qué efectos está teniendo la situación del país en los encuentros con...? —dijo, pero Procter lo interrumpió.

—Ya, ya —dijo—. Los encuentros con activos, ¿no? Pues está siendo un problema, pero bueno, nos las arreglamos. De momento no necesitamos a los de Seguridad, y menos mal, porque corta el rollo que da gusto... En el centro de Damasco no suele pasar nada: está como cuando entraste a por KOMODO y Val, lo controla el gobierno; quizá algún que otro atentado suicida, pero los rebeldes no tienen la sartén por el mango. También hemos observado que los sirios han redirigido sus recursos de vigilancia hacia los rebeldes, por eso hay días en que ni siquiera nos controlan, la verdad. Ahora, como les dé por seguirnos de cerca nos pueden atosigar a base de bien; no es que sean unos genios, pero juegan en casa y se conocen bien las calles: están en condiciones de colocar un montón de puntos de vigilancia fijos en casi cualquier itinerario decente.

»Vaya —siguió diciendo Procter—, que trabajarte a Mariam en Damasco te va a costar lo suyo. Es evidente que los sirios te tendrán vigilado a todas horas, al menos durante unas semanas. Te acosarán continuamente. Puede que se metan en tu piso. Igual un día, en pleno atasco, oyes unos golpes en la ventanilla y te encuentras a un agente de la Mujabarat sonriendo de oreja a oreja. Igual se te cagan en la cama. Todo serán estorbos para la captación, así que, cuanto más puedas avanzar en Francia, mejor —concluyó y, por fin, permitió que Sam dijera una frase completa:

—Procuraré captarla esta misma semana; como mínimo lo intentaré.

—Así me gusta —repuso ella.

—Shipley —dijo Bradley—, ¿podríamos conseguir una casa de seguridad cerca de Villefranche?

—Tengo una, aunque igual resulta sospechoso que un diplomático se pueda permitir un alquiler así —contestó el otro.

—¿No decías en uno de tus cables que le hablaste de Las Vegas? —le preguntó Bradley a Sam.

—Sí, es verdad: podría decirle que lo he pagado con lo que gané.

—Espero que te fuera muy bien —comentó Shipley—, porque el sitio es flipante.

Sam cogió el TGV de París a Niza y, mientras las paredes cubiertas de pintadas del extrarradio dejaban paso al verde intenso de los campos de cultivo, se puso a darle vueltas a algo que no lo había dejado dormir en paz en toda la semana: ¿quiénes eran los tres sirios que habían seguido a Mariam en París? Al principio no les había dado importancia, eran agentes de la Mujabarat asignados a la embajada, pero por alguna razón no se había quedado tranquilo. Estaba claro que no tenían formación en vigilancia; aquello olía a complot, a encerrona.

Fue al vagón restaurante a buscarse un café y reconoció a los BANDITO en una mesa del fondo, pero regresó a su asiento sin cruzar palabra con ellos. Vio pasar a gran velocidad pastos, viñedos y pequeños pueblos mientras pensaba en cómo debería enfocar el proceso y reflexionaba sobre la personalidad y las motivaciones de Mariam. En un momento dado, empezó a esbozar mentalmente el cable sobre la captación, que incluiría una evaluación a fondo del futuro activo, un plan de comunicaciones, un sistema de financiación y un programa operativo para la generación de inteligencia. En caso de éxito,

todo se resolvería en un criptónimo, señal de que Langley daba su beneplácito a la captación como hecho consumado o al menos bastante bien encaminado. El único detalle problemático era que no tenía ningún plan para gestionar lo que sentía por Mariam.

El tren avanzó a toda velocidad por la costa, pero tuvo que hacer una parada en Aviñón por problemas mecánicos y él aprovechó para levantarse del asiento y desperezarse en el andén (al aire libre y bordeado de cipreses) y llenarse los pulmones con el aire limpio de la primavera provenzal, que le recordó el pelo de Mariam.

Mariam y Fatimah salieron de la casa de esta última, que parecía una acuarela, y caminaron por los senderos que bordeaban la península de Saint-Jean-Cap-Ferrat. Mohannad había intentado seguir a Mariam a Villefranche, pero ella le había pedido a Bouthaina que interviniera, y ésta había ganado el pulso con el argumento de que todo iría mejor si no había un tipo respirándole constantemente en la nuca a quien negociaba en favor de Siria. Casi no se lo creía, tenía por delante cuatro días a solas en la Costa Azul. De hecho, se había preguntado (y seguía preguntándose) si no sería una trampa ideada por Bouthaina o la Mujabarat.

Contempló un pequeño velero blanco que surcaba las olas a lo lejos mientras Fatimah caminaba en silencio a su lado. A la vuelta de una esquina, el panorama se ensanchó hasta abarcar un gran trecho de costa azotado por las olas y erizado de pinos y matojos. Al otro lado de la bahía podían verse los tejados rojos de Villefranche y las casitas, semejantes a cajas de zapatos amarillas y ocres, encaramadas a la ladera.

—Gracias por aceptar que nos reuniéramos de nuevo —dijo.

—Me quedé con la sensación de que teníamos más cosas que decirnos —repuso Fatimah.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Mariam.

—Me parece que ya lo sabes.

Mariam se detuvo y le puso una mano en el hombro, luego la miró a los ojos durante unos segundos llenos de elocuencia.

—Lo siento, pero no —dijo, y volvió a echar a andar. Fatimah la siguió un paso por detrás.

—Asadista no eres, se te nota —afirmó dándole alcance—. ¿Por qué no nos ayudas?

Esa propuesta desató la paranoia que, como cualquier otro sirio, había ejercitado desde el mismo día en que nació. Procuró plantearse todas las posibilidades: Fatimah podía ser una infiltrada de la Mujabarat en la oposición que fingía captar a funcionarios del gobierno para poner a prueba su lealtad, una informante de Bouthaina o simplemente lo que parecía, una idealista bienintencionada y sin remedio.

Tuvo ganas de decirle: «No entiendo adónde lleva esta rebelión, Fatimah, si Al-Ásad se fuera, ¿quién se encargaría de gobernar? En Siria todo es fragmentación, incoherencia, por eso jamás me uniría a vosotros.»

Optó por entornar los ojos.

—Ya veo, ahora es usted quien intenta captarme.

A sus pies había una playa de guijarros, y las bañistas en *topless* se desparramaban por las peñas.

—Siempre me sorprende la paz que se respira aquí —dijo Fatimah sonriendo—. En nuestro país la guerra hace estragos mientras, justo al otro lado del Mediterráneo, toman el sol como pequeños dioses. Yo quiero que Siria sea así, y sospecho que tú también.

Mariam tuvo ganas de responder: «Sí, *ojti*, hermana, es lo que más quiero en el mundo», pero en vez de eso preguntó:

—¿Ha vuelto a pensar en nuestra propuesta?

Fatimah se hizo la sorda.

—¿Por qué no desertas y te instalas con nosotros en Europa?

Mariam tuvo ganas de responder: «Porque no soy una

cobarde», pero dijo:

—Está poniendo a prueba mi paciencia, Fatimah.

La otra se detuvo y la miró a los ojos.

—Si tienes que hacer arrestar a mi madre, Mariam, adelante; pero, cuidado, que estarías contribuyendo a la carnicería. Espero que estés preparada.

Mariam tuvo ganas de responder: «Tienes razón, no estoy preparada», pero en vez de eso repuso:

—Y usted está contribuyendo a la yihad, Fatimah.

La otra se paró al final del camino y contempló el mar.

—Entonces, ¿ya te has decidido?

Mariam no contestó. Tampoco pudo seguir mirándola: fijó la vista en la línea donde se juntaban el mar y el cielo.

—Tiene dos días más para pensarlo. Si vuelve a Siria, no arrestaremos a su madre; si se queda, no podré ayudarla.

Dio media vuelta y se alejó en silencio. Con la paranoia levantina a tope, llamó por teléfono a Bouthaina para informarla en detalle sobre el encuentro y aconsejar el arresto inmediato de la anciana madre de Fatimah debido a su continuo apoyo a los enemigos internos y externos de la República Árabe Siria.

—Ya te había dicho que era muy tozuda —contestó Bouthaina —. Espera unos días más por si se lo piensa mejor.

Llegó al hotel cansada hasta la médula y, una vez en su habitación, se echó en la cama y se puso a darles vueltas sin parar a las preguntas de Fatimah y a un teléfono al que haría mal en llamar. Se levantó y se quedó en ropa interior para ejercitarse en todo el repertorio de patadas, puñetazos y golpes con codos y rodillas que Beni le había enseñado tiempo atrás en París.

A continuación pensó en los cabos sueltos que había ido atando durante el trayecto en tren a Villefranche: lo bien que peleaba Sam, su aplomo, su propuesta de acompañarla a la Costa Azul, sus preguntas cautelosas... Ella había conocido a decenas de diplomáticos estadounidenses, y Sam no era uno de ellos.

Se dio cuenta de que esperaba con todo su corazón estar en lo correcto.

Lo primero que Sam pensó al llegar a la casa de seguridad fue que se había equivocado de división en la CIA: los pisos y casas que había ocupado durante sus misiones en Egipto e Irak estaban llenos de polvo, olían mal, carecían de cañerías en condiciones y de aire acondicionado... Una vez, en un piso franco en Anbar, al oeste de Irak, una araña camello había saltado desde una estantería para morder a uno de sus activos en el cuello, y en El Cairo, como el váter no funcionaba, había tenido que usar en su lugar un viejo cubo de pintura de cuarenta y cinco litros.

En este caso, sin embargo, «casa de seguridad» era un término decididamente inexacto para referirse a un *château* de piedra situado a veinte minutos al este de Villefranche, en el rocoso y medieval Èze, un pueblo construido a la vera de una antigua calzada romana a una altura superior a los trescientos metros, desde donde muy pocos vecinos (apenas unas pocas decenas de franceses de edad avanzada y un número similar de europeos y estadounidenses fabulosamente ricos y con ganas de gozar del sol junto al Mediterráneo sin ser molestados por nadie) podían disfrutar una vista inigualable de la Costa Azul.

Encontró la llave que un activo de apoyo había escondido entre las flores y, una vez dentro, encendió las luces del recibidor. Las paredes eran de piedra vista, y los muebles, antigüedades francesas. Mentalmente tomó nota de no destapar botellas con los cantos de las mesas. Había una terraza con vistas espectaculares de la Costa Azul, siete suntuosos dormitorios y dos cocinas provistas de todo, una de las cuales, en tiempos, había estado destinada al servicio. Incluso había cervezas en la nevera. Hizo inventario de la comida, cotejándola con la lista de cosas que había pedido en París, destapó una cerveza y, desde la

terraza, le mandó un mensaje de texto a Elias para confirmar que los BANDITO habían empezado ya a montar guardia fuera del hotel de Villefranche en el que se alojaba Mariam.

Desde la cama, ella contemplaba el ventilador de techo girar lentamente, como un reloj que midiera el tiempo que le tomaba decidirse. «Pero ¿qué haces? Aún puedes zafarte de este asunto: coge un tren a París y un avión a casa. Si lo llamas, en cambio...»

Se puso unas alpargatas marrones con cintas para los tobillos y un vestido solero de popelín a rayas azules y blancas que le llegaba a la rodilla y que se había comprado en París.

Luego, tras mirar al techo diez minutos más, descolgó el teléfono de la habitación con la boca reseca y marcó el número que le había dado Sam.

Los BANDITO, que comían pizza apostados delante del hotel, le aseguraron que nadie la vigilaba, así que fue a buscarla con el coche de alquiler. Lo más normal habría sido escoger un restaurante en Villefranche, pero él quería que se acostumbrase a no ponerse nerviosa si iban juntos a lugares discretos, y para eso el *château*-casa de seguridad era perfecto. Se preguntó si Mariam se prestaría al juego o propondría algún sitio cómodo en el pueblo.

—He pensado que podríamos preparar nosotros mismos la cena —le propuso en cuanto ella subió al coche y se alisó el vestido sobre sus piernas morenas. Cuando la besó en la mejilla, le llamaron la atención las manchitas de sol que tenía en los pómulos—. ¿Qué te parece si vamos a mi villa? Está a veinte minutos hacia el este, en Èze, un precioso pueblecito medieval.

—Suena fantástico —repuso ella.

Tomaron la Moyenne Corniche, que secciona las crestas de los acantilados frente a la costa. Hacia el oeste brillaban las luces de

Niza y Villefranche; hacia el este, las de Mónaco.

—Hoy me he enterado de que me asignan a Damasco —anunció Sam.

Mariam bajó la ventanilla y expuso su cara y su pelo a la brisa nocturna.

—Qué buena noticia, Sam —dijo sin dejar de mirar hacia fuera—. Quizá podamos volver a vernos.

—Me encantaría. —Él también bajó la ventanilla para respirar el aire marino—. No quiero pensar en esto como en una despedida.

Mariam sonrió sin decir nada.

Al entrar en el *château*, hizo la pregunta inevitable, aunque con mucho tacto, y en árabe, para estar segura de entender bien la respuesta.

—¿Cómo has encontrado este lugar?

—Hace unas semanas tuve un buen fin de semana en Las Vegas —contestó él—, y he acertado con la inmobiliaria.

Como si no lo hubiese escuchado, ella entró en uno de los dormitorios para contemplar las vistas. El mar era un muro negro en el horizonte. Sam la siguió despacio, pensando que se había dado cuenta de que era mentira, pero la dejaba pasar por el momento.

—¿Qué haremos para cenar? —preguntó ella señalando la cocina con el mentón.

Él sonrió.

—Había pensado en unos espaguetis.

Ella levantó una ceja.

—¿Espaguetis? ¿Tú?

—Me salen bien un par de platos, y uno de ellos son los espaguetis.

La llevó a la cocina, puso los ingredientes sobre la encimera y le pidió que se encargara de picar las cebollas, las zanahorias y el apio.

—¿Te fías de que tenga un cuchillo, después de...? —le

preguntó con una mano en la cadera y la otra señalando el moratón que tenía en la frente—, ¿de tu accidente?

Él se rió mientras se palpaba la frente.

—Por eso estoy al otro lado de la cocina, guardando las distancias.

Después de partir una barra de pan, puso aceite de oliva y vinagre balsámico en un plato y le añadió sal gruesa. Enseguida le enseñó el vino, elegido por consejo de Shipley, y ella asintió sin poder aguantar la risa. Aun así, él le sirvió un poco para que lo probara y ella no pudo disimular su sorpresa.

—A ver si sabrás más sobre vino de lo que dices, como en lo de pelear...

—Ya quisiera: me lo han recomendado en una tienda de Villefranche pese a que era obvio que al dueño no le gustaba nada mi francés.

Hizo una montaña de harina y huevo para preparar la masa de la pasta.

—¿Hay mucho politiqueo dentro del Departamento de Estado? —preguntó ella mientras picaba cebolla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él sonriendo.

Ella se secó los ojos llorosos y, al notar que la miraba, se ruborizó.

—Voy a darte un ejemplo —dijo poniéndose muy seria, como advirtiéndolo de que no se perdiera ni una palabra—. Mi equipo en el Palacio controla, además del perfil mediático del gobierno, la información sobre la oposición en el extranjero; el Departamento de Seguridad de Ali Hasán es el centro de control de los servicios de seguridad y la Mujabarat, digamos que Hasán espía a los espías, y si el presidente quiere encontrar a un traidor recurre a él.

Sam, que estaba mezclando la harina y los huevos, tomó un sorbo de vino y miró a Mariam como si aquélla fuera una conversación de lo más normal, pese a que seguía redactando mentalmente el cable a Langley. Ni siquiera se fijó en los pegotes

de masa y harina que dejaba en la copa.

—El otro gran grupo del Palacio lo encabeza Yamil Atiyah, que detesta a Bouthaina, mi jefa, casi tanto como ella a él, y que además es un pedófilo.

Él dejó de amasar y levantó la cara con un gesto de sorpresa.

—¿Un pedófilo?

—Sí, lo sabe todo el mundo.

—Pues no puedo decir que en mi departamento haya ningún pedófilo, así que vas a tener que conformarte con que te hable de un montón de gilipollas.

—Ya he acabado de picar —anunció ella.

Él puso a calentar aceite de oliva en una cazuela, incorporó la cebolla y, cuando estuvo traslúcida, añadió la zanahoria y el apio.

—Ahora tenemos que aplastar los tomates —dijo.

—De «tenemos» nada, lo harás tú —contestó ella tomando más vino—. No quiero que el vestido se me llene de salsa.

Sam sonrió olvidando por unos instantes que estaba intentando captarla como informadora de la CIA.

Puso los tomates en un cuenco y los aplastó con las palmas hasta que tuvieron la textura de una salsa. A continuación los echó en la cazuela y añadió agua, escamas de pimiento rojo seco y sal.

—¿Dónde aprendiste esta receta? —preguntó ella sentada en la encimera, desde donde lo miraba trabajar entre sorbos de vino.

—Mi abuela era italiana, aunque creció en Nueva York.

—¿Y sólo te enseñó a preparar un plato?

—Dos, para ser exactos: era una vieja tacaña.

Mariam rió lanzando un bufido y le tiró un trapo de cocina.

Mientras la salsa se cocinaba a fuego lento, pasaron la masa por la máquina de pasta manual que él había encontrado en un armario, riéndose mientras intentaban que no se les rompieran las láminas, cada vez más finas. Como la masa se le pegaba en

las manos, ella le tiró harina; él contraatacó, pero no consiguió hacer blanco.

—Me había olvidado de lo rápida que eres —dijo—. Mejor que me ande con cuidado porque esta vez no tengo protección —añadió señalándose la entrepierna. Ella soltó una carcajada.

Una vez cortados los espaguetis, los pusieron sobre papel de cera y esperaron a que la salsa terminase de espesarse. Sam sirvió más vino, aunque la prudencia se lo desaconsejara, y la animó a continuar hablando de su trabajo.

—¿Qué me estabas diciendo? —preguntó.

—Ah, sí, que Bouthaina y Atiyah se aborrecen, pero todo el mundo sabe que ella es la novia del comandante de la Guardia Republicana.

Volvió a quedarse mirándolo con ojos que decían: «Estate atento, americano, que te estoy explicando cómo funcionan las cosas.»

Sam era consciente de que esa información sería una novedad para la CIA. Durante su excursión nocturna a la máquina de perritos calientes de Langley, Zelda, la analista, lo había entretenido contándole toda clase de cotilleos sobre las amantes de Al-Ásad y las infidelidades de los altos cargos, pero no había mencionado nada de lo dicho por Mariam. Consideró que de momento había obtenido suficiente información para unos dos o tres informes de inteligencia, todos los cuales harían la boca agua a los analistas.

Mariam continuó:

—Bouthaina y Rustum quieren destruir a Atiyah reuniendo pruebas de que es un corrupto, y él, como es lógico, contraataca creándole problemas a nuestro departamento. ¿Vosotros también sufrís esa clase de politiqueo?

Sam encontró una olla grande en un armario y la puso debajo del grifo para llenarla de agua.

—Depende de lo que entiendas por «politiqueo». Siempre hay funcionarios que...

—En el Departamento de Estado —dijo ella con toda la intención de que él lo confirmara y así intentar descubrir si mentía.

—Sí, en el Departamento de Estado.

Le aguantó un momento la mirada, pero él siguió hablando como si no se diera cuenta:

—... se disputan la influencia del secretario, por ejemplo. Y cuando uno consigue caerle en gracia, otro pierde su línea directa con él.

—Sí, claro, pero nuestra política es más... ¿cómo se dice en inglés? Bueno, más salvaje. —Se había pasado al inglés—. Te doy un ejemplo: Bouthaina le llevó al presidente nuevas pruebas de la predilección de Atiyah por las menores, y este último, al descubrirlo, mandó a golpear a un joven de nuestro departamento. Estuvieron a punto de matarlo, y todo para transmitirle un mensaje a Bouthaina: «No me jodas.»

Bajó de la encimera para remover la salsa.

—¿Y Bouthaina, cómo contraataca? —preguntó él en árabe.

—Bouthaina ya ha encontrado información que el presidente desconocía, casos de *baksheesh*, de sobornos. Son comunes en todo el régimen, pero Bouthaina ha descubierto información específica sobre Atiyah, y también ha elaborado una lista de chicas menores de edad con las que éste se ha acostado, y es muy larga.

—¿Y la pedofilia no basta para hacerlo caer?

—No creo. Es una mancha en su reputación, pero Bouthaina necesitará algo más; al fin y al cabo, todo el mundo en el palacio conocía ya sus inclinaciones. En cuanto al presidente, éste sin duda confía en Bouthaina y en Rustum, pero también en Atiyah, al igual que su padre, y simplemente no se decide por uno o por otro. El resultado es que el conflicto continúa —concluyó encogiéndose de hombros.

Hirvieron la pasta, la escurrieron y la repartieron en dos cuencos; luego Sam vertió salsa y puso una cucharada de ricota

sobre cada uno. En la cocina había una planta de albahaca, de modo que Mariam arrancó unas hojas y las repartió en los cuencos, que se llevaron a la terraza junto con el pan y otra botella de vino. Comieron sentados uno al lado del otro, bajo una suave brisa que les agitaba el pelo y la ropa y, al terminar, ella le preguntó qué ocurriría en Damasco.

—Me encantaría seguir viéndote —dijo él.

—Y a mí.

—No será como aquí, habrá más restricciones.

Mariam no contestó y él le sirvió más vino. Estaban sentados muy cerca uno del otro.

Se acercaron aún más y se dieron un beso húmedo y pausado al tiempo que él le acariciaba el pelo. Poco después se pusieron de pie al mismo tiempo, pero sin apartarse. Poco a poco, fueron derivando hacia un sofá mientras sus manos abrían hebillas, estiraban tela y deslizaban cremalleras. Sin embargo, Sam recuperó la dosis necesaria de autocontrol para darse cuenta de que lo que podía estar a punto de ocurrir era motivo de expulsión, y también de que, si ocurría antes de la captación, él ya nunca sería capaz de separar la atracción romántica de la motivación de espiar para la CIA.

Despegó sus labios de los de ella.

—Quizá sea mejor que dejemos las cosas aquí —dijo.

Mariam tenía el pelo revuelto, el pintalabios corrido y el vestido movido hacia un lado, hacia arriba o hacia abajo, en función de dónde se supone que debía estar. Él tenía el cinturón abierto, y los pantalones desabrochados y la camisa a medio desabotonar. Mariam se echó hacia atrás con una expresión en la que se fundían la incredulidad y la ira propias de una princesa. Se fue al baño y reapareció arreglada e imbuida de una fuerza oscura en la cocina, donde encontró a Sam poniendo los platos en el lavavajillas.

—Necesito que me lleves en coche —dijo.

—Mariam...

Levantó una mano para hacerlo callar.

—Necesito que me lleves en coche —repitió.

No hablaron en todo el trayecto hasta Villefranche. «Creo que, como dice Bradley, acabo de cagarme en la cama», pensó él. Lo aliviaba un poco pensar que, si Mariam necesitaba que él se enamorara de ella para ponerse al servicio de la CIA, entonces la captación estaba condenada al fracaso desde un principio, pero de todas formas, viéndola arrimada a la puerta del coche como para interponer la máxima distancia entre los dos, no podía dejar de pensar que rechazarla había sido un error.

Al llegar al hotel, le preguntó si podía acompañarla a su habitación.

—Esta noche ya perdiste tu oportunidad, ¿lo tienes claro? —repuso ella sin apartar la vista del parabrisas.

—Sí.

Albergando la esperanza de encontrar un pretexto para concertar un nuevo encuentro, la siguió al vestíbulo y por una escalera que daba muchas vueltas hasta llegar hasta su piso, el segundo.

—Ésta es mi habitación —dijo ella poniéndose de espaldas a la puerta en señal de que ahí acababa la cosa.

—¿Puedo verte mañana?

—Quizá. Ya te mandaré un mensaje.

—¿Puedo entrar, ni que sea unos minutos? —insistió él—. Así te lo explico.

Mariam asintió con la cabeza, metió la llave y giró el pomo. Entonces él se fijó en los arañazos alrededor de la cerradura, que habían hecho saltar unos trocitos de pintura azul. Una vez dentro de la habitación a oscuras, ella buscó a tientas el interruptor mientras repetía que estaba cansada y que le daba exactamente un minuto para explicarse.

Luego encendió la luz.

Y ahí estaban: los tres sirios que la vigilaban en París.

El robusto iba vestido con vaqueros y camiseta de Pink Floyd,

y llevaba una porra y unas esposas; los otros dos, de pie a ambos lados, llevaban sudaderas, pantalones de sport y una pistola con silenciador por barba. Dos iban de negro y uno de gris. La sorpresa fue mutua. El de la camiseta de Pink Floyd se puso a chillarle a Sam exigiéndole su identificación mientras él buscaba armas con la mirada y trataba de entender cuál era la situación. Vio una lámpara de mármol sobre un escritorio. «Sin duda es un secuestro, no un asesinato», pensó, «porque si no ya estaríamos muertos, pero a saber qué pasará si se la llevan».

Levantó las manos, al igual que Mariam, que estaba explicándoles que había conocido a Sam en el pueblo. Él se adelantó y dijo en árabe que todo era un error y que estaba dispuesto a colaborar. El de la camiseta de Pink Floyd se acercó y le ordenó que se diera la vuelta haciendo gestos con las manos temblorosas. Él dio un paso adelante con las manos en alto y luego, sin solución de continuidad, le asestó un cabezazo en la nariz haciéndola crujir. Entonces le clavó la rodilla en la entrepierna, aprovechó para arrebatarle la porra y le dio un porrazo en el cráneo. El de la sudadera negra no había acertado ni a levantar la pistola cuando él le lanzó la lámpara de mármol que acababa de arrancar del enchufe. Le dio de lleno y lo tiró de espaldas a la cama.

Mientras tanto, Mariam había entrado en acción aprovechando que el de la sudadera gris se había quedado medio paralizado de la sorpresa. Con un revoloteo de su vestido de tirantes, le asestó un puntapié que hizo caer al suelo la pistola, pero cuando intentó golpearlo con el puño él bloqueó el golpe, la empujó hacia atrás y se tiró al suelo para recoger la pistola. Sin embargo, Sam ya estaba quitándole la suya al de la sudadera negra, desmadejado en la cama.

En cuanto sintió en los dedos el ansiado metal mojado de sudor, Sam disparó dos veces y el de la sudadera gris se fue de espaldas contra el escritorio. El de la sudadera negra trató de incorporarse a la vez que sacaba un cuchillo. Se lanzó hacia

Mariam, pero él le disparó tres veces, una en el hombro, otra en el cuello y una última en la cabeza, y volvió a caerse de espaldas en la sábana, fijando los ojos sin vida en el ventilador de techo.

Sam se acercó al de la camiseta de Pink Floyd para ver si estaba vivo: quería hacerle unas preguntas, pero el porrazo le había roto el cráneo dejándolo tirado por el suelo sin pulso.

Mariam se levantó. Su pecho subía y bajaba visiblemente a cada respiración, tenía los ojos como platos.

Sam se apresuró a buscarles el pulso a los otros dos.

—Mierda, mierda —dijo en voz baja al no encontrarlo.

Cuando la cosa se ponía cruda, no había tiempo que perder.

—Tenemos que irnos —dijo dejando que su entrenamiento gestionase el subidón de adrenalina.

Mariam no se hizo de rogar. De hecho, ya había empezado a meterlo todo de cualquier manera en su maleta.

—¡Ahora me dirás la verdad, ¿vale?! ¡¿Vale?! —repitió gritando.

12

Si el hotel Le Panoramic se hubiera tomado la molestia de invertir en algún sistema de seguridad, aunque fuera el más básico, la cámara de vigilancia del segundo piso habría captado, a las 0.32 h, a un estadounidense bastante alto y a una árabe colgando el cartel de no molestar en la puerta de la habitación 302 y después enfilar el pasillo a toda prisa; él, sin equipaje, tomándola de un brazo y conduciéndola hacia la puerta; ella haciendo gestos de rabia con la mano derecha y arrastrando la maleta con la izquierda.

De haber podido ampliar la imagen, el vigilante de seguridad habría notado parte de una blusa sobresaliendo de la maleta, como si ella la hubiera metido de cualquier modo, una mancha de sangre en su frente, sobreviviendo de un lavado de cara apresurado, y el pelo cayendo todavía húmedo sobre los hombros.

Sam se sintió aliviado cuando, al cruzar el vestíbulo con Mariam, confirmó que el hotel no tenía ni una sola cámara de vigilancia y que el recepcionista estaba profundamente dormido.

Ya delante del coche de alquiler, se planteó tres problemas. El primero, de considerable urgencia, era calmar a Mariam, a quien le dolía la cadera y no paraba de mascullar preguntas incómodas.

El segundo, adónde ir. La mejor opción parecía ser la casa de seguridad de Èze, así que metió la maleta de Mariam en el coche y tomó de nuevo la Corniche en dirección al pueblo, en un silencio salpicado cada cierto tiempo por las maldiciones en árabe de ella. Él conducía sujetando firmemente el volante y atento a la velocidad para no exceder el límite de cincuenta

kilómetros por hora.

El tercero era el más grave: qué hacer con los cuerpos. No tenía ni idea de si alguien había oído la pelea y los disparos. Si era el caso, la policía francesa tardaría minutos en llegar; de lo contrario, tenían tiempo. Al menos esas muertes les aseguraban que nadie en Siria pudiera vincular a Mariam con la CIA... siempre que pudiera diluirse toda relación entre ella y los cadáveres.

Condujo con la mano izquierda para poder coger el móvil y marcar el número de Shipley. Mariam le preguntó a quién llamaba.

—A mi jefe en Francia —repuso él.

—Espera, que antes tengo que decirte algo: conozco como mínimo a uno de esos hombres, el más robusto. Trabaja para Atiyah, es de la Mujabarat.

—¿Y está destinado en Francia?

—No lo creo. Quizá intentaban secuestrarme.

—Pues no lo han hecho particularmente bien.

Mariam dio un manotazo en el salpicadero.

—¡Mierda! —gritó en inglés.

Apenas dejaron atrás Beaulieu, Sam llamó a Shipley para explicarle lo ocurrido y éste se quedó varios segundos en silencio. Entretanto, apareció el letrero de èze y él redujo la velocidad. Mariam se frotaba la cara con las manos.

—Ve ahora mismo a la casa de seguridad y llévate ahí a la siria —repuso al fin Shipley—. Mandaré a unos hombres para que hagan desaparecer los cadáveres, tengo un equipo de activos de apoyo que se encarga de estas cosas. Sólo espero que no se les adelante la policía.

—¿Y... qué piensas informar acerca de esto?

—¿Estás seguro de que los secuestradores eran sirios y no franceses? ¿No serían franceses de origen norteafricano?

—Estoy seguro de que a uno, como mínimo, lo habían enviado desde Siria: Mariam lo ha reconocido.

—¿Y el resto?

—Creemos que eran sirios.

—Por lo que a mí respecta, no creo que hacer un informe oficial tenga sentido, nuestro equipo está bien, lo mismo que el sirio, y hay tres secuestradores menos rondando por ahí. Eso sí, si la policía francesa se entera no podrás volver nunca más al país.

—Me arriesgaré.

—Haz que tu equipo de vigilancia esté atento por si llegan policías al hotel. Mis hombres llegarán en pocas horas. Si la policía se nos adelanta, la siria tendrá que huir o entregarse. Tenme informado.

Sam oyó un resoplido por el auricular y luego Shipley colgó.

Miriam se dio una ducha mientras él les daba órdenes a los BANDITO. Elias se acercó a Èze para recoger la llave de la habitación de Mariam y entregársela a la brigada de limpieza de Shipley. Al cabo de media hora, Rami llamó para decir que la policía no había llegado aún y que en el hotel estaba todo tranquilo.

Sam llamó de nuevo a Shipley y éste lo informó de que sus hombres estarían en Villefranche en dos horas: llegarían a la habitación antes que las limpiadoras. También dijo que después pasarían por Èze a recoger la ropa que llevaban durante el ataque y las armas.

—Mételo todo en una bolsa de basura y déjalo fuera —le pidió.

—¿Qué harán con los cadáveres, jefe?

Shipley emitió una especie de gruñido.

—Llevarán sierras, ácido, unas cuantas maletas y otras cosas. ¿Alguna pregunta más?

Después de colgar, Sam puso la ropa que llevaba la noche anterior en una bolsa de basura y se duchó con agua caliente.

Hacía una noche fresca y agradable, y una luna gorda y brillante asomaba por detrás de un fino velo de nubes. Estaba claro que, a esas alturas, Mariam ya lo sabía todo. Se tomó un buen trago de cerveza, había llegado el momento.

Ella salió a la terraza con una botella de vino y se tomó media copa en silencio, sentada enfrente de él. Se había puesto un albornoz y tenía el pelo mojado de la ducha.

—¿Y tu ropa? —le preguntó él.

—En el cuarto de baño.

La metió en la misma bolsa, con las pistolas y la porra que habían «confiscado», y la dejó fuera, tal como Shipley le había indicado. Volvió a la terraza cuando Mariam se estaba sirviendo otra copa de vino.

—Tengo preguntas —dijo ella—. Empiezo yo y luego me haces tú las tuyas.

—Me parece bien.

—¿Eres de la CIA?

—Sí.

—¿Sam es tu auténtico nombre?

—Sí.

—¿Eres de Minnesota, has vivido en Las Vegas? ¿Lo que me contaste de tu pasado era todo verdad?

—Sí.

—Esta casa es de la CIA, ¿no? De pagarla con las ganancias del juego nada de nada.

—Sí, es una casa de seguridad.

—¿Y es verdad que tu siguiente destino es Damasco?

—Sí.

—¿Sabes pelear porque te han enseñado?

—Sí.

—¿Por qué estabas en París?

—Para hablar contigo.

—Para intentar captarme.

Él se acabó la cerveza. No había sido una pregunta, pero aun

así quiso contestar.

—Sí, para captarte.

—Lo de los hombres del hotel no estaba preparado, ¿verdad?

—Pero qué paranoicos sois los sirios...

—Contéstame.

—No, no estaba preparado; me ha sorprendido tanto como a ti.

Ella seguía bebiendo vino a grandes sorbos y él se fijó en que las manos no le temblaban en absoluto: no era su primera experiencia con la muerte.

—¿Tengo que huir de Francia?

—No lo creo. Nadie ha llamado a la policía, y ya hay una brigada de limpieza en camino. En pocas horas tendremos más noticias.

—La química entre nosotros... ¿era cierta o fingías tan sólo para captarme?

—Es cierta.

—Ya he terminado —dijo, y se arrebujó en el albornoz porque había empezado a soplar un viento frío. Luego miró hacia el mar.

Él dejó en la mesa la botella de cerveza vacía y acercó la silla para verla bien. Todo era importante para lo que vendría: su mirada, su manera de mover las manos, la postura de su cabeza...

—¿Habías visto asesinatos, o habías matado a alguien tú misma?

—Sí. En Siria hay una guerra, Sam.

—Bueno, pero lo habías hecho tú misma, ¿verdad?

Ella se desenredó un mechón de pelo húmedo.

—Sí, una vez, en Damasco. A los veinte años un hombre intentó violarme, pero no lo consiguió: lo maté. Y no tengo mala conciencia, por si ibas a preguntármelo.

—No: no te lo iba a preguntar porque ya lo sabía. ¿Por qué me has hablado esta noche del Palacio?

—Quería que lo supieras.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hacer algo.

—¿Quieres que trabajemos juntos?

—¿Me tocaría trabajar contigo?

—Sí, colaboraríamos en Damasco.

—Explícamelo.

Haciendo gala de la capacidad negociadora típica de Oriente Medio, Mariam fue alimentando la conversación sin decir que sí en ningún momento mientras él se dejaba llevar por la corriente: «... un curso acelerado en Francia... un plan de comunicaciones para que podamos hablar en Siria... una dirección donde podamos encontrarnos en Damasco... una lista de temas de los que queremos saber más... acuerdos económicos».

Mariam lo detuvo con un gesto de la mano.

—Dinero no quiero: no soy una mercenaria.

—Lo entiendo, Mariam, pero lo iremos poniendo en una cuenta para más tarde.

—No hace falta porque yo jamás me iría de Siria.

Sam no insistió: el dinero, controlado al milímetro por los de Finanzas, iría engrosando una cuenta bancaria, y si ella desertaba o se retiraba lo recibiría completo: la CIA cumplía sus compromisos con los activos. Una vez, él mismo le había entregado diez años de pagos atrasados a un activo que no había podido cobrarlos porque estaba en la cárcel, condenado por espionaje. Se había sentado frente a él en un tren y había deslizado hacia sus pies un petate lleno de billetes. Luego, antes de irse, se había limitado a decir: «De sus amigos estadounidenses.»

—Tendrás que enseñarme qué hacer para ir a la casa de seguridad sin que me siga la Mujabarat.

—Sí...

Sonó el móvil que tenía en el bolsillo. Ya casi daban las cinco de la mañana y no tenía ni pizca de sueño. Era Rami.

—¿Cómo va todo?

—Los de la limpieza acaban de irse, el tipo del mostrador de recepción está literalmente roncando y no hay ni rastro de la policía.

—Gracias.

Llamó a Shipley.

—¿Hace falta que ella se vaya? —preguntó.

—No, mis hombres dicen que la habitación ya está limpia.

Él miró a Mariam, que lo observaba apoyada en la baranda de hierro forjado de la terraza.

—Igualmente, dejará el hotel para instalarse aquí en Èze.

—¿Ella está de acuerdo?

—Sí.

—Pues entonces vale. Llámame mañana —pidió Shipley, y cortó.

—Todo bien, ¿verdad? —dijo ella.

Él se preguntó hasta qué punto habría oído la conversación.

—Sí. Deberías dejar el hotel mañana por la mañana. Si te parece bien, te puedes instalar aquí.

—¿Y cómo explico este asunto cuando vuelva a Siria?

—¿Te refieres a la tentativa de secuestro?

Mariam asintió.

—De momento no creo que tengas que hacer nada —siguió él —. Atiyah supondrá que sus hombres han fallado y se lo guardará para sí mismo. Puede que organice otro intento; al fin y al cabo, nada de esto era oficial.

—Es el problema de Siria, Sam: que nunca se sabe.

13

Después de que Mariam se quedase dormida en una de las habitaciones, Sam redactó el cable y lo mandó encriptado a una lista de destinatarios autorizados lo suficientemente larga como para obligar a despertarse a la adormecida burocracia de la CIA. La bipolaridad de la Agencia nunca dejaba de sorprenderlo: por un lado, era capaz de localizar y matar a alguien en un lugar tan remoto como el Hindú Kush; por otro, era tal desastre que conseguir una grapadora en Langley podía resultar imposible. A saber en qué lado de la ecuación caería la captación de Mariam.

Procter se apresuró a contestar que pondría manos a la obra para que el preciado activo tuviera cubiertas todas sus necesidades al volver a Damasco en tres días, y poco después le envió un mapa de la Ciudad Vieja con posibles puntos de intercambio de señales y de material, puntos de contacto clandestinos y pisos francos (dos)... acompañado de una multitud de imágenes de satélite para que él y Mariam pudieran, desde Èze, planear toda clase de itinerarios seguros. Por suerte, unos pocos días con un activo equivalían a toda una vida.

En Langley, sin embargo, no parecían tan comprometidos: ante la solicitud de un instructor que familiarizase a Mariam con las RDV, se limitaron a contestar que de momento no había ninguno disponible. Eso motivó una airada respuesta de Procter, quien se permitió usar la expresión «mierda pinchada en un palo» en un cable oficial. Se trataba de un activo valiosísimo, nada menos que una funcionaria del palacio presidencial de un país de nivel uno, ¿y no eran capaces de conseguir a nadie? Pero ¡¿de qué coño iban?! Sin embargo, no había servido de nada: él y los BANDITO tendrían que solucionarlo por su cuenta.

Renunció de una vez por todas a dormir y fue a prepararse un café. Eran las siete, y el sol empezaba a despuntar en el horizonte. Mariam aún no se había despertado. Mientras esperaba a que hirviera el agua, aspiró el olor salado del mar y escuchó las olas romper en las rocas. Finalmente puso el agua en la cafetera, apretó el émbolo y se sirvió una buena taza. Luego salió a la terraza para ver amanecer. Las calles estaban en silencio. Tras acabarse el café, volvió a entrar y abrió en una tablet segura el mapa y las fotos que le había enviado Procter.

Mariam salió de su cuarto y empezó a rebuscar en los armarios de la cocina. Momentos después cerró de golpe las puertas.

—Cualquier cosa de cualquier parte del mundo, menos té —dijo.

Se conformó con una taza de café y se sentó a su lado en el sofá.

—Antes de empezar —dijo él—, necesito que nos comprometamos a decirnos siempre la verdad: nada de muros, medias verdades ni mentiras.

Era lo que les decía siempre a los activos, con la diferencia de que no solían ir vestidos de albornoz. Escrutó sus ojos buscando alguna señal de doblez o bien de valentía, pero lo que encontró fue sinceridad... y miedo, señal de que entendía la gravedad de su decisión.

—Te lo prometo, Sam —repuso ella mirándolo fijamente.

—Y yo a ti también, Mariam.

—Bueno, ¿por dónde empezamos?

Estuvieron repasando su vida durante cuatro horas: familia, rutinas de trabajo, amigos, restaurantes habituales, enemigos, riesgo de chantaje... Observaron el mapa y las fotografías de satélite para que ella señalara su piso, el Palacio y la casa de sus padres.

Mientras ella iba al pueblo a comprar bocadillos y a hablar con Bouthaina sobre la falta de avances con Fatimah, él abrió la

base de datos de cables encriptados en su tablet y leyó la buena noticia:

- 1. LA DIVISIÓN NE CONCURRE CON LA VALORACIÓN DE GOLDJAGGER SOBRE LOS PROGRESOS DE LA MOTIVACIÓN DEL OBJETIVO REF HACIA LA CAPTACIÓN.

- 2. RECOMENDAMOS GENERACIÓN DE CRIPTÓNIMO EN ESPERA DEL VISTO BUENO DE CONTRAINTELIGENCIA.

- 3. QUEDAMOS PENDIENTES DEL PLAN DE COMUNICACIÓN Y OPERACIONES DE GOLDJAGGER.

GOLDJAGGER (por Burt O. Goldjagger) era su apodo, el alias que usaba en las comunicaciones por escrito para que su verdadero nombre no apareciera en los documentos. A menudo esos apodos eran ridículos. Había oído decir que los generaba un programa informático a partir de un listín telefónico inglés de los años cincuenta. A Procter, el suyo en particular le hacía gracia y le había dado por llamarlo Jaggers, quizá por el abogado astuto y misterioso de *Grandes esperanzas*, la novela de Dickens.

Sam leyó otro cable, éste de Contrainteligencia:

- 1. LA DIVISIÓN DE CI ESTÁ DE ACUERDO CON LA VALORACIÓN Y PENDIENTE TAMBIÉN DE CONOCER EL PLAN DE COMUNICACIONES Y OPERACIONES.

- 2. EL OBJETIVO DE CAPTACIÓN PASA A LLAMARSE ATHENA EN EL CONTEXTO DE LA OPERACIÓN ENCUBIERTA.

ATHENA era un apodo perfecto, muchísimo mejor que el de su último recluta, al que le habían puesto SLIMER, una palabra que, en el mejor de los casos, quiere decir «glotón» y, en el peor,

«asqueroso».

Llamó a Elias y quedó con los BANDITO en Niza la mañana siguiente para el curso acelerado de Mariam en detección de vigilancia. El casco antiguo de la ciudad, con sus estrechas callejuelas, era lo más parecido a Damasco en el sur de Francia. Él mismo le enseñaría cómo manejarse con los puntos de contacto clandestino.

Preparó rápidamente un cable para Procter con una propuesta de plan de comunicaciones, una serie de preguntas derivadas de su conversación de esa mañana con Mariam y la foto de un mapa que habían dibujado entre los dos con el itinerario que ella solía seguir cuando salía a correr por Damasco y el monte Qasiun, quería saber si la Jefa podía localizar un punto de contacto conveniente en este último lugar. Envió el cable, cerró la base de datos y se sirvió más café.

Mariam volvió con la comida: una bandeja de bocadillos de salami con mantequilla, agua mineral, una ensalada y una quiche. Le explicó que Bouthaina le había dado instrucciones de reunirse por última vez con Fatimah, lo cual era una suerte porque así dispondrían de más tiempo. Durante la comida, él le contó lo del cable, y que pronto tendrían un punto de contacto seguro.

—Si quieres, esta tarde vamos a cualquier camino de por aquí cerca y te enseño a hacer las entregas —propuso.

Mariam se quedó pensativa mientras bebía un poco de agua.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿Podemos hablar un poco más sobre el Palacio? Así me hago una idea más exacta de la información que os interesa.

—Sí, claro.

—Por ejemplo, ¿sería de vuestro interés si Bouthaina facilitara transacciones económicas extrañas para la Guardia Republicana?

—Sí, mucho.

Ella bebió un poco más de agua.

—Hace unos meses, Rustum se presentó en el despacho de

Bouthaina para una reunión. Era la primera vez, y de momento ha sido la última. Ella me pide que participe en casi todo, pero esa vez no y, aunque no tenía la obligación de explicarme por qué, lo hizo después de la reunión. Resulta que la Guardia necesita conseguir material de forma clandestina y no se fían de las empresas fantasma del SSRC para gestionar transacciones así de delicadas. Las sanciones son muy duras.

—¿Mencionó específicamente al Centro de Investigación y Estudios Científicos? —preguntó él.

—Sí.

—Qué interesante.

Mariam continuó:

—A partir de entonces, ella misma crea las empresas fantasma a través de una red de empresarios sirios cercanos al régimen. La mayoría de esas empresas tienen sede en Beirut, pero hay algunas cuyas sedes están en Amán e incluso en Chipre y el Golfo. Yo he ayudado ya en seis de esas transacciones, y no estoy al corriente de todas.

—¿Y esas seis eran exclusivamente para el Palacio?

—Creo que sí. El dinero procede de cuentas bancarias vinculadas a la Guardia Republicana y se deposita en las que Bouthaina controla desde el Palacio. Luego, lo transferimos a las empresas fantasma, que teóricamente compran cosas para la Guardia. Eso pone muy nerviosa a mi jefa... Sea como sea, ahora viene lo más interesante: un día se me ocurrió buscar por internet una de esas empresas, pero no pude encontrar nada, ni siquiera una triste página web. Sin embargo, en una base de datos del Palacio descubrí que hace años, en 2002, se había fundado una empresa fantasma idéntica con el objetivo de hacer negocios para el SSRC.

—Ya sé por dónde vas —dijo Sam—: armas químicas. No obstante, ahora podrían estar usando la misma tapadera para comprar otra cosa: tuberías, tornillos, tijeras...

Mariam asintió.

—Es cierto, por eso me aseguré de llamar diciendo que era de Finanzas y les pedí que me leyeran por teléfono los conceptos del pedido de material con la excusa de que nuestra copia estaba mal escaneada. Sólo había un concepto, alcohol isopropílico, uno de los ingredientes necesarios para producir gas sarín. Lo sé porque nuestro departamento tuvo que contestar algunas preguntas sobre la prohibición europea de exportar sustancias químicas a Siria.

—¿Y conoces el importe de las transferencias a la empresa fantasma? —preguntó Sam.

—Diez millones de dólares.

—¿Se te ocurre alguna manera de acceder a la lista completa de empresas fantasma y a las transacciones entre éstas y el Palacio?

—Me imagino que todo eso estará en el ordenador de Bouthaina.

—¿Y qué posibilidades hay de que les eches un vistazo sin que ella se entere? —preguntó él. Sabía que valía la pena arriesgarse, aunque le costaba un poco ser objetivo mirándola ahí, acurrucada en el sofá dejando asomar un centímetro de su ropa interior blanca.

Cruzaron Beaulieu-sur-Mer en coche y aparcaron en el extremo norte de Saint-Jean-Cap-Ferrat. Iban vestidos con ropa deportiva, como para un paseo: Mariam con vaqueros, top de rayas bretonas y zapatillas blancas, y Sam con vaqueros y camiseta gris. Los senderos resecos que circundaban la península serían un sustitutivo razonable de un punto de contacto clandestino en una ruta de *running* en Damasco. Ya era más de media tarde, con un cielo sin nubes, y los caminos estaban transitados, pero no demasiado. Una pareja joven pasó frente a ellos, cada uno con la mano en el bolsillo del otro. Sam y Mariam hablaban en árabe.

—Está prohibido enamorarte de tu agente porque entonces eres menos objetivo, ¿no? —preguntó ella.

—Exacto.

—¿Y qué pasaría si la CIA descubriera que nos hemos besado?

—Nada. Harían preguntas, y puede que me sometieran al polí...

Sam se calló de golpe. En la siguiente curva del camino había aparecido otra pareja con un cochecito de bebé. Pasaron de largo.

Siguió hablando:

—Puede que me sometieran al polígrafo, pero no me pasaría nada, no es lo mismo un beso que...

—... sexo —completó ella en inglés.

Él se quedó descolocado por el cambio de idioma.

—Exacto. Por eso sí podrían expulsarme. Habría una investigación a fondo... ese tipo de cosas. Un conocido se acostó con una agente y lo tuvieron dos años en el banquillo.

—¿Qué quieres decir?

—Estuvo sentado delante de una mesa sin hacer nada.

—Ya .

Siguieron caminando mientras Sam sacaba un tema menos excitante: los puntos de contacto clandestinos.

—Las buenas ubicaciones se caracterizan por un equilibrio armonioso entre la tapadera física y el paso fluido —explicó—. Lo primero porque tienen que estar escondidas, y lo segundo porque, para recoger cualquier cosa, lo ideal es que el activo y su agente responsable pasen por ahí sin detenerse, a poder ser. Siempre hay una tensión entre los dos factores: cuanto más fluido, menos escondido. Cuanto más oculto haya que dejar el objeto a entregar, más cutre será el punto de contacto en términos de fluidez. Una vez coloqué un gato disecado cerca de unas obras y el agente tenía que meter mensajes y papeles en un compartimento que antes había contenido intestinos. Nadie iba a tocarlo, desde luego, pero estaba demasiado escondido, y en una

zona donde había otros bichos muertos. El caso es que, cuando el agente llegó no logró distinguir el animal correcto y se rompió la fluidez, lo que hizo que renunciara a la recogida.

Mariam resopló por la nariz.

—No lo dices en serio.

—Que sí.

—Conmigo no uses gatos, por favor.

Sam negó con la cabeza.

—Te prometo no usar gatos. Usaremos basura; por ejemplo, una lata llena de cinta adhesiva para que los papeles se aguanten dentro, y con una tapa que pueda quitarse.

Encontró una ubicación prometedora en el lado occidental de la península: una papelera con basura alrededor cerca de una pequeña pared de roca. Buscó una lata y recortó la tapa con su navaja.

—Mejor que esto no encontraremos nada —dijo hurgando en la basura hasta encontrar una servilleta.

La metió en la lata y la tiró al montón de basura. Mariam lo contempló con cara de pocos amigos.

—Es que no es tan glamuroso como la gente se cree —explicó él—. Más que nada es basura y gatos muertos.

Practicaron dos horas parando siempre que se acercaba alguien. Sam hacía vídeos con el móvil mientras Mariam metía y sacaba cosas de la lata. Aprendía deprisa; el krav les daba soltura, firmeza e intención a sus movimientos. Sam enfocaba desde todas las perspectivas y, al final de la tarde, los movimientos de Mariam ya eran perfectos, equivalentes a una parada de tres segundos para atarse los cordones antes de seguir corriendo.

Al ponerse el sol dijo que no podía más, pero él insistió en una última recogida y la filmó por detrás, como si fuera de la Mujabarat y estuviera siguiéndola. Ella hizo como si fuera corriendo y, al acercarse a la basura, frenó un poco. Luego, al

llegar a la altura de la lata se agachó con las piernas muy rectas, el pecho hacia el suelo y las nalgas salidas.

Sus vaqueros, muy ceñidos, distraían a Sam de evaluar la recogida. Ella lo miró con una sonrisa pícara antes de incorporarse y fingir que bebía de la lata. Le guiñó un ojo.

—Creo que ya podemos irnos —dijo él.

14

Prepararon la segunda receta de la abuela: unos bucatinis *cacio e pepe* con veinte euros de pecorino fundido por encima y pimienta negra molida. Encendieron unos farolillos con velas en el interior y los distribuyeron por la terraza. Mariam se había puesto un vestido de tirantes rojo con estampado de flores, unas sandalias y unos pendientes de aro dorados; los rizos, sueltos, le caían hasta media espalda.

Tras repasar los vídeos de su instrucción, Mariam había descubierto la bodega y escogido un tinto de la Toscana. En respuesta a la pregunta de Sam de si era caro, miró al techo con exasperación.

—Eso es lo de menos —aseguró—. Lo que nos interesa es que el vino maride bien con la pasta, y este Sangiovese irá muy bien.

—O sea que es caro.

—Sí.

—Perfecto.

Otra vez miró al techo y suspiró.

—Gracias por subir hasta la habitación del hotel y salvarme —le dijo ella cuando ya estaban sentados, después del primer brindis—. Esta tarde me he dado cuenta de que no te lo había dicho.

—Tú habrías hecho lo mismo.

—Ya, pero bueno...

Comieron un rato en silencio y luego ella dejó sobre la mesa los cubiertos de plata.

—Tengo miedo de regresar, de dar el primer paso de verdad.

—Lo haremos juntos —prometió Sam—. Yo te protegeré.

Mientras lo miraba a los ojos, comprendió por fin por qué lo deseaba: de alguna manera extraña, su relación se había vuelto extraordinariamente íntima. Sam lo sabía todo de ella; habían derramado sangre juntos y él estaba al corriente de su más oscuro secreto. En París había notado la química, pero ya no era sólo eso, sino una intimidad emocional en carne viva y sin consumar. Quería más, lo quería todo.

—Ya sé que me protegerás —dijo—. Es a lo que te dedicas, ¿no?, a reclutar espías y sonsacarles sus secretos; pero ¿y si me pillan?

—Mariam...

—Déjame acabar. Si me pillan, me torturarán y me asesinarán, mientras que tú podrás volver a tu país: la que se lo está jugando todo soy yo, no tú. Es la pura verdad.

—Y te molesta.

—Por supuesto. Nuestra relación... nuestra colaboración, es especial. La verdad es que no sabría describirla, pero ahí está. —Se inclinó señalándose el corazón—. Vaya, que quiero más de lo que reciben los agentes del montón.

Sam cambió de postura en la silla y se puso a mirar el mar iluminado por la luna desde lo alto del acantilado mientras se bebía el vino. Al verlo así, hipnotizado por el mar de tinta, Mariam comprendió que había viajado fugazmente a otro lugar. Él se pasó las dos manos por el pelo antes de apoyarlas en la mesa y humedecer de sudor el mantel. Luego, antes de hablar, la miró a los ojos para comprobar que confiaba en él.

—Voy a decirte algo que no sabe nadie más. ¿Crees que te ayudará?

Ella respondió que quería oírlo.

—Tengo tres hermanos, pero antes había un cuarto, Charlie. Era el pequeño, cuatro años menor que yo. Estaba un poco loco; ahora mis padres lo reconocen, pero yo lo sabía desde entonces. Era rubio y tenía grandes ojos azules y una sonrisa contagiosa. En cuanto oía música, se lanzaba a bailar: era el alma de la

fiesta. Él y yo congeniábamos desde siempre, nos divertía estar juntos. Yo era lo bastante mayor para cuidarlo y él para que pudiéramos pasarlo bien.

Mariam notó que se le crispaba la mandíbula, como a ella cuando tenía ganas de llorar y se resistía a hacerlo. No dijo nada.

—Me acuerdo de una vez en que Danny, el mayor, estaba estudiando para un examen de matemáticas y no entendía nada. Charlie tendría cuatro años, o cuatro y medio, y yo unos ocho. El caso es que mi padre intentó ayudarlo a resolver los problemas, pero él se puso a llorar. Mi viejo intentó consolarlo aconsejándole que descansara un poco, que se diera un respiro, pero no hubo manera. Cuando se fue de la cocina, Charlie aprovechó para acercarse y se puso a mirar el libro de texto como si lo entendiera. Luego lo cerró, le pasó un brazo a Danny por la espalda y le dijo: «Tranquilo, al final lo pillarás.» ¡Era un niño de cuatro años consolando a su hermano mayor! Al final Danny apoyó la cabeza en su hombro y se calmó por fin. —Sam se rió y, después de secarse la comisura de un ojo, bebió un poco de vino—. Entonces Charlie se metió en la boca el dedo derecho, lo chupó bien chupado y se lo metió a Danny en la oreja diciéndole que los problemas de mates eran fáciles y que ya le saldrían.

Mariam casi escupió el vino de la risa.

—¿Y Danny qué hizo?

—Ponerse a gritar y perseguir a Charlie. Si mal no recuerdo, suspendió el examen.

Mariam notó que su mandíbula volvía a crisparse. Se quedaron varios segundos en silencio; los insectos zumbaban en la ladera del monte y se oían los murmullos de la gente que caminaba por las estrechas calles medievales.

—El caso es que otro día, pocos meses después —continuó él —, Charlie y yo estábamos solos en casa con mi madre y ella nos pidió que fuéramos a la tienda a comprar unos huevos que le

hacían falta. La tienda estaba muy cerca, así que íbamos muy a menudo. Nos llevamos una pelota de béisbol que nos íbamos lanzando de lado a lado de la calle; sin embargo, Charlie se aburría y me pidió que me adelantara y le tirara la pelota tan alto como pudiera. La calle no tenía mucho tránsito, pero aun así me pareció mala idea. Él se puso muy pesado; empezó a hacer muecas y a gritar hasta que finalmente cedí y me adelanté corriendo como seis o siete metros. En ese momento estábamos en lo alto de una colina, así que detrás de él todo era bajada. Íbamos caminando por el arcén, que estaba flanqueado de unos pinos enormes. Como yo estaba enfadado, lancé la pelota con todas mis fuerzas y ésta fue a rebotar a una rama y se desvió hacia la mitad de la calzada. Ni siquiera vi el coche: una camioneta negra que pasaba en ese momento cuesta arriba. Lo embistió de lleno; los médicos, más tarde, nos aseguraron que mi hermano no había sufrido. Corrí a verlo y me lo encontré tumbado y con los ojos abiertos, como si todavía esperara la pelota. El imbécil del conductor se había bajado, e iba y venía llevándose las manos en la cabeza y murmurando cosas ininteligibles. La policía no encontró la pelota y yo no dije nada; de hecho, no lo había contado jamás a nadie hasta hoy.

Esta vez fue la mandíbula de Mariam la que se tensó.

—Sabes bien que no fue culpa tuya, tú no lo atropellaste.

Él respiró profundamente y volvió a llenarse la copa. La pasta se había enfriado.

—Será mejor que la calentemos un poco —dijo.

Ya en la cocina, Mariam le dio un beso.

—Gracias por contármelo —dijo.

Estaban tan hambrientos que comieron directamente de la olla, haciendo bromas sobre su pelea en París, lo imaginativo que resultaba utilizar una lata vieja y un montón de basura para hacer entregas clandestinas y algo que ella había notado mientras intentaba quitarle la camisa la otra noche.

—Déjame mirar —dijo señalando su omoplato izquierdo—, ¿o

es un secreto?

Él se subió la camisa por la espalda hasta dejar a la vista un tatuaje con la palabra *Clarity*.

—¿Qué significa? —preguntó ella en inglés—. ¿Y por qué está todo descolorido y asqueroso detrás de la «i»?

—¿Querrás decir «astroso»?

—No —contestó ella sonriendo a medias.

Sam se puso tenso, como si ya hubiera explicado mil veces lo que ella le pedía explicar una vez más. Ella le pasó una mano por la espalda; era fuerte, y bonita... a excepción del tatuaje, que no le gustaba.

—Mi novia del instituto se llamaba Clare —explicó—. Una noche nos emborrachamos, fuimos a un salón de tatuaje y nos tatuamos cada uno el nombre del otro en la espalda. Cuando rompimos, como no tenía dinero para que me lo quitasen todo, le pedí a un tío que intentara borrar la «e» y convertir «Clare» en «Clarity»: en su momento me pareció profundo.

Mariam soltó un bufido dejando escapar un bucatino que fue a parar a su vestido. Se lo limpió entre carcajadas.

—Yo pagué porque me borraran del culo el tatuaje con el nombre de Al-Ásad, y fue un dinero bien gastado —afirmó guiñándole un ojo.

Sam se rió y le dio un beso, y ella se dio cuenta de que alejar sus pensamientos del hermano muerto le devolvía la seguridad y la soltura.

Fueron riendo a la bodega en busca de más vino.

Con la siguiente botella casi terminada, Mariam preguntó con qué frecuencia se verían en Damasco.

—La verdad es que depende de muchas cosas —dijo él—, pero lo ideal sería que sólo nos viésemos en caso de necesidad. No hace falta que te diga lo peligrosos que son los encuentros presenciales en Damasco. En lo posible, por tu seguridad,

deberíamos comunicarnos siempre a través del punto de contacto clandestino. Tarde o temprano te conseguiremos un dispositivo.

—¿Y la sesión de entrenamiento de mañana? —preguntó Mariam.

—Rutas de detección de vigilancia, RDV: cómo cerciorarnos, antes de encontrarnos, de que la Mujabarat no nos vigila. También haremos entregas en movimiento. Hay mucho que aprender.

Evitó hablar de las náuseas que le provocaba el regreso de Mariam a Siria.

—O sea, que nos quedan dos días y luego a saber —dijo ella.

Se fundieron juntos en un dulce silencio, apoyados el uno en el otro en el sofá de la terraza y bebiendo vino frente al mar. Por un momento, daban la impresión de ser una pareja normal. La noche, con su negra inmensidad, fue calando en ellos hasta que Sam se decidió a besarla y ella le correspondió. Acto seguido, como era natural, surgió el impulso de llevarla al dormitorio principal de una casa de seguridad de la CIA. Él la tomó en brazos y la llevó hasta allí entre besos, risas y mordiscos dulces. Ya junto a la cama, ella dejó caer su vestido y su ropa interior. Sam intentó hacer lo mismo, pero, como un idiota, estuvo a punto de tropezar con sus propios pantalones. La oyó reír bufando, y sintió la suave presión con que sus manos lo invitaban a acercarse. Al caerse en la cama, sus risas eran como las de dos amigos que acaban de descubrir que pueden serlo aún más, que acaban de dar con el secreto y no dan crédito a que se les haya escapado tanto tiempo.

—Joder —dijo ella en inglés cuando él estuvo dentro, apoyando la cabeza en la almohada—, joder *habibi*.

Él pegó su frente a la de ella y la besó. Sentía su pelo húmedo y el balanceo de su cuerpo, imaginaba las manchas de carmín multiplicándose en su cara como en la escena de un crimen. El aire olía a lavanda, y oía un tintineo de pendientes al compás

del ritmo que acababan de crear. Se abstrajo sólo un instante para pensar que parecía lícito, normal, estar infringiendo el código de conducta de la organización, y probablemente media decena de leyes federales, con aquella funcionaria siria del Palacio, nuevo activo reclutado por la CIA, Mariam Haddad, ATHENA; pero entonces Mariam se puso encima de él y echó la cabeza hacia atrás, y se cogieron de las manos, y él se olvidó de lo que estaba pensando.

Ella fue la primera en dormirse, cuando el alba ya asomaba a través de las ventanas. Él se quedó despierto, preocupado. La imaginó llevando a cabo una entrega clandestina, recabando información y haciendo una RDV en Damasco. Miró su sujetador, tirado por el suelo. «¿Qué he hecho?»

Mariam se pegó más a él sin despertarse. Respiraba profunda y apaciblemente.

15

Fueron y vinieron por la casa de seguridad recogiendo ropa y ordenándolo todo. Lavaron los cacharros para quitarles la pasta endurecida. Lo que no hicieron fue comentar que habían hecho el amor: había sido algo natural, divertido y, por curioso que pudiera parecer, normal. Él preparó unas tostadas con huevos revueltos y desayunaron en la terraza, tomando café mientras veían romper las olas en las rocas y sentían el calor trepar por la ladera.

Aprovechando que Mariam se duchaba, él repasó en su tablet el mapa y las fotos satelitales de Damasco que había enviado Procter. Al cabo de un rato, ella reapareció en la sala de estar secándose el pelo con una toalla, y preguntó a qué hora saldrían para Niza. Se enroscó la toalla en el pelo mojado, sonriéndole.

—Vamos a tener que trabajar unos diez días juntos —dijo él —. Mejor que te vayas vistiendo, *habibti*.

Esa palabra, *habibti*, «cariño, nena, amor mío», se le escapó; fue algo espontáneo, pero no pasó en absoluto desapercibida. Mariam le sonrió un momento antes de ir a vestirse.

Dedicaron la mañana a cubrir a toda prisa, entre café y café, la parte teórica de la detección de vigilancia. Ella era una alumna de primera: atenta, curiosa y con ganas de aprender, pero no soportaba aquella bebida.

—Esto es alquitrán, Sam —dijo con una mueca mientras daba un sorbito—. Esto lo beben los salvajes.

Sam le enseñó las bases de las rutas de detección, los movimientos, la importancia de detectar rostros o actitudes que se repetían, a integrar la RDV en los patrones de la vida cotidiana,

pero su paso por la Granja le había enseñado que las clases teóricas tenían sus limitaciones y que había que pisar la calle. La tenía bastante cerca para oler su pelo, para ver dibujarse sus pechos bajo la blusa ceñida y... «Para, imbécil, que está preparándose para Damasco. Toca concentrarse, en esto no hay segundas oportunidades.»

—Te aviso de que tendremos que practicar todo esto fuera —dijo señalando la costa hacia Niza.

Ella asintió con la cabeza sin dejar de mirar los mapas y las fotografías. Las rodillas le temblaban por las ganas de entrar en acción.

—Ya es hora de irnos —agregó él.

Mientras ella preparaba el bolso y se calzaba unas zapatillas en su cuarto, sonó el teléfono de Sam, que no reconoció el número.

—¿Diga? —contestó.

—Soy Procter.

—¿Qué pasa, Jefa?

—Acabo de aterrizar en Niza. No es que no me fíe, ¿eh? Ha sido algo improvisado. Simplemente, quería conocer personalmente a nuestra chica antes de que desaparezca en Damasco. En tu cable ponía que hoy toca formación en RDV. Apúntame, entrenador.

Sam había preparado varios itinerarios por la Vieille Ville de Niza, un laberinto de calles medievales similar a la topografía de la capital Siria, con la diferencia de que, en vez de bombardeos, milicias y caos generalizado había heladerías pijas, turistas con sombrero de fieltro y fachadas de colores pastel. Los BANDITO y Procter representarían al bando contrario. Visto que Damasco iba a ser infernal, tenían que comportarse como auténticos demonios. Sacaron el armamento pesado: auriculares encriptados de un diseño parecido al de unos AirPods de Apple,

varias Vespas de alquiler, disfraces (bigotes, barrigas postizas, maquillaje, cambios de ropa y de calzado), un microdrón prácticamente silencioso con cámaras de alta definición e imagen térmica (que en Francia no tenía permiso para volar, pero en fin, qué más daba) y cámaras subminiatura escondidas en gafas de sol, bandoleras y sombreros, y conectadas por satélite a un link encriptado que lo retransmitía todo a la nave nodriza, una camioneta con Procter al volante.

Sam y Mariam se habían sentado en una *brasserie* al oeste del centro y preparaban la ruta sobre un mapa turístico de la ciudad. Era larga y extenuante, como lo sería Damasco.

Él decidió no decirle nada sobre el dron. Era cruel e indecente, la verdad.

Mientras planeaban los itinerarios, ella se dio cuenta de que aquello le gustaba tanto como para querer seguir haciéndolo al regresar a casa, aunque le diera miedo. A los veinte minutos reconoció a uno de los vigilantes disfrazado de mendigo y apostado en posición fija en la entrada de un Best Western (en el parte explicó que fue gracias a los zapatos, limpios y nuevos). Luego consiguió obligar a dos posibles perseguidores a subirse a un trenecito que ascendía hacia el castillo. Era consciente de que se le daba bien, percibía los movimientos de los contrarios; sentía un hormigueo, un escalofrío en la columna. Quizá fuera fruto de la paranoia siria, de vivir en un sitio donde siempre cabía la posibilidad de que te vigilasen. Observó bien el tren por si conseguía reconocer a quienes la seguían, pero no fue así. Al cabo de tres paradas y media docena de curvas, llegó al final de las estrechas callejuelas y decidió bajar un poco el ritmo. Pasó al lado de una iglesia barroca llena de esculturas y bañada por el sol junto al Cours Saleya. Estaba segura de que los perseguidores habían desaparecido, pero no se le pasaba el cosquilleo. Entró en un restaurante italiano y se dirigió al patio del fondo.

Se abrió una ventana, era una vieja que se disponía a tender la colada, pero al alzar la vista notó un brillo metálico en el cielo azul y volvió a sentir el cosquilleo y el corazón palpitando contra las costillas. Si era un dron, como pensaba, estaban usándolo para desplegar a los equipos: aunque despistara o identificara a los perseguidores que iban a pie, tarde o temprano se reagruparían.

Se le secó la garganta y empezó a sudar, pero sólo un momento. Salió por la puerta de servicio y, de nuevo en la calle, en medio del calor, notó enseguida que los vigilantes estaban regresando. Dobló rápidamente en distintas calles cerca de otra iglesia y calculó que le quedarían treinta segundos «de hueco», como había dicho Sam: libre de vigilancia. Se metió en un tenderete de *souvenirs* y pagó en efectivo una camiseta grande, pensada para turistas de lengua inglesa (NICE IS NICE), una gorra de béisbol (I ♥ NICE) y un pañuelo amarillo barato. Cuando llegó a veinticinco en su cuenta mental se lo guardó todo en el bolso y salió otra vez a la calle.

Cerca de una biblioteca encontró una multitud con la que se mezcló antes de separarse en un barrio de calles estrechas y tranquilas llenas de kebabs y restaurantes indios e italianos sin clientela. Notaba que estaba moviéndose bien, era consciente de cuándo era mejor acelerar o entretenerse. Ya estaba muy cerca de donde tenía pensado despistar a esa cosa que zumbaba encima de ella, y que ya tenía claro que era un dron de vigilancia increíblemente pequeño.

Por fin llegó a un denso laberinto de calles tan estrechas como la más angosta de Damasco, donde los toldos coloridos de los restaurantes se juntaban impidiendo ver el cielo. Sin dejar de caminar, se puso la gorra y la horrenda camiseta, y se ató el pañuelo cuello. Se le pasó el hormigueo. Siguió hacia la «casa de seguridad», un bar con terraza llamado René Socca. Empezaba a usar el terreno en su provecho: torcía súbitamente en cualquier

calle, se detenía... Una de esas vueltas le pareció la mar de bien ejecutada (nadie la seguía) hasta que, dejando el Socca atrás, se sentó tres manzanas más al norte, en otro bar. Ya no la vigilaban, el dron andaba en busca de una mujer con una camiseta azul marino y unos pantalones piratas, no de la turista árabe más hortera de todo el sur de Francia. Nuevamente en marcha, hizo las últimas comprobaciones, cotejando a todos los transeúntes con los sospechosos que había visto a lo largo del día y fijándose en los coches aparcados sin volver la cabeza.

«Ya está, me los he quitado de encima», se dijo.

Encontró una mesa y pidió una copa de vino.

Cuando Sam y Procter la encontraron, ya iba por la segunda y aún llevaba la gorra, la camiseta intolerablemente hortera y una sonrisa victoriosa.

—Han pasado cincuenta y un minutos —dijo al verlos—. Guardadme la mesa, que voy al baño a cambiarme: no puedo seguir así ni un minuto más.

Al pasar junto a Sam le dio la impresión de que tenía ganas de besarla.

El grupo se retiró al piso franco para el analizar el ejercicio. Procter llevaba su maleta de ruedas; necesitaba alojamiento, explicó, y se mostró dispuesta a que la pusieran en cualquier cuarto libre.

—O en un sofá cama de mierda, que no tengo manías.

Sam se preguntó qué opinaría Mariam de ella.

La comida estuvo a cargo de los BANDITO.

—¡Pizza Hut a domicilio! —berreó Elias mientras los tres hermanos cruzaban la puerta con varias cajas de pizza.

Por suerte, era broma. En realidad, habían encontrado un restaurante siciliano bastante decente en Villefranche. Después de comer, vieron el vídeo con Mariam y le dieron consejos.

Procter opinaba que había estado bastante bien para ser el

primer día.

—Mañana lo repetiremos hasta que te sangren los pies —añadió.

Mariam arqueó una ceja y después sonrió.

Mientras los BANDITO le explicaban cómo mirar con más disimulo al torcer una esquina, la Jefa se llevó a Sam a la cocina.

—Creo que ya tenemos listo el plan de comunicaciones —le dijo; abrió una tablet y le mostró toda una biblioteca de fotos del itinerario de *running* de Mariam.

Se detuvieron en una que le llamó la atención a Sam. En un momento dado, el camino se bifurcaba y, entre los dos ramales, había un viejo muro de contención con basura acumulada al pie. Quedaba bastante lejos de la casa de seguridad, pero en la zona en la que Mariam solía moverse.

—Éste es el lugar perfecto —señaló Procter—. Usaremos una lata, como cuando practicasteis, y señales simples: si Mariam ha dejado algo en el punto de contacto, sólo tendrá que subir a medias las persianas de su apartamento. Nosotros usaremos grafitis en la pared de su edificio. Pasado un tiempo, cuando ya estemos cómodos, intentaremos conseguirle un dispositivo.

Sam asintió.

—Vale, se lo explicaré paso por paso.

Procter se levantó y se puso a apretar botones en la cafetera mientras le pedía a Sam una valoración del nuevo activo. Él siempre había usado la cafetera de émbolo, pero Procter no pensaba renunciar a la eléctrica, que pitó dos veces y se apagó.

—Maldita sea —dijo dándole un golpe al compartimento del agua.

—De momento, la chica lo está haciendo de maravilla. —Se acordó de Mariam sonriendo antes de fingir que bebía de la lata vieja—. Se mueve bien y muestra buena intuición. Tiene un talento innato.

—Esperemos que sepa aplicarlo en Damasco —dijo Procter.

Él tenía ganas de cambiar de tema.

—¿Alguna novedad sobre la llamada a Ali?

—No, los sirios insisten en que no tienen ni idea de dónde está Val, e incluso se ofrecen a ayudarnos a encontrar a los delincuentes o terroristas que la secuestraron, los muy jodidos... —Le dio otro golpe a la cafetera, que por fin dio señales de ponerse en marcha. Al poco rato salió un chorrito de café. Ella se aseguró de que nadie los oía y añadió—: Bradley me ha dicho que, en la última reunión del Grupo de Trabajo de Siria, POTUS se alteró mucho por el tema: todo el mundo está harto de estos jueguecitos.

Esta vez fue Sam quien se volvió para comprobar que Mariam y los BANDITO no podían oírlos.

—Cuanto más tiempo retengan a Val, más probable será que consigan sacarle información. Tenemos que hacer algo.

—Lo sé, y lo que dije iba en serio: como Ali le haga daño, le arrancaremos las pelotas.

Pasar unos días con un activo bien situado y valioso era un regalo de los dioses de la inteligencia, por eso, Procter y Sam acribillaron a Mariam con preguntas procedentes de varios cables de Langley. Los temas sobre los que la Casa Blanca, la División NE y los analistas estaban más urgidos de información eran los siguientes: cómo funcionaba el departamento al que estaba adscrita, qué pensaba el presidente de la guerra y cuáles eran los planes e intenciones del alto mando militar y los responsables de Seguridad. Pese a lo delicados que resultaban, fue una conversación relajada. Mariam y Procter parecían muy a gusto juntas. La guinda la puso esta última contando un chiste verde sobre los atributos del presidente mientras hacía gestos biológica y anatómicamente imposibles. Mariam soltó una de sus risas con bufido.

Todos estaban agotados por el entrenamiento, así que se fueron a acostar temprano.

—Mañana más circo, queda mucho que hacer —se despidió Procter.

En cuanto Mariam y Sam oyeron que cerraba puerta de su habitación, ella le dio un beso en la frente.

—Me cae bien —dijo—. Estoy a gusto en este equipo.

El día siguiente fue brutal, caluroso y extenuante.

—No cabe duda de que tiene buena intuición —le comentó Sam a Procter dentro de la furgoneta de vigilancia, después de que Mariam volviera a despistar al dron y los BANDITO le perdieran la pista al este del castillo tras seis horas de prueba.

Cuando volvieron al piso franco, Procter se puso a ver el vídeo de la entrega en el punto de contacto clandestino y lo calificó de «parfái» (*parfait*). Sam se dio cuenta de que Yusuf hacía una mueca al oír cómo la Jefa destrozaba su segundo idioma. Al final del día, Procter abrazó efusivamente a Mariam.

—Haremos grandes cosas juntas —le dijo antes de emprender el viaje de regreso a Siria.

Mariam hizo una última tentativa de ponerse en contacto con Fatimah, pero no la encontró y llamó a Bouthaina para darle el parte.

—Ya es hora de que vuelvas —le respondió Bouthaina—. La *bint mbarih* ha tomado una decisión.

Se refería a Fatimah.

A sabiendas de que era su última noche juntos, Sam y Mariam fueron en coche por la Moyenne Corniche. En principio era para que Sam pudiera explicarle algunos mecanismos de las RDV sobre ruedas, pero lo que quería de verdad era estar a solas con ella, y le había entrado la paranoia de que Procter hubiera puesto micrófonos en la casa de seguridad. También tenían que hablar del tío Daoud.

Fueron hacia Mónaco. Entre la niebla titilaban unas cuantas

estrellas. Sam paró en un mirador. Abajo, los acantilados se perdían en un bosque de palmeras y cítricos con una playa blanca al pie. Al final del mirador había algunos coches más, con sus ocupantes magreándose.

Ellos contemplaron las vistas en silencio.

—¿Y Daoud? —dijo ella finalmente, mirando a la izquierda para comprobar que no los oyera nadie.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Sam.

—No aceptará trabajar para la CIA —contestó ella—; sin embargo, me parece que estaría dispuesto a contarme ciertas cosas que no debería, incluso si supone que no me guardaré esa información para mí sola.

—Me dijiste que estaba resentido, ¿no?

—Sí, por lo de Razan, está muy enfadado por cómo la trataron y, al contrario de muchos otros, no está de acuerdo con matar indiscriminadamente, mucho menos utilizando el gas sarín. Es un patriota. Entendía que era necesario para disuadir a Israel, pero no cree que haya que usarlo contra sirios.

—¿Habéis hablado del tema?

Mariam posó una mano en su pierna y puso una cara que sólo podría interpretarse como: «Voy a explicarte cómo son las cosas en Siria, tonto americano.»

—Nuestras conversaciones son más vagas, más prudentes —dijo—; en Siria no hablamos con tanta franqueza porque nunca se sabe quién te puede estar oyendo. Si le hago preguntas, le diré que son de parte del Palacio, así podrá hablar sin tapujos.

—En todo caso, ten cuidado.

Ella miró al cielo con exasperación.

—¿Qué información crees que podría darnos? —preguntó Sam volviendo al tema.

—Tiene a su cargo el arsenal de la capital, o sea que sabrá si el régimen tiene alguna intención de usar gas sarín en Damasco, y también debe de estar al corriente de las condiciones de seguridad de las instalaciones donde se almacena.

Sam asintió con la cabeza.

—Cualquier cosa que pudieras conseguir nos ayudará mucho. Ése es un tema prioritario.

Mariam lo invitó a callarse con un beso tras el cual se deslizaron torpemente a la parte trasera del coche. Poco después, ella se dejaba llevar por el vaivén tensando los músculos. Le encantaba ese sentimiento de plenitud. Él metía los dedos entre su pelo y la miraba a los ojos intentando adivinar lo que ella prefería. Se irguió un poco para adoptar la posición adecuada y, momentos después, ambos se quedaron quietos, casi sin aliento. «Las decisiones importantes se toman así», pensó Mariam.

«Ni siquiera he tenido que decidir.»

TERCERA PARTE

Bombas

16

La noticia llegó a la sexta planta de Langley por cortesía de un ladrón de documentos sirio que fotografiaba archivos confidenciales a cambio de un generoso estipendio mensual. En su parte al director, Bradley le aseguró que eran datos fiables, de primera mano: tanto el documento como la foto que lo acompañaba eran de una autenticidad fuera de toda duda. Procter volvió a Langley llamada a consultas por el director.

Durante las siguientes veinticuatro horas, un reducido equipo de Seguridad estudió los informes médicos y el historial de medicación de Val Owens, y habló con psicólogos de la CIA. Un equipo de médicos, patólogos y forenses examinó la foto. Finalmente, a última hora de la tarde, las mentiras del documento y la verdad de la foto condujeron a una reunión con el director. El informe resultante se guardó en un compartimento especial que no podría ser desclasificado ni siquiera en aplicación de la Ley de Libertad de Información. Su lectura habría revelado que, entre el minuto quince y el diecisiete de la reunión, la jefa de la Estación Damasco, Artemis A. Procter, «interrumpió a la doctora Pan a fin de que aclarase el grado de certeza de su dictamen médico, tras lo cual se embarcó en un monólogo ininterrumpido y vulgar sobre la forma adecuada de venganza».

Sam estaba en los servicios médicos sometiéndose a unos análisis de sangre en previsión del viaje a Damasco cuando entrevió una mata de pelo negro y rizado al otro lado de la puerta del laboratorio. Era Procter. El médico abrió y dio dos pasitos atrás

para dejarla entrar sin decir una palabra: bastaba una mirada a la Jefa para saber que lo mejor era ser prudente. Sam ignoraba por completo que estuviera en la ciudad.

—Levántate y vamos a respirar un poco de aire fresco —propuso ella.

Salieron del edificio antiguo hacia los senderos que se internaban por el bosque más allá de Chain Bridge, que eran los que se utilizaban para el *running*. Hacía una tarde sofocante y él notaba el sudor acumulándose en su frente y espalda, y tenía la camisa húmeda a la altura del pecho. Procter, en cambio, no parecía transpirar en absoluto, lo cual era casi un milagro porque llevaba falda de tweed y una blusa de color marrón.

La Jefa apretó el paso sin romper el silencio. Pese a que era casi treinta centímetros más baja que él, y por tanto tenía las piernas mucho más cortas, a él le costaba no quedarse rezagado. Procuraba andar por la sombra, mientras que Procter, tan blanca y seca como una tiza, lo hacía por el sol. Un corredor pasó jadeando a su lado y ella esperó a que se perdiera de vista en la siguiente curva para empezar a hablar. Entonces se detuvo.

—Val está muerta —dijo a bocajarro—. La noticia llegó ayer a primera hora. Ali Hasán la mató durante un interrogatorio.

Escupió.

Sam siguió hasta un banco y se sentó. Miró los remolinos de hojas que formaba el viento de la tarde, se pasó una mano por la frente sudorosa. Por alguna razón se centraba en esos pequeños detalles. Extrañamente, pensó en Mariam y deseó que estuviera a su lado, quería el contacto de su piel. Vio pasar a otro corredor. Se arremangó y, estúpidamente, se alisó la corbata.

Procter miró a un lado y a otro. Estaban solos. Sacó del bolsillo una cinta elástica y se hizo una coleta torcida. Luego extrajo dos papeles doblados del bolsillo de su falda de tweed y se los dio. Él abrió el primero, era una foto en la que aterrizaron varias gotas de sudor. En todo caso, no era la primera vez que veía la muerte; la había visto de niño, en una colina llena de

pinos, y de mayor, entre el barro y la arena de Bagdad y Anbar. Observó los ojos sin vida de Val en la imagen.

—Le arrancaron el cuero cabelludo, los muy hijos de puta —explicó Procter—. En la foto sale maquillada, pero los médicos y los expertos en fotografía han detectado la incisión, le arrancaron la cabellera y se la volvieron a coser para la foto.

Aguantándose las náuseas, Sam volvió a doblar el papel y se la entregó. Vieron pasar a otro corredor. Luego Procter se sentó a su lado en el banco.

—Lee el otro —dijo.

Sam desdobló el segundo papel. Era un informe; leyó la traducción al inglés:

15 DE ABRIL

DE: GENERAL DE BRIGADA ALI HASÁN, DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE SEGURIDAD DEL PALACIO PRESIDENCIAL

PARA: SU EXCELENCIA BASHAR AL-ÁSAD, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ÁRABE SIRIA; TENIENTE GENERAL RUSTUM HASÁN, COMANDANTE DE LA GUARDIA REPUBLICANA

ASUNTO: AGENTE DE LA CIA BAJO ARRESTO

LA AGENTE DE LA CIA VALERIE OWENS, QUE SE HACÍA PASAR POR SECRETARIA SEGUNDA DE LA EMBAJADA DE ESTADOS UNIDOS, FALLECIÓ DE UN PARO CARDÍACO DURANTE UN INTERROGATORIO DE RUTINA. LOS FÁRMACOS Y ANTIDEPRESIVOS HALLADOS EN SU DOMICILIO INDICAN QUE TENÍA NIVELES ELEVADOS DE COLESTEROL Y PADECÍA ESTRÉS Y ATAQUES DE ANSIEDAD. EL DEPARTAMENTO DE SEGURIDAD LAMENTA LA MUERTE PREMATURA DE LA SEÑORA OWENS.

Volvió a doblar el papel y se lo dio a Procter.

—Por cierto, lo de los fármacos es un cuento —aseguró la Jefa mientras se lo guardaba en el bolsillo—. Nuestros médicos han revisado su expediente. No es más que una coartada de Ali Hasán. El director presionará a la Casa Blanca para que le concedan una autorización letal, pero yo no me fío de que se la den. Es difícil, y tarda lo suyo. La cosa es que yo me tomo esto de que maten a agentes de la CIA como un asunto personal.

Sam sabía que, antes de plantearse siquiera una represalia por el asesinato de Val, se necesitaría esa autorización que chocaba

directamente con una orden ejecutiva de la época de Reagan que prohibía los asesinatos, y que por tanto tendría que pasar primero por los letrados de la propia CIA y los del Departamento de Justicia.

—Quiero que tengamos un plan listo para cuando se necesite —dijo Procter mirando al frente imperturbable—; extraoficial desde luego. Te veré en Damasco. Lleva contigo a los BANDITO, que preparen todo un esquema para sacar de allí a Ali.

Pasó otro corredor y Sam se levantó.

—Pasaré unos días fuera para despejarme un poco antes de Damasco.

—Buena idea.

Sabía que si Procter lo veía emocionado, le entrarían dudas sobre su participación en el caso, de modo que usó frases simples y directas.

—Será un honor unirme a la caza en Damasco —dijo—. Gracias por la oportunidad de participar.

Procter asintió y dijo:

—Bienvenido al show.

Sam disponía de una semana antes del viaje a Damasco, así que buscó el olvido en otro desierto. Las Vegas estaba en plena ebullición: las luces del Strip, las palmeras al viento, la capa de alcohol y mugre que cubría cualquier superficie donde se pusiera el pie...

Estaba un poco borracho... y enrachado.

De haber sido otro persona, con otro pasado, habría estado pensando en cómo gastarse los 22.750 dólares que formaban varias torres sobre el fieltro verde de su antigua mesa en la sala de póker del Bellagio, pero él ya había elegido y sólo conservaría un billete de cien dólares para pagar un bufé para dos al finalizar la partida. Los viajes a Las Vegas y las partidas de Texas Hold'em se habían convertido en una especie de ritual catártico

previo a las misiones u operaciones más complicadas, puesto que su carrera se había desarrollado en ciudades donde estaba mal visto jugar: El Cairo, Riad y Bagdad. Una vez allí, podía arrasar en las partidas privadas de las embajadas y las estaciones, y lo hacía, pero no eran enfrentamientos tan encarnizados: más que los duelos gladiatorios con los que disfrutaba, era como si los adversarios se rindieran a cámara lenta. Las cartas eran un sustitutivo del espionaje donde lo único que estaba en el alambre era el dinero, no la vida de un activo.

Tenía la sensación de que la sudadera vieja y gris que llevaba le daba suerte. Miró a los ojos al británico rechoncho y trajeado al otro lado de la mesa, el único que había aceptado esa apuesta. En honor a la verdad, era un farol, puesto que sólo tenía un diez y un ocho, pero se olía una oportunidad.

El británico delató su nerviosismo tosiendo.

Llegó el momento del flop: dos de espadas, cuatro de corazones y reina de espadas.

Él pasó y el británico apostó quinientos dólares. Hasta entonces no había superado los doscientos, y no porque tuviera menos fichas, pensó él. «Si tuviera una reina, apostaría menos como señuelo. Quiere acabar conmigo. ¿As y rey, quizá? ¿Un par de jotas o de dieces? ¿Proyecto de color?

Puso otros quinientos y el británico igualó la apuesta.

Nueve de diamantes.

El tipo sonrió, pero sólo un poco, mientras jugueteaba con sus fichas. Él conocía esa sonrisa, era la de quienes intentaban convencerse de algo. Ya no tosía.

Apostó setecientos cincuenta y él se lo quedó mirando. Su camisa, pegada al barrigón, subía y bajaba levemente, estaba haciendo un esfuerzo por controlar su respiración. Si él volvía a atacar y le aguantaba el envite, es que tenía un proyecto de color.

Puso otros mil.

El británico dejó de sonreír y miró otra vez sus cartas: adiós a

una mano cuyo potencial no había llegado a cumplirse.

Le tiró sus cartas al crupier, que empujó el bote hacia Sam.

—¿Le importa decirme qué tenía? —preguntó el británico.

—Reinas —mintió él.

Su adversario asintió con la cabeza y bebió un poco de whisky.

—Caray... bien jugado.

Notó que le tocaban el hombro.

—¿Qué, vamos al bufé? Sólo sirven hasta las diez.

Deslizó una mano por el fieltro y, mientras sopesaba las fichas de arcilla, aspiró con los ojos cerrados el olor rancio y tranquilizador de una mesa en plena acción.

Fue sin prisas al cajero en compañía de Max Huston, residente en el Bellagio, compañero de bufés de última hora y cazatalentos de la CIA en sus ratos libres. Era quien lo había puesto en contacto con la Agencia, con la cual tenía una relación extraoficial y circunscrita al objetivo de encontrar talento en Las Vegas y encauzarlo hacia los reclutadores de Langley. No recibía pago alguno por ello. Una vez, después de media docena de vodkas con soda, le había explicado que lo hacía exclusivamente por sentido del deber, para meterles caña a los comunistas, los rusos y los follacamellos de Al Qaeda.

—La CIA debe tener a los mejores, no sólo a los gilipollas de la Ivy League —afirmó con un ojo abierto y el otro por momentos cerrado y por momentos no—. Necesitan a chicas y chicos que sepan cómo funciona la gente de verdad, Sam.

A los seis meses de esa conversación, ya era uno de los inscritos en el curso inicial de formación en la Granja, la primera prueba a la que se sometía a los aspirantes para ver si tenían la madera y el temple necesarios.

—¿Te ha ido bien esta noche? —preguntó Huston entre sorbos de vodka mientras él pasaba la bandeja de las fichas por la

ranura, entregándosela al curtido cajero de detrás del cristal.

—Sí, como en los viejos tiempos.

—Así me gusta.

—¿Podría dividirlo en dos cheques y un billete?

—Por supuesto.

El cajero miró a Huston con el ceño fruncido e intentó sonreír, pero no pudo.

—Un cheque de diez mil a nombre de un servidor, Sam Joseph. —Pasó por la ranura su permiso de conducir—. Un billete de cien y otro cheque por el resto a nombre de Clara Grace Joseph.

Deletreó el apellido.

Huston se rió entre dientes antes de acabarse el vodka.

—¿Qué piensas que hará con tanto dinero?

—Antes de El Cairo se compró un coche.

—¿Y antes de Bagdad?

—Antes de Bagdad no hubo cheque.

Huston hizo una mueca burlona.

—Ya lo sé —dijo.

Sam se sacó del bolsillo de los vaqueros un sobre que ya llevaba escritos los datos del destinatario:

CLARA GRACE JOSEPH
15 BIG RICE ROAD
SHERMANS CORNER, MN 55395

Metió el cheque por valor de 24.480 dólares, le pidió al cajero un papel y un bolígrafo, y escribió: «Para lo que sea. Te quiero, mamá.» Metió la nota en el sobre y lo cerró.

—Qué madre tan afortunada, a pesar del disgusto que le diste —opinó Huston—. Bueno, vamos al bufé. Y que conste que, una vez más, no has sacado bastante dinero para pagarme las copas.

Tras ponerse en el plato una montaña de marisco, Sam se sentó enfrente de Huston, que había pedido un vodka para cada uno y ya se estaba puliendo el que le correspondía.

—Siempre agradezco que mis antiguos alumnos me avisen cuando están en la ciudad.

Levantó el vaso y Sam hizo lo propio. El ambiente, más allá del bullicio, estaba lleno de energía: se oía chocar los platos en la cocina y las risas de unos empresarios chinos bastante borrachos que estaban en una cabina. Huston les dedicó un brindis a tres mujeres bastante atractivas que pasaron a su lado con faldas inverosímilmente cortas y apretadas, y el pelo tan teñido que parecía plumón, y a continuación se volvió hacia él, que estaba comiendo cangrejo de las nieves.

Arrugó la frente y le preguntó:

—¿Problemas?

—Sí, hemos perdido a alguien.

Huston gruñó y levantó su vaso.

—Supongo que no puedes decirme más.

—Por desgracia, no.

Cortó un trozo de costilla asada.

—¿Bradley te metió en esto?

—Sí.

—Eres el que se lo arregla todo. Lo sabías, ¿no? Por eso siempre estás de aquí para allá.

Él levantó el vaso para que Huston no viera cómo fruncía los labios, le daba rabia que dijera que era el arreglatodo de Bradley. Le daba rabia porque era la verdad.

Uno de los empresarios chinos se cayó al suelo por un lado de la cabina para el estruendoso regocijo del resto. El camarero tuvo que dar un saltito para no pisarlo.

—¿Echas de menos este sitio? —le preguntó Huston cambiando de tema.

Sam miró al chino que se había agarrado del borde de la mesa e intentaba levantarse entre los gritos de ánimo de sus colegas

de borrachera.

—Sólo tu cara bonita, Max.

Después de otras dos rondas de vodka, una nueva excursión al bufé y un chupito de un whisky escocés con sabor a turba que Huston solía presentar como el único que le funcionaba para dormir, Sam, que siempre olvidaba el nombre del brebaje en cuestión, se disponía a poner fin a la velada cuando el otro le señaló con el vaso vacío uno de los televisores.

Él se dio la vuelta y leyó el titular de la CNN: «Matan a diplomática estadounidense en Damasco», y luego, la entradilla: «Altos cargos de la Agencia de Seguridad Nacional han confirmado a CNN que la difunta era Valerie Owens. El gobierno sirio no ha emitido ningún comunicado oficial.»

Sam se había ventilado cuatro botellitas de whisky del minibar, y ahora estaba allí de pie, contemplando el Strip con sus fuentes iluminadas, su falsa torre Eiffel y el perfil de las montañas a lo lejos.

Las fuentes del Bellagio lanzaban sus chorros y sus haces de luz blanca al cielo de la noche.

Por eso se había ido de allí: mientras esa ciudad bailaba, ajena a todo, en otros lugares había guerras. Se preguntó qué pensaría Mariam de Las Vegas, y sintió una punzada de nostalgia por Francia, por Mariam antes de viajar de vuelta a Damasco, por la vida entera antes de haber visto la foto de Val.

Se bebió el quinto botellín de whisky de un trago. Putas filtraciones a los medios... Val tenía derecho a ser enterrada, en secreto, como había servido, pero no, de pronto había una foto suya algún anuario de instituto en todos los informativos. Lo exasperaba. Se acostó en la cama y esperó a dormirse, pero en su mente apareció todo un pase de diapositivas de Val, sin faltar su risa en Bagdad ni, una y otra vez, su cadáver. Cuando al fin se hizo de día, usó la cafetera de la habitación y se tomó un café en

silencio, sin apartar la vista de la fuente ya sin agua ni luz, en medio del bajón de un amanecer en Las Vegas. Dejó la taza y le dio vueltas en las manos a uno de los botellines vacíos de Jack Daniel's.

En pocas semanas saldrían juntos de copas, le había dicho Val.

Como Valerie Owens había muerto bastante antes de la ceremonia anual en homenaje a los caídos, los escultores tuvieron tiempo de cincelar la estrella número ciento treinta y cuatro en la pared de mármol, exactamente quince centímetros a la derecha de la ciento treinta y tres, y el calígrafo de dibujar una estrella en el libro de honor encuadernado en piel de cabra que se guardaba en una caja fijada a la pared, pero sin escribir su nombre, puesto que, a la sazón, Val trabajaba encubierta como una diplomática y su pertenencia a la CIA seguía siendo secreta.

El vestíbulo estaba a reventar de peces gordos de la CIA, reporteros autorizados, familiares de los difuntos y, en general, gente que había logrado hacerse un hueco en el vestíbulo del edificio antiguo aunque no tuvieran placas azules ni autorización para acceder a información reservada.

Cuando llegó el momento de mencionar a Val, el director no dijo su nombre, sino que se refirió a «nuestra funcionaria». Un sollozo se elevó entre la multitud y Sam, que se había colocado de modo que podía ver a los que estaba sentados en primera final, reconoció a Joanna, la madre de su amiga. Tenía el pelo gris despeinado y no dejaba de llorar. El padre había muerto años atrás.

Él nunca había pensado mucho en los agentes de la CIA que morían en acto de servicio: solían ser paramilitares de la División de Actividades Especiales (casi siempre de las fuerzas de tierra) que morían en alguna zona de combate participando en acciones que se parecían mucho más a un enfrentamiento

bélico que a la búsqueda de inteligencia, pero esto era distinto. Mirando la estrella en la pared, le dolía pensar que eso era todo lo que quedaba de Val.

Una vez que el director hubo desgranado diversas referencias vagamente encomiásticas a los caídos y agradecido a los presentes, la gente se empezó a marchar y él procuró abrirse paso hasta Joanna, que tenía la tez y la mirada que podían esperarse de una madre que acaba de descubrir que ha sobrevivido a su única hija. Se adelantó a una de tantas almas compasivas y la tomó de los brazos.

—La conocí en Bagdad —le dijo—. Fuimos como hermanos mientras estuvimos allí. No sabe cuánto lo siento. —Tenía ganas de agregar que la CIA no escatimaría esfuerzos por localizar al asesino de su hija, pero no tenía la menor idea de si estaba al corriente de que a su hija la habían matado, ni de si Langley acabaría tratando de vengarla—. Lo siento muchísimo —repitió.

Ella asintió sorbiéndose la nariz y él, que empezaba a sentirse culpable, dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

Viajó a Damasco con un billete de clase turista comprado por el Centro de Despliegue Global conforme a la regulación 41-2 de la CIA, que estipulaba que los viajes debían «tener una duración igual o superior a trece horas, escalas incluidas, para justificar la adquisición de una tarifa superior a la de clase turista básica o su equivalente más próximo en una aerolínea estadounidense (Delta, American, United, etcétera)». Él había hecho lo posible para convencer a los de Despliegue de que dormir toda la noche en un asiento cama iba muy bien para evitar el *jet lag*, pero éstos se había mantenido en sus trece: habían localizado un vuelo con una tarifa bajísima y una duración total de doce horas y cuarenta y siete minutos... sólo de ida, claro.

Austrian Air era una de las pocas aerolíneas occidentales que todavía volaban a Damasco, así que hizo escala en Viena. Luego,

justo cuando por fin se estaba quedando dormido, el piloto anunció que habían iniciado el descenso hacia el aeropuerto internacional de Damasco y les aconsejó sujetarse bien los cinturones. No explicó por qué, pero él lo sabía: descender a gran velocidad hacía que el avión quedara menos expuesto a posibles ataques rebeldes con lanzamisiles portátiles. Se dejaron caer casi en picado y él prácticamente sintió que el estómago le quedaba por encima de la cabeza.

Observó por la ventana las altas columnas de humo que ascendían desde algunas zonas disputadas del extrarradio y los edificios de piedra que disputaban espacio al desierto; luego, la interminable alfombra de cemento del anillo suburbano y, por fin, el centro, la Ciudad Vieja, sembrada de minaretes y tachonada de zonas verdes. Se veía muy bonita desde arriba, y él se olvidó por un instante del riesgo que corría Miriam, y del grito de Val mientras él se alejaba a toda velocidad de la casa de seguridad donde los sirios la habían capturado.

Las ruedas chocaron con la pista, y el piloto les dio una tibia bienvenida. Él miró a su alrededor: nadie parecía muy entusiasmado.

Tal como especificaba el cable que confirmaba su CPE (Cambio Permanente de Estación) en la misma puerta de embarques lo esperaba un gestor de trámites de la embajada que le dio la mano, una rápida bienvenida a Siria y se lo llevó casi corriendo al control de pasaportes. Procter los esperaba en la zona de recogida de maletas, entre cintas estropeadas, equipaje amontonado de cualquier manera y un ir y venir de pasajeros que le recordó a Sam a los refugiados que se disputaban sacos de harina en Bagdad. La Jefa estaba muy seria, llevaba gafas de sol de aviador y una chaqueta de un verde aceituna pensada para climas polares. No dijo una palabra en presencia del gestor, que era empleado de la embajada, pero de nacionalidad siria. Sam

recuperó su maleta y, superada la aduana, se dirigieron los tres a la salida

El gestor, igual que todos sus homólogos medianamente competentes en el mundo árabe, había aparcado de forma ilegal el Land Cruiser blanco de la embajada, que tenía los intermitentes encendidos. Procter le hizo señas de que se fuera a otro coche, sin duda también aparcado de forma ilegal, aunque algo más lejos, y subió por la puerta del conductor. Sam fue a abrir el maletero y le llamó la atención la extraña presencia de una pala. A continuación subió al asiento del copiloto y escuchó las primeras palabras de la Jefa, tranquilizadoras a más no poder.

—Esta mañana en la carretera del aeropuerto, un grupo de rebeldes ha secuestrado a unos soldados de la Guardia Republicana. He venido para asegurarme de que no acabes muerto el primer día.

El aeropuerto quedaba a media hora al sureste de la ciudad. Encontraron el primer control de carretera cinco minutos después de salir de allí, pero, en cuanto enseñaron sus pasaportes diplomáticos (negros), los soldados les hicieron señas de que pasaran sin revisar ni siquiera los bolsos que iban en el asiento de atrás.

—Pasaremos de la guerra a la paz en unos veinte minutos —dijo Procter.

Sam se fijó en las palmeras, en los omnipresentes carteles con propaganda del régimen y en los bloques y bloques de hormigón de los suburbios. La situación había empeorado desde la operación de rescate de Val y KOMODO. Al acercarse a la ciudad, pasaron junto a varios centros comerciales, restaurantes y talleres mecánicos que parecían haber sido abandonados a consecuencia de un apocalipsis lejano ya en el tiempo.

Procter iba haciendo de guía.

—Los rebeldes han empezado a organizar operaciones en esta carretera, pese a la presencia del ejército y las milicias del

régimen —explicó señalando las llanuras cubiertas de matojos que flanqueaban la autopista del aeropuerto—. Tan pronto pueden llevar a cabo un secuestro como dispararle a tu coche con un lanzagranadas así como así. —Apuntó al parabrisas con un dedo inquietante—. Para moverte por esta ciudad tienes que haber hecho las paces con tu dios.

Pasaron cinco controles más sin percance alguno, aunque siempre con una incertidumbre que les aceleraba el pulso. Mientras se alejaban del quinto, Procter subió la ventanilla y resumió muy acertadamente la sensación general:

—Nunca sabes si a alguno de estos adolescentes les dará por divertirse a tu costa.

Cuando llegaron a Jaramana, otro barrio levantisco de las afueras, lo encontraron acordonado por la Guardia Republicana, que bloqueaba las entradas y salidas. Tres helicópteros de ataque sobrevolaban ametrallando los escombros, pero dentro no parecía haber gente, sino sólo muros enteros arrancados, agujeros de proyectiles en el cemento y grandes manchas de hollín dejadas por las explosiones.

—Dentro es como Afganistán —aseguró Procter—, aunque sin ese ambiente animado.

El centro de Damasco lucía mejor cara: aún había tiendas abiertas, gente en las terrazas, edificios íntegros y tráfico. Procter aparcó en la acera del perímetro de la embajada.

—Ven, te lo enseño —dijo, se desabrochó el cinturón y bajó de un salto.

Bordearon los muros de piedra blanca de la embajada hacia el oeste, dejando el equipaje en el maletero. Sobre el muro, de unos tres metros de altura, había una reja de otros cuatro diseñada para disuadir cualquier intento de escalada.

—Mucha separación de la calle no es que haya, ¿no? —observó Sam.

—La verdad es que es una putada —comentó Procter—, en 2006 unos terroristas intentaron meter un camión bomba por la

puerta principal porque no hay otro obstáculo que esos ridículos pilones en la acera.

Ellos entraron por el lado oeste y pasaron por los detectores de metales bajo la atenta mirada de los vigilantes, tres marines. Como Sam ya tenía identificación, Procter sólo tuvo que facilitarle los códigos para abrir las puertas y entrar en el edificio principal de la embajada.

—El primer piso es el de los peces gordos —explicó—: el embajador, el jefe de misión adjunto, los departamentos de Política y Economía... También hay una SCIF que usamos de vez en cuando para los partes. En el segundo se encuentran los marines y los friquis de comunicaciones con sus antenas y demás chorradas. Por cierto, es allí donde tendríamos que refugiarnos si se pusiera la cosa en plan Teherán en el setenta y nueve.

»Pero nosotros vamos al sótano —dijo señalando escaleras abajo un pasillo de paredes desconchadas con fluorescentes espasmódicos y luego, cuando estuvieron abajo, agregó—: Pues nada, bienvenido a la Estación Damasco.

Se acercó a la puerta acorazada, introdujo un código y, al oír un zumbido, empujó.

Ya durante su primera misión en El Cairo, él se había acostumbrado a la rusticidad de los edificios ocupados por la CIA en Oriente Medio, y la Estación Damasco no era una excepción: el espacio, bañado en luz artificial, albergaba menos de diez mesas, todas en un fantasmagórico estado de desocupación, como a consecuencia de una campaña de despidos o una epidemia (algo bastante plausible dado el reciclaje de aire). Esa austeridad nacía del miedo al pillaje; pese a que había cámaras vigilando la puerta blindada, cada noche se quitaban los discos duros de los ordenadores y los documentos se guardaban en cajas fuertes o se destruían irreversiblemente. Nadie podía llevar efectos personales.

Procter le mostró su escritorio (frente a una rejilla de ventilación, ondeaban la bandera rebelde y un retrato de Bashar

al-Ásad) y luego lo invitó entrar en su despacho, parecido a una celda (de tres metros por dos y medio, sin ventanas y con un mobiliario que se reducía a un pequeño escritorio cubierto de envoltorios grasientos y migas de pita y una silla). Tiempo atrás, cierto agente que habían estado bajo las órdenes de la Jefa en Moscú le había asegurado que, al lado de la papelera, ésta tenía una escopeta Mossberg de combate (lo que contravenía gravemente varias normas de la CIA) con un letrero pegado con cinta adhesiva donde podía leerse: usar en caso de crisis de rehenes, y era cierto.

Nada más entrar, la Jefa se quitó la chaqueta y la tiró al suelo. Llevaba una camiseta negra de tirantes y, como se había puesto de espaldas a él, Sam pudo ver su tatuaje: siete estrellas en línea y, encima, la frase en tributo; un memorial personal grabado con tinta en su espalda. La Jefa se apresuró a explicarle que quería meterse de lleno en el plan operativo de ATHENA, cosa que a él le pareció bastante agresiva, teniendo en cuenta que no llevaba ni dos horas en Siria y sí todo un día sin dormir. Se acordó nuevamente de aquel agente destacado en Moscú que la había descrito como «el conejo de Duracell, pero en plan desquiciado». Ella cogió un rotulador rojo y se acercó a su pizarra blanca como si hubiera tenido una idea, pero no escribió nada. Entonces dejó el rotulador, miró su reloj y le señaló la puerta.

—Sal, que tengo que meditar.

17

El miércoles, como cada semana, llegó al despacho de Ali el paquete de información del Servicio de Inteligencia Exterior ruso (SVR). Era uno de los frutos del apoyo que Putin se había comprometido a dar al régimen sirio en contra de los rebeldes. La información proveniente del SVR representaba una mejora inequívoca respecto a las chorradas que se recibían antes de los disturbios, en los viejos tiempos en que Siria no se encontraba en el centro de la guerra por delegación entre Washington y Moscú.

Hojeando los papeles, Ali se enteró de que, tras los últimos arrestos, los estadounidenses habían conseguido captar una nueva fuente. Le picó especialmente la curiosidad un informe titulado «Personalidades y dinámicas de poder en el palacio presidencial sirio», que se cerraba con un breve párrafo escrito en un árabe tosco por el Departamento de Oriente Medio del SVR:

> LA FUENTE DEL SVR TAMBIÉN HA INFORMADO DE QUE EXISTEN RUMORES DE QUE LA CIA TIENE UN NUEVO ACTIVO MUY BIEN SITUADO EN SIRIA, SEGÚN AVERIGUÓ EN EL TRANSCURSO DE CONVERSACIONES INFORMALES. EL SVR HARÁ UN SEGUIMIENTO PARA PROPORCIONAR MÁS DETALLES.

A pesar de que el SVR no revelaba cuál era su fuente, supuso que los rusos tenían un activo dentro de la CIA o del Mosad israelí porque, en el escaneado digital del informe de la CIA incluido en el paquete, ponía: TS/HCS/OC, REL ISR; es decir: «Alto secreto, información sensible, distribución controlada; autorizada su entrega a Israel.»

Llamó a Kanaan y pidió los informes sobre la embajada estadounidense: los agentes de la Mujabarat que vigilaban el edificio presentaban cada día un informe listando las entradas y

salidas de cualquier ciudadano estadounidense.

Mientras esperaba, se acabó un cigarrillo y llamó a Layla sin ninguna razón en particular, pero Kanaan volvió con los papeles justo cuando ella le estaba contando que se había ido la luz (un engorro cada vez más habitual, incluso en su barrio), y tuvo que disculparse prometiéndole que la llamaría más tarde.

Cogió un informe y empezó a leer. Había fotos y comentarios sobre cada uno de los funcionarios estadounidenses, algunos de los cuales estaban etiquetados como «sospechoso CIA» o «confirmado CIA» (entre las dos categorías sumaban más de veinte nombres). De pronto, vio a uno que no le sonaba: Samuel Joseph, secretario segundo. Tampoco le sonó su cara, al menos tal como aparecía en las fotos llenas de ruido donde se lo veía entrar en la embajada a las 7.56 h de la mañana, salir a las 11.56 h, probablemente para comer, volver por la tarde y fichar por última vez a las 18.48 h. En el informe figuraba como «sospechoso CIA», y se hacía notar que llevaba dos días en Damasco.

Llamó a Kanaan y le pidió que buscara en los registros de todos los departamentos de la Mujabarat para ver si tenían alguna información del tal Samuel. Luego cerró los informes y pasó al otro fajo de papeles que tenía en la mesa. Llevaba el uniforme oficioso de la Mujabarat siria: camisa más blanca de lo normal, pantalones negros sueltos y zapatos de piel gastados (también) negros. Un uniforme soso, barato y funcional, el estándar internacional para un detective. Se había desabrochado los dos primeros botones de la camisa por el calor. «Otro verano de guerra a punto de empezar», pensó. Seguro que no sería el último.

Hizo girar la silla para ponerse de cara a la ventana y miró el cielo hacia el este, donde los brumosos rayos del sol iluminaban las zonas rebeldes del extrarradio. Hojeó un informe sobre las operaciones de la Guardia Republicana en Duma; la noche anterior, los hombres de Rustum habían acabado de aislar el

barrio cerrando el que consideraban el último túnel. La estrategia se basaba en el castigo colectivo: aislar una zona sublevada y mantener encerrada a la población hasta que odiara a los rebeldes por haber atraído el terror del régimen y se volviera contra ellos.

Pasó a las fotos, en las que constaban los nombres de víctimas, unos pocos datos biográficos y la causa de la defunción. En algunas sólo se veían fragmentos del cadáver; cabía suponer que el resto se habría perdido o extraviado entre las balas, el fuego de mortero o las rudimentarias bombas lanzadas por la vetusta flota de cazas soviéticos del gobierno, que evidentemente no destacaban por su precisión. Todas las víctimas estaban extremadamente delgadas, probablemente desnutridas, y algunas eran niños. Volvió a dejar el informe sobre la mesa. Se acordó de sus hijos y de la conversación que había tenido con Layla cuando todo aquello apenas empezaba.

Abril de 2011. Era la primera primavera de la nueva y resquebrajada Siria, sólo cuatro semanas después de que empezaran las protestas. Por la tarde, tras dejar a los gemelos con la madre de Layla, subieron con una cesta de *mezze* y vino sirio a una zona medio escondida del monte Qasiun desde donde se dominaba la ciudad. Él ya se había dado cuenta de que todo se desmoronaba, la rabia se palpaba en el aire. Le contó a Layla que la Mujabarat disparaba contra inocentes, que las manifestaciones aumentaban y los criminales y los yihadistas estaban al acecho; le habló de los secuestros y torturas, de las equis rojas que los rebeldes pintaban en las puertas de los alauitas para indicar que había que matarlos... Era un caos embrionario, sí, pero un caos a fin de cuentas, y él intentaba escrutarlo a fondo en busca de patrones que le indicasen si conseguiría sobrevivir. Layla y él analizaron juntos sus opciones, como todo el mundo: irse, quedarse y apoyar al presidente,

unirse a los manifestantes o pasar desapercibidos.

No había ninguna buena.

A pesar de todo, la elección fue sencilla: si él huía no tendrían recursos para llevarse a toda su familia extensa y, teniendo en cuenta su papel dentro del régimen, dependiendo el destino que eligiera, podían detenerlo por crímenes de guerra. Su marcha del país equivaldría a una sentencia de muerte para muchos de sus familiares, y potencialmente también para él mismo. Y pasarse a la oposición sería aún peor para sus familiares porque el gobierno los detendría, les confiscaría sus bienes y torturaría y mataría a unos cuantos para dar ejemplo.

—¿Qué opinión tienes de Al-Ásad? —le preguntó Layla después de beberse la tercera copa de vino—. ¿Tú apoyas al gobierno?

Hasta entonces nunca se lo había preguntado, y él tampoco le había dado su opinión espontáneamente.

Decidió contarle la verdad, a sabiendas de que, en adelante, tendría que callar:

—Al-Ásad saldrá de ésta matando a diestra y siniestra, y con todos nosotros atados a su trono; nos robará el alma.

Esa respuesta bastaba, porque sólo tenían una opción: quedarse y pasar desapercibidos.

En ese momento se sintió un cobarde, y seguía sintiéndose igual.

Kanaan entró en el despacho blandiendo una carpeta con aire triunfal y deslizó una hoja por el escritorio.

—Algo interesante de uno de los agentes de París, Mohannad al-Bakry, quien, según me dicen, tiene fama de presentar demasiados informes, incluyendo partes rutinarios sobre el personal. En la embajada lo odian.

—Y cómo no.

—Pero en este caso nos ha ido bien que sea tan quisquilloso,

porque hace unas semanas presentó un informe donde hace referencia a Samuel Joseph.

A Ali se le aceleró el pulso, volvía a sentirse como un inspector de policía que empezaba a tirar de un largo cabo. En ese momento era investigador, no cómplice de una masacre.

—Describe un contacto entre él y una tal Mariam Haddad, funcionaria del Palacio —siguió explicando Kanaan.

—¿Haddad?

Ali arrugó la frente y encendió un cigarrillo.

—Sí, de una antigua familia cristiana de Damasco.

—Ya, ya, si los conoce todo el mundo. ¿Qué pone en el informe?

—Escribe que Haddad y el tal Samuel entablaron conversación durante un acto diplomático en París. Se ve que el propio Al-Bakry intentó disuadirla de que hablara con americanos, pero que ella se lo quitó de encima. Según él, la conversación era «cálida y amistosa; casi romántica, por momentos».

Ali se rió.

—Igual es que a la tal Mariam el tipo le pareció guapo y se puso a hablar con él para pasar el rato. En cuanto a que se quitara de encima a Al-Bakry, es lo más normal: siendo de buena familia puede permitirse plantarle cara a un humilde agente de la Mujabarat.

Kanaan metió la mano en su maletín para sacar una foto y acercársela.

—Ya ve usted que es bastante... llamativa. Se entiende que Al-Bakry pudiera tener celos.

Ali miró la foto del documento nacional de identidad: tenía el cabello largo y negro, algo ondulado, igual que el de Layla.

—Será cuestión de hablar con ella.

—Por supuesto, general, ahora mismo me encargo.

Cuando Kanaan se levantaba para irse, sonó el teléfono. Ali, para su desgracia, reconoció el número.

—Hola, hermano—dijo.

—¿Qué tal, hermanito? —contestó Rustum—. Mañana tengo que hacer un recado y quería preguntarte un detalle sobre el testimonio de Marwan Ghazali.

Al oír el nombre del difunto activo de Valerie Owens, Ali sintió como si Rustum lo devolviera a rastras a aquella sala de interrogatorios. Tosió.

—¿Qué detalle? —preguntó.

—En uno de los informes que escribiste pone que Ghazali confesó que le había dado a la CIA una lista de empleados del SSRC. Posibles subfuentes, creo. Según él, aquellos empleados no tenían ni idea de que aparecían allí.

—Exacto —repuso él—. Tenemos vigilados a varios, por si acaso.

—¿El coronel Daoud Haddad estaba en esa lista?

—No, no estaba.

Rustum colgó sin más.

Ali dejó el auricular en su soporte. La falta de cafeína le había provocado dolor de cabeza. Tenía ganas de pensar en alguna investigación que no tuviera nada que ver con Rustum, Basil, Marwan Ghazali o Valerie Owens. Despachó a Kanaan y le pidió un té a su asistente. Acto seguido se apoyó en el respaldo de la silla, haciéndola crujir, y se masajeó las sienes para aliviar la jaqueca. Se preguntó si la llegada de Samuel Joseph no tendría algo que ver con la fuente recién detectada. Sabía que la Estación de la CIA renovaba a menudo a sus agentes, así que podía ser un simple relevo, pero ¿y si había alguna relación?

Aún no sabía qué pintaba Mariam Haddad en todo eso, pero algo en su interior le decía: «Más allá de los informes, allí hay algo. Tira del hilo y descúbrelo.»

18

El todoterreno Lexus blindado de Rustum esquivó las barreras de cemento de la entrada del aeródromo camino de la pista, donde repostaba un bombardero MIG-29 de fabricación rusa. Era tan temprano que aún no había amanecido, y se veían las luces interiores de varios coches oficiales, entre ellos el de Basil, que formaban un triángulo alrededor al aparato. Un camión intentó ganarle el paso al Lexus, pero Rustum le indicó sacando una mano que se detuviese y lo dejase pasar. Varios transportes de efectivos habían empezado a apostarse por el perímetro del aeródromo. Un helicóptero sobrevolaba la zona. Tras saltar de su vehículo, Rustum saludó con la cabeza a Basil y se acercó al coronel Daoud y a uno de sus técnicos. Estaban mirando un ordenador apoyado en el capó de una camioneta Toyota blanca en mal estado con un rótulo en la puerta: SSRC.

Se dieron la mano mientras, detrás de ellos, se acercaba un camión elevador que transportaba las bombas.

—Coronel —dijo Rustum—, le agradezco mucho que se haya implicado personalmente en la organización de este equipo. Sé que le hemos metido mucha prisa, pero el asunto es delicado.

—No faltaba más, comandante —respondió Daoud.

En ese momento, el camión elevador pasó por delante y Rustum notó que Daoud miraba las bandas verdes que, según el código soviético, indicaban que se trataba de munición química.

—Necesitaremos que sus hombres carguen los componentes en las bombas —le dijo él—, y que uno de sus técnicos nos ayude a interpretar los resultados de la prueba. Hemos instalado sensores en la zona.

—Entonces, ¿no se utilizará el campo de pruebas?

Rustum negó con la cabeza.

—No, hoy usaremos otro sitio.

Daoud reunió a su equipo para explicarles lo que había que hacer mientras un montacargas iba dejando una serie de bidones al lado del camión elevador. El operador abrió los compartimentos de la munición y los miembros del equipo empezaron a llenarlos con cuidado usando mangueras de vacío con los sensores adecuados. Un cuarto de hora después, cuando el operador del camión elevador lo apartó del avión, Daoud le enseñó el pulgar a Rustum. El piloto ya estaba en la cabina, haciendo las comprobaciones previas al vuelo.

—En el terreno sopla una leve brisa, comandante —le dijo un ayudante a Rustum, que asintió con la cabeza.

—Que suban Daoud y su equipo y nos vamos.

La comitiva formada por el coche de Rustum, tres jeeps de la Guardia Republicana y dos transportes blindados de efectivos paró, todavía de noche, a media hora de Damasco, en una colina desde donde se dominaba el minúsculo pueblo de Efreh, encaramado a la colina de enfrente: apenas unas cuantas cabañas de piedra y una modesta mezquita. La única luz parecía provenir de un techo; un pequeño fuego, quizá. Rustum habría preferido no tener que confiar en ningún otro oficial del SSRC, pero para aquella prueba necesitaba el asesoramiento técnico de la Rama 450, y al coronel Daoud Haddad se lo consideraba leal.

Los faros del bombardero aparecieron por el norte, detrás del pueblo.

Él apoyó una bota en la grava y bajó del coche para desentumecerse.

—Que venga Haddad —le dijo a un ayudante.

El coronel se acercó a toda prisa.

—¿Mi comandante?

Desplegaron sobre el capó del Lexus un mapa con varios

puntos rojos que formaban una cuadrícula.

—Hemos repartido sensores por todo el pueblo, incluida una red de túneles que los terroristas solían usar. Queremos comprobar la eficacia de esta clase de armas —dijo Rustum—. Ahora dígame: dónde es mejor tirar las bombas.

Daoud se rascó la nuca mientras alternaba miradas al mapa y al pueblo, luego consultó con uno de sus técnicos la velocidad y orientación del viento, y finalmente señaló en el mapa un punto a unos centenares de metros al sur del pueblo.

—Teniendo en cuenta que sopla un poco de viento sur, yo soltaría las municiones aquí. El aire las llevará hasta las casas.

Rustum asintió y le hizo señas al ayudante de que le llevara el walkie-talkie. El avión volaba en círculos por encima de sus cabezas. Él apretó el botón del transmisor y leyó en voz alta las coordenadas del mapa.

Tras las explosiones, que destrozaron un olivar en el extremo sur de la colina, cuatro columnas de humo se elevaron al cielo formando una nube que acabó envolviendo Efreh. Rustum miraba con prismáticos, concentrándose en una cabaña solitaria al pie de la mezquita; Daoud y su técnico observaban la pantalla del ordenador. Entretanto, algunos hombres se habían puesto a jugar a las cartas sobre los vehículos blindados, y un oficial iba y venía ofreciéndole un cigarrillo a quien se lo pidiera. Otros dormían sentados en los asientos de cuero gastado de los transportes blindados. Basil estaba tallando un palo con su cuchillo, pero sin apartar la vista de la misma cabaña al pie de la mezquita. Él mismo había supervisado la operación de limpieza del pueblo, y había sido cruenta.

En un momento dado, Rustum se acercó y le dijo:

—Daoud Haddad debería acompañarnos.

Él asintió sin apartar la vista de la cabaña.

Al salir el sol, la humareda se disipó y, veinte minutos después, Rustum les pidió a Haddad y al técnico un informe preliminar. Sabía que el gas sarín era más mortífero cuando se

inhalaba en forma de aerosol, y los sensores que había ordenado instalar a sus hombres permitían hacer un seguimiento de la persistencia del gas en el aire y del radio de contaminación. En algunas zonas del pueblo la toxicidad sería suficiente para matar a todo el mundo, mientras que en otras sólo causaría daños neurológicos.

—La cobertura es buena, comandante —dijo Daoud—, veo persistencia letal en la mayoría de los sectores. La única excepción es la hilera de sensores del extremo norte, donde ha habido concentraciones que provocarían efectos graves, pero no mortales. El hecho de que hubiera poco viento acotó la zona de dispersión.

Se notaba tensión en su voz, se había dado cuenta de que pasaba algo raro.

Rustum le puso una mano en el hombro. Había llegado la hora.

—¿Nos acompaña a inspeccionar el pueblo, coronel? Algunos de mis hombres no lo han visto desde la operación de limpieza, y tienen muchas ganas de volver —le propuso sonriendo.

—¿Quiere que vayamos a recoger los sensores, mi comandante?

Basil se rió.

Daoud les había explicado dos veces que, a esas alturas, el gas ya se habría evaporado, pero Rustum, que sentía un sano respeto por aquella sustancia, ordenó que todos los miembros del pequeño equipo de reconocimiento se pusieran trajes protectores. Entraron en la primera vivienda y se encontraron con varias sillas de plástico vueltas del revés cerca de una estufa de leña. Al pie de la ventana, el suelo estaba sembrado de casquillos, pero tiradas aquí y allá había prendas (una camisa blanca, un zapato izquierdo de bebé, una kufiya y varios chalecos de camuflaje) que permitían mapear la transición de

casa al puesto de avanzadilla rebelde y una trampilla que Rustum intentó abrir sin éxito porque estaba cerrada con clavos desde fuera. Les indicó por señas a dos hombres que la abriesen.

Tras mucho aflojar la puerta con palancas y cuchillos, finalmente se soltó. Uno de los oficiales la hizo a un lado y bajó por la escalera de contrachapado internándose en la oscuridad. Basil fue tras él sin dudarlo, pero Daoud, que se había puesto lívido, necesitó que Rustum lo animara.

—Le toca, coronel —dijo sonriéndole detrás de su mascarilla, y le dio unas palmaditas en la espalda.

Él miró la puerta y luego el zapato de bebé, pero acto seguido asintió finalmente con la cabeza y bajó poco a poco. El siguiente fue el propio Rustum, que al llegar a la base de la escalera, más de tres metros por debajo del suelo de la cabaña, ya se había acostumbrado a la oscuridad del túnel.

Daoud estaba vuelto hacia una de las paredes. Se había quitado la máscara y se había agachado, como si estuviera luchando para no vomitar. Rustum le dio una nueva palmada en la espalda y le dijo riendo:

—Amigo mío, es usted como un pintor ciego que por fin ve su obra. ¿Qué le parece?

Le hizo un gesto a Basil, que fue deslizando la luz de su linterna por encima de los cadáveres hasta detenerse en el de un hombre que aparentaba unos setenta años. Tenía saliva seca alrededor de la boca y un halo de un rojo casi palpitante alrededor de los ojos. Rustum se acercó y le dio unas palmadas en la mejilla mientras Basil se adentraba un poco más por el túnel, se detenía y se inclinaba sobre un adolescente.

—Este chico casi se ha arrancado las manos intentando escapar, comandante.

—¿Están todos muertos? —preguntó Rustum.

—Parece que sí.

Él cogió a Daoud por un hombro y lo guió a lo largo de la hilera de cincuenta y siete cadáveres. Lo sabían porque, después

de la operación de limpieza del pueblo, habían hecho un recuento a conciencia de los prisioneros.

—De haber podido nos habrían hecho lo mismo —dijo dándole una patada al pie descalzo de una mujer—. No se le olvide, coronel.

Daoud miraba hacia el fondo del pasillo.

—Cuento con su discreción —dijo Rustum—. Es usted un buen soldado. —Lo hizo adentrarse un poco más por el túnel hasta que llegaron a la altura de una joven que tenía los ojos cerrados y la boca abierta—. Aunque su hija no sepa cuándo tiene que cerrar la boca.

19

Durante su primer fin de semana en Damasco, Sam se paseó por la Ciudad Vieja para ver las atracciones turísticas más típicas: la mezquita de los Omeyas, el zoco Al-Hamidiyah, la Calle Recta, la capilla de San Ananías y media docena de otros sitios. Hizo fotos y compró baratijas con la efigie de Al-Ásad para sus hermanos. Al entregar su pasaporte diplomático en los puestos de control, procuraba sonreír como un tonto y explicar lo agradecido que se sentía de estar en Damasco. Se cuidó de no abandonar nunca el reducto de la Ciudad Vieja, parecía un itinerario normal para un nuevo diplomático estadounidense, y lo era.

Sus paradas servían de preparativos para varias RDV que había diseñado desde su salida de Francia. Buscó vigilancia fija y cámaras, y se impregnó de la topografía y el ambiente de la ciudad. En todas partes se sentía vigilado.

Se tomó un café amargo en un bar medio en ruinas del barrio de Kafar Susa mientras por los altavoces del almuédano sonaba el *salat* vespertino, la llamada a la oración. Luego, se levantó y se dirigió a una joyería donde tenía pensado comprarle algo a su madre, pero de camino pasó frente a un edificio con un rótulo que decía: ministerio de agricultura y reforma agraria de la república árabe siria. Más

arriba en la misma calle, se detuvo delante de otro edificio, éste con grandes ventanales y el letrero de una inmobiliaria. Tomó nota de la dirección, del teléfono de la agencia y, por último, del agente de la Mujabarat que lo seguía de cerca. Finalmente llegó hasta la joyería, donde estuvo una hora examinando el

inventario: plata, oro repujado, nácar... Se decidió por un anillo grande de plata. Estaba hecho en Alepo y tenía forma de flor.

La cara de aburrimiento del pobre agente de la Mujabarat que lo vigilaba desde fuera de la tienda era un poema.

También los BANDITO habían llegado a Damasco.

Sam, en su papel de funcionario de comunicaciones (secretario segundo), había llamado a Rami desde su despacho para preguntarle si él y sus hermanos estarían dispuestos a conversar con el embajador sobre el entorno empresarial en Siria.

—Con unos intereses comerciales tan amplios como los suyos, nos interesaría mucho conocer su punto de vista acerca de la economía —le había dicho.

Tras hacer las llamadas de rigor a las autoridades sirias, el Palacio, el Ministerio del Interior, la Inteligencia General, la Seguridad Política y la Inteligencia de las Fuerzas Aéreas, que les mandó por fax una lista de argumentos para que los usaran con los estadounidenses (y que Rami tiró a la basura), los autorizaron acudir a la reunión.

Sam los recibió y los hizo pasar a las oficinas de la misión diplomática. Dejaron atrás el despacho del embajador para subir a la SCIF recubierta de metal que usaba la gente del Departamento de Estado; la reunión, que duró dos horas, no era con el embajador, sino con Sam y Procter. Hablaron de la provisión de una casa de seguridad, de la logística necesaria para reabrir la villa que la familia poseía en Damasco, de la elaboración de una serie de argumentos comerciales que justificasen su regreso...

—Mientras hagamos los pagos preceptivos nadie hará preguntas —aseguró Yusuf, que se estaba comiendo una hamburguesa del economato—. Hay una larga lista de gente a la que habrá que sobornar, pero, una vez satisfecho ese requisito, ya no les importará por qué hemos vuelto, Beirut está lleno de

hijos del régimen que se dedican a tomar el sol; de hecho, es lo que hacíamos nosotros.

La CIA les ingresaría medio millón de dólares para cubrir los gastos iniciales. Sam deslizó por la mesa la dirección del edificio que había visto. Yusuf cogió el papel, lo leyó y se lo devolvió.

—Ya nos ocupamos nosotros —le aseguró.

—La contabilidad tendrá que ser tan escrupulosa como siempre —pidió él.

Siempre era un tema delicado, a veces el departamento financiero de la CIA auditaba cuentas operativas y hacía preguntas indiscretas.

Elias se rió.

—Deberíamos trabajar para la DGSE, a los franceses ni se les ocurre pedir papeleo.

—No apuntéis los sobornos.

Una parte del dinero sirvió para acondicionar una nueva casa de seguridad (categoría de la Dirección de Finanzas Operativas: Vivienda).

Al amparo de una empresa fantasma, Rami pagó seis meses de alquiler por un despacho diminuto en un octavo piso. Sam había especificado la ubicación y las vistas necesarias, pero no el objetivo. Aún no.

Para la RDV del nuevo despacho hicieron falta diez horas. Rami recibió a Sam en la puerta y, con una gran sonrisa, se disculpó por no haberlo esperado para comer.

—Empezábamos a dudar de que llegaras, pero te hemos dejado un poco de *shawarma*. Eso sí, frío.

El despacho era un paradigma de neutralidad empresarial: mesas de aglomerado, sillas de polipiel, teléfonos de sobremesa Avaya desconectados y moqueta gris barata. Podría haber estado en cualquier sitio, pero estaba en Kafar Susa, a una manzana del Departamento de Seguridad sirio.

Yusuf le enseñó los dos minúsculos cubículos antes de llevarlo a la sala de reuniones. Olía a productos de limpieza y a pintura. En el techo zumbaba un fluorescente que daba dolor de cabeza.

—El martes ya habrá internet y funcionarán los teléfonos —dijo Rami.

—Perfecto. El miércoles mandaré a alguien para comprobar que todo esté limpio.

Un técnico de la Estación ya había hecho las primeras comprobaciones el día anterior.

Se sentaron a la mesa. Él se sirvió una copa de vino blanco tibio y picó un poco del *shawarma*, cuya grasa había vuelto traslúcido el envoltorio blanco. Elias le sirvió más vino y le dio una palmada en el hombro.

—Qué bien volver a estar en Damasco —dijo sin convicción.

Él levantó la copa.

—Por nuestra colaboración.

—Y porque sobrevivamos a la guerra y lleguemos a viejos —brindó Yusuf.

—Hablemos de las vistas —propuso él sabiendo que disponía de unos quince minutos.

Elias se levantó e hizo señas de que lo acompañaran a los cubículos. Se apretujaron en el que quedaba más cerca de la sala de reuniones. La ventana cuadrada que había justo en medio de la pared permitía ver directamente la entrada principal del Departamento de Seguridad. Elias lo orientó:

—Hasta donde sabemos ahora mismo, hay dos entradas: ésta y una más pequeña en el lado oeste. Antes era el Ministerio de Agricultura, pero obviamente ya no lo es.

La entrada quedaba a unos doscientos metros en la misma calle. Vio las bermas de cemento, una garita pequeña de vigilancia y una verja que se accionaba manualmente. Fuera había tres vigilantes con AK-47. Un muro de bloques de hormigón que rodeaba el edificio.

Se asomó a la calle. En las aceras había coches aparcados. Vio

circular entre ellos a varios agentes de la Mujabarat que al llegar a la garita enseñaban una placa y entraban en el patio. Se fijó en la calle, los coches aparcados y los agentes de la Mujabarat que caminaban entre ellos. Vio que un hombre chocaba con el maletero de un coche al pasar.

Volvieron a la sala de reuniones y se sentaron. Sam sacó una foto de Ali del compartimento de su maletín y la dejó en la mesa. Cayó en la cuenta de que normalmente sus planes tenían como objetivo reclutar a funcionarios extranjeros, no matarlos. Todo eso lo había cambiado la perspectiva de una orden de asesinato contra Ali Hasán.

—Tendremos que hacerlo todo entre estas cuatro paredes, sin externalizar nada. Ya sé que es mucho pedir, pero necesito que os combinéis entre los tres para montar guardia toda una semana desde aquí. Quiero saber cuándo entra y sale del edificio este hombre, el general Ali Hasán. Lo de siempre: registros con la hora exacta, fotos y la calle por donde llega y se va.

Rami miró la foto.

—¿Quién es? —preguntó.

—El que dirige el Departamento de Seguridad del Palacio. Una mala bestia.

—¿Quieres que le sigamos por la calle?

—Todavía no. De momento sólo el edificio, y sin salir de esta oficina.

Elias sonrió al ver que el cerebro de Sam procesaba todas las implicaciones.

—Me encantaría saber lo que estás pensando —dijo.

—Te aseguro que no te encantaría.

20

La memoria USB encajada en la zapatilla derecha de Sam había llegado en una valija diplomática naranja. Diseñada por la Dirección de Ciencia y Tecnología de la CIA a un coste excepcional para el contribuyente norteamericano, tenía una capacidad de almacenamiento de cincuenta terabytes y albergaba un programa de software malicioso con capacidad de piratear todo el contenido de un ordenador en diez segundos. Parecía poco, pero a Mariam se le haría eterno. En todo caso, en Francia ella había accedido a trabajar para la CIA y ambos sabían que esa clase de cosas estaban incluidas en el trato, pero aun así, a él no dejaba de sentarle fatal: le corroían los sentimientos que ella despertaba en él, y que lo hacían sentirse como un novio manipulador más que como un agente de la CIA.

Pasó corriendo junto a un restaurante y, notando el lápiz USB apretado contra el calcañar, llegó a uno de los miradores del Qasiun, donde hizo una parada y, so pretexto de hacer unos estiramientos y contemplar las vistas, comprobó de nuevo que no lo estuvieran vigilando. Era una tarde fresca, para ser verano, y entre los pinos soplaba algo de viento. Las luces del centro de Damasco se iban encendiendo a medida que las casas, las tiendas y los restaurantes se preparaban para la velada. En los suburbios todo era oscuridad.

Al principio del recorrido, cerca de su apartamento, le había pisado agresivamente los talones un gorila de la Mujabarat.

Sam estaba un poco mosqueado, sobre todo a causa de la poca gracia que le hacía tener a alguien constantemente detrás.

En ese momento, ya cerca del punto de contacto, no se sentía vigilado.

—¿Con qué frecuencia hace ejercicio Samuel Joseph? —le preguntó Ali a Kanaan tras despedir con un gesto al equipo de vigilancia.

Los necesitaban para otra operación contra un sospechoso de traficar con armas para los rebeldes.

—Yo diría que entre dos y tres veces por semana —dijo Kanaan—. Para él es muy normal.

Ali se quedó mirando el mapa. Le había seguido un solo agente durante una hora por un sinuoso recorrido en torno al centro de Damasco, y había sido una pérdida de tiempo. Mientras encendía un cigarrillo se preguntó si lo de Samuel no iba a ninguna parte, pero luego oyó otra vez la misma vocecita de siempre, la que le había ayudado a echarle el guante a un asesino en serie hacía mucho tiempo, en la costa, y que en esos momentos le decía: «No, no, insiste con el americano.» Dio una larga calada, aplastó la colilla en el cenicero y llamó a Layla para oír su voz.

Sintiéndose solo, Sam controló su entorno inmediato y las colinas sin mover la cabeza, nada. Tenía delante una cuesta empinada, que a partir de un momento giraba a la derecha. Empezó a correr cuesta arriba. Le dolían las piernas y los pulmones, y tenía la frente cubierta de sudor frío. Llegó al final de la cuesta, donde se acababan los pinos, y vio el punto de contacto clandestino a unos veinte metros, con el muro de contención. No había ninguna diferencia respecto a la foto que había visto en Francia, en la tablet de Procter.

Se acercó corriendo, y esta se vez se arriesgó a mirar ostensiblemente a sus espaldas para descartar que le hubieran seguido. Aún estaba solo. A tres metros del montón de basura distinguió la lata sin etiquetar. Se arrodilló, quitó la tapa, se sacó del zapato la memoria USB y la introdujo.

Acabó de atarse los cordones y siguió por el camino.

El terror acompañaba a Mariam desde Francia. Se acostaba en la cama con él, y lo reconocía en los ojos de Razan. Le pellizcaba la nuca en sus paseos por la Ciudad Vieja. Esperaba al Mujabarat. Esperaba a que en cualquier momento volvieran los asesinos de Yamil Atiyah. Usaba los movimientos que le había enseñado Sam en Niza para tener vigilados a los vigilantes. Llevaba en su bolso un cuchillo de caza, y cuando estaba en su dormitorio practicaba la secuencia de desenfundarlo, clavárselo en la barriga a un atacante y llenarle de tajos el cuello, el pecho y la cara.

También sentía que su pecho había recuperado su antigua ligereza, porque había elegido un bando y recuperado el control. Curiosamente, el miedo confirmaba que espiar era la decisión correcta. El espionaje la situaba en contra de un gobierno asesino. El temor, sin embargo, no desaparecía nunca, porque el adversario seguía en pie. Mariam aún no había vencido. Tal vez nunca venciera.

En su despacho restregó las palmas pegajosas de sus manos contra la tapicería del sofá y se miró la cara para comprobar que no sudase mientras guardaba la memoria USB en el bolsillo de su archivador, lo cerraba y ponía la carpeta de Bouthaina encima. Miró la hora: faltaban dos minutos para la reunión. Empezó a caminar por el pasillo hacia el despacho de Bouthaina, procurando no ir demasiado deprisa. Se fijó en que no le temblaban las manos, pero sí le latía con fuerza el corazón.

Había pedido reunirse con Bouthaina a la hora de la tarde en que solía llamar Rustum a su jefa, a veces por trabajo y otras por cuestiones amorosas, pero siempre distrayéndola varios minutos. Lo habitual, al recibir esas llamadas, era que Bouthaina hiciera salir a Mariam del despacho o se recluyese en su palaciego baño. Sólo en unas pocas excepciones hablaba en su presencia. Mariam esperaba que no fuera el caso.

Tomó asiento, invitada con gestos a entrar. Bouthaina se puso sus gafas de lectura de Chanel, con montura de carey, y se sentó

a la misma mesa. Mariam le pasó la primera carpeta y empezó a ponerla al día sobre las últimas desavenencias dentro del Consejo Nacional, nada sorprendente, pero sí procaz, y una delicia para las proclividades destructoras de Bouthaina.

—No hace falta ni que intervengamos, ¿verdad, Mariam? Ya se destruyen ellos solos.

Justo cuando Mariam terminaba su informe sonó el móvil de Bouthaina. El cambio de tono, casi imperceptible, indicó a Mariam que era Rustum. Bouthaina se excusó para ir al baño, cerrando la puerta.

Mariam se quedó junto a la mesa, con todo su mundo reducido a la memoria USB tóxica y el reguero de sudor que bajaba por su espalda. Se acordó de algo que le había dicho Sam en Èze: que la operación en sí solía ser corta, y que lo arduo eran los preparativos, la planificación. Detrás, según él, había años de trabajo por parte de los de Ciencia y Tecnología, y seguro que un gasto millonario en investigación y desarrollo. Sólo era posible gracias al esfuerzo de muchas personas en la sombra: analistas, técnicos, operadores, los encargados de logística en Damasco... Al final, sin embargo, todo dependía de que alguien como ella tuviera el valor necesario para entrar en un despacho y enchufar la memoria en un ordenador prohibido. Todo se acababa jugando en diez segundos, según Sam.

Sacó la memoria de su archivador y cogió los documentos de Bouthaina para llevarlos junto al ordenador. Era la coartada para el cambio de mesa. Retiró el tapón del lápiz USB y se lo quedó mirando como si pasaran varias horas, mientras su conciencia tenía dificultades para asimilar lo que estaba ocurriendo. Supuso que ya había cometido una traición. ¿O no? Quizá fuera el momento de echarse atrás, romper la memoria a martillazos y tirarla a la basura.

No llegó a debatirlo internamente. Se limitó a enchufar el trasto en el ordenador, sentarse enfrente de la mesa y mover los papeles como si estuviera dejándolos para que Bouthaina los

leyera después.

Fue entonces cuando abrió la puerta Yamil Atiyah.

21

A Mariam se le calentó la piel como si le estuvieran dando vueltas por encima de una hoguera, pero no dijo nada. Se limitó a mirarlo con una sonrisa amplia y blanca.

La mirada de Atiyah pasó de ella a la mesa antes de buscar a Bouthaina por la habitación. Con el rabillo del ojo, Mariam vio parpadear el piloto verde de la memoria USB, pero no podía quitarla con Atiyah delante. Después de una sonrisa amenazadora y de un chasquido con la lengua, él entró en el despacho y cerró la puerta.

—¿Qué, Mariam, acostumbrándote al sillón de la jefa? —dijo.

—Sólo estaba ordenando documentos —contestó ella intentando no mirar el lápiz USB.

Desde que había vuelto de Villefranche sentía en su vida la inquietante sombra de Atiyah. Entendía que él la viera como una pieza que podía sacrificar en su carrera con Bouthaina por el prestigio en el Palacio, pero en el fondo seguía sin entender que la hubiera elegido precisamente a ella. Sentía que debía estar siempre atenta a las esquinas, esperando el cosquilleo que anunciara la presencia de unos matones, pero nada sucedía y, tal como le había adelantado Sam, eso resultaba exasperante. No podía estar segura de nada. La tranquilidad podía ser una trampa.

Atiyah era calvo y musculoso, pero con una cara y un bigote caídos como si fueran de cera derretida («son los efectos de tanto sexo», le había explicado una vez Bouthaina: «no puedes acostarte con chicas de trece años y estar presentable»). Miró hacia el baño, en cuyo interior estaba teniendo lugar una conversación telefónica de tonos sexuales. Los murmullos se

filtraban por debajo de la puerta. Sonrió.

—¿Puedes ir a buscarla? La necesito ahora mismo en mi despacho.

Mariam sopesó sus opciones: no podía desenchufar el lápiz de memoria a la vista de Atiyah, ni tampoco desobedecerlo pero, si Bouthaina efectivamente iba al despacho, tendría la oportunidad de quitar el USB y marcharse. Sentía como si todo un torrente de sudor le corriera por la espalda (menos mal que llevaba un vestido negro) y veía borroso. A pesar de todo, se dio cuenta de que sonreía afablemente y caminaba sin tropiezos.

Llamó a la puerta del baño.

—Bouthaina, ha venido a verte Yamil Atiyah, dice que es urgente.

Volvió a llamar más fuerte hasta que los murmullos se interrumpieron. Oyó una despedida con tono de agobio y, acto seguido, Bouthaina abrió la puerta con las mejillas rojas y una mirada salvaje.

—¿A qué debo el honor, Yamil? —preguntó con los dientes apretados.

Atiyah miró detrás de ella, hacia el baño, con una sonrisa divertida.

—A mi despacho, ahora mismo —dijo.

Y, tras una sonrisa satisfecha a Mariam, dio media vuelta y se marchó. Bouthaina, muda de crispación, fue rápidamente hacia su mesa y, buscando algo, rozó el lápiz de memoria con la mano derecha.

—¿Puedo ayudarte, Bouthaina? —se oyó decir Mariam sin saber si aún estaba de pie, aunque se dio cuenta de que sonreía como una buena subordinada.

Bouthaina bajó la vista hacia el ordenador y la memoria USB.

—De momento no. Ya me encargo yo.

Encontró la carpeta que buscaba y salió del despacho hecha un basilisco.

El recuerdo que tendría Mariam de su vuelta a casa sería

siempre una suma de fragmentos: en el despacho de Bouthaina, desenchufando el lápiz USB; en el suyo, metiéndose una carpeta en el bolso; caminando a casa bajo un cielo oscuro y despejado; el «bum bum» de los morteros, como si pregonaran su traición; en casa, desplomándose en la cama con el vestido empapado de sudor.

Y entre tanta adrenalina una sensación más fuerte que ninguna otra: el pecho libre, sin ninguna carga. La ausencia de la mano que se lo oprimía desde que era joven. Pero qué miedo, por Dios...

Varios días después, la pequeña memoria USB seguía pareciendo radioactiva. Mariam tenía tantas ganas de quitársela de encima que la guardó en su dormitorio, al fondo de un jarrón, y usó el punto de contacto clandestino para solicitar una entrega en movimiento en la ubicación que había repasado en Èze con Sam. Se había planteado dejarla en la lata, pero le parecía demasiado arriesgado. No, tenía que quedársela hasta ponerla en manos de Sam.

Iba caminando entre el bullicio del mercado de especias, el zoco de Al-Buzuríe. De montaña de polvo en montaña de polvo, como de pequeña, se paró en su puesto favorito, respirando los aromas del anís estrellado, el cilantro, la canela, el cardamomo, el tomillo y tantas otras especias que no conocía ni de nombre. En su juventud le había gustado mucho pasearse con Razan por el mercado. En esos momentos, con una bolsa de plástico marrón dentro del bolso, y entre la canela de esa bolsa un lápiz de memoria lleno de material robado, su corazón no se quedaba quieto ni un momento, sin que lo reconfortase como de costumbre la algarabía del zoco. Regateó por otra bolsa de canela idéntica a la de su bolso, y después de comprarla echó un vistazo al reloj de su móvil: faltaban pocos minutos. Dos cruces más y a la izquierda.

Pese a la cubierta que protegía del sol a la clientela del mercado, tenía la base de la espalda mojada de sudor. El calor y la tensión la estaban haciendo delirar. Empezó a pensar en la montaña de dolor que escalaría si la Mujabarat veía la entrega. Le pedirían que escribiese, y tarde o temprano encontrarían alguna mentira. Ése era el campamento base de los torturadores. Luego pasarían a una leve paliza, seguida por más preguntas en una mesa, un «examen» a cargo de una lesbiana sobona y erotomaníaca y por último la cumbre, la sádica cumbre, el voltaje. Al margen de cómo llegaras a la cima, arriba siempre te encontrabas lo mismo, al verdugo. Pese a toda la barbarie, el último empujón hacia la soga siempre lo daba el papeleo: redactado por la Mujabarat, aprobado por un magistrado del Tribunal Supremo de Seguridad del Estado y provisto de la firma de Al-Ásad y el halcón de Quraish del escudo de armas sirio. Y, al final de todo, la misericordia máxima: el suelo desapareciendo, y el crujido de su cuello al partirse. Paz.

Metió una mano por debajo de su camiseta negra para secarse la base de la espalda con los dedos. Luego se sacó el teléfono del bolsillo de los vaqueros para mirar la hora. Cogió del bolso la bolsa de canela, la del lápiz de memoria, y se la acercó a la cara para oler su especiada dulzura. Después de cerrarla se la puso en la mano derecha y torció a la izquierda, muy pegada a la esquina, volviendo al mercado de especias. Estaban todos los pasillos atestados. Chocó con una mujer con un hiyab rosa de seda, a la que pidió disculpas mientras comprobaba que tuviera el bolso bien sujeto.

«Que no se te caiga. Sigue caminando. Y a él ni lo mires.»

Al doblar la esquina vio a Sam a su derecha, momentos antes de notar que él le apretaba contra el pecho una bolsa idéntica. La cogió con la mano izquierda mientras Sam tomaba de su mano derecha la bolsa que contenía el lápiz de memoria. Sin apretar ni reducir el paso, ella se cambió la nueva bolsa a la mano derecha, donde había tenido la anterior.

En total duró menos de un segundo.

Se acercó a otro puesto y compró cardamomo contenta de que no le temblasen las manos al pagar. Cuando ya se iba, se paró a mirar el despliegue de especias. Los colores nunca le habían parecido tan vibrantes, tan vivos.

22

—Ya sabíamos todos que la Inteligencia de ATHENA levantaría olas —dijo Procter—, pero no me esperaba que nos ahogase. Por cierto, ¿cómo está la analista? ¿Esmerelda? ¿No es como se llama la de *El jorobado*? No sé si sabes que es siriomexicoamericana. —Sam puso cara de no entender lo que decía ni saber por dónde iba—. Su padre es sirio al cien por cien, nacido en Estados Unidos, y su madre mexicana —dijo Procter —. Nacida en México. ¿Es un nombre mexicano, Esmerelda?

Sam se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, Jefa. Se hace llamar Zelda. El español no sé, pero el árabe levantino lo habla pasablemente bien.

Si hablaban de Zelda Zaydan era porque había llegado a Damasco en misión temporal, o TDY, para sacarle partido a la inteligencia del ordenador de Bouthaina. Por alguna razón a Procter la alteraba el nombre.

—Es como si te dijera que me llames Temis. A partir de ahora mi nombre es Temis. ¡Venga ya!

Bajó los dos pulgares. Sam siguió a la suya sin morder el anzuelo.

—A Zelda se lo están poniendo todo a punto para la misión —explicó—. Me han dicho los técnicos que esta mañana ha llegado de Fort Mead el ordenador de análisis.

Era un terminal sin ninguna conexión con las redes de la CIA, con el que se podría averiguar si los sirios habían infectado el lápiz de memoria con malware. El Servicio de Seguridad Diplomática también había buscado cualquier rastro de explosivos y sustancias tóxicas. Las probabilidades eran ínfimas,

pero Hizbulá había puesto explosivos en teléfonos móviles que sabían que serían capturados con la esperanza de hacer trizas al agente que intentara acceder al contenido.

—Perfecto, justo a tiempo —dijo Procter—. Va estar de trabajo hasta el cuello, la chavala.

La primera tarde, al mirar el escritorio de Zelda, a Sam le llamó la atención un grueso fajo de informes en letra impresa. El primero llevaba como título «Evaluación de inteligencia — Programas de armas químicas: ejemplos de la Unión Soviética, Egipto, Irak y Siria». Debajo de los informes también había un libro, *Precursores y métodos de producción de los agentes nerviosos*. Zelda vio que miraba el título.

—Es muy bueno —dijo—. Lo encargaron en época de Reagan, y contiene la receta del gas sarín usado en Estados Unidos y la Unión Soviética. Los sirios usan un libro de cocina muy parecido.

Zelda se levantó para desperezarse. Sam abrió el libro.

—Oye, y ¿cómo vas a hacerlo?

—Empezaré buscando cualquier posible sustancia precursora del gas sarín en todos los pedidos de materiales de este ordenador —dijo—. Luego haremos una lista de posibles empresas fantasma, y a partir de ahí podremos rastrear el dinero hasta el Palacio. En principio, si está completa la contabilidad deberíamos poder ver las cantidades.

Se puso en jarras, haciendo una burbuja gigante con su chicle. Luego lo escupió y se puso los auriculares.

Según los cálculos de Sam, durante los dos días que tardó Zelda en encontrar una respuesta se bebió veinte litros de café de la Estación sin leche ni azúcar y durmió un total de cuatro horas.

La falta de sueño era culpa de Procter. Las ganas de la Jefa de hincarle el diente a la misión eran tan grandes que le puso a Zelda un plazo absurdo para acelerar las cosas.

—Haremos que se gane hasta el último de los ciento treinta y ocho dólares que cobra al día por la TDY —dijo.

Nada más lógico, por consiguiente, que la mala cara con que los llamó a los dos a su despacho transcurridas treinta y seis horas. A Sam le pareció ver complacida la sensibilidad de jefa de Procter. La analista tenía la ropa arrugada y una mancha de *labneh* en los pantalones, pero sonreía. Procter señaló la pared con la cabeza.

—¿Aneurisma cerebral de analista? —preguntó.

La pared desconchada se había convertido en una explosión de *post-its* organizados en una pirámide con las palabras «gas sarín» en su vértice. Justo debajo había dos tarjetas con los componentes binarios desglosados: difluoruro de metilfosfonilo, o DM, y alcohol isopropílico, que Zelda había abreviado como AI. A partir de ahí aparecían en cascada los componentes de cada uno de los dos, como en una tabla periódica después de una explosión: dicloruro de metilfosfonilo, diclorofosfato de metilo y fluoruro de hidrógeno, entre muchos otros que Sam no podía leer.

Procter acercó una silla y se sentó.

—Soy toda oídos.

Zelda asintió con la cabeza y se puso frente a la pared cubierta de papeles.

—La conclusión es que desde el Palacio han montado una trama dirigida a incrementar sus reservas de gas sarín, probablemente para que lo use la Guardia Republicana. He encontrado pruebas de que Bouthaina ha ayudado a comprar la mayoría de los precursores químicos, al menos los que no pueden producir en sus propias fábricas. La mayoría se manda a frentes del Líbano, y una parte a Turquía, desde donde lo más

probable es que lo metan de contrabando en Siria.

—¿Cuánto han conseguido? —preguntó Sam.

Zelda abrió Excel en su ordenador de la CIA y consultó una hoja.

—Seguramente nos falten algunas piezas, pero sumando todos los precursores salen del orden de las dos mil toneladas métricas.

—Parece mucho —dijo Sam.

—Es mucho, es mucho —dijo Zelda—. La regla para calcular por encima la producción de gas sarín industrial es que lo que se usa pesa ocho veces más que lo que se produce, o sea, que suponiendo que lo cocinen bien salen doscientas cincuenta toneladas métricas de gas sarín. Bastante para un ataque a gran escala. Por las fechas de compra, yo diría que la producción ya la tienen bastante adelantada.

—Puede ser que para producirlo y almacenarlo lo manden todo al SSRC, ¿no, Jaggers? —indicó Procter señalando a Sam.

—¿Jaggers? —preguntó Zelda.

—goldjagger. —Procter miró al cielo con exasperación; al no haberse comunicado nunca por correo electrónico con Sam, la analista jamás había visto su mote—. El seudónimo de Joseph.

—Ah, vale... pues qué horror. El de Debman es pecker, Willy T. Pecker. Ha pedido que se lo cambien, pero bueno, respecto a lo que preguntabas, es verdad que podrían mandarlo al SSRC, pero según el SIGINT y la información visual de los israelíes las instalaciones de producción y almacenamiento del SSRC llevan casi un año sin funcionar, y los sirios saben que tienen bastantes reservas para disuadir a los israelíes de cualquier pretensión de derrocar el régimen.

Zelda había cogido un lápiz con el que iba dando golpes como de metrónomo en la pared, macando el ritmo de sus pensamientos.

—Si los sirios ya confían en su capacidad disuasoria, ¿por qué iban a comprar dos mil toneladas de materiales precursores, que se sumarían a unas reservas ya suficientes?

—Porque quieren usarlo contra los rebeldes —dijo Sam en voz baja.

Zelda se apoyó en la pared y se quedó mirando las placas del techo, llenas de grietas y masilla.

—En grandes cantidades.

—Y no consideran que puedan usar las reservas actuales porque detectaríamos el transporte, la mezcla y la preparación, tanto nosotros como los israelíes —dijo Sam.

Procter había empezado a asentir con vigor.

—Con razón —dijo Zelda—. Rustum Hasán no es tonto. Sabe que las instalaciones del SSRC las tenemos cubiertas en todo momento por satélite, y que veríamos si mueven o preparan las reservas. La manera de usarlo ahora en combate es desvinculándolo del SSRC y montando un programa compartimentado.

—¿Y dónde narices lo tienen? —dijo Procter—. Si hay dos mil toneladas es que en algún sitio del país tienen unas instalaciones industriales que van sacando gas sarín como churros.

Zelda sonrió.

—Bouthaina se equivocó en un e-mail. Primero le dijo a uno de los intermediarios que mandara algo a Jableh, y luego lo cambió por otra instalación de la Guardia Republicana. Lo he buscado, y la Agencia Nacional de Inteligencia Aeroespacial hizo un informe sobre unas «instalaciones enigmáticas»... —Dibujó unas comillas con los dedos—. Cerca de Jableh. De eso hace nueve meses. Decían que estaban construyendo algo. Desde entonces no ha habido más vuelos. Deberíamos echar otro vistazo.

Sam apuntó con la mano hacia el póster de Al-Ásad y apretó el gatillo.

La fama de Artemis Procter en la Oficina Nacional de Reconocimiento y la Agencia Nacional de Inteligencia

Aeroespacial no era del todo buena. En Kabul, durante una operación contra los talibanes de Pakistán, dos analistas de imágenes por satélite se habían visto lanzados escaleras abajo en un momento de tensión. «Accidental», decía siempre Procter. «Mala suerte.»

A consecuencia de ese episodio se le hacía difícil negociar el uso de recursos con representantes de cualquiera de las dos agencias.

Por eso llamó a Ed Bradley para que le allanara el camino.

—Ed, ¿tú podrías conseguirme un pajarito de los empollones esos?

Bradley llamó al enlace de la CIA con la NRO, la Oficina Nacional de Reconocimiento, y le dio las coordenadas de las instalaciones de Jableh. Tras consultar una representación en tiempo real de las órbitas disponibles de la oficina —tan secreta que ni sus nietos la verían desclasificada—, al enlace le pareció que podía ir bien la plataforma Misty-3 y llamó al responsable de misión para facilitarle las coordenadas de Jableh.

—¡Joder! —dijo el responsable de misión de la NRO durante la reunión matinal, husmeando su taza de café, que también debía de estar clasificada, porque tenía la forma del globo de Misty y las palabras «Sonríe, que te están grabando»—. Ni que nos sobraran, los pájaros de las narices.

Por la noche, con los nervios de punta por el que era ya su sexto café en globo, tenía junto a él a un técnico que activó los propulsores iónicos de Misty en el apogeo orbital del satélite para que por la mañana, hora local, su trayectoria se cruzara con Jableh.

Misty pasó por encima justo a las 6.43 h, haciendo siete fotos del complejo con su cámara panorámica de casi tres metros. Las imágenes, enviadas a Washington a través de un enlace encriptado, revelaban la existencia de tres grandes almacenes,

varios tráilers y coches aparcados —más de uno con la insignia de la Guardia Republicana— y un pequeño cuartel medio escondido en un valle montañoso. El premio gordo, sin embargo, adoptó la forma de un camión de transporte con la matrícula visible. Las imágenes se hicieron llegar a la División de Análisis de Oriente Medio y África del Norte de la NGA, donde un analista provisto de auriculares con cancelación de ruido, en los que sonaba el *Trío con piano en la menor* de Chaikovski, redactó un informe que acabó circulando con el título de «15 de junio: la actividad en el complejo de Jableh indica su relación con la Guardia Republicana y con el SSRC». Pese a cierta ampulosidad en sus comentarios, el analista era un profesional riguroso que en su afán por no dejar ni un cabo suelto cotejó la matrícula del camión con un gran número de bases de datos de la NGA.

El camión resultó ser propiedad de la Rama 450 del SSRC, la de seguridad y transporte de armas químicas.

23

A medida que aumentaban los bombardeos, y que se debilitaba el control de la capital por el régimen, los damascenos se quedaban cada vez más en casa: miradas furtivas, terrazas vacías, barrios encerrados en sí mismos, siempre alertas, y restaurantes sin horario fijo. El suministro eléctrico era errático, y la oscuridad una especie de peste que no perdonaba ni a los barrios ricos.

Por eso cuando el tío Daoud pidió ver a Mariam y Razan las primas no acudieron a ningún restaurante, sino que caminaron cuatro manzanas hasta el piso de su tío, donde cenaron *dawood basha* casero. En vida de la tía Mona habían tenido por costumbre reunirse en el salón, pero a nadie le gustaba quedarse mirando el lugar que había ocupado Mona desde que se había instalado la familia en el apartamento, en los años ochenta. El hecho de que Daoud hubiera quitado la silla casi lo empeoraba. En suma, que sin aludir ninguno de ellos a la causa cenaron apretujados en una mesita de la cocina.

Daoud preguntó por el seguimiento médico del ojo de Razan, sus lecturas y sus amistades. Se esforzaba por ser buen padre. Razan, por su parte, no mostraba interés. A duras penas tocaba las albóndigas. Su copa de vino estaba llena, y sus ojos —todavía con el parche— no se apartaban de la nevera que había detrás de su padre. Mariam tenía ganas de abofetearla por poner morros de cría, de *sharmoota* desagradecida. «No seas tan dura con tu padre, mujer, que todos estamos al servicio de un gobierno al que desprecias, y lo que ha hecho él ha sido para darte de comer.» Temiendo que se le escapara su monólogo

interior bebió un buen sorbo de vino libanés.

—¿Cuándo crees que volverás a trabajar? —le preguntó Daoud a Razan, que había desplazado hasta su plato la vista de su único ojo sano.

—No lo sé.

Razan dejó el tenedor en la mesa y se ausentó unos minutos.

Daoud le sonrió a Mariam con un cansancio enorme en sus ojos. Fijándose en su cara, Mariam sospechó que podía haber llegado el momento. «No le vas a pedir que espíe para la CIA», le había dicho Sam. «Lo único que le pedirás es que traspase un límite contigo, sólo contigo. Que te diga algo que sabe que no debería decirte. Él puede sospechar que trabajas para un servicio de inteligencia, pero tú no se lo puedes decir. Hay algunos casos en que la CIA recluta del todo a una fuente secundaria, pero a menudo la relación se queda entre la fuente primaria y la secundaria.» «¿Y yo, estoy reclutada?», había preguntado Mariam sin que Sam se aviniese a responder. Notó que la pregunta lo incomodaba. A ella también, la verdad.

Daoud estaba encorvado, sacando la barriga como si pesara seis o siete kilos más que en la fiesta de compromiso del primo. Mariam no recordaba tan fino ni tan ralo su pelo castaño. Parecía un científico desaliñado que acababa de enterarse del fracaso de un experimento. A ojos de Mariam, lo que más exudaba era tristeza.

Razan volvió a la mesa con manchitas rojas en los mofletes y una mirada desquiciada, de buscar pelea. En el baño se había decidido, y todo indicaba que quería sincerarse con su padre, relegando a Mariam al papel de espectadora.

—Necesito hablar contigo como padre —dijo Razan—, no como empleado del SSRC. —Él asintió, pero con cara de que no le apetecía oírlo—. Quiero volver a trabajar con los Comités de Coordinación —continuó Razan como quien se refiere a un trabajo en un banco, y como si hacerle una peineta al todopoderoso Al-Ásad fuera una profesión normal.

Daoud apretó la mandíbula e irguió la espalda, enfadado.

—Razan, no, por Dios...

—Para, papá, déjame acabar. No puedo quedarme al margen mientras nuestro país se va a pique. Los manifestantes son débiles, pero tienen razón, y yo quiero estar del lado correcto, del lado moral, del lado de Dios.

Daoud se pasó las manos por su escaso pelo, apartando su silla de la mesa, y miró a Razan con rabia.

—Por si no te habías fijado, Razan, Dios ahora mismo no está en Siria. Nos han abandonado al caos, y lo único que podemos hacer es aguantar hasta que pase todo sin llamar la atención. Ah, y, ya que hablas de Dios, ¿de qué servirá que te unas a la oposición? ¿Quieres ayudarlos a traer a su Alá yihadista y sediento de sangre a nuestro país, para que nos mate a todos?

Señalaba el ojo, llorando. A Mariam le dio vergüenza estar en esa cocina viendo cómo se venía abajo su tío.

—Ya he perdido a tu madre —dijo Daoud—. No me dejes solo en este infierno, que no puedo perderte también a ti, Razan —susurró.

Había más que decir, pero tendría que quedar para otro momento, porque justo entonces llamaron a la puerta.

Mariam tuvo la mareante sensación de ver su propio cuerpo desde fuera. El golpe en la puerta. Lo conocían, los sirios, ese golpe. En los ojos de Daoud y de Razan estaba la confirmación. Mariam pensó en el ordenador de Bouthaina. «No he llegado muy lejos. Qué corto recorrido, hasta para una espía...» Se acordó tontamente de haberle preguntado a Sam cuánto tiempo trabajaban de media los espías. «Depende», había dicho él. ¿De qué?

Daoud se levantó para abrir. Eran dos hombres de la Mujabarat que enseñaron placas de la Seguridad Política. Uno era barrigón y mofletudo, le llevaba como veinticinco kilos a Daoud y tenía nariz de coliflor y un mostacho caído. El otro, su subordinado, era bajo y apocado, con nariz de cerdo y unos ojos

timoratos que parecían pegados al suelo. Ella luchó contra el miedo poniéndoles apodos en silencio, como hacía desde niña.

Los bautizó *Coliflor* y *Ratón*.

Su corazón empezó a calmarse al oír que Coliflor preguntaba si Razan estaba en casa y les pedía por favor sus documentos. Ratón los fue cogiendo. Coliflor, consciente de estar en la casa de un coronel muy respetado del SSRC, dijo que no se quedarían mucho tiempo, pero que tenían que hacerle unas preguntas a la señora Razan acerca de su detención. A Mariam le pareció una señal de educación y decencia que ellos también se identificasen, sobre todo porque a veces la Mujabarat se presentaba con sus chupas de piel y te exigía hablar con ellos. Coliflor era coronel, y Ratón teniente.

—¿No podría ser en algún otro momento? —dijo Daoud molesto.

Ratón miraba todo el rato el suelo. Coliflor, en cambio, se mantuvo firme.

—El general Qudsiyah nos ha pedido que hablemos en privado con la señora Razan. Para hacer el seguimiento, ya me entiende. Me imagino que no será la primera vez, teniendo en cuenta las circunstancias... esto... digamos que inhabituales de su puesta en libertad.

Ratón tosió y miró una lámpara.

Qudsiyah era el director de la Seguridad Política, un intocable; bastaba con decir su nombre para poner fin a cualquier discusión.

—La semana pasada fue Inteligencia Militar —dijo Razan—, y la anterior, Seguridad del Estado.

¿Cuántos habría, en total? Mariam vio que se le ensanchaban las aletas de la nariz y que hablaba con voz ronca y forzada.

Coliflor miró a Daoud y luego otra vez a ella.

—Cometió usted delitos que se castigan con...

—Basta —dijo Daoud—. Basta, coronel, que no es necesario. Habla con estos hombres, Razan. ¿Cuánto tiempo necesitan?

A Razan se le pusieron rojas las mejillas. Se cruzó de brazos. «No digas nada», pensó Mariam. «Tú habla con ellos y ya está.»

—Diez minutos o un cuarto de hora —dijo Coliflor.

Mariam y Daoud fumaban cigarrillos en el balcón. Daoud aún cuidaba un pequeño jardín de plantas y flores en macetas, como le había gustado hacer a Mona: jazmines blancos, en flor por ser verano, rosas de Damasco y unos hibiscos muy altos que enmarcaban la puerta corredera. Mariam se acordó de haber plantado jazmines con la tía Mona mientras Razan gateaba a su alrededor y Daoud cocinaba algo dentro, riéndose con papá.

En esos momentos dentro no se oían risas. Mariam sabía que la visita que estaba teniendo lugar en la cocina entre Coliflor, Ratón y Razan era al mismo tiempo educada y degradante, burocrática y salvaje. No era de la variedad «llamamos a la puerta y te nos llevamos». No había violencia ni asalto. Eso ya había sucedido. Era un recordatorio de que pertenecías a alguien.

Le preguntarían a Razan qué había estado haciendo, si se había puesto en contacto con ella alguien de los Comités de Coordinación, cómo iban las visitas al médico... y lo pondrían todo por escrito en un informe que probablemente no llegaría a ser leído nunca por Qudsiyah, y que acabaría en un expediente. Si Inteligencia Militar tenía uno, lo más probable era que también los hubiese en la Seguridad del Estado y el Departamento de Seguridad. No pondrían los informes en común. El destino final de los papeles serían los archivadores de los sótanos, mientras a Razan seguirían visitándola representantes de la Mujabarat durante las siguientes décadas. Entrarían sin ser invitados en su casa, y verían jugar a sus hijos, si llegaba a tenerlos. Algunos pedirían tímidamente un soborno, mientras que otros acusarían, sondearían y amenazarían. Todos harían las mismas preguntas, sabiendo las respuestas de

antemano.

Esta vez la conversación duró doce minutos. Coliflor dio las gracias a Razan por cooperar y volvió a pedir disculpas a Daoud por la intrusión. Tras despedirse de Mariam con un gesto de la cabeza salió por delante de Ratón.

—¿Han estado correctos? —preguntó Mariam.

—Sí, pero esta noche ya no puedo hablar más. Papá, ¿puedo quedarme hoy aquí a dormir? Es que necesito tumbarme.

—Pues claro, *habibti*, pero ¿no quieres acabar de cenar?

—No tengo hambre.

Razan abrazó a su padre y Mariam y se fue descalza a su dormitorio de niña, cerrando la puerta.

—Necesito un whisky —dijo él.

Sirvió dos buenos vasos de Johnnie Walker Etiqueta Azul —Mariam reconoció la botella que le había regalado su padre a Daoud para su último cumpleaños— y se reunió con ella en el balcón. Era un sitio que a Mariam le gustaba desde siempre. Daba frente por frente al piso de otra familia, y los fines de semana se oía el bullicio de la vida nocturna de Bab Tuma: gente de fiesta, parejas, mujeres con vaqueros apretados y algunas con hiyab bailando juntas en los bares y restaurantes de la Ciudad Vieja... De un tiempo a esa parte reinaba una calma siniestra, y en el piso de enfrente no había luz. Daoud se bebió de un trago la mitad del whisky.

Mariam se acordó de lo que había dicho en la fiesta de compromiso: «el régimen no ha cumplido su parte del trato. Solo hay que ver lo que le ha pasado a Razan. Y no tenemos ningún otro recurso, estamos atrapados».

Miró el abdomen inflado de su querido tío, y el mal color de sus mejillas. Una chispa en los ojos de Daoud prendió una pesadilla que le hizo frotarse la frente y rascarse el cuello. Mariam vio que se le había formado una pequeña llaga debajo

del cuello de la camisa, por haberse clavado una uña. Después de tocársela, Daoud se acabó el whisky y se apoyó en el respaldo para oler las flores con los ojos cerrados.

Mariam pensó que tendría que tratar de sonsacarle información, pero al final bastó una sola pregunta.

—¿Qué te pasa, tío?

—Hemos hecho una prueba —masculló él sin abrir los ojos.

—Como siempre, ¿no?

—Sí, pero ésta ha sido con personas.

A Mariam se le enfriaron las manos. Dejó el whisky.

Daoud abrió los ojos y volvió a rascarse la herida del cuello mientras la miraba.

—Y ha salido bien. —Se rellenó el vaso—. Están preparando el gas sarín para la guerra.

Dos horas después, Mariam se acostó en la misma cama que Razan, pero no se durmió. Notaba el calor del cuerpo de su prima, y cómo subía y bajaba su pecho con agitación. Se tapó con la manta y se volvió hacia ella. El parche. Había pañuelos de papel metidos por debajo de la almohada.

Mariam había hecho muchas preguntas. Su temor era haber hecho demasiadas. Sin embargo, Daoud no había traspasado un límite, sino unos cuantos. Sus palabras parecían irreales. A Mariam le daban ganas de desconectarse. Las palabras de su tío le impedían dormir.

Por la mañana se fue temprano sin hacer ruido. Al llegar a su piso se sentó en el baño a escribir un mensaje, que dobló tal como Sam le había enseñado en Francia. Tras comprobar que cupiera en una lata, se lo metió en el fondo del zapato, se puso unos pantalones de deporte y una camiseta blanca de manga larga y salió hacia el monte.

Al volver se encontró a Razan en la cocina, tomando café y leyendo una revista. También se había ido temprano de casa de

su padre, sigilosamente.

—¿Te apetece hablar de lo de ayer? —preguntó Mariam.

—La verdad es que no.

—Tú misma.

Volvió a su cuarto para su sesión de krav y sudó para desintoxicarse de los restos de whisky.

Al acabar, bajó a medias la persiana.

24

La Estación Damasco mandó la información de Mariam a la División NE para su inmediato procesamiento y transmisión por cable. Al difundir el escrito, la jefa segunda de Informes sobre Siria en Langley, Louise Boolatte, murmuró para sus adentros que los sirios eran unos carniceros, unos salvajes, unos monstruos. Se preguntó lo mismo que la Estación Damasco: si el flagrante incumplimiento de la línea roja marcada por POTUS provocaría una respuesta por parte de la Casa Blanca. Boolatte lo dudaba, pero bueno, ¿qué iba a saber ella? Llegados a ese punto, lo único que ambicionaba era que le pagasen las horas extras. Tampoco estaría mal que la premiasen por su desempeño excepcional, aunque hacía poco que los burócratas de Finanzas habían sustituido los pluses en dinero por tarjetas restaurante.

Boolatte había marcado el informe para su inclusión en las lecturas de finales de la tarde por el director. Éste lo leyó, maldijo al régimen sirio y llamó al asesor de la Seguridad Nacional, que tras hacer lo mismo dijo que esa misma noche convocaría en la Casa Blanca al Grupo de Trabajo sobre Siria para un nuevo debate acerca de las órdenes ejecutivas contra Ali Hasán y los planes de uso de armas químicas que se estaban filtrando de Damasco. El director, que ya llegaba tarde a una cena con el embajador saudí, explicó que sería Ed Bradley quien representara a la CIA en el Grupo Reducido. En la Sala de Crisis, Bradley aguantó tres horas de discusiones sobre si había que hacer cumplir la línea roja del presidente. Al final, el asesor presentó tres opciones para POTUS: acabar con el régimen, bombardear el complejo de Jableh y mandar un mensaje encubierto.

—Que sea limpio, Ed —ordenó el presidente al elegir la tercera—. Sólo el general, ni un solo inocente.

Al día siguiente, Procter convocó a Sam a su despacho para una videoconferencia con Bradley, que por lo visto aún estaba despierto y en su casa, en la Caja. Al establecerse la conexión con la Estación Damasco apareció en pantalla su imagen pixelada. Probablemente llevaba un par de cervezas encima.

—Hola, chicos —dijo—. Seré breve: anoche, POTUS se planteó bombardear Damasco como represalia por la prueba con gas sarín de la que ATHENA informaba en su inteligencia. Al final decidió que no, pero sigue queriendo mandarles a los sirios un mensaje del tipo «no nos toquéis los huevos». En el Departamento de Justicia creen que los asesinatos de Val y KOMODO, y las operaciones de vigilancia de Ali Hasán en Damasco pueden interpretarse como una amenaza contra Estados Unidos y sus intereses; por eso tengo en mis manos un papel firmado hace tres cuartos de hora por POTUS que habla de la necesidad de una operación para eliminar al general de brigada Ali Hasán «en apoyo», y cito textualmente el título cincuenta del Código de los Estados Unidos de América, «de los objetivos identificables de la política exterior» del país. No se trata de ningún magnicidio, sino de un acto de autodefensa nacional, y como tal ha sido acreditado.

—Todo muy elegante, muy de tiros largos —comentó Procter —. Por eso todo el mundo quiere tanto a los abogados.

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó Sam.

—¿Y hasta qué punto está escrito? —preguntó Procter.

—Procter, deduzco de tu tono que, en realidad, me preguntas si podemos hacerlo como las operaciones con drones en Afganistán y Pakistán, y la respuesta es que no. Aquí el único muerto será Ali, no puede haber víctimas colaterales. Es la única restricción por escrito.

—¿Y hay alguna que no lo esté? —preguntó Sam.

—Sí, una. La he puesto yo —repuso Bradley—, y el presidente está de acuerdo. Necesitamos que nuestros expertos en reconocimiento facial confirmen que es Hasán antes de apretar el gatillo. No quiero que la caguemos matando al general sirio equivocado. Para confirmar que es él, necesitaremos imágenes en tiempo real. —Cerró un poco los ojos, como si mirase fijamente a Sam a través de la pantalla—. Pocas veces tenemos la oportunidad de vengar a uno de los nuestros. Todos queremos muerto a Ali Hasán por lo que le hizo a Val, pero hay que ser inteligentes. No cometamos locuras.

—No, claro que no.

A Sam se le aceleró el pulso. Normalmente la CIA tenía que hacer la vista gorda cuando mataban a uno de sus agentes. A Val, en cambio, podía vengarla, podía hacer que Ali pagase por lo que le había hecho.

Procter fijó la vista en la pantalla y se quitó la chaqueta de tweed, con lo que Sam pudo ver asomarse en su espalda, por encima de la camiseta negra, la frase en tributo. ¿Qué narices significaría?

—¿Es la manera que tienes de insinuar que esta estación no está dando el ancho? —dijo.

—No —contestó Bradley—, es la manera que tengo de deciros explícitamente, y sin insinuaciones, que estáis todos bajo una presión del carajo. Trabajáis tan bien que, si las expectativas ya eran altas, cada vez lo son más. ¿Tenéis cerrada la puerta?

Procter comprobó que lo estaba.

—No, abierta al máximo, y la de la misión diplomática igual. De hecho, Ed, aquí en la sala hay un sirio que ha estado tomando notas, aunque no se vea por la cámara. ¡Mahmud, ven y saluda a Ed! —exclamó gesticulando como loca hacia la puerta. Luego se volvió hacia la pantalla sonriendo satisfecha.

Él se rió.

—Ya no me acordaba de lo coñazo que eres, Procter. Debería

haberte mandado a la División de Europa para que pudieras aterrorizar a otro, me tratas como a los talibanes pakistaníes y Al Qaeda, es decir, como una mierda.

—Al menos tú aún estás vivo —dijo ella.

En la sala de reuniones segura de la embajada de Estados Unidos, Yusuf puso los pies encima de la mesa y mordió otro trozo de pizza. Según la caja era «la auténtica pizza siria» de un local llamado Café Costa. A Sam le dolía la barriga sólo de mirarla.

—Para allí la cinta, Rami —dijo Yusuf en respuesta a una pregunta de Procter, y se irguió en la silla.

Estaban viendo las grabaciones de vigilancia de los BANDITO, y en la pantalla se veía el coche de Ali Hasán esquivando las bermas de cemento para entrar en el edificio del Departamento de Seguridad.

—¿Ves lo bajo que va el Lexus? —dijo Yusuf—. Está blindado, o sea que necesitaremos algo bastante pesado. Ah, y fíjate en esto.

Empujó por la mesa el diario de vigilancia.

Sam abrió la carpeta. Los BANDITO habían anotado las horas de llegada y salida de Ali, que variaban a diario, a veces con horas de diferencia.

—¿También va cambiando el recorrido? —preguntó.

—Por desgracia sí. Llega desde varias direcciones —respondió Elias cogiendo otro trozo de pizza—. No hemos detectado ningún patrón.

—¿Y un ataque en la garita? —preguntó Procter con una mirada de reojo a la pizza—. ¿Un tiro mientras enseña su identificación?

—En la garita normalmente trabaja un solo tío, y fuera hay entre cuatro y siete más que se distraen fumando y hablando de chorradas —dijo Rami—. Muy profesional no es que sea, pero se

armaría un tiroteo.

Procter se levantó.

—Lo de arrancarle las pelotas lo decía en serio. ¿Tenéis alguna idea de verdad?

—Sí, una —dijo Yusuf.

Se sacó un paquete de cigarrillos Marlboro del bolsillo del pecho y lo dejó sobre la mesa.

—No, gracias, Yusuf —dijo Procter con una sonrisa de listilla —. En esta caja de hojalata no hay muy buena ventilación.

—No, mira.

Yusuf avanzó hasta la semana anterior y paró la grabación a las 21.55 h. La cámara enfocaba a Ali Hasán saliendo a pie del edificio del Departamento de Seguridad y esquivando los coches aparcados en la acera, como había visto hacer Sam a otros peatones mientras observaba el edificio.

—Esto lo grabé yo —dijo Yusuf—. Fíjate bien.

La cámara hacía un zoom para centrarse en Ali, que se paraba al lado de un coche aparcado y se sacaba del bolsillo de la camisa un paquete de Marlboro, reconocible por su color rojo. Cogía un cigarrillo, lo entendía y seguía caminando lentamente, como si estuviera enfrascado en sus pensamientos.

—Ahora fíjate en esto —dijo Yusuf.

Volvió a avanzar hasta las grabaciones del día siguiente. Esta vez ponía que eran las 22.02 h. Ali iba por el mismo camino, fumando sus Marlboro.

—Por ahí va mucho. Una semana hizo cuatro veces el mismo recorrido.

Sam cogió los cigarrillos de la mesa y, girando la caja entre sus manos, le dijo que sí con la cabeza a Procter, que respondió con el mismo gesto.

25

Yamil Atiyah y Bouthaina estaban al mismo nivel, al menos en teoría, pero él había sido vicedirector de Inteligencia Militar, había allanado el camino de Bashar a la presidencia y estaba a cargo del expediente de Irán; tenía más *wasta* que Bouthaina, y también un pene. En suma, que le daba instrucciones a Bouthaina.

Por eso para Bouthaina fue un disgusto enorme, pero no una sorpresa, ser llamada de nuevo con cajas destempladas a informar sobre los esfuerzos de Mariam para apartar del Consejo Nacional a los opositores.

—Del pedófilo me encargo yo —dijo—, pero me gustaría que vinieras, por si pide detalles. Podemos enseñarle los informes que escribiste en Francia. El trabajo en sí le importa una mierda, no hace falta que te lo diga. Esto va de nuestra guerra. Es otra escaramuza en su lucha para destruirnos.

Pensando en los tres cadáveres de su habitación del hotel de Villefranche, y en cómo le habían temblado los dedos al colgar el cartel de no molesten, Mariam se llevó inconscientemente un dedo a la boca.

Hacia la hora de la entrega en movimiento empezó a mordisquearse las pieles de las uñas. Al principio no se daba cuenta, pero al segundo o tercer dedo se frenaba. La pobre Bouthaina estaba demasiado absorta en sus propios problemas para fijarse.

Al apoyar las manos en el escritorio de Bouthaina, Mariam reparó en una gota de sangre que asomaba en la lúnula de su pulgar derecho. En ese momento sonó el teléfono de Bouthaina, que se encerró en el baño. Mariam se puso a mover los informes

por la mesa mientras pensaba en la espantosa falta de seguridad de las comunicaciones de su jefa, que estaba hablando con Rustum. De pronto se dio cuenta de que había empezado a roerse el dedo corazón izquierdo, y se mordió el labio, asqueada.

Bouthaina colgó y salió del baño.

—Vamos a ver al viejo inmundo.

Mariam se alisó la falda azul oscuro y la siguió con los informes. Atiyah estaba en su mesa, leyendo, y al tenerlas delante ni siquiera levantó la vista. Llevaba un traje negro de buen corte, con unas rayas anchas que le conferían aspecto de gángster.

Bouthaina y Mariam se sentaron enfrente. Atiyah acabó de leer su informe y miró hacia arriba. Estaba bebiendo té, pero a ellas no se lo ofreció. Lo que hizo fue quedarse un rato embobado con Mariam, sin disimularlo.

—Es un poco mayor para ti —le espetó Bouthaina.

Atiyah ni siquiera acusó recibo del comentario.

—La última vez que nos vimos —le dijo a Mariam— se me olvidó preguntarte qué tal en Francia. —Mariam le notó cierta agresividad. Casi no se aguantaba la rabia. Le temblaron un poco las cejas, pero se quedaron quietas de golpe, antes de arquearse con una sonrisa—. ¿Intenso?

—Las reuniones con Fatimah no llegaron a buen puerto —dijo Mariam—, al menos de momento, aunque en estos informes podrá usted ver que hemos tomado medidas para que cambie de postura.

Le acercó el papel.

Atiyah agitó la mano como si la ahuyentase.

—Sí, ya sé que han detenido a la madre de Fatimah —dijo—. No necesito estos informes. Lo que quiero saber es por qué siempre nos falla tu departamento, Bouthaina. Fatimah sigue en el consejo, dándose la buena vida en Europa y burlándose de nosotros.

Bouthaina miró con deseo un abrecartas apoyado en la mesa,

pero al final bajó la vista y afectó indiferencia al quitarse un poco de pelusa de la pernera izquierda. También ella sabía que lo que necesitaba en su guerra con Atiyah era compostura.

—Mientras mi departamento viaja para sonsacarle cosas a la oposición, tú viajas a Tailandia para sacártela con las adolescentes. Cada cual tiene sus prioridades.

Atiyah se rió por lo bajo, pero mirando a los ojos a Mariam, que donde fijó la vista fue en el abrecartas, mientras se ponía las manos en el regazo para no morderse los dedos. Habría sido un justo pago por el incidente en el hotel de Niza.

—Siempre usas las mismas armas, Bouthaina —dijo él—, y no funcionan. Prueba con otras. Si no resuelves este problema te quitarán el expediente, y entonces lo cogeré yo y tendré éxito donde habéis fracasado Mariam y tú. —Levantó los informes de Mariam, mirándole la blusa—. Mira, puede que hasta los lea, Mariam, y a ver si cuando acabe ponemos los datos tú y yo en limpio.

Lo que no tuvo nada de limpio fue la manera de decirlo.

A Bouthaina se le arrugó la frente, venciendo la resistencia del bótox. Parecía que fuera a decir algo, pero al final se levantó en silencio, se volvió hacia la puerta y se marchó. Mariam quiso seguirla, pero al ir hacia la puerta notó una mano en el hombro y el calor de un aliento en el cuello.

—Me alegro de que hayas vuelto sana y salva de tus vacaciones en Francia —dijo Atiyah. Mariam se dio la vuelta para quitarse su mano del hombro—. Habría sido una lástima perderte, pero tienes que entender que no es nada personal. La guerra la tengo con Bouthaina.

Mariam soltó los informes y perdió un poco el equilibrio al apartarse, por culpa de los tacones.

A Atiyah se le notó en los ojos la sorpresa.

—No bajes la guardia, Mariam, que hay mucho que temer. Cuando haya leído estos informes te llamaré para que me acabes de dar todos los datos.

Miró los papeles tirados por el suelo y se rió, antes de cerrar la puerta del despacho.

Mariam los recogió a toda prisa y volvió al de Bouthaina, pasando al lado de un retrato del presidente al que miró a los ojos.

Bouthaina ya estaba en su despacho, tecleando como una posesa con la mirada fija en la pantalla. Mariam no supo que se había dado cuenta de su regreso hasta que oyó su voz.

—Creo que ha ido bien, ¿no?

Se acercó a la mesa y se puso a revolver papeles, murmurando. Mariam pensó que era una guerra burocrática al más puro estilo sirio, con informes, expedientes y reuniones en vez de armas, y subordinados como carne de cañón.

—Aquí está —dijo Bouthaina estampando delante de Mariam un informe iraní sobre el itinerario de viaje de Fatimah—. Atiyah quiere decirle al presidente que hemos fracasado, y considera, con toda la razón, que esto le dará ventaja. —Estaba señalando el informe—. A partir del 6 de julio Fatimah pasará unos días en la Toscana, en casa de su familia. Irás a verla y la traerás quejándose, amordazada y envuelta en papel de regalo. Haremos que Ali arreste a más parientes suyos para que se ablande. Esta vez tendrás éxito, Mariam.

—Descuida, Bouthaina, que yo me encargo de todo.

Mariam se llevó una uña a la boca, pero bajó la mano a tiempo y la apretó en un puño.

De camino a casa se comió unas galletitas saladas que se había comprado para apaciguar su estómago. No se le iba de la cabeza la amenaza de Atiyah, ni tampoco la idea prohibida de reunirse con Sam en Italia. Él la habría tranquilizado y ayudado a pensar. Cruzó la calle y se mezcló con el gentío del zoco de Al-

Hamidiyah, donde la interpelaron algunos tenderos preguntando si podían enseñarle un vestido bonito, o unas gafas de sol, pero ella estaba en Èze, gozando encima de Sam justo cuando un golpe de porra le abría la cabeza al agresor robusto con camiseta de Pink Floyd. Estaba en la parte trasera del coche, ayudando a Sam a entrar en ella justo cuando salpicaba el espejo de la habitación de hotel la sangre del segundo esbirro. Estaba con Sam en la cama, recorriendo con los dedos la musculatura de su pecho justo cuando se desplomaba la cabeza del tercer atacante en la cama recién hecha. Estuvo a punto de tropezar con una baldosa desnivelada. Se paró a hurgar en su bolso en busca de otra galletita. Después de quitarle el papel de aluminio se la dejó entre los labios mientras palpaba el bolso para asegurarse de no haber perdido el rotulador. Lo apretó un momento para tranquilizarse. Luego se echó el bolso al hombro y cerró rápidamente los ojos para evocar la imagen del grafiti que habían practicado en Èze con servilletas de papel.

—Ésta es la señal de emergencia —le había dicho Sam mientras la brisa del Mediterráneo jugaba con la servilleta—. Cada día habrá alguien pendiente de si la ve, y en caso afirmativo iremos enseguida al punto de contacto clandestino.

Se paró en un callejón a tres manzanas de su apartamento.

—¿Y si me ve alguien? —le había preguntado a Sam.

—No dejes que te vean —había sido la respuesta.

Una vez segura de que estaba sola, se metió por el callejón y dejó la marca en la pared.

26

Sam y Procter leyeron el mensaje de Mariam en la Estación.

—Buf —dijo Procter—. ¿Un encuentro cara a cara en este matadero con un activo recién captado? Me parece fatal.

—A mí tampoco me gusta —contestó Sam antes de releer el mensaje:

> BOUTHAINA. Y YO HEMOS TENIDO UNA REUNIÓN CON ATIYAH. CONTINÚA LA GUERRA POR EL PODER EN EL PALACIO. ATIYAH USA MI FRACASO CON FATIMAH PARA PRESIONAR A BOUTHAINA. AL FINAL DE LA REUNIÓN, ME AMENAZÓ FÍSICAMENTE E HIZO INSINUACIONES SOBRE UN ATAQUE EN FRANCIA. DIJO: «NO BAJES LA GUARDIA, QUE HAY MUCHO QUE TEMER.»
>
> EL 6 DE JULIO, BOUTHAINA ME MANDARÁ A MONTALCINO, ITALIA, PARA OTRA REUNIÓN CON FATIMAH. TENDREMOS TIEMPO DE VERNOS.

El punto después de la primera palabra era la señal de que no la habían coaccionado para dejar el mensaje que Procter estaba leyendo por encima del hombro de Sam.

—Buf —repitió negando con la cabeza—. Mal rollo, Jaggers.

—Ya, pero no tenemos elección, ¿verdad? —repuso él—. Ya intentaron secuestrarla en Francia.

—¿Se te ocurre alguna manera de ayudarla?

Sam dio golpecitos en la mesa con un bolígrafo.

—¿Por qué tiene aquí el Mossberg, Jefa? Tampoco es que la armería esté lejos...

—Me reconforta la presencia de las armas.

Después de otro golpe de bolígrafo garabateó *Athena* en una libreta. Lo único que se le ocurría era algo que le había oído comentar a Bradley en la Estación El Cairo mientras se tomaban unas cervezas. Era una locura, pero Bradley insistía en que le había salvado la vida a su activo. ¡Qué coño! Valía la pena

intentarlo. Tenía que protegerla.

—Bueno, vale, es una locura, pero me acuerdo de que Bradley me explicó una operación que hizo en Argel para proteger a un activo en una situación parecida.

—¿En serio?

—Sí, pero ojo, que ahora viene lo bueno: hay que usar una cámara en subminiatura y un collar.

—¡Maldita sea! Para eso normalmente hay que pagar el doble.

A Procter le gustó la idea, y armó un cristo en los canales telegráficos. (En un mensaje leído por casi toda la División NE y la cúpula de Ciencia y Tecnología se usaban las palabras: «... a la puta mierda con el papeleo.») Cuarenta y ocho horas más tarde estaban en su despacho, bastante después de medianoche, mientras en la pantalla de videoconferencias seguras, o SVTC, un experto del Departamento de Servicios Técnicos con cara de muy cansado enseñaba un collar de zafiros igual al de una foto hecha en París por los BANDITO durante un turno de vigilancia previo a la captación de Mariam. Sam recordó haberlo visto brillar mientras Mariam se tomaba una copa de vino en la terraza de Èze. No llevaba nada más.

A esas horas de la noche Procter se sentía distendida, y se estaba bebiendo una lata de Coors Light (seguro que de algún amigo de Seguridad Diplomática, que la habría metido en Siria de contrabando). En aquel momento señaló la pantalla SVTC, donde el técnico continuaba enseñando el collar.

—Joder, tío, esto parece la teletienda. ¿Cuántos minutos quedan para hacer el pedido, Jaggers?

Con una presencia de ánimo digna de admiración, el técnico pasó la mano por el collar explicando que quedaban veinte minutos y que Procter podía quedárselo por «diez cuotas de sólo diecinueve con noventa y cinco». Sam se rió. Procter murmuró algo ininteligible. El técnico volvió a pasar la mano por el collar.

—Venga, hombre, explícanos cómo funciona.

El técnico mostró el botón de encendido e hizo una demostración de cómo lo activaría el activo con un alfiler o una horquilla para el pelo. Dijo que era sumergible y resistente a las condiciones más extremas.

—Aunque tampoco está de más meterlo en una bolsa de plástico.

Viendo que Procter levantaba una ceja, se adelantó a ella diciendo que su memoria tenía capacidad para unas treinta horas de grabación. Dijo que era un pequeño milagro, y a continuación dio una explicación técnica de la fuente de alimentación de estroncio de la cámara.

—A ver, a ver, para el carro —dijo Procter levantando la mano—. Nuestro activo es una tía, y esto lo llevará en el cuello; justo encima de la piel, ¿vale, tío? —Se señaló el pecho, por si al técnico se le resistía el vocabulario anatómico—. ¿Es radioactiva la batería esta de los huevos? ¿Hay riesgo de cáncer?

Sam no supo si el técnico tenía ganas de reírse o de llorar. Probablemente las dos cosas. En su cara no quedaba ni rastro de color.

—No, no, no hay riesgo. El activo no corre ninguno en absoluto —dijo—. Es completamente inofensivo.

—¿Cuándo podríamos tenerlo? —preguntó Sam.

—Podemos mandarlo de un día para el otro —dijo el técnico, aliviado de que la llamada pareciera estar tocando a su fin.

Procter colgó.

Sam fue el primero en llegar al piso franco, que quedaba en una calle poco frecuentada del Barrio Cristiano. No podía estar más cansado. La RDV había durado doce horas, aunque para la sexta ya estaba seguro de que no lo vigilaban.

Había una pequeña cocina con nevera y despensa bien provistas y, al lado, una sala de estar amueblada en estilo

moderno. Las paredes estaban desnudas. Más allá de la sala de estar había un dormitorio y un cuarto de baño. Ese mismo día un técnico de la Estación se había pasado por allí para buscar posibles escuchas.

Puso la cafetera en marcha y sacó de la nevera las bandejas de *mezze* precocinados sintiéndose culpable: la escasez de comida afectaba toda Siria, por no hablar de la inflación desorbitada y galopante fuera de la burbuja del centro de Damasco. En Duma, la hambruna era tal que, según los informes de inteligencia, la gente sobrevivía comiendo hierba. La poca comida que había la acaparaban los mandos rebeldes. «Arrodillarse o morirse de hambre», era la fórmula que usaba el régimen. Cogió una botella de aceite de oliva (precio antes de la guerra, doscientas libras sirias; precio actual, mil cien) y la dejó en la encimera.

En las bandejas había aceitunas, *makdous*, *tabulé* y hojas de parra rellenas de *yalanji*. Encendió el horno y metió cuatro pinchos de kebab de cordero, luego volvió a la nevera y encontró *cousa*: calabacines rellenos de una mezcla de cordero, arroz, comino, menta, cilantro y *baharat*, un plato del sur del país.

Se sirvió una taza de café. Faltaba media hora para que llegase Mariam. Tenía que hacer algo para no estar tan nervioso, ni pensar todo el rato en que ella estaría haciendo en esos momentos una RDV en Damasco. Se tomó el café en la sala de estar, entre miradas incómodas al dormitorio, con sus tentaciones. Su último contacto con Mariam había sido la entrega en movimiento en el mercado de especias, un vistazo fugaz. Se preguntó si la notaría cambiada, si sería capaz de controlarse, si Estados Unidos bombardearía la ciudad, si evacuarían la Estación y no volvería a verla nunca más.

Damasco estaba al límite, era como como un suicida a punto de tirarse de un edificio. Más allá de la prueba con gas sarín y de los informes sobre un contraataque del régimen, el día a día era

impactante de por sí: había atentados suicidas con bombas, descargas de mortero, cortes de electricidad, colas para el pan, estanterías vacías en las tiendas de alimentación... La acumulación de periodistas y funcionarios de la ONU en el Four Seasons le recordaba sitios como Mogadiscio, o el Beirut de la guerra civil: ciudades tan irrecuperablemente destrozadas que los extranjeros pasaban el tiempo en cualquier barra y recibían a sus informadores y corresponsales junto a la piscina no por amor al lujo, sino porque cualquier otro sitio era demasiado peligroso.

Damasco no daba ninguna sensación de seguridad, ni para él ni para el resto de su tribu (la Estación, Procter y, por supuesto, Mariam).

Se atrevió a imaginarse con Mariam fuera de Siria, una relación normal, humana. Lo que al principio había sido puro magnetismo físico se había convertido, al madurar, en algo mucho más complejo, pero sin perder ni un ápice de chispa. Mariam era astuta, divertida y valiente, y estaba llena de esperanzas, y él sabía bien lo que sentía por ella, aunque era incapaz de decirlo, ni siquiera a sí mismo.

Se levantó para servirse más café.

Se oyó la puerta y entró Mariam. Llevaba vaqueros oscuros, una camiseta gris pegada al cuerpo y una chaqueta azul entallada. Sam le dio un abrazo y ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Hola, *habibi* —le dijo—. Te he echado mucho de menos.

Sam, que iba con traje y camisa blanca de vestir, se dio cuenta que, a ojos de cualquiera, aquello podría ser la típica escena de pareja saludándose al término de sus respectivas jornadas laborales. La besó con los ojos cerrados para respirar su olor a lavanda.

—¿De cuánto tiempo dispones? —preguntó.

Era la primera pregunta para cualquier activo.

—De dos horas.

Sam tenía pensado empezar por la operación contra Atiyah,

pero ya estaban besándose otra vez en la cocina, ella le acariciaba el pelo y él intentaba llevarla hacia el dormitorio. En el camino, sin embargo, le mordió la barbilla y consiguió derribarlo en un pequeño sofá. Empezó a desabrocharse la camisa, pero ella se incorporó con una risita y miró hacia la cama. No podía pensar en nada más que en ella. Desabrochando, desabotonando, deslizando, bajando, acabaron por llegar al borde de la cama y se dejaron caer.

Al acabar, Sam miró el rastro en el suelo. Al principio, zapatos, cerca del sofá. Luego los tejanos de ella y los pantalones de vestir de él, la blusa gris de ella, un sujetador negro, la camisa blanca de él, ropa interior negra de encaje y, por último, los calzoncillos de él. Un arrebato en cámara lenta hasta la cama.

Una vez levantados, fueron juntos al exiguo espacio del lavabo y se arreglaron un poco para el mundo exterior. Él se arregló el pelo y ella, de un caderazo, se hizo sitio para entretenerse con sus joyas.

Cuando se apoyó en la encimera de la cocina ya no estaba ruborizada, llevaba el pelo peinado hacia atrás y había vuelto a pintarse los labios. Desde tan cerca, Sam percibió un vago olor a sudor bajo la lavanda.

—Me moría de ganas porque no sabía si tendríamos otra oportunidad —dijo ella—. Quizá no la tengamos nunca más, pero en fin, aquí estamos, y a saber cuántas veces nos quedan. Quizá nos pase lo que a tantos sirios, que un día están y el siguiente ya no. Puede que vuelvas a tu país y no te vea más, y envejezcamos por separado. Sé que hay reglas y cumpliré mi obligación, pero entre nosotros dos hay algo, y para mí ese algo es muy importante.

Sam le puso las manos en las caderas.

—Para mí también es importante, Mariam, me gustas mucho.

Debería haber dicho «te quiero», y se odió por no poder o no

querer decirlo.

Se besaron.

Ella se apartó y asintió con la cabeza.

—Sé lo que sientes; es lo mismo que siento yo.

Se llevaron platos a la sala de estar y ella le explicó paso por paso la reunión con Atiyah. Él quiso saber hasta la última palabra y el último detalle. Luego le expuso sus planes y le enseñó el collar.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Cómo lo habéis recreado tan perfectamente? Da un poco de miedo, ¿no?

Sam carraspeó.

—Se utilizaron unas fotos de París.

Por suerte, Mariam no insistió. Se probó el collar mientras él iba a buscar una lata de aluminio para que hiciera prácticas dejando el collar dentro, como lo haría en el monte una vez que tuviera el vídeo del despacho de Atiyah.

—¿Crees que alguien podría estar siguiéndote? —preguntó Sam en la cocina mientras se servían más comida.

Mariam negó con la cabeza.

—No lo creo: he sido muy cuidadosa. Ahora que...

Justo entonces cayó un proyectil de mortero en la azotea del edificio de enfrente y el piso franco tembló y crujió. Acostumbrada a ese tipo de ruidos, Mariam dejó su plato en la mesa para acercarse a la ventana y apartar las cortinas. Sam era consciente de que estaban en la parte del apartamento donde menos les convenía estar, pero por un momento pudo más la curiosidad que su entrenamiento. Las ventanas del último piso del edificio habían reventado hacia fuera, en la calle podían verse los cristales rotos, junto con cascotes de caliza y yeso. Se oían sirenas a lo lejos.

Unas manzanas más al sur cayó otro proyectil, seguido por

cuatro más, como en *staccato*. A cada impacto temblaban las paredes.

Se apartaron de la ventana.

—A la que tienen ocasión, les encanta bombardear el Barrio Cristiano —explicó ella—. Está lleno de cristianos y edificios de la Mujabarat, de manera que, si no tienen puntería con la Mujabarat, pueden matarnos a unos cuantos.

Sam miró a su alrededor para localizar la zona del apartamento más alejada de la ventana. Tenían que quedarse un rato más: no podían salir a la calle, adonde pronto llegarían los bomberos, la policía y probablemente también la Mujabarat con ánimo de investigar.

Volvieron al dormitorio. Mariam pasó una mano por las sábanas arrugadas.

—¿En Italia estaremos solos, *habibi*?

—También irá Procter. Haremos que te siga el mismo equipo de vigilancia para asegurarnos de que Atiyah no intenta nada mientras estás fuera de Siria.

Mariam se puso en jarras.

—Mmm —dijo—. Una multitud.

Él se sentó en la cama pasándose las manos por el pelo. Estaba metido hasta las trancas y sin plan ninguno de escape. Si se lo contaba a Procter lo echarían de la CIA. ¿Y si dejaba de ver a Mariam? No estaba seguro de ser capaz.

Ella lo hizo tumbarse en la sábana y se montó encima de él. Fuera, aullaban las sirenas.

27

Era raro, pero Abu Qasim le daba gracias a Dios de que su mujer fuera estéril mientras miraba los *kaffan*, los sudarios, dispuestos unos junto a otros como un centenar de capullos de algodón; raro, pero no infrecuente porque, desde que había empezado a luchar contra los asedios de Al-Ásad en Alepo, se lo agradecía a Dios una y otra vez.

Por ejemplo, el viernes anterior, cuando una bomba mató a un niño que les llevaba agua a la trinchera.

El sábado, cuando una niña murió de tifus en las ruinas del apartamento de su familia, reconvertido en nido de francotiradores.

El domingo, cuando aquel chico de dieciséis años que disparaba a diestra y siniestra su AK-47 sin ninguna puntería recibió un tiro en la garganta.

El lunes, cuando una bomba de barril lanzada sobre el hospital de campo mató a un niño de diez años con leucemia y a dos niñas de la calle de al lado.

Y ahí estaba, agradeciéndole a Dios de nuevo en Houla, a varias horas de Alepo. Un anciano le había explicado entre lágrimas lo sucedido y él se había puesto a inspeccionar los cadáveres, todos con la cabeza vuelta hacia La Meca, hasta que se encontró el de un niño pequeño al que le faltaba la cabeza. Entonces se abrazó a Sarya, su mujer, y le dio gracias a Dios poniéndole la mano sobre el vientre estéril, como siempre que veía a niños muertos; gracias porque nadie heredaría el nombre de Abu Qasim, que no era más que un *kunya*, un nombre de batalla.

El viejo no se dio cuenta de nada, estaba destrozado.

Él le comunicó que esperaba un informe completo, pero que se tomara un momento para rehacerse un poco.

—Gracias, gracias, comandante —dijo el anciano secándose los ojos—. Voy por té y vuelvo.

Él apartó la vista de los cadáveres y se puso a observar los matojos mientras Sarya se desperezaba, se ponía el hiyab y aprovechaba la ausencia del anciano para arreglarse la larga melena antaño negra y lustrosa, pero que el tiempo había salpicado de gris y de blanco, igual que había llenado de arrugas su cara antes tersa. En cuanto a su cuerpo, quizá su apariencia se debiera más al hambre que al tiempo. Era delgado y fibroso, sin rastro de barriga y con pechos pequeños; se encorvaba un poco al sentarse y al caminar, como si se apoyara en un arma de fuego; cosa que, por cierto, hacía muchas veces.

A pesar de los pesares, seguía siendo guapa: aún tenía la melena abundante, la sonrisa ancha, los ojos llenos de vida y el mismo apetito de siempre por su esposo. Él se palpó la cara, que sabía enjuta y cetrina desde hacía tiempo, se pasó una mano por el pelo ralo y echó una ojeada a sus piernas y brazos huesudos (desde que se había ido a la guerra había perdido más de diez kilos), y a los cuatro dedos de su mano izquierda.

Tenían que seguir. Se habían desviado impulsivamente, al recibir noticias de la masacre del día anterior. El viaje desde Alepo, que les habría tomado cuatro horas antes de la guerra, se había convertido en cuatro días de errancia por un laberinto de autovías, controles y carreteras secundarias.

Cuando pasaban por un control del gobierno, usaban documentos retocados de alauitas muertos para hacerse pasar por emisarios del ejército. En esas ocasiones, Sarya se ponía uniforme de combate y hablaba directamente con los hombres del gobierno. En los controles rebeldes, dependía. Siempre usaban sus documentos de verdad, pero, en algunos, Sarya se pasaba a la parte trasera de la camioneta y se ponía un niqab,

mientras que en otros bastaba con el hiyab. En todo caso, jamás abría la boca, y al pasar desahogaba su rabia porque había matado a más soldados que cualquiera de esos niñatos de los controles con su fusil de francotirador, un sv-98 de fabricación rusa con el que se había hecho tras matar a su dueño anterior, y que llevaban escondido en el doble fondo del maletero de la camioneta para poder usarlo en Damasco.

El viejo volvió con té, pero nadie quiso tomarlo.

—Hasta ahora los muertos son ciento cuarenta y dos —explicó —, cincuenta del mismo clan, dieciséis del mío. —Se frotó los ojos como si fuera a echarse a llorar de nuevo—. Pero el médico tiene pocas esperanzas con cinco o seis heridos, así que ese número crecerá quizá hoy mismo.

Abu Qasim no dijo nada, necesitaba que el viejo siguiera hablando, ya lloraría a sus difuntos cuando él y Sarya se marcharan. El otro pareció comprenderlo, porque se disculpó y recuperó la compostura.

—Los hombres del pueblo se habían reunido por la mañana para una manifestación y de pronto empezaron a llover proyectiles. Era imposible moverse de ahí, volver a casa; los que lo intentaron están muertos. Aquello duró dos o tres horas, y luego un grupo de soldados, agentes de la Mujabarat y miembros de las milicias *shabiha* venidos de los pueblos alauitas... —apuntó con el dedo hacia los pueblos; le temblaba la barbilla— se reunió junto a la planta de tratamiento de agua y se lanzó contra la multitud. Tenían armas de fuego, pero también cuchillos de carnicero, machetes y ganchos para carne. ¡Mataron a tiros, apuñalaron o degollaron a cuarenta y siete niños, muchos de ellos bebés, y a treinta y cuatro mujeres!

Se había puesto a gritar mientras señalaba los cientos de sudarios. Hasta entonces, Abu Qasim no se había dado cuenta de que muchos eran simples sábanas; por lo visto, se les había acabado la tela.

Hizo fotos de los muertos, sometidos ya al lavado ritual y a los

preparativos de la inhumación, y se las mandó a su comandante. Luego subieron a la camioneta para seguir hasta Duma, que ya había sido liberada por los rebeldes, pero que sufría un asedio asfixiante.

Durante el trayecto no hablaron de la masacre: en Alepo habían visto lo mismo y no quedaba nada por decir.

Entraron en Duma ya de noche, por uno de los túneles para peatones.

Zahran Alloush, el caudillo que mandaba en Duma, los recibió en su cuartel general, un búnker situado debajo de una tienda abandonada de electrónica, y con un fuerte olor de cloaca. El suelo era de alfombras amazacotadas. En el techo se acumulaban gotas de humedad, y las paredes estaban cubiertas de tuberías y cables eléctricos. Había una hilera de mesas plegables aprovechadas al milímetro para poner televisores de pantalla plana donde se veía la red de túneles, Al Jazeera y varios canales saudíes por satélite. Normalmente la sala era un hervidero de actividad, pero la habían desalojado para la reunión.

A pesar de que la falta de comida ya obligaba a los habitantes de su feudo a alimentarse de hierbajos y cuero viejo, Alloush le había preparado a su visitante una comida a base de pan y pollo. Abu Qasim se relamió sin darse cuenta, con la mirada fija en los pinchos relucientes. Ya no se acordaba de haber comido carne que no fuera de rata. Le habría gustado poder compartir la comida con Sarya, pero Alloush no permitía la presencia de mujeres en su mesa de guerra.

Alloush le hizo señas de que se sentase. Comieron deprisa y en silencio. Cuando ya no pudo más, Abu Qasim se quedó sentado, disfrutando de la sensación de tener llena la barriga. Finalmente rompió el silencio.

—Tenemos una propuesta que hacerle.

Alloush se rascó una pernera y sonrió.

—Ya me lo ha dicho el emir, pero ¿qué significa? Mis batallones se bastan y sobran para llevar a cabo una misión en Damasco. No entiendo para qué lo han enviado. Deme la información y mis hombres la usarán.

—Para aprovechar la información que me han facilitado mis fuentes se necesitan unas aptitudes muy concretas —repuso él.

Alloush se inclinó hacia él y dijo apuntándolo con el dedo:

—¡Ya tengo comandantes capaces de llevar a cabo misiones en la ciudad!

—Cuando disponga usted de un francotirador con ciento cuarenta y dos muertes confirmadas, puede que el emir no le mande al suyo, ni tampoco a un fabricante de bombas con tanta... experiencia.

Le mostró los nueve dedos.

—Ah, sí, me había olvidado de la Muerte Negra —dijo Alloush, que paseó una mirada sonriente y burlona por la sala después de pronunciar el apodo de Sarya, debido al hiyab negro que se ponía para matar a los soldados de infantería y las milicias del régimen.

Él no le hizo caso. El otro pidió té y se quedaron sentados en silencio hasta que llegó un chico y les dejó dos tazas humeantes.

—Bueno, bueno. A ver, ¿cuál es la oferta? —dijo Alloush tras el primer sorbo.

—Primero, deje que le explique qué necesitamos —contestó Abu Qasim—. Hemos traído el fusil de francotirador y munición, pero nos harán falta unos cuantos AK-47 y mucha más munición y, para la bomba, acceder a su fábrica de explosivos y a sus almacenes de material. Es posible que me quede dos días.

Alloush frunció el ceño y se echó contra el respaldo.

—¿Y eso es todo?

—No, falta una cosa: necesito a varios de sus desertores de la Guardia Republicana.

—¿Por qué?

—Porque son los mejores hombres que tiene.

—Ya lo sé, por eso no quiero dárselos.

Él se sacó una carta del bolsillo y la dejó sobre la mesa.

—Es una carta personal del emir solicitándole a esos hombres.

Allousha miró el papel y se lo devolvió sin haberlo leído.

—El emir y yo fuimos hermanos en Saydnaya, no me hace falta leerla. ¿Y yo qué recibo a cambio de esta lista de la compra?

—Que se le atribuya el mérito de la operación. Luego sale por la tele y aprovecha para recaudar más capital del Golfo.

El otro ignoró el cebo.

—¿Cuál es la operación?

Abu Qasim se limitó a sonreír.

28

Sentada a su mesa de trabajo, Paulina Jackson escuchaba sin parar por sus auriculares *I Tried*, de Bone Tugs-N-Harmony. Los buenos tiempos ya quedaban muy lejos, pero siendo de Cleveland le encantaba esa música. Mientras la canción sonaba por vigésima vez, se concentró en amasar y dar forma a la lámina de Semtex con un tubo de acero propiedad del gobierno que, en el fondo, no dejaba de ser un rodillo de cocina, sólo que elevado de categoría por las circunstancias. No emplearían ese explosivo en particular en la prueba programada para ese mismo día, pero aun así se exhortó en voz baja a no cagarla: todo tenía que estar perfecto cuando los pijos de Langley se presentaran para la demostración. En la pared, tras su mesa de trabajo, tenía una foto de Ali Hasán fumando por la calle hecha por uno de los espías de Damasco. Habían construido una réplica de esa misma calle para poder practicar, como hicieron los SEAL que mataron a Bin Laden, operación en la que ella no había participado directamente (apenas había echado un ojo a un par de entrenamientos). Esta vez, en cambio, se trataba de su propio espectáculo.

La copia de la orden ejecutiva firmada por POTUS dejaba muy claro que no había margen de error, por eso los jefazos de la División de Actividades Especiales habían sido tan estrictos en los requisitos técnicos que la bomba tendría que cumplir, los mismos que ella se sabía de memoria, no en balde había montado y probado treinta y un trastos de ésos. Conocía tan bien su diseño que hasta les había puesto un apodo: *los Frisbees*. Estaban fabricados para caber dentro del altavoz estéreo del

asiento delantero derecho de un Mitsubishi Pajero, y la explosión debía proyectarse hacia fuera para poder mantener bajo control la fuerza y la dispersión del estallido.

Las primeras pruebas no habían salido bien: las explosiones eran demasiado potentes y el jefe de Paulina, Rodney, había dicho algo en voz baja sobre metralla que cruzaba paredes y mataba a bebés.

—¿Tú crees que atravesará la pared, Paulina? —le había preguntado a continuación, y después había añadido—: Hay que asegurarse de que no; sólo tiene que rozarla, como un beso entre hermanos.

Así, ella se había apresurado a reducir el Semtex a poco más de cien gramos. Terminó de darle la forma de un disco y se levantó para ir hasta el Pajero, que estaba aparcado en el hangar, y abrió la puerta del copiloto para ver si el Frisbee cabía en el hueco que había dejado el altavoz. Sí, cabía. En el momento de la detonación, su forma dirigiría la explosión hacia fuera en un radio controlado, reduciendo el riesgo de daños colaterales.

Con la música a tope en los auriculares, regresó a su mesa de trabajo y empezó a conectar los circuitos que enlazarían un sensor infrarrojo pasivo (PIR) con un teléfono satelital. La CIA llamaría al teléfono para armar el circuito y, cuando Ali atravesara el plano del sensor PIR, ese circuito se cerraría permitiendo que la batería alimentase un detonador metido en el Semtex que haría explotar la carga.

—El equipo de Siria —había dicho Rodney el primer día, leyendo directamente la propuesta operativa con unas gafas rarísimas, como de culo de botella de Coca-Cola— propone que, cuando los mandamases de Langley hayan comprobado la identidad del objetivo, un avistador arme el PIR en Damasco manteniendo el contacto visual con el objetivo y haga explotar la carga cuando éste atraviese el plano de infrarrojos.

El cable estaba escrito por un agente de mote raro; goldjagger,

recordaba Paulina que se llamaba.

Rodney se había quitado las gafas y había añadido:

—Parece fácil, ¿no?

Una vez enchufados el PIR y el teléfono satelital a una batería de nueve voltios, Paulina conectó el dispositivo a un detonador de fabricación turca y lo puso en la mesa para examinar los resultados, mientras se metía debajo del labio un poco de tabaco de mascar Grizz. Satisfecha con lo que veía, lo ató todo con cinta eléctrica, escupió en una taza de café vacía y puso el teléfono satelital Turaya y el PIR en la parte interior de la puerta, junto al Frisbee. Para conectar el detonador con el Semtex esperaría a que el vehículo estuviera en el campo de pruebas. Cerró el compartimento y luego, suavemente, la puerta del Pajero, pensando que era el mejor Frisbee que había hecho nunca. Cruzó la puerta del hangar al volante del coche y, dejando atrás los restos renegridos del primer Pajero (mejores bombas había hecho), aparcó en la zona de estacionamiento del campo de pruebas, al lado de otros tres coches del mismo modelo, sin duda —le habría extrañado lo contrario— el grueso de las existencias de Pajeros en el hemisferio occidental. Aunque el Semtex fuera un explosivo estable, ella prefería esquivar los baches, porque en el fondo nunca se sabía.

Apagó la música, mirando su reloj, y se frotó las orejas. En unas horas llegaría el pez gordo de Langley para la prueba. ¿Dónde se había metido el de los cadáveres?

De haberlas conocido, Abu Qasim habría tenido celos de las condiciones en las que trabajaba Paulina, y en especial de tener tanto Semtex a su disposición, ya que exactamente a la misma hora en que Paulina fabricaba su Frisbee él estaba en un taller subterráneo, con una bata sucia, rezongando por lo caros que le habían salido dos kilos. A diferencia de Paulina Jackson, sin embargo, y de la CIA, Abu Qasim no albergaba ningún rencor

especial hacia el objetivo, o no más que hacia cualquier otro de los monstruos del régimen. Había elegido a Ali Hasán por el mero hecho de ser un general importante. Además, tenía una fuente que podía poner la bomba en una de sus reuniones.

Miró las fotos del carrito del té y le dio una patada a la imitación de plástico barato que habían robado en una de las despensas de Duma. Revisó los estantes e inspeccionó un cajón lleno de detonadores. La bomba tenía que caber en una caja, en el estante inferior de un carrito del té. Examinó atentamente los detonadores, negando muy serio con la cabeza cada vez que veía uno con los cables oxidados.

Encontró uno del ocho en buen estado: dos gramos de una mezcla de fulminato de mercurio y clorato de potasio dentro de un cilindro metálico del tamaño de un bolígrafo grande, con los cables saliendo de un extremo. Al recibir corriente eléctrica —para lo que Abu Qasim usaría un móvil de prepago—, los cables activarían el detonador, con la consiguiente explosión del Semtex. Sonrió al girar entre sus dedos el cilindro. Era un lujo, el de los detonadores prefabricados, del que no había dispuesto en Alepo. El dedo anular izquierdo lo había perdido en los primeros tiempos, tratando de sintetizar fulminato de mercurio.

Cortó el envoltorio de plástico, sacó el Semtex naranja, recogió del suelo un tubo de aluminio —bastante fino para fragmentarse al explotar el Semtex— y calculó a ojo la longitud máxima para el carrito del té. Luego hizo una raya con un rotulador permanente negro, hurgó en una caja de herramientas, encontró una sierra, cortó un extremo del tubo y formó un churro con el Semtex, como si fuera arcilla, haciendo pausas para medir el diámetro y comprobar que cupiera sin problemas en el tubo de aluminio. Lo siguiente que hizo fue abrir una caja de los cojinetes de 4,7 milímetros que les había pedido a los hombres de Alloush e ir aplicándolos uno por uno al plástico hasta que el color naranja del Semtex quedó sustituido por un brillo metálico cromado. Paró un momento para secarse el sudor

de las manos en la bata, imaginándose que uno de los cojinetes perforaba el cráneo de Ali Hasán. Finalmente sacó un rollo de cable de cobre de uno de los armarios y desenvolvió una batería de nueve voltios y dos móviles Nokia de prepago. Tras comprobar que estuvieran cargados usó uno para llamar al otro, funcionaban los dos. Cogió un rotulador rojo y trazó un gran círculo rojo en el móvil donde implantaría el dispositivo. El número de ese móvil lo guardó en los contactos del otro, que coloreó con rotulador verde. También escribió el número que tendría que marcar en un trozo de cinta, que pegó en el dorso del móvil verde. Sacó por precaución la batería del rojo y echó mano del cable para empezar a crear el circuito que una vez completado accionaría el dispositivo. Cuando marcara Abu Qasim el número, el circuito impreso emitiría una corriente eléctrica hacia el detonador, que haría explotar el Semtex.

Un fallo eléctrico hizo que se apagaran los ventiladores. Empezaron a caérsele gotas de sudor en la mesa donde seguía trabajando con las conexiones. Una vez terminado el circuito conectó el teléfono y la batería de nueve voltios al detonador, que introduciría más adelante en el Semtex. Al acabar se puso a cuatro patas y buscó en un cubo que había debajo de la mesa del taller. Sacó dos tiras de Velcro para enganchar el móvil y la batería al tubo y retrocedió para examinar su obra. Pesaba menos de cinco kilos, y cabría sin problemas en una caja grande de cartón llena de té y azúcar. Arriba temblaron las paredes por una sucesión de impactos, quizá de bombas de barril, aunque a esa profundidad no se podía asegurar. Volvió a fallar la electricidad. Abu Qasim levantó la vista antes de volver a posarla en la bomba, una de sus creaciones menos accidentadas gracias al Semtex birlado de las existencias del régimen por los hombres de Allousha.

De todas formas le habría gustado poder probarlo.

Rodney acompañó a Ed Bradley a la mesa de trabajo de Paulina para hacer las presentaciones entre el jefe y la artificiera antes de la prueba.

—Mucho gusto, jefe —dijo ella, tendiendo la mano derecha y agradeciendo que Bradley no se arredrase por la falta de un dedo, ni por lo correoso de la piel.

—Ya está todo a punto —le dijo Rodney a Bradley mientras salían del hangar hacia la falsa calle de Damasco.

Fuera, en el campo de pruebas, Paulina se puso sus gafas de aviador y una gorra de béisbol de los Cleveland Indians antes de unirse a ellos en la tarima de observación. Detrás de más de medio metro de plexiglás, en julio, a pleno sol, se achicharraban. Lyle, uno de los técnicos, acercó el Pajero al falso bordillo y aparcó.

Bradley se volvió hacia Rodney.

—¿Va a ser prueba de carne? —preguntó.

—Sí —confirmó Rodney.

—Siempre es un poco raro —murmuró Bradley poniéndose él también gafas de sol y arremangándose.

No hay indicador más fiable del impacto de una explosión que auténticos huesos, músculos y piel humanos. En las pruebas de explosivos no había ratas de laboratorio, pero sí personas que ya estaban muertas, y para las pruebas de más alto nivel, como era el caso, el equipo de Paulina siempre podía contar con alguna. Cuatro técnicos sacaron del hangar sendos cadáveres sobre patines y los dirigieron hacia la falsa calle, con su peso corporal colgado de lo que Paulina siempre había supuesto que eran soportes de suero. Lyle colocó el cadáver de Ali diez metros por detrás del maletero del Pajero, y luego conectó el soporte de suero a una cuerda que se estiraría durante la prueba para simular a una persona caminando. Luego dispuso a los otros tres alrededor de Ali, como si fueran transeúntes inocentes. Al firmar el formulario de entrega, Paulina se había enterado de que el cadáver que hacía de Ali era un varón de sesenta años fallecido

de un ataque al corazón. Le sabía un poco mal por Darryl, su verdadero nombre.

Lyle ató a cada cadáver unos sensores que medirían el «factor K» de la explosión, es decir, la presión en kilopascales que reventaría cavidades llenas de aire situadas en el interior del cuerpo humano, como los pulmones o los tímpanos. A continuación tapó el falso muro de bloques de cemento con una especie de sábana grande. Era un tipo de papel de calco sin carbón revestido de un colorante microencapsulado que se desprendería al aplicársele presión, mostrando dónde se alojaban los fragmentos. Luego Lyle y los técnicos llevaron lo que parecían varias pizarras cubiertas con sábanas de aspecto similar, formando un círculo alrededor del Pajero y los cadáveres.

—¿Cuánto tiempo pasa entre que se marca el número y la activación? —le preguntó Bradley a Paulina.

—Hemos hecho pruebas con varios activos por satélite para transmitir la señal —dijo ella—, y en todos los casos ha durado lo mismo, medio segundo. Ali sale de su despacho. El equipo de Damasco arma el dispositivo desde el piso franco. Langley tiene tiempo de validar la identidad del objetivo y, cuando Ali atraviesa el plano del coche, ¡bum! Si hay transeúntes que estorben tenemos tiempo de anular la operación.

Bradley asintió.

—¿En este dispositivo hay algo de fabricación estadounidense?

Jackson negó con la cabeza.

—Todo extranjero. Si investigan parecerá que lo haya hecho un terrorista. En este proyecto no hemos seguido la consigna de apoyar a fabricantes del país.

Bradley sonrió.

—¿Está puesto en el altavoz del lado del copiloto? —preguntó.

—Exacto.

Se volvió hacia la falsa calle.

—Vamos a verlo.

Lyle levantó el pulgar y subió rápidamente a la torre de observación, donde abrió un portátil conectado a los sensores y miró un momento la pantalla.

—Todo a punto.

Jackson hizo la llamada por el teléfono satelital para armar el artefacto. Luego le hizo una señal a Lyle, que empezó a estirar la cuerda. El cadáver de Ali se deslizó por la acera, apoyado en el soporte de suero.

En el momento de romperse el plano de infrarrojos se oyó un ruido sordo. El Pajero dio un salto, separándose un poco del bordillo. La cabeza de Darryl desapareció, y sus hombros y su pecho se deshicieron en jirones de carne. El soporte de suero fue escorándose hasta que Darryl se desplomó contra el muro.

Los otros tres cadáveres seguían en pie.

—En los otros, K23 —dijo Lyle—. Con veintitrés kilopascales corren menos peligro que los que revientan las puertas durante los asaltos. Muy suave.

El equipo bajó del puesto de observación para pasearse unos minutos por la falsa calle, examinando los destrozos. En los otros cadáveres, los indicios de fragmentación eran mínimos. Basándose en las lecturas de sobrepresión, Lyle calculó que en el peor de los casos, aunque los peatones ocuparan exactamente la misma ubicación que los cadáveres, se les perforaría el tímpano.

Bradley siguió paseándose otros diez minutos por el escenario, con Rodney a la zaga. Paulina prefirió disfrutar en todo su esplendor del aire acondicionado del hangar, donde se relajó con otra buena presa de Grizz y se quedó mirando la foto de Ali Hasán con los pies en la mesa de trabajo. Al cabo de un rato abrió un cajón para sacar la foto de la agente muerta, la pobre blanca que lo había desencadenado todo al ser secuestrada y asesinada en un país dejado de la mano de Dios. Puso su foto sobre la de Ali Hasán y escupió en su taza de café.

Aunque como fabricante de bombas careciera de los recursos del gobierno estadounidense, Abu Qasim se marcó una pequeña victoria: ser el primero en colocar la suya.

Abu Qasim, Sarya y su equipo de cuatro desertores de la Guardia Republicana —cedidos por Alloush— habían entrado en el centro de Damasco escondidos en la parte trasera de una furgoneta de reparto, cuyo espacio compartían con munición, varios AK-47, el fusil de francotirador de Sarya y la caja que a Abu Qasim le daba palpitaciones cada vez que pasaban por un bache.

El piso franco parecía un campo de refugiados: camas improvisadas, cubos de basura al límite de su capacidad y un olor hediondo de sudor. Una vez dentro esperaron la llegada de dos hombres. Sarya estaba sentada en el dormitorio, engrasando el cerrojo del fusil y manteniéndose a distancia de los desertores.

Oyendo golpes en la puerta, Abu Qasim cogió su AK-47 y apuntó hacia ella. Los desertores se levantaron de sus esterillas para hacer lo mismo.

Un golpe. Luego otro, y otro más. Eran ellos.

Al abrir la puerta, Abu Qasim se encontró con un religioso entrado en años y un joven con los ojos vendados. El religioso miró la sala de estar del piso franco y a los hombres que tenían la puerta encañonada.

—Tranquilos, hermanos —dijo.

Era Umar, el agente de Abu Qasim en Damasco y quien dirigía la red de informadores que les proporcionaban datos acerca de altos cargos del gobierno. Era él quien les había conseguido el piso franco, quien había descubierto la hora y el lugar de la reunión de Ali Hasán y quien había reclutado al joven.

Abu Qasim hizo que entraran y cerró la puerta. Sarya salió del dormitorio.

Abu Qasim estrechó la mano del joven, fofa y pegajosa.

—¿Cómo te llamas?

—Jibril.

—Es un honor, Jibril. Bueno, sentaos, que tenemos que hablar de muchas cosas.

Se sentaron en la sala de estar, sobre cojines, y fueron repasando paso a paso el plan. Abu Qasim le enseñó a Jibril la caja donde estaba la bomba.

—Tienes que ponerla en el estante más bajo del carrito del té —le explicó.

Jibril asintió, muy callado, y dio un respingo cuando Abu Qasim abrió la caja.

—Antes de la reunión sólo tendrás que hacer dos cosas —dijo éste—: meter la batería en el teléfono y encenderlo. La batería está cargada al máximo, y en principio debería durar al menos quince horas, pero por si acaso conéctala cuando no falten más de diez para la reunión. ¿Te ha quedado claro que tienes que esperar a que ya estén todos los asistentes a la reunión de Ali Hasán para poner esto?

—Sí, comandante.

—¿Sigue estando previsto para el 18 de enero?

—Sí.

Abu Qasim se sacó del bolsillo uno de los informes de inteligencia de Umar para dárselo a Jibril.

—¿Aún esperas que vengan todos estos hombres?

Jibril leyó la lista.

—El ministro de Defensa puede que no, porque casi nunca viene. Y en esta lista falta el hermano de Ali, Rustum, comandante de la Guardia Republicana.

A Abu Qasim se le aceleró el pulso por el entusiasmo.

—¿Estás seguro?

—Sí, desde hace un tiempo asiste a todas las reuniones. Se rumorea que al principio Ali no lo invitaba, pero que Rustum recurrió al presidente para que le hicieran un hueco. Los dos hermanos se odian. Rustum viene por sistema porque a su hermano menor le molesta.

—Muy buena noticia —murmuró Abu Qasim—. Jibril, ¿qué

controles habrá fuera del edificio?

—Muy pocos —dijo el joven—. Perros no hay, y los detectores de metales no suelen funcionar. A mí no me registrarán, porque cada semana traigo cajas del tamaño de ésta con cosas para el té.

Abu Qasim asintió y se levantó para meter la caja dentro de otra.

—Qasim, ya sabes que aunque salga bien sólo servirá para que pongan en los mismos cargos a otros hombres —dijo Umar—. No será bastante para derrocarlos.

—Puede que este gobierno no lo derroquemos nunca —dijo Abu Qasim cerrando la caja—. Tampoco es para lo que he hecho esta bomba. —Se la acercó a Jibril—. El objetivo es muy sencillo: que sufran.

Por la noche Jibril subió la caja hasta su apartamento, un segundo piso. Tampoco es que pesara demasiado, y encima el aire acondicionado funcionaba a tope, pero aun así Jibril sudó en abundancia al subir por la escalera. Una vez en casa metió más paquetes de té y azúcar en la caja de cartón, tapando la de madera, que le daba ganas de vomitar. Luego la metió en su armario, cerró la puerta y volvió a abrirla de inmediato para quedarse mirando la caja mientras se imaginaba fugazmente tirándola y huyendo a Turquía, como su hermano. Se le pasó al acordarse de la cojera de su padre, y de sus brazos.

—Papá, los círculos estos tan pequeños ¿qué son? —había preguntado una vez.

Su madre había intentado quitárselo de encima, pero su padre había sonreído; una sonrisa cómplice, inquietante.

—La enfermedad de Saydnaya, hijo mío.

Jibril, consciente de la ironía macabra de la respuesta, encendió un cigarrillo para serenarse y volvió a cerrar la puerta del armario.

La valija diplomática naranja que contenía la bomba de Paulina Jackson llegó a la Estación Amán en compañía de un mecánico huraño de la CIA, un tal Yates que ni sabía lo que había en la puerta del Pajero ni quería saberlo.

Una vez en el aparcamiento de la embajada, previamente desalojado, Yates desmontó la puerta delantera derecha de un Mitsubishi Pajero de 2012, sacó la batería del coche y desconectó los fusibles de los elevalunas y los cierres. Luego abrió la puerta, sacó con un martillo las clavijas y retiró la tapa de los cables. Al cortarlos tuvo la precaución de dejarlos bastante largos para conectarlos a la nueva puerta. Desenroscó las bisagras y dejó caer la puerta al suelo de cemento. No servía de nada ir con cuidado, porque de Siria el coche ya no saldría nunca.

Salió a fumar. Fuera, el aire del recinto era desértico, abrasador; bueno, más que recinto fortaleza, pero ¡qué calor, por Dios! Tiró la colilla antes de haber llegado al filtro. Hacía demasiado calor hasta para fumar. Volvió al aparcamiento con manchas de sudor por toda la camisa. Sacó la nueva puerta de la bolsa naranja y la levantó un momento para sopesarla. Luego recogió la vieja del suelo. Estaban pintadas del mismo color. También pesaban lo mismo. Más allá de lo que pudiera haber en la puerta, blindada no estaba, eso seguro. Empezó a conectar los cables de la puerta al coche. Encontró el que estaba marcado con cinta amarilla, como se explicaba en los cables, y se aseguró de conectarlo al sistema eléctrico de la puerta, para que lo que hubiera dentro se cargara con el coche en marcha. Mientras trabajaba se dio cuenta de que faltaba la alimentación del altavoz y, en contra de lo que tenía por costumbre, se acercó para ver qué pasaba, pero se frenó enseguida. Si daban bastante importancia a una puerta para enviarla hasta Jordania y ponerla en el lugar de otra en perfecto estado es que tenían sus buenas razones.

La llave inglesa se le resbalaba. Tuvo que dejarla un par de

veces para secarse el sudor de las manos en los pantalones. Cuando los pernos estuvieron bien apretados, volvió a meter la batería y miró su reloj: tres cuartos de hora, incluida la pausa para fumar. No estaba mal a cambio de una noche gratis en el Four Seasons. La habitación le daba bastante igual. La gracia era el bar: nunca había visto beber así en ningún otro sitio, y menos en un país musulmán, o lo que fuera. Eso no se lo perdía ni loco, sobre todo con los ciento cincuenta dólares al día que le daba el tío Sam para gastos. Recogió las herramientas y cerró la puerta del coche con mucho cuidado, por si acaso.

A Rami ni se le pasó por la cabeza preguntarle a Sam qué había en el coche con el que acababa de ir desde Amán hasta Damasco. Él había hecho lo que le pedían: llevarlo al concesionario de su familia, desmontar las matrículas y situar a su lado un Pajero nuevo e idéntico. Los miró; menos mal que no había diferencias. Esperó en el despacho fumando y comiendo pizza. El hombre que llegó a las diez de la noche era bajo, fornido, arisco y con el ceño permanentemente fruncido. Se llamaba Tariq, y era otro de los activos de apoyo de la Estación Damasco, una persona de toda confianza que había pasado por el polígrafo, y que a sus grandes dotes de mecánico unía la virtud de no hacer nunca preguntas, combinación insólita no sólo en Damasco, sino en el resto del mundo.

Rami señaló la puerta del coche con el que había venido de Jordania.

—Ése, ése.

Tariq asintió y siguió el mismo procedimiento que Yates en Amán. En una hora acabó y se fue. Rami miró el Pajero: matrículas y documentos sirios, puerta de la CIA. Lo condujo hasta el límite del aparcamiento de Kassab Motors, con precaución, para evitar cualquier golpe, y puso un cartel de vendido sobre el parabrisas.

Luego le hizo señas a Sam.

29

La bomba ya estaba en manos de Alá, y Abu Qasim y Sarya, en el dormitorio del piso franco, organizando la muerte de otro hombre a partir de los informes de inteligencia recabados por su red de Damasco. El coste económico de esa información había sido muy bajo; no así el humano: tres de los informantes voluntarios habían desaparecido en Saydnaya y al menos uno había sido torturado hasta morir, según uno de los espías que el emir tenía en la cárcel. Y lo peor era que gran parte de la información consistía en observaciones aleatorias y desestructuradas a cargo de un aparato de inteligencia sin formación. A una cronología detallada de las actividades de Ali Hasán entre un lunes y un miércoles, por ejemplo, le seguía una laguna de varias semanas. Entre ese caos, destacaba por su concreción la descripción de las reuniones durante las que Jibril servía el té, así como el mapa del itinerario que Riyad Shalish, el jefe de la Rama 450 del SSRC, seguiría el día siguiente por la ciudad. Por eso se habían llevado a Damasco a Sarya, con su fusil.

Sarya tiró los papeles al suelo.

—Ya estoy harta de estudiar —dijo—. Estamos preparados, no podemos estarlo más.

—Hay una cosa que... —empezó a decir él, pero al verla tan seria no acabó la frase.

Antes de matar a alguien siempre estaba muy callada. Una vez hechos los planes, dejaba de hablar, y tampoco quería oír la voz de su marido. Él, en cambio, antes de las operaciones siempre se ponía muy hablador: era su manera de luchar contra el nerviosismo. Ella no lo soportaba. «Mis necesidades se vuelven

más básicas, como las de un animal», le había dicho una vez. «Sólo quiero comer, acostarme con mi marido, dormir y rezar. El momento de matar llegará sí o sí, pero una vez que sé lo que hay que hacer no quiero volver a hablar del tema.»

Él había matado con sus bombas a decenas o centenares de hombres, mujeres y niños, pero no era capaz de imaginar sus caras, cosa que lo reconfortaba. Ella, por el contrario, había mirado a los ojos a sus ciento cuarenta y dos víctimas antes de que murieran, y lo curioso era que esa intimidad la reafirmaba en que aquellos hombres merecían morir, eran soldados de la Guardia Republicana, o *shabiha*, o mercenarios persas. «Si no los mato yo, ¿quién?», preguntaba. Era algo que le daba mucha paz, como sabía su marido. Por todo ello, una vez más Sarya guardaba silencio.

Él llevó pan seco y lentejas de la cocina. Comieron frente a frente, encima del colchón. Él pensó que su fe era más débil que la de su esposa. Tenía que serlo por fuerza, porque no sabía si a partir de esa noche volvería a verla en este mundo o el siguiente. Se le pasaban por la cabeza pensamientos acerca de otra vida en la que llegaban a viejos rodeados por el griterío de los niños al jugar. Pero ahí estaba. La vida había seguido su curso: empresario, proscrito, cabecilla rebelde, asesino y autor de matanzas. Se preguntó cómo lo juzgaría Alá. Fue un pensamiento que lo llevó de vuelta a Alepo, la cuna del alzamiento anterior a la guerra, anterior a las masacres y las bombas, y a que él perdiera su alma.

Al principio, Alepo hacía ascos a la chusma y a sus molestas exigencias de destituir al presidente porque lo peor de los manifestantes no era ser desleales, sino pobres.

Muchos eran estudiantes universitarios, y además estaba la gente de provincia, del campo: *felaheen* de clase baja, paletos

que cubrían a sus mujeres, se dejaban la barba larga y no escondían sus horripilantes dentaduras ni su hediondo olor. Muchos llevaban sobre sus espaldas medio siglo de demoledora humillación y saqueo a manos de la casa de Al-Ásad, y tenían cuentas que saldar.

Al principio, de familias como la de Abu Qasim no había ninguno. Su padre, dueño de una próspera empresa de tejidos, se había quejado con desdén de lo malas que eran para los negocios las manifestaciones. «Nos van a salir caros estos imbéciles», decía, y con razón, naturalmente. Lo que no sabía era que entre los instigadores acabaría estando su hijo.

Cuando empezaron las protestas, las familias suníes de clase alta como la suya se mantuvieron al margen. Él entonces trabajaba con su padre y hacía muchos viajes de negocios a Turquía, donde tenía una amante, bebía alcohol y fumaba. Sarya se quedaba casi siempre en Alepo, muy volcada en su vida social. En esa época no llevaba hiyab. Ninguno de los dos rezaba, y Abu Qasim iba poco a la mezquita. Estaba resentido con su esposa por el matrimonio casi concertado y su incapacidad de tener hijos.

A la rebelión se había incorporado, como tantos, por invitación de simpatizantes de la Mujabarat, aunque no como receptor directo del golpe. Este último era un amigo de la universidad, agredido durante una manifestación en su alma máter. En el momento de los hechos Abu Qasim ni siquiera estaba, pero sí vio el cadáver: un cuerpo tan hinchado, amoratado y ensangrentado que ni lo reconoció.

El viernes siguiente asistió a una manifestación organizada por los *tansiqiyas*, los comités locales de los que se nutría entonces la resistencia. El ambiente era como de carnaval, con cánticos, pancartas al viento, bailes, aplausos y el sabor predominante de la libertad. Había más de diez mil personas. Las dimensiones de la multitud lo convencieron de que el movimiento de protesta crecería, llenando las calles y las plazas, y de que tarde o

temprano Al-Ásad abandonaría el poder, como Mubarak en Egipto, o Ben Ali en Túnez. La semana siguiente llevó a Sarya, y en ese nuevo mundo vio la ocasión de redimirse, de encontrarle sentido a una vida distinta a la que le había dado su padre. Esa misma semana se unieron ambos en secreto al *tansaqiya*.

Una delación provocó la visita de la Mujabarat, con secuelas funestas. Se presentaron diez hombres en la fábrica de su padre para avisarle de que si no dejaba de manifestarse habría consecuencias. Su llegada coincidió con una fiesta en la que cien trabajadores de la empresa estaban escuchando los elogios del jefe a un empleado que se jubilaba. El cabecilla interrumpió el discurso exigiendo que Abu Qasim y su padre hablaran con él en privado.

A su padre se le pusieron rojas de rabia las mejillas. De repente alguien lanzó un martillo a uno de los de la Mujabarat, que lo recibió de lleno en la frente. En medio del silencio general empezó a sufrir convulsiones, y estuvo soltando espumarajos en el suelo hasta morir. «*Ya allah*!», gritó el padre de Abu Qasim: «Dios mío.»

Un disparo de represalia contra la multitud mató a una de las mujeres que estaban barriendo el suelo, desencadenando la fatídica refriega. Al final los trabajadores mataron a seis de la Mujabarat. La Mujabarat arrojó a su padre de su despacho, en el primer piso, masacró a treinta y seis empleados y le prendió fuego a la fábrica. Abu Qasim había logrado escapar, pero esa misma noche huyó con Sarya a Alepo en busca del emir, a quien había conocido en la Universidad de Alepo, y que acababa de quedar en libertad. Él los protegería.

El inusitado don de Sarya fue descubierto casualmente en el campo de tiro del campamento del emir. Éste dijo que no había venido al mundo para tener hijos, sino para segar a los de los *kuffar*; y fue eso lo que hizo bajo los estandartes de la yihad. Un mes más tarde, siendo ya Abu Qasim uno más en las fuerzas del

emir, regresaron a Alepo para trasladar la lucha del campo a la gran ciudad y saldar las viejas deudas. Fue ahí, en la guerra de trincheras que lo deshacía todo en polvo, donde Abu Qasim aprendió a fabricar bombas, perdió un dedo, recuperó su vida conyugal, recibió en su cuerpo dos clavos de una bomba de barril, estuvo a punto de morir de tifus, despellejó ratas para no morir de hambre, veló la epidemia de la Muerte Negra y, en último término, perdió toda esperanza.

Dejó el cuenco vacío en el suelo y se limpió las manos en un lado del colchón. Sarya miró la puerta cerrada, y después se le fue la vista hacia la sábana. Abu Qasim sonrió un poco y se levantó. Tras quitarse los pantalones, tieso y henchido, miró cómo se despojaba Sarya de los suyos. Se dejaron caer en el colchón e hicieron el amor en silencio, absorbiendo sus ruidos mutuamente con la boca. Sarya se quedó dormida encima de la sábana, para contrarrestar el calor pegajoso. Él, en cambio, se quedó despierto hasta que fuera amaneció, viendo cómo se le movía a ella la barriga al respirar. Una vez más, sintió gratitud por la esterilidad de su útero, y porque de su amor no naciera ningún hijo obligado a vivir aquel infierno.

Justo cuando acababa de quedarse dormido lo despertó la agitada voz de Sarya recitando los suras que describían la primera batalla de los ejércitos del islam, entonces al mando del mismísimo Profeta.

—«Acordaos de cuando vuestro Señor inspiró a los ángeles —recitó Sarya con los ojos cerrados—: “Yo estoy con vosotros. ¡Permanezcan firmes quienes creen! ¡Arrojaré el pánico en los corazones de quienes no creen! ¡Golpeadlos encima del cuello! ¡Golpeadlos en las yemas de los dedos!”»

—*Allahu Akbar*, *Allahu akbar* —dijo Abu Qasim deslizando

una mano por el estómago de Sarya, que le apretó los dedos.

—«Esto es lo que merecen porque están en contra de Dios y de Su Mensajero —continuó ella—, y quienes se apartan de Dios y de Su Mensajero son castigados, y tened por cierto que Alá es severo al castigar la maldad en todo aquel que actúe contrariamente a Alá y Su Mensajero.»

—*Allahu Akbar, Allahu akbar*.

—«Eso es vuestro: guardadlo y sabed que los infieles tendrán el castigo del fuego.»

Le dio un beso en la frente, ella le dio otro en la mejilla y se incorporó para ponerse la camisa.

Aunque necesitaran el apartamento, a Abu Qasim no dejó de darle cierta pena matar a su dueño. Fahd, uno de los desertores, llamó a la puerta con su uniforme de la Guardia Republicana. Le abrió un hombre mayor.

—¿Militar, como yo? Adelante, adelante —dijo.

En vez de entrar, Fahd le apuntó a la cabeza con su pistola Makarov, explicándole que moriría al menor ruido. El viejo les hizo señas de que pasaran, esbozando una sonrisa cómplice. Primero entró Fahd, seguido con sigilo por Sarya y Abu Qasim, que cerró la puerta. Fahd hizo entrar al dueño de espaldas en la sala de estar. Sobre una silla había una jaula donde canturreaba un periquito. Abu Qasim levantó su Makarov.

—Hazlo deprisa, muchacho —dijo el viejo, sentándose—. No tengo nada que daros, ni secretos ni dinero.

Abu Qasim paseó la vista por el exiguo apartamento.

—¿Está solo?

Fahd se fue a registrar el dormitorio.

—Sí —contestó el viejo—. La verdad es que desde hace bastante tiempo. —Se pasó una mano por el pelo, ya bastante escaso—. ¿Sabes que siempre había sabido que se acabaría así? He trabajado casi treinta años en la inteligencia de las Fuerzas

Aéreas. He cumplido mi parte. Ahora es mi turno.

El periquito graznó. Justo en el momento en que el viejo levantaba la vista hacia el pájaro, Abu Qasim le pegó un tiro en la frente.

El cadáver descansaba en la silla. Sarya se sentó al lado del muerto, detrás de una mesa, y usó la puerta abierta del balcón como mirilla por la que observar la calle. Se quitó el hiyab para aprovechar el poco aire fresco que corría en medio del bochorno. Dejando el fusil ruso en equilibrio encima de la mesa, espió por la ventana la avenida de abajo, muy transitada.

Abu Qasim miró con sus prismáticos la calle por donde se iba al Departamento de Seguridad. Empezó a soplar viento del norte, lanzando granos de arena contra los cristales. Sarya miró hacia atrás.

—Sopla a rachas —dijo.

El móvil de Abu Qasim empezó a vibrar.

—Comandante, acaba de salir del edificio. La descripción del vehículo y la matrícula coinciden con los informes de inteligencia.

—Recibido.

Abu Qasim colgó.

—Veinte minutos —le dijo a Sarya, que asintió y volvió a mirar el anemómetro, un Kestrel procedente de un ruso muerto que seguro que también se lo había quitado a un rebelde muerto.

—Diez clics —dijo negando con la cabeza.

En realidad, lo que quería saber era la velocidad del viento en el punto de impacto. Al enfocar los prismáticos en el cruce vio que en otro edificio de la zona había ropa tendida, y que se movía con la brisa.

—Allá unos seis —dijo.

Consultó la tabla balística en su móvil para calcular la caída de la bala a partir de la distancia, el viento y la elevación. El aire estaba lleno de arena y polvo. Probó el cerrojo y, tras fingir que

apretaba el gatillo, lo abrió y volvió a cerrarlo. Luego sacó de la funda una mezcla de limpiador y aceite y la aplicó durante varios minutos al cerrojo.

Lo siguiente que hizo la Muerte Negra de Alepo, segadora de ciento cuarenta y dos vidas, fue ponerse el hiyab en la cabeza y empezar a rezar por la ciento cuarenta y tres.

Volvió a sonar el móvil de Abu Qasim, que estaba viendo cómo el anemómetro medía otra racha.

—Comandante, acaba de pasar por delante de mi posición. Lleva los cristales muy tintados, pero creo que dentro van cuatro personas, incluido el conductor. No sabría decir cuál de ellos es el objetivo.

Abu Qasim dijo una palabrota.

Sarya se quitó el hiyab y se secó los ojos empañados.

—Para estar seguros necesitaremos dos disparos limpios, uno por cada ocupante de los asientos delanteros, que atraviese el respaldo y les dé a los de atrás.

Abu Qasim buscó el coche con los prismáticos. Sarya, que no había dejado de rezar implorando venganza a Alá por las almas de los mártires caídos, metió un cargador lleno en el fusil (a pesar de que a lo sumo calculaban que tendría tiempo para tres disparos) y dio más aumento a la mira para ver más lejos por la calle. Mientras ajustaba la placa de la mejilla, desgranó una cantinela de alabanzas a los muertos de Alepo y de maldiciones contra los *kafir*, los infieles. Echó un vistazo al anemómetro y la ropa tendida. Abu Qasim se sumó a sus oraciones sin saber adónde iban, pero consciente de la gravedad que revestían en un momento así.

Sarya redujo el aumento a la mira al acercarse el coche.

Justo cuando aparecía el vehículo, que aún estaba a más de un kilómetro, sopló una ráfaga de viento. Era un Lexus completamente negro con matrícula 9760112. Las franjas

amarillas de la matrícula lo identificaban como del gobierno.

—Son ellos —dijo Abu Qasim.

Vio que la espalda de Sarya se movía más despacio, acompasando su respiración como preparativo del disparo: aspiraba a fondo y exhalaba para encontrar la pausa natural al vaciarse sus pulmones.

Sarya imploró a Alá que se acabara el régimen, y Abu Qasim que parase el viento.

Paró.

También ellos dejaron de rezar. El coche frenó en un cruce, a unos quinientos metros.

Sarya expulsó lentamente el aire de sus pulmones y apretó el gatillo.

Daoud Haddad oyó un ruido de cristales rotos justo antes de que un líquido caliente salpicara el lado izquierdo de su cara y su cuello. Le ardían los ojos. Se desplomó contra la ventanilla con las manos en la cara. No veía nada. Oyó un ruido gutural en el asiento trasero: era su jefe, Shalish. Luego notó algo en el oído izquierdo, algo pesado y caliente que absorbió la presión. Empezó a sonar con fuerza la bocina. Intentó salir, pero le dolió tanto que se quedó encogido en el suelo. Levantó una mano. ¿Dónde estaba el tirador? Ah, sí, ya lo tenía. Pero ¿por qué no se movía? Siguió moviendo las manos hasta que se dio cuenta de que las tenía demasiado resbaladizas. Se rompieron más cristales, que llovieron sobre él. Oyó caer el cuerpo del conductor entre los dos asientos delanteros.

La bocina dejó de sonar.

Intentó abrir los ojos, pero no podía. Se acordó de Razan de pequeña, con un vestido amarillo, pero no pudo visualizar a Mona.

Sarya hizo correr el cerrojo para expulsar el tercer casquillo, mientras daba gracias a Alá por la cosecha. Con las piernas cruzadas en el suelo, replegó las patas delantera y trasera del fusil, desmontó la mira, hizo saltar el cargador y lo guardó todo en la misma funda que el arma. Después se quitó el hiyab y lo guardó en el mismo sitio. En ese barrio habría llamado la atención ir con la cabeza tapada.

—Ciento cuarenta y cinco —dijo.

Abu Qasim asintió. Ya estaban los dos fuera. A punto de cerrar la puerta se quedó en suspenso.

—¿Qué pasa? —le dijo ella en voz baja—. Tenemos que irnos.

Abu Qasim volvió a la sala de estar y cerró los ojos del viejo, mientras empezaban a oírse sirenas lejanas.

30

Cuando Mariam llegó al Hospital Militar de Tishreen, el tío Daoud estaba estable. Tenía una habitación para él solo, un espacio aséptico y bañado en luz cruda, con una sola ventana que daba a un callejón lleno de gatos asilvestrados. Al lado de la cama estaba Razan, en una silla plegable, leyendo una novela mientras Daoud dormía. La enfermera que estaba manipulando el gotero le sonrió a Mariam, que se había quedado en la puerta. La primera en darle la noticia por teléfono había sido Razan, con una voz tan temblorosa que sus explicaciones apenas se entendían. Cuando volvió a llamar, ya más serena, los médicos estaban seguros de que la vida de Daoud no corría peligro.

—¿Cómo está? —le preguntó Mariam a su prima cuando entró en la habitación.

Razan se levantó y la abrazó.

—Cansado, pero bien. Esta tarde le han sacado el último cristal. Dicen que ha tenido suerte: balas no hay.

Intentó sonreír.

Mariam se sentó a su lado en una silla y vio cómo el pecho de su tío Daoud subía y bajaba. Acercó la silla a la de su prima y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Saben quién ha sido? —preguntó.

—Ni idea.

—¿Ya le has pedido perdón por no dirigirle la palabra?

Una lágrima apareció en el ojo sano de Razan, que apartó la cabeza de su prima para sentarse recta y aspirar ruidosamente por la nariz.

—Ahora no, Mariam, por favor —pidió.

Mariam asintió y se levantó para mirar por la ventana sucia:

un contenedor, gatos, asfalto medio levantado y más gatos. Cuando se volvió, Daoud tenía los ojos abiertos. Le habían vendado las mejillas, el cuello, la cabeza y las manos como si fuera una momia, pero aun así sonrió.

—Mariam —dijo.

Después de darle un beso en el único sitio sin vendar de la frente, acercó la silla al lado derecho de la cama. Razan le cogía la mano izquierda a su padre.

Daoud habló en voz baja, tomando aliento entre las palabras.

—Dicen que me recuperaré. —Resolló—. Las operaciones han salido bien. Muchos cristales. En cambio Shalish...

En vez de acabar la frase, se quedó mirando los fluorescentes del techo.

Después de las llamadas de pánico de su prima, Mariam había conseguido algunos datos en el Palacio: un francotirador había disparado contra el coche en el que Daoud, su jefe Riyad Shalish, otro cargo del SSRC y el chófer se dirigían al Departamento de Seguridad para una reunión. Sólo había sobrevivido el tío Daoud, que era también quien más posibilidades tenía de suceder a Shalish al frente de la Rama 450. Ella sabía que Sam y la CIA se alegrarían del ascenso, visto como una oportunidad de saber más sobre el SSRC. Mirando a su querido tío recién operado y lleno de vendajes, convino en que el ascenso podría ser útil, pero nada más pensarlo la abrumó la vergüenza.

—¿Cómo te encuentras, tío? —preguntó.

—Muy bien. Me han puesto una medicación estupenda.

Señaló el gotero con la barbilla y cerró los ojos.

—¿Tienen alguna pista?

Su tío volvió a abrir los ojos y buscó a Razan.

—¿Quién va a haber sido? Los rebeldes, la «oposición».

Mariam notó que a su prima se le calentaba la cara al oír esa palabra y entender que implicaba que, según su padre, sus amigos en el *tansiqiya* tenían una especie de responsabilidad cósmica por sus heridas, cuando él mismo y Mariam sabían bien

que no eran los manifestantes quienes lo habían dejado en semejante estado.

Hizo una mueca, pero se quedó callada apretándole la mano.

Mariam le agradeció su silencio con una mirada.

—¿Qué rebeldes? —preguntó.

—No están seguros —respondió él—, pero hace poco hemos oído comentar que la milicia de Zahran Alloush en Duma ha mandado a varios hombres al centro de la ciudad para matar a funcionarios del gobierno y sembrar el caos.

Volvió a cerrar los ojos y respiró ruidosamente.

«Duma.» El topónimo transportó a Mariam a la noche con Umm Abiha. Mirando a su querido tío, supo que ya no había puentes capaces de salvar la distancia que la separaba de aquella mujer. Era lo que tenía de diabólico la guerra, que estuvieran matándose tantas y tantas personas que antes podían llevarse bien. En Duma, Umm Abiha y su marido las habían tratado a ella y a su prima con una bondad inmerecida, pero ahora un escuadrón de la muerte precisamente de Duma había estado a punto de matar a su tío por la calle, aunque él seguramente... Acordándose de la visita de su tío al túnel, cambió de tercio y pensó en Fatimah; le volvió a doler, porque era consciente de que estaba involucrada y de que perpetuaba el ciclo. Para derrotar a las fuerzas que estaban enfrentando entre sí a tantas familias, sectas y etnias habrían hecho falta millones de idealistas como Razan. Mirando el parche del ojo de su prima y las vendas de la cara de Daoud le entraron ganas de llorar.

Le dio un beso en la frente a su tío y abrazó con fuerza a Razan, que lloró con ella mientras su padre volvía a quedarse dormido entre los entrecortados sollozos de las dos y los pitidos tranquilizadores del electrocardiógrafo.

Nuevamente en su casa cogió la horquilla, abrió el cajón de las joyas de su armario, sacó el collar que le había dado Sam en la

casa de seguridad y contempló el zafiro. Después de localizar el minúsculo orificio que él le había enseñado en la parte trasera, introdujo la horquilla hasta oír un clic, luego se lo puso y se quedó un momento con los ojos cerrados procurando respirar hondo. Eligió un vestido negro discreto, con mangas de tres cuartos que le disimulaban el pecho, y apoyó el collar en la tela de acetato del escote. Atiyah había cumplido su amenaza de una reunión de seguimiento. Mariam no quería que se fijara en el collar, aunque veía difícil evitarlo. Al salir de su casa miró si había algún grafiti para ella. Se había convertido en un ritual diario. No, nada nuevo. Durante el trayecto a pie hasta su oficina repasó mentalmente todos sus movimientos desde Francia para decidir si la tenían vigilada, y se preguntó si Atiyah dictaminaría una vez más su muerte, y cuándo.

Al acercarse a su oficina luchó contra el miedo imaginándose que era ella quien mataba al pedófilo: un golpe de porra, los sesos desparramados... Claro que, si Sam y ella tenían éxito, la defunción de Atiyah se produciría fuera de plano, en los horribles sótanos del Departamento de Seguridad, y su colofón sería un encuentro rápido con el verdugo.

Pero bueno, tiempo al tiempo. De momento lo que tenía por delante era una reunión a solas con él para analizar su trabajo contra el Consejo Nacional. Como había dicho Sam, era la oportunidad de escanear todo su despacho con la cámara del collar. Atiyah se había puesto un traje negro azabache (italiano, le pareció a ella), una camisa blanca que marcaba su cuerpo musculoso y una corbata de color verde lima que seguro que Sam habría calificado de hortera. Ella se aguantó una sonrisa.

Atiyah la hizo pasar con un movimiento de la mano fijando la mirada en sus pechos. Ella se limitó a sonreír sin arredrarse por el ritual de desnudamiento retinal. Si lo distraían sus curvas quería decir que la pequeña cámara obtendría buenas imágenes

tanto de su persona como de su mesa y su zona de descanso. Hasta entonces, ella nunca se había fijado mucho en ese despacho, que le llamó la atención por su minimalismo. Había pocos escondrijos naturales. Una mesa (sin cajones), un sofá con cojines delgados, una mesa con tres sillas y una estantería de aspecto prometedor.

Al acercarse a la mesa notó que Atiyah tenía a sus pies un elegante maletín negro. Él le hizo señas de que se sentara en una de las sillas y, a continuación, se reunió con ella en la mesa. Cogió una de las carpetas y se puso a hojearla en silencio. Cuando ella quiso decir algo, se lo impidió con un gesto de la mano y siguió leyendo. Se imaginó que le daba una patada en la entrepierna, le estampaba la rodilla en la cara y lo tiraba contra la estantería. Cuando lo tuviera en el suelo hecho un ovillo, podría estrangularlo con el collar, el garrote vil más caro del mundo, y también seguro, siempre y cuando no se rompiera; en cuyo caso... «lo siento, Sam, daños colaterales». Sonrió observando la sala mientras él leía. Cambió un poco de postura para poder captar el lado derecho del escritorio, donde había una pequeña caja de puros de madera. Lo que más le interesaba, sin embargo, era tener una instantánea nítida del maletín de documentos. Atiyah no apartaba la vista de los papeles. Ella empujó su bolígrafo para que se cayera al suelo en dirección al escritorio. Se levantó para ir a buscarlo. Al arrodillarse, orientó el collar hacia el maletín y lo dejó colgando un momento antes de incorporarse procurando no apuntar la cámara hacia otro lado. Pronto notó en la espalda la ardiente mirada de Atiyah, así que dio media vuelta para regresar a su silla. Él dejó los documentos en la mesa sin dejar de mirarla y se apoyó en el respaldo de su sillón frotándose los ojos como si intentara despertarse.

—Sigo sin entenderlo, Mariam. Me parece inconcebible que los mataras a los tres. ¿Y dónde están los cadáveres? Ni rastro. Se esfumaron. Resulta sorprendente.

Ella mantuvo la sonrisa en su sitio sin saber si debía negar la acusación. Aunque su instinto la exhortase a huir, a escaparse muy lejos, dejó que el silencio se alargara.

—Muy hábiles no es que fueran —siguió diciendo él—, pero eran tres, y me imagino que tendrían el factor sorpresa de su parte. ¿Qué sucedió? ¿Te acompañaba alguien en Villefranche?

Atiyah ya no la miraba a ella, sino la pared de detrás, como si estuviera evaluando varias posibilidades.

Ella se imaginó respondiendo: «Estaba con mi amante de la CIA, que me ayudó a matarlos. Luego, los estadounidenses se ocuparon de los cadáveres.»

En vez de eso, cerró su libreta.

—No sé de qué me habla —dijo.

Se levantó para irse (con otra buena perspectiva del maletín de documentos), pero él la agarró por el brazo. Al ver su mano, Mariam se fijó maquinalmente en el haz de nervios que había entre el pulgar y el índice. Podría haberlo obligado a soltarla en un abrir y cerrar de ojos, pero no, se quedó quieta y en silencio.

—Tengo ojos en todas partes, Mariam, en todas partes. Tarde o temprano se sabrá todo. Díselo a Bouthaina. Sé buena chica y díselo de mi parte.

La soltó y, aprovechando que la tenía de espaldas, le dio una palmada en el trasero. Ella tuvo que recurrir a toda su fuerza mental para no darle un puñetazo y pensar sólo en la cámara, en conseguir unos cuantos planos generales del despacho mientras caminaba hacia la puerta. Fantaseó con que algún día la cámara sirviese para grabar cómo se balanceaba el cuerpo de Atiyah en la horca y en sus pies dando vueltas bajo una brisa de finales de verano.

31

Mientras se bebía a grandes tragos un café del Dunkin' Donuts, Brian Hanley miró con una mueca el mensaje que acababa de aparecer en su bandeja de entrada de Lotus Notes (¡Lotus Notes! ¡Por el amor de Dios! ¡Ni que estuvieran en 1995!) El FDT, la sección de la CIA que suministraba información a los servicios de inteligencia extranjeros, llevaba unos días dando la lata con recortes y cambios en los puntos de debate y los informes de inteligencia publicados que se le entregarían al Mosad israelí durante el intercambio entre enlaces habitual en Siria. Serían ellos quienes pusieran el sello REL ISR, un requisito tan imprescindible como exasperante, aunque fueran el socio regional de mayor confianza de la División NE.

Se alegró de ver que al final los plastas del FDT habían entrado en razón autorizando el traslado en formato físico de las imágenes sobre la actividad del SSRC en Jableh y de un interesante informe sobre una prueba a pequeña escala con gas sarín. Los informes del Mosad sobre Siria solían ser muy buenos (mejores que los de la CIA, la verdad), pero desde hacía un tiempo habían perdido parte de su acceso SIGINT, así que se alegrarían de recibir por fin aquella información. Imprimió las imágenes de Jableh en color, pensando que sería un detalle. Una vez hechas las copias y guardadas en su maletín negro con candado, se pasó el resto de la mañana leyendo reseñas de prensa sobre el partido All-Star de béisbol, después de lo cual fue en coche a un anexo no identificado de Tysons Corner cuyo único distintivo eran los guardias de seguridad con carabinas que controlaban las placas azules en la entrada: la CIA prefería mantener al margen a los israelíes, sobre todo desde el

desagradable incidente de unos años atrás en que un agente de enlace del Mosad había estado metiendo todo el día las narices por la central sin que nadie lo vigilara.

Esa semana, la delegación israelí estaba encabezada por el jefe segundo de la estación del Mosad en Washington, Danny Dayan, que iba consultando el material impreso sin perder el hilo de los rollos que pegaban los agentes de la CIA ni dejar de dar mordiscos a un bollo gigante de Corner Bakery. Después de más de sesenta reuniones de enlace con los estadounidenses había llegado a preguntarse si el restaurante era propiedad de la CIA, pero bueno, lo mismo daba, pensó a medio mordisco, estaba claro que en esos momentos los de Langley tenían casos interesantes entre manos. Terminada la sesión se acercó a uno de los chicos, Hanley, que también iba hacia el aparcamiento.

—Muy bien lo de este mes. Dales recuerdos a los de Damasco —dijo.

—Al que le hará ilusión oírlo es a Joseph, que es al que han mandado a meter caña.

Nada más contestar, Hanley se puso rojo por la indiscreción. Dayan asintió y esbozó una sonrisa mientras el joven agente se subía a su Toyota Prius y se iba a toda pastilla.

Por la noche, en su apartamento, se bebió tres copas de vino mientras tomaba notas y usaba una cámara en subminiatura para fotografiar los documentos de la CIA. Una vez con el minúsculo carrete en la mano, lo metió en un pequeño paquete de marihuana como un traficante de droga. Hizo lo mismo con las notas, después de doblarlas. Le habían dado una bandolera con un compartimento secreto, pero le parecía muy poco sutil: prefirió meterse las dos bolsas en la ropa interior, luego se puso una gorra de béisbol de los Washington Nationals y salió para Rock Creek Park.

Yekaterina estaba esperándolo en el banco donde se

encontraban siempre. Él sonrió de oreja a oreja mientras se sacaba las bolsas de los calzoncillos y las depositaba en el regazo de Yekaterina, que torció el gesto.

—Bastantes problemas tuviste en Moscú por tu afición al juego, Danny —dijo—. ¿Por qué te empeñas en jugarte aquí la vida?

Él se negó a morder el anzuelo; discutir comportaba el peligro de perderse las últimas entradas del partido de los Nats.

—Verás que hay datos en formato físico la mar de interesantes —respondió—. Sobre Siria, el SSRC, armas químicas... oro puro.

—El general Volkov se alegrará —respondió Yekaterina refiriéndose al jefe del Departamento de Oriente Medio del SVR, quien también había captado a Dayan en Moscú.

Él asintió.

—Ah, otra cosa, después del intercambio he hablado con uno de sus agentes más jóvenes, y se ve que el caso que ha generado estos informes en formato físico lo lleva un tal Joseph, en Damasco.

—¿Joseph qué más? —preguntó Yekaterina.

—No te lo puedo asegurar, pero creo que Joseph es el apellido —dijo él—. Seguro que le encuentran la pista.

Y se marchó calándose la gorra.

32

Rustum apartó los informes del SVR y se atusó el bigote mientras se acababa el té. En cumplimiento del estricto protocolo de seguridad que había implantado él mismo, guardó en la caja fuerte las imágenes por satélite de su complejo de Jableh robadas a la CIA, junto con el resto de los informes del SVR. ¿Cómo lo habían descubierto los americanos? Del complejo de Jableh no salía nadie desde hacía meses. Tener que evacuarlo después de fabricar doscientas toneladas de gas sarín... ¿Quién se lo había soplado a la CIA? ¿Otro espía de mierda infiltrado en el SSRC, como Marwan Ghazali? Estaba visto que su hermanito no hacía bien su trabajo. Cuando consideró que tenía la rabia bajo control, puso la mano en el pomo de la puerta para salir de su despacho e ir a comer con Bouthaina, pero justo entonces se acordó de Shalish, un hombre muy metido en la operación química; sustituible, en última instancia, pero muy en su papel. Para su ataque, Rustum necesitaba los conocimientos de la Rama 450 sobre el gas sarín. De eso se había encargado siempre Shalish, hasta su reciente muerte en el centro de Damasco, víctima de un francotirador. ¿A quién ascender? Se quedó quieto, respirando lenta y profundamente mientras se daba cuenta de que aún no estaba en condiciones de salir. Los últimos días no habían sido buenos.

Cuando su cerebro regresó al presente, estaba clavando en uno de los cojines del sofá un abrecartas que no se acordaba ni de haber cogido. Para cuando llegó su ayudante y preguntó qué le pasaba ya eran cinco los cojines reventados, dos de los grandes y tres de los pequeños. El ayudante miró a su alrededor. El comandante de la Guardia Republicana siria estaba de rodillas

en el suelo, destripando un cojín de imitación de seda entre trozos de relleno que flotaban por el aire. Rustum dijo una palabrota. No era consciente de haber gritado.

—¿Qué estaba diciendo? —le preguntó en voz baja a su ayudante.

—Lo de siempre, comandante. —Una pausa—. Hama.

Rustum se levantó, se quitó un trozo de relleno de su camisa de lino e hizo salir a su ayudante. Según Bouthaina, a veces contaba la historia en sueños. En eso se parecía a Basil, por lo que decía el psicólogo de este último.

Se había retirado unos días a su villa en las montañas, cerca del Líbano, para disfrutar de un tiempo algo más fresco y retozar con Bouthaina. Salió. Desde la terraza, rodeada de almendros, se dominaba Bloudan, un destino de montaña frecuentado por las élites sirias. De pequeño no se habría imaginado ni en sueños en un sitio así, a menos que fuera como camarero, no como el dueño de todo, que era en lo que se había convertido. Vio a Bouthaina tomando el sol al lado de una cubitera con una botella de vino blanco a medias. Con sus gafas gigantes de Chanel parecía un insecto. Sonrió al ver a Rustum. Éste, que aún oía latir su corazón, se preguntó si se tranquilizaría follando, pero en ese momento sonó su teléfono. Bajó la vista hacia la pantalla con una extraña mezcla de irritación, rabia y nerviosismo. Era el presidente.

Los informes del SVR habían dado la razón a Ali en su corazonada sobre el americano, Samuel Joseph. Bien usados, los datos específicos que habían llegado a sus manos permitirían capturar a un espía. Volvió a leer el comentario del SVR para asegurarse:

> UN AGENTE DEL SVR HA OBTENIDO EL NOMBRE DEL AGENTE DE LA CIA QUE LLEVA EL CASO SIRIO VINCULADO A JABLEH Y EL SUPUESTO USO DE ARMAS QUÍMICAS EN EFREH. LA SUBFUENTE DICE QUE SE LLAMA JOSEPH. SEGÚN LAS INVESTIGACIONES DEL SVR PODRÍA TRATARSE DE SAMUEL JOSEPH, FUNCIONARIO DE COMUNICACIONES DE LA EMBAJADA DE ESTADOS UNIDOS EN DAMASCO.

Luego estaban la prueba con el gas sarín y el complejo de Jableh. Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. Su hermano no sólo era un salvaje, sino que estaba loco. Cuarenta años de luchas perdidas contra Rustum le habían enseñado a reconocer la derrota. El programa, fuera cual fuese, tenía el beneplácito del presidente. Pero... ¿gas? ¿En serio? ¿Y en tan grandes cantidades? ¿Qué estaban planeando? Cuando el régimen pasaba a la ofensiva, el contraataque rebelde nunca se hacía esperar. Ali no veía escapatoria de la guerra, pero tampoco manera de ganarla, y si perdían sería sin red. En suma, que se centraría en la investigación. Eso sí podía controlarlo.

Sacó del cajón de su escritorio las consideraciones que había dedicado a la investigación en torno a Samuel Joseph. Las había escrito en un arrebato de inspiración tras recibir los informes del SVR. Quería presentarse delante de Al-Ásad con papeles, para tener ventaja sobre Rustum. El texto iba dirigido a Su Excelencia Bashar al-Ásad, presidente de la República Árabe Siria. También le había mandado copia a Rustum. Al cabo de media hora lo comentarían en el Palacio.

Releyó el texto y le pareció que podía funcionar. «¿Funcionar para qué?», se preguntó luego: una idea irritante y sin sentido que borró de su cabeza.

Se abrió la puerta. Era Kanaan.

—¿Le traigo otro café antes de irnos?

Ali sonrió, metiendo más copias en su maletín.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque le veo cansado.

—También lo estarías tú si tuvieras a Rustum de hermano.

En Damasco hay dos palacios, uno es el del Pueblo, un coloso de arenisca que domina la ciudad desde lo alto del monte Meze a la manera de un castillo feudal, y al que el presidente Al-Ásad acude tan sólo en ocasiones muy puntuales, cuando lo necesita

como marco de postal para las fotos de sus estériles apretones de manos con dignatarios extranjeros de visita. El segundo, Malki, es su residencia familiar, en un barrio arbolado del centro de Damasco. Tiene más de bungaló que de palacio. En sus salas, bien mantenidas, prima el confort, y de majestuosas tienen bien poco. El suelo está lleno de juguetes de sus hijos pequeños. A diferencia de Sadam Huseín y de la casa de Saúd, Bashar al-Ásad —como su padre— no exhibe su riqueza en una sucesión de mansiones, letrinas de oro, casas de baño inspiradas en la antigua Roma y paredes cubiertas de cuadros eróticos horteras. La casa de Al-Ásad se ve a sí misma como una expresión de la voluntad popular, incluso en plena guerra civil: una dinastía con una imagen sencilla que es necesario proteger.

El primero en llegar a Malki fue Ali, al que sirvieron té en la sala de estar. El encuentro se produciría en el modesto estudio personal de Al-Ásad, entre sofás de cuero terso, televisores sin volumen, una cinta de correr y varios fajos de expedientes y papeles. Justo cuando se había acabado el té vio salir del despacho de Al-Ásad, a su secretario.

—Ya está aquí el presidente. Al comandante aún lo estamos esperando, pero suba usted de todas formas, general.

Ali llamó dos veces a la puerta.

—Pase, pase —cecearon al otro lado.

En vez de vaqueros y camisa de vestir, que era lo que llevaba de costumbre, Bashar al-Ásad, presidente de la República Árabe Siria, se había puesto un traje negro y una corbata azul metálico, la que solía lucir cuando lo entrevistaban las televisiones europeas. Al abrir la puerta, Ali se lo encontró sentado delante de su Mac. Tres sofás de cuero formaban una «u» alrededor de una mesa de centro con incrustaciones de nácar. Sobre la mesa había carpetas y revistas, y en la pared, un televisor con imágenes de Al Jazeera.

Al-Ásad era alto y delgado, pero su físico tenía algo raro, como si estuviera hecho de partes corporales elegidas al azar y

que en principio no deberían haber estado conectadas entre sí. Ali sabía por los informes de inteligencia que en algunos grafitis rebeldes se lo llamaba *la Jirafa*. Tenía el cuello largo, la mandíbula débil y un bigote escaso, como de adolescente. A Ali, sus orejas siempre le habían parecido más de duende que de persona. Sin embargo, todas sus debilidades, su aspecto, su ceceo, su formación médica, eminentemente intelectual (había hecho prácticas de oftalmología en Londres), jugaban a su favor, en el sentido de que hacían que los observadores y los enemigos lo subestimaran. Era un error que casi siempre salía caro: el presidente era un asesino, como todos.

Se sentó en un sofá y Al-Ásad lo hizo a su lado. En la mesa de centro había una copia de su escrito con anotaciones en rojo.

—Ha estado usted inspirado, Ali —dijo Al-Ásad.

Le preguntó por Layla y los gemelos, y Ali a él por Asma y sus hijos, pero no por sus amantes y amiguitas. Aunque físicamente desmañado (o justo por el hecho de serlo), el presidente usaba las conquistas sexuales para demostrar a la élite siria su virilidad y su poder. Ali hacía cuanto estaba en su mano porque viera lo menos posible a Layla.

El presidente miró su reloj de oro.

Rustum se presentó con todas sus galas militares, incluidas las charreteras negras y la boina roja de la Guardia Republicana. Viendo entrar justo después a Basil, también con su uniforme, a Ali se le tensó la mandíbula. Los dos asesinos iban de tiros largos. Con los uniformes tan bien planchados, dando la mano al presidente e indicando con educación al asistente cómo preferían el té, parecían casi respetables. Casi hacían olvidar el polémico historial de los años ochenta, cuando Basil se había ganado el apodo de *Comanche*.

El presidente, que había estado mirando un reportaje de Al Jazeera sobre la financiación de los grupos rebeldes sirios con fondos saudíes, maldijo la casa de Saúd, apagó el televisor y les

hizo señas a Rustum y Basil de que se sentaran.

—Bueno —dijo—, hay una fisura y tenemos que taparla cuanto antes. ¿Cuál es el plan, Ali?

—Con gusto, señor presidente. ¿Han leído todos el resumen?

Rustum gruñó. Ali sabía que estaba furioso por no haber sido invitado a participar en su contenido. Basil dijo que no con la cabeza relamiéndose el bigote.

—Sugiero tres vías para capturar al traidor —siguió diciendo él sin hacerles caso—. Para sacarles el máximo partido habría que seguirlas simultáneamente.

Con el codo derecho apoyado en la mesa y la barbilla en la mano, Al-Ásad volvió a consultar el informe y empezó a hacer preguntas:

—¿En la primera vía considera que su agente podría conseguir un dispositivo de la CIA?

—No lo descarto. También es posible que obtenga información sobre las operaciones de la CIA aquí en Damasco. Yo creo que, si le ponemos delante un buen anzuelo, el tal Samuel Joseph lo morderá.

—¿Y los iraníes confían en poder sacar partido a un dispositivo?

—Sí, a condición de que la CIA suministre uno tangible, conectado a un satélite, y no una web, como en el caso de Ghazali —repuso él, y se quedó callado apretando la mandíbula.

—¿Ya ha pensado en alguien para utilizarlo contra el tal Samuel Joseph?

—Alguna idea tenemos, incluida una persona que ya lo conoce. Yo creo que podemos trabajar deprisa, y que no perdemos nada por intentarlo.

Volvió a quedarse en silencio mientras entraba en la sala el secretario de Al-Ásad con una bandeja de pastas y tazas de té caliente que dejó en la mesa antes de salir.

—Yo creo que este primer enfoque es demasiado elegante —dijo Rustum—, y que no hay ninguna certeza de que salga bien.

Al-Ásad agitó la mano en señal de desacuerdo.

—Yo no lo veo así. Ali tiene razón, no tenemos nada que perder y todo que ganar. No deje usted de apoyarse en los iraníes si eso puede resultar tan fructífero como prevé. Sus equipos técnicos podrán ayudarnos a sacarle partido al dispositivo cuanto antes.

—Descuide, señor presidente —repuso él, y después continuó —: La segunda vía consiste en dar información personalizada a todas las personas que estaban al corriente de lo de Jableh. A cada una de ellas se le dirá algo distinto. Tiene que ser información bastante importante como para que la transmitan a los americanos, y también estar relacionada con nuestro programa de armas químicas. Los comentarios del SVR y las anotaciones en los documentos de la CIA parecen indicar que la fuente de ambos es israelí, y que el intercambio se centra en las armas químicas. A partir de ahí veremos qué vuelve.

Rustum, que había cogido una taza, olisqueó el vapor y dio un sorbo.

—Es verdad que, desde que han localizado las instalaciones, se ha reducido la lista de sospechosos —dijo—. Por cierto, qué dulce preparan el té en Palacio... demasiado.

Al-Ásad soltó una risa aguda y él siguió con sus explicaciones.

—Sabemos tres cosas de su fuente. La primera es que está al corriente de que en el SSRC existe un esfuerzo compartimentado por parte de la Guardia Republicana; la segunda, que sabe que se ha hecho una prueba con armas químicas en Efreh, y la tercera, que conoce la ubicación de las instalaciones de Jableh. ¿Quién estaba al tanto de todos esos datos?

—Vivas, unas cuatro personas —respondió Rustum—. Shalish los conocía, pero está muerto. Quedan el comandante de Jableh y su segundo; Yamil Atiyah y el director del SSRC. No es imposible que desde el Palacio, el SSRC o la Guardia se hayan filtrado datos sobre el operativo, y hasta sobre la propia prueba, pero la localización exacta del complejo reduce

considerablemente la lista.

—¿Confía usted en el aislamiento de Jableh? —preguntó Al-Ásad.

—Sí, es un campo de prisioneros.

—Se te ha olvidado un nombre, hermano —intervino Ali.

Rustum esbozó una sonrisa irónica.

—¿Quién?

—Bouthaina. Un pajarito me ha dicho que has aprovechado algunos de sus recortes para comprar parte del material. A saber con qué otra información se puede haber topado durante el ejercicio de sus deberes oficiales... o extraoficiales.

Al-Ásad sonrió disfrutando de la lucha fratricida.

Rustum manoteó en el aire mientras su mirada, fija en Ali, se cargaba de odio.

—Perfecto, pues la pondremos a prueba.

—Muy bien. —Al-Ásad puso fin al debate con un gesto de la mano—. Los comandantes de Jableh, Atiyah, el director del SSRC y Bouthaina. ¿Qué nos aconseja que les transmitamos, Ali? —preguntó.

Él se pasó los dedos por el bigote.

—La ubicación de otras instalaciones: les diremos que existe un segundo complejo de reserva. Ese dato interesará mucho a los americanos. Basta con que el rumor se sostenga el tiempo justo para que alguien lo haga llegar a la CIA. Convendría que fuera un sitio donde si pasa algo nos enteremos, así habrá dos vías por las que la información podrá volver a nosotros: una, que informe el SVR, y la otra que lo bombardeen los estadounidenses.

—Depósitos de material —dijo Rustum apretando tanto la taza que se le pusieron los nudillos blancos.

—Perfecto —opinó Al-Ásad—, depósitos bastante grandes para esconder equipos de producción.

Mirando las manos crispadas de su hermano, a Ali se le ocurrió una idea irresistible, la ocasión de resarcirse un poco.

—Y tendrás que ser tú quien le pase la información a cada una

de esas personas, hermano. Yo del programa no sé nada, como es obvio.

—Claro —repuso Rustum apretando los dientes.

—También te agradecería que pusieras por escrito los nombres de los sospechosos junto a la ubicación que le hayas dicho a cada uno, así podré verificar que todo cuadra.

Los ojos de Rustum echaban chispas. Garabateó la lista y se la pasó a Ali, que antes de guardársela en el bolsillo tuvo tiempo de ver los últimos dos nombres y ubicaciones. Ya miraría después el resto.

Yamil Atiyah: Jan Abu Shamat
Bouthaina Najjar: Wadi Barada

—Gracias, hermano —dijo.

—Estupendo —intervino Al-Ásad—. ¿Y la tercera vía?

—Conocemos al agente de la CIA que tutela al espía. Lo convenceremos de que nadie lo vigila cuando en realidad sí lo harán, así nos llevará hasta su activo.

—Y supongo que ese agente sabrá que existe una operación en marcha por parte de su gobierno —intervino Al-Ásad.

—No lo descarto, pero tampoco se lo aseguro, señor presidente. Este tipo de información la CIA acostumbra a compartimentarla entre sus activos. De todas formas lo intentaremos.

Rustum puso un dedo sobre el escrito de Ali, apretándolo mucho para mayor énfasis.

—¿Estás seguro de que el equipo ruso es necesario?

—Sí, hace décadas que operan a gran escala contra los estadounidenses.

Al-Ásad hizo un gesto con la mano que, como el de antes, le quitaba importancia a lo que acababa de decir Rustum.

—Llamaré esta misma tarde a Putin. Esto queda aprobado.

Basil le susurró algo a Rustum, mascullando como siempre: era el momento del contraataque.

—Señor presidente, este plan es muy exhaustivo, pero ¿no sería más fácil detener al agente de la CIA e interrogarlo hasta que nos diga el nombre?

Al-Ásad, divertido, se reclinó y estudió la reacción de Ali, le encantaba asistir a rifirrafes entre sus acólitos. Era preferible que el eje fuera él y cada asesor una unidad en guerra con las demás. Bebió algo más de té.

—¿Qué le parece, Ali? —preguntó sabiendo de antemano la respuesta.

Ali se frotó la cicatriz y Rustum sonrió: la muy maldita siempre sabía cuándo estaba en presencia de su creador.

Lo cierto era que Rustum había intentado no una, sino dos veces, matar a su hermano.

A los ocho años, tras llegar a la conclusión de que su madre había muerto de parto por su culpa, decidió que no estaba de acuerdo en haber cambiado a su madre por un bebé con cólicos del que su padre y su madrastra estaban siempre pendientes.

Ni corto ni perezoso, llevó a Ali, que acababa de aprender a caminar, a la escalera y lo empujó. Luego les dijo una mentira: que su hermano se había tirado desde el primer escalón.

Ali no se acordaba. Rustum se lo explicó durante su segunda tentativa, el mismo día en que el impetuoso niño de diez años que era entonces tomó la funesta decisión de exigirle a su padre que cumpliera la promesa de llevarlo a dar un paseo en tractor y, por la noche, su padre y su madrastra fueron asesinados.

Los Hasán tenían varias tiendas de alimentación y una distribuidora. Acababan de abrir un nuevo almacén de reparto en Homs, la tercera ciudad más grande del país, ya entonces agitada por la rebelión. Fue en 1980, la época en que los ijwan, los Hermanos Musulmanes, se enfrentaban al poder de Al-Ásad.

Según el padre de Ali y de Rustum, los ijwan querían dos cosas: que se aplicara la Sharia, la ley islámica, y ver a los alauitas muertos o refugiados en las montañas; a poder ser, ambas cosas.

Por aquel entonces, la presencia alauita era algo nuevo en Homs. Su padre siempre le decía a Ali que su ingenio les había permitido abandonar la pobreza de los pueblos de montaña para abrirse paso en las ciudades. Esa marea era la que trataban de contrarrestar los ijwan, que en primavera, a pleno sol, mataron a dos empleados del padre de Ali ante una de sus tiendas. Poco después se inauguraba el nuevo almacén de reparto. Los Hasán vivían cerca de la costa, en Latakia, pero sus padres alquilaron un piso en Homs para que toda la familia pudiera asistir a la magna inauguración, incluido su abuelo de la costa. «Tenemos que quedarnos unos meses aquí para vigilarlo todo de cerca», le explicó.

Ali y Rustum recorrieron varias veces los pasillos de la nueva nave entre los olores químicos que desprendían las paredes recién pintadas. Estaba todo abarrotado: productos textiles, piezas de maquinaria, muebles, material agrícola... y algo que acaparaba por completo la atención de Ali: un tractor soviético, pintado inexplicablemente de color aguamarina, en el que se sentaba cada día. Después de muchos ruegos, su padre le prometió sacarlo a pasear en él antes de venderlo, o al menos antes de volver a Latakia.

En junio el tractor seguía sin venderse, y ya iba siendo hora de volver. Viendo que Rustum metía bolsas en el coche, Ali corrió hacia su padre hecho un mar de lágrimas porque aún no había montado en el tractor en marcha como se lo había prometido. Rustum le dijo que se callara, pero su padre le hizo un gesto desdeñoso a su hijo mayor y, tras mirar a la madrastra de los dos hermanos, dijo que podían quedarse en la ciudad hasta el día siguiente y de paso ir a la fiesta del gobernador (Ali sabía que a ella esos actos no le gustaban nada); por la mañana llevaría a su hijo pequeño a montar en tractor y después se irían. Él dejó de

llorar, le parecía bien.

Esa noche, su padre y su madrastra fueron a la fiesta en un Mercedes negro con chófer. Tenía los cristales tan tintados que Ali seguía dudando de que su padre lo hubiera visto despedirse con la mano.

El conductor sobrevivió y pudo explicarle al abuelo la secuencia de los hechos mientras Rustum escuchaba detrás de la puerta de la cocina y Ali lloraba echado en su cama. Según contó el chófer, ya iban de vuelta y, al torcer en dirección a la casa, apareció un uniformado que le hizo señas de que frenara. En la calle había varios conos de tráfico puestos sin ton ni son. Tras identificarse como el capitán tal o cual de la policía, les preguntó si sabían que a dos manzanas había habido un tiroteo. Les enseñó una placa y les dijo: «Estamos tomando las precauciones necesarias. Documentos, por favor.»

Al exhaustivo escrutinio de los documentos le siguió una larga espera. Alguien, por lo visto, no cogía su radio en la central. Se oyó una detonación aislada, luego otras dos y por último todo un tiroteo que impactó en las puertas traseras del coche. A continuación varias manos entraron por la ventanilla para sacar al conductor a la fuerza y sentarlo aturdido en el suelo.

«Mira, mira», dijo con rabia el capitán señalando el coche.

Otros dos hombres sacaron del coche los cuerpos del padre y la madrastra tirándolos al suelo para luego levantarlos y apoyarlos en el capó de cara al conductor. Después les metieron sus documentos en la boca: la lectura de sus pueblos de origen (alauitas) impresos entre salpicaduras de sangre bastaría para que la gente captara el mensaje.

Se acercó un coche al que subieron todos salvo el capitán, que le dijo al conductor que transmitiera el mensaje en cuestión de parte de los ijwan. «Cuéntaselo a los demás», dijo. «Cuéntaselo todo.»

En la cocina, el conductor se tapó los ojos con las manos y rompió a llorar. Entonces Rustum cogió un cuchillo de un cajón,

abrió de una patada la puerta de la habitación que compartía con Ali, se subió encima de él sobre la cama y le puso el cuchillo en el cuello. Él intentó defenderse, alejando el cuchillo, pero su hermano le clavó la punta en el cuello e intentó deslizarla hacia un lado. Ali manoteó y la hoja se deslizó hasta su mandíbula y luego hasta la base de la mejilla. Goteando saliva por la boca, Rustum gritó que él debería haber muerto tras caer de la escalera, pero que esta vez sí moriría. «¡Ahora vengaré a mi madre, mi padre y mi madrastra!», chilló.

De pronto Rustum cayó de la cama todavía empuñando el cuchillo, y él se dio cuenta de que detrás estaba su abuelo. Vio a través de las lágrimas cómo los fuertes puños de su abuelo caían una y otra vez sobre el rostro de su hermano. Luego su abuelo lo llevó, bañado en su propia sangre, a un médico de la zona para que le cosiera la herida del cuello y la cara. La sangre que manchaba las manos de su abuelo, y su camisa blanca, era de Rustum.

Los dos hermanos nunca habían hablado de esa noche. «Ni lo haremos nunca», pensó Ali. ¿Qué podían decir? Sus padres ya no estaban vivos. Sin saberlo, Ali había contribuido a precipitar su muerte, y con ellos había muerto Rustum, su hermano Rustum. Se había convertido en otra persona, su rival y torturador.

Dejó la taza y miró al presidente.

—Detener e interrogar al americano supondría embarcarnos en un viaje peligroso y de desenlace incierto. En Siria ya ha desaparecido un agente de la CIA, y dudo que les quede mucha tolerancia para perder a otro. La CIA sabrá que lo tenemos en la cárcel, y los americanos presionarán por su inmediata puesta en libertad. No tendremos mucho tiempo para sonsacarle el nombre. Es posible que no lo consigamos. Mi previsión es que a partir de entonces los americanos, de común acuerdo con Sión, intentarán matarnos a todos los que estamos ahora en esta sala,

sin contarle a usted, señor presidente. Antes de correr un riesgo así deberíamos probar la estrategia expuesta en mi escrito.

La mirada de Al-Ásad iba y venía entre los dos hermanos.

Ali se arriesgó a seguir.

—Si es verídica la información que les ha pasado este espía a los americanos, es muy delicada. Permítame, no obstante, una pregunta: ¿cuál es el cronograma del operativo mencionado en el informe de la CIA? ¿De cuánto tiempo disponemos?

—¿Cuánto tiempo va a necesitar, Rustum? —le preguntó Al-Ásad.

Rustum estaba a punto de explotar.

—Lo ideal sería un mes. Al quedar desprotegido Jableh, se ha paralizado la producción. Ahora sólo es cuestión de logística. De todas formas, señor presidente, no entiendo por qué no pillamos al americano y le sacamos la información de la manera que haga falta, con lo fácil que sería.

—Sería inaceptable —sentenció Ali, aunque se arrepintió nada más decirlo.

—¿Inaceptable? —A Rustum le temblaba la voz. Se puso a chillar—: ¡¿Estás loco?! ¡La CIA les está mandando a los *irhabiun*, a los terroristas, armas que matan a diario a mis soldados! ¡Y, mientras masacran a mis hombres, tú estás sentado en tu despacho jugando a policías! ¡Si tu mujer y tus gemelos están a salvo en vuestro piso es porque yo no me atengo a las normas! ¡Porque a esos salvajes los mato como puedo, cuando puedo y donde puedo! —Gritaba tanto que salpicaba de saliva a Ali—. ¡Mato a sus ancianos, a sus hijos y a su ganado, y si dejo vivo a alguno es para que tenga que sobrevivir comiendo hierba! ¡Les lanzo bombas de barril, disparo misiles contra ellos y pronto los gasearé. ¡Si nuestro gobierno sigue en pie, es porque hago lo que hay que hacer!

Basil, impasible a lo largo del monólogo, mantenía su mirada fija en el cuero cabelludo de Ali con el desapasionado interés de un inspector de ganado.

—¡Basta! —exclamó Al-Ásad—. Ali, dispone usted de un mes para encontrar al espía. Si para entonces no tenemos al traidor arrestaremos al americano. Por lo demás, doy mi aprobación a todo lo que ha escrito.

Se levantó. Era el final de la reunión.

—Señor presidente, ¿me permite que pida más detalles sobre la operación? —preguntó Ali, arriesgándose a irritar al presidente, que ya estaba en pie—. Me ayudaría a dar caza al espía.

Rustum apretaba la mandíbula de rabia.

—Los americanos han dicho que si se usa gas habrá consecuencias —añadió Ali—. Es obvio que desconocemos a qué se refieren de verdad con esa estupidez. De hecho, me apuesto a que ni el propio presidente americano lo sabe. De ser cierto el informe del SVR, ya hemos cruzado esa línea roja sin problemas, pero...

No acabó la frase.

Rustum sonrió y exhaló por la nariz. Hasán lo miró asintiendo.

—Hermanito —dijo subrayando el diminutivo—, vamos a lanzar un contraataque contra los rebeldes, vamos a gasear sus pueblos, sus barrios y sus redes de túneles. Vamos a ganar la guerra en pocos meses. Será nuestra salvación.

«Salvación.» En respuesta a esa palabra se derrumbaron los muros del Palacio, como en una avalancha, y Ali volvió a ser joven, inspector de policía en Latakia, y los gemelos volvieron a estar en la barriga de Layla.

«Sonó el teléfono y era para ti, y encontraste los postes telefónicos transformados en cruces, y a tres alauitas crucificados, con las manos y los pies sujetos con clavos de ferrocarril, en imitación de Cristo. Viste sangre en la base de cada poste, y cuando encontraste al asesino dijo que quería incendiar Siria, convertir las plazas en patíbulos y los edificios en ataúdes en llamas, y provocar el fin del mundo. “Será nuestra salvación”, dijo.»

—Ah, Ali... —dijo el presidente con el ceño fruncido, interrumpiendo el recuerdo—. Su hermano tiene razón en que su plan de atrapar al espía es muy elegante, pero tenga cuidado, sobre todo en su operación contra el americano. No hace falta que le diga que puede haber consecuencias negativas. Llamaré a Putin y le pediré hombres.

—Claro, señor presidente —repuso él.

Rustum salió enfurruñado. Detrás de él iba Basil, cuyos ojos de agua de fregar se fijaron por última vez en Ali. Él se tocó el cuello, la cicatriz. Antes de subir a su coche se encendió un Marlboro comprobando con agrado que no le temblaban las manos.

33

Bouthaina era diez años más joven que Rustum, y tan sensible como él a los efectos lúbricos del poder. El combate gladiatorio del régimen era el principal tema de conversación de la pareja, y un verdadero trueno como afrodisíaco; pero esa noche, a pesar de lo mucho que solían disfrutar hablando de sus enemigos, la vergüenza de Rustum era tan grande que ni siquiera comentó el encuentro con Ali y el presidente, sino que dejó el hacha de guerra en manos de Bouthaina, que se explayó sobre sus planes de pillar por los huevos a Yamil Atiyah. La propuesta de Rustum de que lo vigilara Basil, para ver qué nuevas fechorías podía descubrir, contrarió mucho a su amante, que no sólo quería derrotar al viejo por sí sola, sino que no estaba dispuesta a correr un riesgo así.

—¿Dos sádicos mutuamente al acecho, uno un pedófilo y el otro con un apodo derivado de su costumbre de coleccionar cueros cabelludos? No, *habibi*, muchas gracias; a Basil mejor que no le sueltes la correa, que de Atiyah ya me ocupo yo.

Fue el punto de partida de un monólogo iracundo, y tan excitante para Rustum que cuando Bouthaina se levantó para abrir la segunda botella de vino él la tomó en brazos y la arrojó sobre la cama; así, además de disfrutar, no pensaría en la victoria de Ali en el Palacio.

Sin ser una persona introspectiva, durante el bajón matinal ni tan siquiera Rustum quedaba a salvo de mirarse el barrigón, tocarse el pelo que le había salido en las orejas y extrañarse de que Bouthaina pudiera tolerar semejante desaliño. Mientras rascaba su velludo pecho deslizó la vista por el cuerpo de Bouthaina, que aún tenía la barriga plana y la cara tersa y

bronceada. La cirugía plástica se la había pagado él. Buena inversión.

Se levantó de la cama para ponerse una bata e ir a su despacho, una sala palaciega cuyo trono era una mesa de nogal compuesta por fragmentos de una antigua noria del río Orontes, en Hama. Una vez sentado empezó a revisar informes de los vigilantes de la Mujabarat en la embajada estadounidense. Tras leer unas páginas, se echó hacia atrás y se quedó mirando el escritorio entre sorbo y sorbo de té. Según la inscripción del trozo de madera convertido en pata derecha, la noria había sido construida en 1361 para proveer de agua a la Gran Mezquita de la ciudad. Cerca había un pequeño surco que le recordó el violento invierno de 1982, durante la anterior guerra civil, cuando él era un joven teniente. Ese día, justo detrás de la noria, se había atrincherado en un piso un destacamento rebelde de los ijwan, cuyos francotiradores se cobraron diez víctimas mortales antes de que el superior de Rustum, el hermano mayor del presidente, ordenase tomar el edificio al pelotón. Los combates se alargaron toda la mañana, hasta que el pelotón, que había ido ganando terreno muy despacio, se encontró lanzando y recibiendo descargas a través de la rueda, de la que iban saltando trozos por los aires.

Para cuando llegaron al piso Rustum ya había matado a diecisiete ijwan. Dentro se anotó seis muescas más, incluidos mujeres y niños, que inexplicablemente seguían junto a los combatientes. Una vez tomado el piso se fumó unos cigarrillos con Basil, que lo ayudó a recoger los restos de la noria entre un mar de casquillos. Luego estuvieron hasta bien entrada la noche cortando y guardando un cuero cabelludo de ijwan por cada uno de sus treinta y nueve camaradas muertos. Esa noche Rustum recuperó en Basil al hermano que había perdido, el sustituto del que había asesinado a su padre y sus dos madres.

Puso la mano derecha encima de la mesa y la acarició con los dedos. En el quinto informe, el que contenía fotos de todos los

funcionarios de la embajada, encontró finalmente el nombre que buscaba.

Descolgó el teléfono.

—Ponme con Basil —le dijo a otro ayudante.

Tardó muy poco en reconocer la ronquera de Basil, fruto de la metralla que le había destrozado la tráquea en Hama tres días después de recoger la madera de la noria.

—Tengo un encargo para algunos de tus chicos, pero de los Comités de Defensa, de las milicias, no de la Guardia. Nada oficial. Quiero mandarles un mensaje a los americanos: una multitud que siembre el caos durante unas horas en su embajada. Sin violencia.

Basil gruñó afirmativamente.

Acordándose de la mirada de Basil mientras le arrancaba el cuero cabelludo a un ijwan vivo en el piso de Hama, Rustum decidió ser más concreto con su hermano de sangre.

—Y de americanos muertos ni uno, Basil. No quiero accidentes, ¿me explico?

—Sí, comandante.

—Usa a tus mejores hombres.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

Sam entró en el despacho de Procter justo cuando uno de los responsables de la Seguridad Diplomática le decía a la Jefa por teléfono que fuera había una manifestación: doscientas o trescientas personas enarbolando como fanáticos pancartas a favor de Al-Ásad y retratos del presidente.

—¿Autobuses, dice? —preguntó Procter—. ¿Y los memos de la Mujabarat qué hacen? ¿Nada? Me lo suponía. Vale, pues ahora voy. —Salió del despacho para soltar órdenes a grito pelado al personal de la Estación—. Estamos en Fase Uno de Destrucción. Tenemos exactamente dos minutos para que no quede ni un

papel entero.

La Fase Uno se basaba en el tiempo que tardaría un grupo hostil en abrirse paso hasta la Estación. Sam calculó que en ese caso serían más bien tres, pero Procter era muy puntillosa con el reglamento.

Procter le ordenó a un funcionario de apoyo de la Estación que pusiera en marcha los destructores de ácido, capaces de cargarse de un solo bocado discos duros enteros, y hasta cincuenta páginas de material clasificado. Se acercó raudo un técnico de comunicaciones con un gran fajo de manuales técnicos —inexplicablemente impresos— que empezó a arrojar al aparato como si alimentase un destructor de madera.

—No estamos en la Fase Dos de Destrucción, pero extraed todos los discos duros y metedlos en la caja fuerte, por si acaso.

La Fase Dos era la de los medios electrónicos.

La estación contaba con una pequeña armería compuesta de carabinas M4, escopetas tácticas y pistolas Beretta, en previsión de que la cosa pudiera «ponerse picante», como decía Procter. (Fase Tres de Destrucción: exfiltración y autodefensa de los agentes.)

—Ahora mismo bajo, ¡que nadie toque las putas armas!

—¿No se lleva una, Jefa? —preguntó Zelda.

—Ay, Z... —dijo Procter negando con la cabeza—. Mi dulce, dulce Z.

Se fue, lanzándole un beso a la analista.

Sam y Zelda sacaron sus discos duros y los metieron en la caja fuerte. A continuación él hizo señas de que fueran a la puerta, a lo que ella asintió con la cabeza.

Al salir, Sam cerró la puerta acorazada de la Estación. Desde la escalera, mientras subía al primer piso de las oficinas de la misión diplomática, empezó a oír los cánticos y gritos de la multitud.

Zelda no tenía pinta de encontrarse muy bien. Sam se le acercó.

—En una situación así nunca se llevan armas —le explicó—. Si matáramos a alguien la multitud se volvería loca y acabaría desbordándonos, por mucho armamento que tuviéramos. Entonces se repetiría lo de Teherán.

Teclearon la clave y entraron en el primer piso. En los despachos y cubículos del personal diplomático no había nadie. Habían ido todos a mirar por las ventanas qué pasaba delante de la entrada.

La muchedumbre empezó a tirar basura al recinto. Se estrelló un tomate en un cristal, asustando a uno de los funcionarios, que se apartó de golpe. Lo siguiente fue una lechuga amarronada, preludio de toda una salva de frutas y verduras pochas que impactó como granizo contra las ventanas llenando las oficinas de la misión diplomática de un olor rancio.

El embajador hizo una mueca al mirar por la ventana. Hacía poco que había suscitado las iras del régimen con un viaje no autorizado a Hama para sumarse a una manifestación. Buen conocedor del árabe, como Sam y Procter, sabía que en uno de los cánticos lo estaban llamando perro. Procter sonrió.

Uno de los funcionarios de la Seguridad Diplomática señaló la valla que rodeaba la embajada.

—Es de un tipo resistente a escaladas, lo último de lo último.

—O sea, ¿que sólo se resiste? ¿Planta cara? Perfecto —dijo Procter, que movía la cabeza sin parar para ver bien la calle a través de las manchas y churretes de la ventana.

Sam vio a dos hombres que empezaban a trepar por la valla. Aparecieron marines en el patio que los exhortaron a bajar, pero ellos no paraban. Se les sumaron otros dos.

Sam se fijó en que uno llevaba una bandera siria. Zelda se acercó.

—¡No pensarán entrar!

Sam negó con la cabeza.

—No creo. ¿Ves la bandera esa? Sólo han mandado a unos cuantos para que quiten la nuestra. Si quisieran asaltar la

embajada mandarían a más gente.

Ya estaban los cuatro en el patio. Empezaron a hacerles gestos obscenos a los americanos de arriba.

—No es que se haya resistido mucho, la valla —declaró Procter.

Ya no intentó escalarla nadie más. Los marines entraron, dándose por vencidos. A uno de los intrusos le tiraron una palanca por encima de la valla. Él y sus compañeros empezaron a trepar por el edificio de la misión diplomática.

Uno de los cuatro llegó a la azotea y, tras subirse al asta, bajó la bandera americana y la sustituyó por la de la República Árabe Siria. Luego, ovacionado por la multitud, levantó la de las barras y estrellas en señal de victoria y se la metió en los pantalones.

—Ya está el de la palanca en la azotea —dijo uno de los funcionarios de la sección política.

Desde donde estaba, al otro lado de un estrecho patio, el sirio podía ver a los americanos. Les hizo más gestos obscenos, y luego se puso a destrozar el aparato del aire acondicionado, parando un par de veces para gritarles a los de la calle. Sam oyó que se apagaban los ventiladores.

—*Shabiha* de mierda… —dijo Procter—. Ahí fuera están a más de cuarenta grados.

CUARTA PARTE

La caza

34

Ali veía subir el calor desde el asfalto de la pista del aeropuerto militar de Meze, en la periferia occidental de Damasco. El sol quemaba tanto que ni siquiera le dejaba disfrutar de su Marlboro. Miró su reloj. La correa estaba empapada de sudor. Las doce y media. Los rusos estaban al caer. Kanaan se quitó la chaqueta para echársela en el hombro.

—¿Y si esperamos dentro, jefe? —dijo.

Ali negó con la cabeza escrutando el cielo.

—No, los recibiremos en persona.

Se bajó las gafas de sol por la nariz para poder ver sin obstáculos el brillo metálico que acababa de aparecer en el cielo.

Apagó el cigarrillo mientras el avión de carga atravesaba las nubes, y encendió uno nuevo cuando aterrizó.

—Vamos allá —le dijo a Kanaan.

Dentro del avión que ya rodaba por la pista iba un equipo de doce agentes del SVR y del Servicio Federal de Seguridad, el SFS, el servicio de seguridad interior ruso. Todos tenían experiencia en operar contra la CIA, algunos en Moscú y otros en Washington. Al mando de un tal Volkov, general del SVR, los rusos colaborarían con Ali en la búsqueda y captura del agente de la CIA Samuel Joseph. Ali se puso una mano delante de la cara para protegerse del sol mientras las turbohélices dejaban de girar, y se abría la bodega de carga.

El primero en bajar por la rampa y exponerse al calor sofocante fue Volkov, a quien Ali reconoció por los informes de la Mujabarat. Detrás iban sus hombres, sacando grandes cajas de instrumental de la bodega del avión. Volkov llevaba gafas de aviador y una cazadora marrón. Ali, que al ver que se acercaba

se secó rápidamente el sudor de la mano con el pantalón, la tendió para estrechar la del ruso, que era como un mazo.

—Bienvenido a Siria, general —dijo en inglés.

—Es un placer venir para algo tan importante —contestó Volkov antes de volverse y señalar a sus hombres, que seguían empujando cajas bajadas del avión—. Las de vodka sólo son la mitad.

Se rió, y Ali también.

Bajó del avión una camioneta de vigilancia, seguida por más cajas y otras dos camionetas como la primera.

—Lo vamos a joder bien jodido al americano ese —dijo Volkov regodeándose en su soltura con el inglés más vulgar—. He estado dos veces en Washington, trabajando contra ellos, y será un gran honor.

—Le daremos caza juntos —dijo Ali, simpatizando de entrada con el ruso.

Salió otra camioneta del avión.

—¿Y dónde vamos a meter todo esto? —le preguntó Kanaan a Ali en árabe.

Kanaan se tomó mejor de lo que se esperaba Ali quedarse sin despacho. A finales de la tarde ya estaban bien instalados los rusos, que habían puesto manos a la obra sin perder ni un minuto.

Montaron un centro de mando provisto de mapas, vídeo y audio en directo y fotos de Samuel Joseph y sus socios, confirmados o no.

—Ya veo que la idea es emborracharnos y matar al americano —le dijo Ali a Volkov en broma, mientras señalaba las cajas de vodka y las omnipresentes fotos del agente de la CIA.

—No está mal pensado, general —contestó el ruso completamente en serio—. Nada mal pensado.

Entre los dos equipos repasaron los itinerarios que se sabía

que seguía Joseph por la ciudad. Los rusos los recorrieron junto a Ali y sus hombres para entender cómo enfocaba la calle. Ni el calor de la canícula logró que Volkov se quitase la chaqueta de cuero, a diferencia de sus hombres, que iban en manga corta.

Le controlaron a Joseph sus llamadas por teléfono y Skype, y uno de los hombres de Kanaan entró en su piso para poner escuchas. En el informe ponía que era todo muy espartano a excepción de la nevera, muy bien surtida de Coors Light de contrabando.

Se organizaron en siete equipos —cuatro rusos y tres sirios— capacitados para actuar en coche, a pie y en posiciones fijas.

Los rusos instruyeron a los sirios sobre los detalles de las operaciones de la CIA en zona prohibida: cómo operaban los americanos en Moscú, su forma de actuar en la calle y la mecánica de sus RDV. («Son largos, general, en algunos casos más quince horas. Te cansas sólo de mirarlos.»)

También les pasaron imágenes de vigilancia de Moscú y les impartieron la misma formación sobre detección de vigilancia y contravigilancia que a los nuevos reclutas del SVR y el SFS. Kanaan, siempre tan aplicado como alumno, tomó apuntes sin parar.

Hicieron prácticas. En los simulacros, el papel de Samuel recayó en uno de los rusos, un agente del SVR a quien observaron mientras intentaba quitárselos de encima por Damasco o convencerlos de que estaba «negro», por usar la jerga de la CIA. Al principio era él quien ganaba, pero no tardaron mucho en revertir la situación a base de cálculos correctos y de verlo interpretar su papel en una casa de seguridad hasta reconocer a su activo al final de la falsa reunión, controlando las entradas y salidas y sacándoles todo su jugo a las cámaras.

Lo seguían todo el rato, a sol y a sombra. Volkov dominaba el arte de aumentar al máximo la distancia entre el objetivo y sus equipos, pero sin bajar la guardia. Distribuía las posiciones fijas con auténtica inspiración, y su atención a los detalles nunca

daba muestras de desfallecer, a pesar de que bebía vodka como si fuera agua.

Entre cigarrillos y vodka —bebida a la que Ali trató de aficionarse, aunque se conformaba con que no le sentase mal—, Ali le explicó a Volkov el plan que le había propuesto a Al-Ásad para atrapar a Samuel Joseph y encontrar a otro espía.

—Inspirado, Ali —dijo el ruso—. Arriesgado pero inspirado.

Brindaron, y Volkov volvió a llenar sus respectivos vasos de cartón.

En plena contemplación del retrato de Al-Ásad que tenía encima de la puerta, Ali oyó unos golpes que le sustrajeron a la mirada del presidente. Era muy tarde, pero en cuanto vio entrar a Kanaan supo que traía malas noticias. Le hizo señas de que se acercara a la mesa y le ofreció un cigarrillo.

—Dime, que es tarde.

Kanaan se sentó, aceptando el cigarrillo.

—Estamos depositando mucha confianza en ella, jefe, no sé si demasiada.

Lo encendió y se apoyó en el respaldo. Ali arqueó una ceja.

—¿No lo ves claro?

—También le estamos pidiendo mucho.

—Tendrá su compensación. Eso se lo dejé muy claro. Además, tampoco pretendemos que sea para siempre, y menos cuando carece de cualquier formación en inteligencia. No pienso usarla más de un mes. En cuanto tengamos el dispositivo se habrá terminado su trabajo. —Después de otra mirada de reojo al retrato de Al-Ásad, Ali apagó su cigarrillo—. ¿Qué ha dicho? ¿Ha pasado algo?

Kanaan sacó el labio inferior y lanzó una nube de humo hacia las alturas.

—No, no ha pasado nada, pero creo que deberíamos asegurarnos mejor de que la tenemos controlada.

Ali se levantó, puso las manos en el respaldo de la silla y se inclinó, estirando la espalda. Luego se acercó a la estantería, abrió uno de los libros de agricultura del anterior ocupante del despacho y deslizó los dedos por el polvo de la cubierta. Se fiaba mucho de la intuición de Kanaan. Devolvió el libro a su lugar.

—¿Tienes alguna propuesta?

Kanaan asintió.

—Los métodos de siempre, jefe. Acabamos de detener a cinco parientes de Fatimah Wael para ayudar a Bouthaina Najjar en su campaña contra la oposición. En este caso deberíamos hacer lo mismo. Sin maltratar a nadie, por supuesto. Sólo tenemos que dejar sentado que el control lo tenemos nosotros. —Apagó su cigarrillo—. La prima, por ejemplo, pidió en público la dimisión del presidente.

Ali gruñó.

—Ve preparando el papeleo.

Encendió otro cigarrillo.

35

Siguiendo con la mano el movimiento cómodo que había aprendido por sí sola cuando era adolescente, y vagando en pensamientos por la Costa Azul, Mariam se imaginó que ayudaba a Sam a entrar en ella. Fue administrando la presión y disfrutando de la ola que corría por su cuerpo hasta que de golpe la visión de una yema destrozada en la mano derecha la devolvió con crueldad a Damasco, sin haber podido aliviar la tensión. Había estado aguantando el aliento, y de repente le faltaba el aire. Encendió la luz y se incorporó para mirarse el dedo. Al sentarse al borde de la cama y ver las persianas de su dormitorio —bajadas del todo, una noche sin señales— sintió cómo el placer dejaba paso a las náuseas. No daba abasto. Con la falta que le hacía desahogarse... Tenía demasiados frentes abiertos a la vez: trabajar para la CIA, presionar a Fatimah Wael, protegerse de Yamil Atiyah y Ali Hasán... Lo único que le daba sensación de libertad era el trabajo con Sam. El resto la hacía sentirse ruin.

Se vistió y llamó a Razan por teléfono.

—¿Vienes, *habibti*? —preguntó, oyendo de fondo los pitidos que ya había aprendido a asociar con la habitación de hospital del tío Daoud.

Por la mañana saldría hacia Italia, y necesitaba ver antes a su prima. A pesar de que Razan casi no se había apartado de su padre, Mariam estaba segura de que le iría bien un descanso. A ella también le apetecía: beber un poco demasiado, fumar cigarrillos y quedarse dormidas viendo una película juntas en el sofá.

—Llego en veinte minutos, *habibti*.

Razan llevó vodka Belvedere, no el barato que bebían siempre en la universidad.

—Lo necesitamos, chica —dijo enseñando la botella y apartando un poco a Mariam para entrar en el piso.

Primero fueron a la cocina, donde cada una se tomó dos chupitos, y luego salieron a fumar al balcón, llevándose la botella pero no los vasos.

—¿Estaba bien hoy el tío? —preguntó Mariam a su prima, apoyada como ella en la baranda.

—Sí, cada día mejor —contestó Razan—. Los médicos calculan que le darán el alta en pocos días. ¿Te has enterado del ascenso?

Puso mala cara.

Al tío Daoud lo habían puesto al mando de la Rama 450 en sustitución de Shalish, su jefe asesinado.

—Sí.

Seguro que Sam y la CIA estaban encantados. A Razan le daba mucha rabia. Mariam, por su parte, sólo quería que su tío saliera del hospital.

—Así que a Italia, ¿eh? —dijo Razan cambiando de tema.

—Sí, por cosas del Palacio.

Dio otra calada al cigarrillo, tocándose el parche del ojo sin darse cuenta. Normalmente Mariam se olvidaba de que lo tenía, pero a veces era imposible no fijarse.

—¿Cómo te lo notas? —le preguntó a su prima.

—Bien, lo que pasa es que con este ojo ya no veo nada.

Apretó con más fuerza la baranda. Por suerte empezaban a notarse los efectos del alcohol. Bebió un poco y le pasó la botella a Razan, que se la devolvió después de un trago. Con el siguiente, Mariam se dio cuenta de que aunque siempre hubiera querido a su prima era la primera vez que la entendía. También ella era libre. En ese momento tuvo ganas de contárselo todo.

—Sabes que te quiero, ¿no? —le dijo—. Más que al Palacio.

—Somos hermanas. Pues claro que lo sé.

—¿Has vuelto a ponerte en contacto con los comités rebeldes, Razan?

Su prima se bebió otro trago de vodka con una sonrisita.

—Y si lo hubiera hecho, ¿qué?

Mariam le dio un beso en la mejilla.

—Te diría que te quiero aún más —le susurró al oído.

Razan, sorprendida, abrió un poco la boca, pero Mariam se la tapó con una mano y le besó la frente.

—Tengo algo para ti —dijo.

Era un vestido negro con mangas de volantes traído de París. Hasta entonces no había encontrado el momento de dárselo, pero esa noche tenía sentido. Razan entró para probárselo, y se alisó el dobladillo mientras Mariam le subía la cremallera. Luego dio una vuelta.

—Es precioso, *habibti*, me encanta.

Mariam bebió un poco más de vodka y le pasó la botella a Razan, que le miró las manos. Por espacio de un segundo, con las dos primas frente a frente, el silencio de la sala de estar se hizo muy denso. Mientras Mariam bebía, Razan la observaba.

—¿Sabes que te quiero más a ti que a los comités rebeldes, *ojti*? —preguntó.

Mariam asintió.

—Lo sabes, ¿no, *ojti*? —insistió Razan.

Mariam se secó una lágrima del ojo derecho.

—Claro que sí, *habibti*.

Después de otro trago, Razan dejó la botella en la mesa de centro y se acercó a Mariam para cogerle la mano derecha.

—Pues entonces dime a qué viene esto.

Pasó un dedo por encima de una costra.

Mariam, muy afectada ya por el alcohol, tuvo que hacer un esfuerzo para no sincerarse, pero se quedó callada. Mirando la delicadeza con que se deslizaban los dedos de Razan por los suyos se le escapó otra lágrima.

—Igual te ayuda un poco más de vodka —dijo Razan.

Cogió la botella, bebió un poco y se dispuso a pasársela a Mariam.

Justo entonces se oyó un golpe fuerte en la puerta.

No un golpe, sino el golpe. Mariam lo conocía, y Razan seguro que también, porque soltó la botella sin querer y se apartó de la puerta.

—Madre de Dios, madre de Dios... —murmuró.

Mirando la puerta, Mariam se preguntó si era un sueño, y si la persona que llamaba acabaría marchándose. «¡Un error! Nos hemos equivocado de piso, señora Haddad. Ha sido una grave confusión.»

Volvieron a llamar.

—¡Departamento de Seguridad, abran ahora mismo!

—Madre de Dios, madre de Dios, madre de Dios... —dijo Razan alejándose otro paso de la puerta.

Al abrirla, Mariam se encontró con Ali Hasán y su mano derecha, Kanaan, el primero que la había llamado para hacerle preguntas sobre Sam a su regreso de Francia. Antes de las presiones y del empecinamiento, antes de tenerla en su poder. Se fijó en que los dos miraban a Razan.

—Buenas noches, señorita Haddad —saludó Ali—. ¿Podemos pasar?

Mariam los dejó entrar. Ali parecía relajado, Kanaan, en cambio, no apartaba la vista de Razan, que seguía retrocediendo. Ali se sacó un papel del bolsillo del pecho y empezó a leer en voz alta:

—«Por decreto presidencial, y en ejercicio de los poderes que le otorga la Ley de Emergencia de 1963, el Tribunal Supremo de Seguridad del Estado considera culpable a Razan Haddad de debilitar el sentimiento nacional...»

Mariam entendió esa parte, pero a partir de entonces dejó de oír a Ali. Sólo oyó un grito y el frufrú del vestido de seda mientras su prima corría hacia la puerta del balcón. Intentó

abrirla, pero los dedos no le respondían a causa del miedo y el alcohol. Finalmente la puerta empezó a moverse y ella se lanzó al instante hacia su prima, gritando su nombre como en la manifestación, con la diferencia de que esta vez protegerla implicaba entregarla al Mujabarat, en vez de salvarla de él. Oyó que Ali y Kanaan también se movían, pero les llevaba un paso de ventaja y salió al balcón justo detrás de Razan, que pasó la pierna derecha por la baranda, desgarrando el vestido. Pero justo cuando se disponía a saltar ella la cogió por el hombro y tiró de ella hacia atrás. Ambas cayeron al suelo, Razan encima. Ella se golpeó la cabeza contra la alfombra. Pese a no ver bien, notó que su prima intentaba soltarse y la sujetó con más fuerza. Razan gritó y rompió a llorar.

—¡Por favor, Mariam, por favor, que no puedo ir con ellos. Deja que me vaya. Deja que salte, será un momento, no notaré nada!

Siguió intentando soltarse, pero ella la tenía bien cogida.

—Podemos hacerlo las dos juntas —dijo su prima—. Por favor, *habibti*, por favor, no me hagas ir con ellos.

Ella lloraba mientras apretaba el cuerpo de su prima, sintiendo la seda del vestido. Al final Razan desistió y se quedó desmadejada, respirando rápidamente. Miró hacia arriba.

—Qué despejado está hoy el cielo, *ojti* —dijo finalmente, con la lengua trabada por el vodka—. Hasta veo alguna estrella.

Ali la levantó con suavidad y, después de esposarla con la ayuda de Kanaan, le leyó otra vez la acusación. Razan se quedó callada. Kanaan se la llevó del piso, pero Ali no se movió. Sentada en el suelo, Mariam pensó en matarlo.

—¿Por qué, general? —preguntó apretando los dientes.

En vez de contestar, el otro caminó hacia la puerta enderezando de camino la botella de vodka.

—Si haces bien tu trabajo en Italia, no le pasará nada a tu prima. Su destino está en tus manos.

36

Entre los jefes de estación de la CIA no eran insólitos los exabruptos. Había incluso veteranos que los alentaban, por considerarlos imprescindibles para la disciplina operativa de la estación. Los ataques de rabia solían producirse en el despacho del jefe (un espacio seguro, al menos para él o ella), y no persistir mucho después de la explosión. En una reunión, el jefe de Sam en Bagdad le había dado un puñetazo por detrás en la cabeza a un agente por haberla pifiado en la lista de distribución de un cable. En cuanto a Bradley, a veces en El Cairo se cebaba en los agentes por los errores más tontos. Aun considerándolo casi como una figura paterna, él mismo había recibido más de un rapapolvo delante de todo el mundo por cables de valoración mal redactados.

Artemis Aphrodite Procter era de la misma escuela.

—El complejo de Jableh... —Consciente de que el resto de la frase no sería del agrado de Procter, Zelda hizo una pausa para toser—. El complejo de Jableh ha sido evacuado.

Procter cogió una taza que usaba como portalápices y la estampó contra la pared.

—¡Me cago en la puta! ¡Semanas, semanas han estado tocándose los ovarios las nenazas esas de Washington! —gritó—. Firman una orden de mierda y ni se les ocurre hacer nada con el puto gas sarín. Deberían haber soltado unas cuantas JDAM cuando aún estaban a tiempo. —Buscó algún caramelo, pero al no encontrarlo cerró el cajón de golpe—. Mierda —dijo en voz baja.

Sam, que observaba el desahogo desde la mesa de la Jefa, vio que Zelda se quitaba trocitos de cerámica de la falda y la blusa. Ante la inexpresividad de la analista, se admiró de que se

hubiera acostumbrado, o insensibilizado, a los extravagantes cambios de humor de Procter.

Miró el informe. En la casilla de comentarios de debajo del membrete la analista concluía por escrito que la saturación de las zonas de carga y descarga, la abundancia de carretillas y el desorden general visible en el aparcamiento vip era señal de que la Guardia Republicana y el SSRC habían evacuado Jableh, llevándose el gas sarín. «Ignoramos adónde», terminaba diciendo.

Sam lo dejó caer sobre la mesa y fue a sentarse, pasando por encima de los restos de la taza. El despacho aún olía vagamente a fruta podrida, como todo el recinto, aunque las empresas de mantenimiento que tenían contrato con la embajada se hubieran apresurado a reparar los daños leves en la cartelería y borrar los grafitis. Sam se pellizcó la nariz y aspiró profundamente por la boca.

—Lo han evacuado demasiado deprisa, jefe —dijo—. Alguien les sopló que estábamos al corriente.

—Ya lo sé —contestó Procter—. ¿Cuánta gente te crees que ha tocado el informe en Washington? Seguro que como diez mil; diez mil putos sospechosos, y ahora tendremos que producir inteligencia ejecutable, ejecutable, Jaggers, de la de tirar bombas, y eso pasa por decirle a POTUS adónde se lo han llevado todo al cerrar Jableh. Genial.

Sam le recordó que tenían que hablar con Bradley y también con la jefa de Contrainteligencia, Samantha Crezbo, sobre el covcom de ATHENA, el dispositivo secreto de comunicación.

—¿Una reunión? —dijo la Jefa—. La leche...

La SVTC empezó con unas palabras de Procter, mientras aparecía en la pantalla la imagen pixelada del despacho de Bradley en Langley.

—Tanta reunión, tanta reunión... si es que no paramos de

reunirnos, Ed, joder. Pronto no quedarán de este país ni las cenizas, y yo aquí de cháchara, reunida, y contestando e-mails inútiles de tu ayudante para fijar más reuniones. ¿Cómo vamos a hacer operaciones con tanta reunión de las narices? ¡Coño, ni que fuera esto una tribu!

—¡Es el protocolo estándar, Artemis! —dijo Bradley a grito pelado para no ser menos.

—¿Protocolo para quién? Mira, Ed, con tanta asamblea parezco una jefa siux.

Sam se mordió la boca por dentro. Zelda fijó la vista en el suelo del despacho de Procter.

Crezbo se había quedado con la boca abierta por la carga de profundidad de Procter, que teóricamente era una subordinada, y tardó más en cerrarla del todo que Bradley en replicar.

—Cállate, Artemis. Si le damos a ATHENA un sistema covcom de última tecnología será porque estamos seguros de que Contrainteligencia está de acuerdo. No los repartimos al tuntún, y menos habiendo tanta cola para acceder a la plataforma.

—¿Podemos empezar por la información que corrobora la inteligencia más reciente de nuestro activo, en vez de flagelarnos? —preguntó Crezbo—. He leído la valoración del agente y me ha parecido todo muy correcto.

—Sí, señora —dijo Procter, ya recuperada, señalando con un gesto de la mano a la analista—. Zelda ha buscado inteligencia que lo corrobore por todas las bases de datos, y lo que tenemos es bueno.

Zelda tosió y movió sus papeles.

—Aparte del complejo de Jableh hay cuatro informes SIGINT que confirman la información de ATHENA —dijo—. La nasa ha pinchado los teléfonos de varios de los intermediarios identificados durante la operación Bouthaina, y en tres de los informes constan las mismas transacciones que hemos visto en el ordenador de Bouthaina.

Volvió a toser y bebió un poco de agua de una taza con una

caricatura de Bashar. Sam miró los trozos de la otra en el suelo.

—Tomo nota —dijo Crezbo—. Ed, yo creo que el caso cumple los requisitos. Llega al listón que hemos puesto en otras divisiones.

—Muy bien. Bueno, chicos, a ver —dijo Bradley—, voy a saltarme a un par de agentes en la cola para conseguíroslo, y se lo daremos a ATHENA porque de momento está siendo muy buena informadora y por las confirmaciones que hemos encontrado. Lo mandaremos en valija a la Estación Roma, así se lo podréis dar en la Toscana.

37

A Mariam le pareció que los ojos de Fatimah habían perdido brillo, aunque las ventanas de su palaciega villa dejaran entrar el sol de la Toscana. La resiliencia de antes había dejado paso al odio.

Ali había detenido a la madre, una tía, un tío y dos primos de Fatimah. Mientras señalaba el final de la lista, y más en concreto al próximo pariente al que pondrían bajo arresto, Mariam se aguantó el dolor en carne viva que le provocaban siempre sus encuentros con ella.

—Te doy mi palabra de que todos están siendo bien tratados, Fatimah, pero mientras no nos hagas caso seguiremos bajando por la lista, y si llegamos al final sin que hayas cooperado no te puedo prometer que continúen tratándolos bien.

Acercó el papel por la mesa hacia su belicosa interlocutora, que no le había ofrecido té ni nada de beber.

Fatimah estrujó en ese momento el apoyabrazos de su sofá aterciopelado.

—¿El precio sigue siendo el mismo? —preguntó con voz gélida.

—Sí.

—Y los soltaréis cuando diga las mentiras que queréis que diga y vuelva a casa.

—Sí. —Mariam continuó mirándola a los ojos para ver cómo reaccionaba a lo siguiente—. Y seguirán en libertad mientras tú sigas callada.

Fatimah se frotó los ojos y miró por la ventana. En sus ojos, pensó Mariam, había una especie de anhelo, como si estuviera a punto de lanzarse por ella. Se quedó un momento absorta.

—Lo haré, Mariam, pero tú ahora estás con el diablo, ¿no? Has perdido todo lo demás.

Mariam no dejó que su cara trasluciera ninguna reacción, pero sintió en su estómago toda la fuerza del reproche. Sabía que era cierto, al menos parcialmente.

—En cuanto hayas dimitido del Consejo Nacional, estén impresas tus denuncias y hayas vuelto a casa, quedarán en libertad. Palabra del Palacio —dijo.

Fatimah hizo un gesto glacial de asentimiento, que no se repitió.

—No tardes mucho, por el bien de ellos —dijo Mariam antes de dar media vuelta y empezar a salir.

—Una última cosa —le dijo Fatimah.

Mariam se volvió otra vez, retrocediendo hacia la puerta.

—¿Qué?

—¡Siento que los francotiradores rebeldes no consiguieran matar a tu tío! —rugió Fatimah—. Me han dicho que sobrevivirá, el monstruo.

Acto seguido le escupió a la cara. La saliva se le escurrió por la frente.

A última hora de la tarde Mariam salió a correr por Montalcino. Por calles empinadas, cubiertas de adoquines, llegó a una acogedora iglesia con columnas de piedra. Estaba vacía, con las puertas completamente abiertas, y la puesta de sol iba dejándola en penumbra. La nave estaba flanqueada por gruesas columnas de mármol. Las aberturas de la cúpula de encima del altar iluminaban dos suntuosas esculturas de ángeles que velaban por Cristo y la Virgen. Los Haddad eran cristianos, pero no practicantes, y Mariam llevaba seis años sin pisar una iglesia, desde el bautizo de un sobrino.

Al cerrar los ojos se encontró con un paisaje menos celestial.

Estaba rodeada por un grupo de hombres: Yamil Atiyah, el

agente de la Mujabarat que había pegado a Razan y Hasán. De pronto se le echaron todos encima, y ella buscó un arma: una porra, un cuchillo, una pistola... lo que fuera. Cogió una porra y quiso usarla contra Ali Hasán. De repente tenía delante a Fatimah con los brazos sobre la cabeza, diciendo: «*Ojti*, hermana, por favor, para, por favor, para, por favor...» hasta que se perdió su voz en la distancia.

Abrió los ojos y lloró en la iglesia vacía: por su familia, por sí misma y por Sam. Pensando en él, apoyó la cabeza en las rodillas y se puso a temblar, hecha un ovillo. Estaba sola. Tan y tan sola...

38

La casa de seguridad, cuyo extraño nombre en clave era TAQUERÍA, estaba compuesta por varias casas medievales reformadas en un estilo rural toscano, con muebles de caoba, alfombras rojas y dibujos de escenas campesinas en las paredes. Las casas, rodeadas de viñedos, se apiñaban en lo alto de una colina, a la sombra de un castillo deshabitado cuyo dueño, descendiente segundón de la nobleza italiana, costeaba su mantenimiento poniendo su casa a disposición de la CIA.

En la vida real los agentes de la CIA no se pasean casi nunca en coches deportivos de relumbrón. De hecho, al hablar del alquiler con una mujer de Despliegue Global con voz de ser muy vieja, Sam se enteró de que la normativa de la Agencia reducía su elección a la clase «económica» de Hertz. Al subir con su coche de alquiler por un camino de tierra bordeado de cipreses, y ver las casas, la piscina y el castillo abandonado, insultó por dentro a Procter. Un sitio así no se lo podía permitir nadie que condujera un Rav4. El modelo lo había escogido Procter, aunque iba de copiloto. Detrás, medio encogida, iba una experta en accesorios del Departamento de Servicios Técnicos que respondía al nombre de Iona Banks, y que dotaría a Mariam de los materiales necesarios para acabar con Atiyah.

Mariam llegaría por la noche, a tiempo para cenar con Sam y Procter en la casa de seguridad, y se quedaría a dormir. Desde su llegada a Italia los BANDITO no habían bajado la guardia ni un momento, y según ellos no la vigilaba nadie.

—Esto me recuerda a Afganistán —dijo Procter mientras Sam se metía en un aparcamiento pequeño y lleno de polvo, entre viñas que habían empezado a refrescarse en una sombra

vespertina de cipreses. Bajó de un salto y empezó a hacer contorsiones y estirar sus cortas piernas—. Quitando la pobreza y el terror, claro.

A principios de la noche, mientras leía en su habitación, Sam oyó crujir la grava del aparcamiento. Máxima puntualidad. Subió a recibirla.

—Hola —dijo al verla apeándose del coche, un BMW de cinco puertas.

Ella no le devolvió la sonrisa. Tenía los ojos vidriosos y distantes, como tristes. Le pasaba algo.

—¿Cómo te ha ido la reunión con Fatimah? —preguntó Sam.

—Fatal. ¿Podemos hablar más tarde?

—Sí, claro.

Se apartó del coche mientras ella abría la puerta.

Mariam abrió el maletero. Sam sacó su maleta. En la colina soplaba un viento fuerte que inclinaba los cipreses.

Después de llevar la maleta con ruedas a la habitación de Mariam dijo que cenarían en el porche de la piscina, donde Iona había descubierto una cocina con todo lo necesario. Llevaba unas horas cocinando, tras haber ido a hacer la compra a Montalcino.

—Suena muy bien —dijo Mariam—. ¿Me das unos minutos para prepararme?

Sam salió, y al ir al porche descubrió un banquete de aceitunas fritas, *focaccia* recién horneada y lasaña. Procter estaba sirviendo el vino, mientras Iona acababa de poner la mesa. Era una mujer delgada y de piel blanquecina, con el pelo rubio oscuro muy rapado a la izquierda y el brazo derecho cubierto de tatuajes, más que nada de caballos, por lo que veía Sam.

A medida que Procter iba echando el vino se formaban círculos en el mantel alrededor de la base de las copas. Llegó

Mariam, que la saludó con un abrazo, y a Iona con un apretón de manos. Una vez sentados Iona explicó que la lasaña no era la típica porquería que te daban en Estados Unidos, sino que llevaba salsa boloñesa de verdad, mezclada con bechamel y parmesano recién rallado.

—Seis capas —dijo orgullosamente.

Empezaron a comer. Sam preguntó por Daoud.

—Se recuperará —dijo Mariam—. Aún está en el hospital, pero los médicos no prevén que le queden secuelas.

—¿Alguna pista sobre los perpetradores? —preguntó Procter.

—¿Los qué? —dijo Mariam.

—Los que lo hicieron —aclaró Sam.

—Ah... no, nada en concreto. Rebeldes, eso seguro, pero de momento no hay detenidos. —Dejó el tenedor—. Perdón, pero ¿podríamos cambiar de tema?

Fue Sam quien rellenó las copas, relevando a Procter, que le puso mala cara. Sam, ya por la tercera copa, miró disimuladamente a Mariam. Desde El Cairo, o mejor dicho, para ser sincero, desde las partidas de cartas en Las Vegas, estaba orgulloso de su intuición y su capacidad de adaptar sus estrategias a cada situación o renunciar a ellas. Cuando Mariam levantó la vista, y se miraron a los ojos, Sam supo que había pasado algo.

Le hizo una señal a Iona, que dejó sobre la mesa una bolsa de plástico con un maletín de cuero negro Ferragamo. Lo había comprado en Florencia por casi cinco mil euros.

—Hemos estudiado el vídeo de tu reunión con Atiyah; siniestro, pero nos ha ayudado —dijo Sam.

—Por cierto, ¿qué llevabas cuando fuiste a verlo? —preguntó Procter.

—Creo que un vestido negro. ¿Por qué?

—¿Uno sexy?

Mariam tosió y se limpió la boca.

—Supongo.

—Me lo imaginaba —dijo Procter—. Al mirar el vídeo daba la impresión de que sabía que había una cámara, porque a ratos se la quedaba mirando. Con un vestido sexy, y siendo tú tan pechugona, tiene lógica.

Mariam se ruborizó, mientras Procter hacía un guiño indiscreto. Nadie decía nada. Iona se tomó un buen trago de vino.

—Bueno —dijo Sam para no perder el tiempo—, la cuestión es que en Roma hemos usado tu vídeo para generar imágenes de alta resolución del maletín.

—La marca y el modelo era muy fácil identificarlos, claro —dijo Iona—, pero lo que hemos hecho ha sido estudiarlo por fuera milímetro a milímetro para hacer una copia. En el vídeo, por ejemplo, se ve que está un poco gastado justo debajo de la costura entre el mango y cuerpo del maletín. —Señaló el de la mesa—. Lo hemos recreado.

Era de un solo espacio, un maletín sencillo y elegante pensado únicamente para documentos, sin subdivisiones. Sam se había cronometrado sacando un fajo de papeles y metiéndolo en el nuevo maletín. Podía hacerlo en dos segundos. Calculó que a lo sumo Mariam necesitaría quince segundos a solas en el despacho de Atiyah para hacer el intercambio. Le explicó la lógica, y ella asintió con los ojos vidriosos, moviendo la lasaña por el plato sin tocarla.

Cuando acabaron de cenar cogió el maletín, que aún estaba en su funda de plástico, y lo examinó como si fuera de compras.

—Lo hemos metido todo dentro y hemos cosido el fondo, usando los materiales originales, claro, para que la única manera que tenga Atiyah de encontrarlo sea destrozando el maletín —explicó Iona—. Se activa con un mecanismo de resorte muy pequeño, que está incrustado dentro. Sí que hemos puesto algo que debería poder detectar un equipo de expertos de la Mujabarat si se fija bien, hemos aflojado un poco las costuras alrededor del cierre.

—Así —dijo Sam—, cuando saquen los documentos e inspeccionen el maletín verán que dentro hay un par de costuras levantadas, y al desmontarlo todo encontrarán el mecanismo y los documentos que hemos escondido dentro. También nos aseguraremos de que Atiyah reciba mensajes de texto y correo electrónico de fuentes raras.

—La clave —dijo Procter limpiándose la boca de bechamel— es que en el soplo que des no digas absolutamente nada sobre el maletín. Tendrá que ser algo inocuo pero suficiente para levantar sospechas y hacer que pongan en marcha una investigación. Así, al seguir la pista encontrarán el maletín y... ¡bum! Adiós, Atiyah.

Hizo el gesto de rebanarse el cuello.

Iona preguntó nerviosamente si querían que abriera otra botella de vino. Procter siguió hablando sin que la afectase lo más mínimo el ambiente palpable de ansiedad.

—Yo te aconsejo que le digas a Bouthaina que te lo has encontrado tecleando en un aparato raro. Debería ser bastante.

La velada tuvo un colofón profesional: tras acabar de repasar los últimos detalles de la operación, quitaron la mesa y se acostaron temprano. Sam se quedó despierto en la cama, dando vueltas al caso, y exasperado por la presencia de Mariam en la habitación contigua. Se durmió sin haber dado con la explicación de su frialdad. Por la mañana Iona fue a visitar una abadía cisterciense en las afueras de Siena, llevándose una cámara con un teleobjetivo muy grande. Mariam dijo que necesitaba correr.

—Te acompaño —se ofreció Sam.

—Sola, *habibi* —dijo ella suavizando el desaire con un beso en la mejilla.

Al ver que se alejaba, Sam se dio cuenta de que ya no quedaban residuos de la culpabilidad con que se había ido de Francia, diluida o relegada al avanzar el caso y adquirir

profundidad sus sentimientos hacia Mariam, dos cosas unidas para siempre en una sola. Su relación con ella (prohibida por la CIA) se le presentaba como lo más normal y natural del mundo, como tenía que ser. No entendía su frialdad, y tampoco tenía planes sobre cómo gestionar las represalias de parte de sus superiores de la CIA, si es que llegaban a enterarse.

Se tomó un café en el porche, contemplando la campiña toscana. Iba por la segunda taza cuando llegó Procter. Llevaba un jersey rojo con la cremallera bastante bajada para que asomara un sujetador deportivo de color amarillo plátano.

—¿En Minnesota hay colinas? —preguntó—. ¿O son todo maizales?

—Como éstas no —dijo Sam.

En uno de los cipreses cantó un pájaro. Después de otro sorbo de café, Sam se dio cuenta de que Procter lo observaba. Volvió la cabeza y ambos estuvieron mirándose medio segundo. La Jefa entornó los ojos: estaba hurgando en su mente y haciendo catas en su cara de póker para averiguar qué narices pasaba al otro lado. Ya le habría gustado a él mismo saberlo.

—¿Qué le pasa a la niña? —preguntó Procter de golpe.

—Está rara, Jefa —contestó él.

—Sí, a mí también me lo parece.

—Lo que no sé es por qué.

Sonó el teléfono de Procter.

—Tengo que ponerme. ¿Vienes a buscarme dentro de media hora?

Sam asintió exhalando de alivio.

—Ponte el traje de baño —dijo ella.

—¿Qué? —repuso él sonriendo.

La Jefa ladeó la cabeza como un científico examinando un espécimen extraterrestre.

—Que hay piscina, Jaggers.

Media hora después, llamó a la puerta de Procter. Como no había llevado bañador a Italia, se había puesto unos shorts de correr absurdamente cortos y finos. No podía estar más incómodo.

Procter apareció en la puerta con un albornoz blanco gigante y peludo cuyos bordes arrastraba por el suelo como un mago. Salió sin decir nada y se dirigió hacia la piscina. Él la siguió.

La situación (estar medio desnudo y a solas con Procter) no le gustaba nada, y no porque creyera que la Jefa podía tener algún interés en él (de hecho, no creía que le interesaran los hombres, y quizá tampoco las mujeres). Simplemente, no le había gustado su mirada en el porche, y no quería entrar en detalles con ella sobre el caso antes de haber hablado con Mariam. Tiró su toalla en una silla mientras la Jefa toqueteaba el equipo de música hasta dar con una emisora horrorosa que procedió a poner a todo volumen.

—Perfecto —dijo ella, y se quitó el albornoz.

Llevaba un bikini bastante normal, a diferencia del resto de su vestuario; era negro, a juego con su pelo.

Él apartó maquinalmente la vista (en la Granja no te preparaban para ver medio desnudos a tus jefes), pero ella pasó delante como si nada en dirección al borde de la piscina. No había escapatoria, así que cogió dos cervezas Peroni de la nevera, que estaba bien surtida, y le ofreció una.

Ella la cogió y se bebió la mitad en un plis plas; luego, puso la botella en la orilla y se puso a flotar boca arriba con los ojos cerrados, como si disfrutara aquella música horrenda. Él nunca la había visto así de relajada, o mejor dicho: nunca la había visto relajada, y punto.

—Tengo que hablar con ella esta noche —le dijo.

Procter salió del agua peinándose hacia atrás con los dedos.

—¿Te preocupa la contrainteligencia? —le preguntó, pero la música estaba tan alta que a duras penas se oía a sí mismo.

—No —contestó a la pregunta que le pareció escuchar—. La

inteligencia que nos dio sobre el programa de gas sarín era correcta, y la hemos confirmado por más de una vía. Si fuera un anzuelo, dudo mucho que los sirios nos hubieran dado información como ésa. Pero algo le pasa: ayer por la noche estaba un poco rara. La conozco, y se le notaba en la cara que ha pasado algo malo. No puedo decir si no le gusta la misión contra Fatimah, la operación contra Atiyah o se trata de algo más. Sólo sé que está rara.

Parecía que Procter fuera a preguntarle algo.

—Bueno —dijo finalmente—, pues esta noche te la llevas a cenar y lo averiguas. Mañana estudiamos el covcom.

Sam y Mariam iban juntos en el coche sin hablar, disfrutando de las vistas del trayecto a Sant'Angelo in Colle, un pueblecito tranquilo, de cuestas empedradas y casas de tejas descascarilladas. Se sentaron en la terraza de uno de los dos restaurantes de la única plaza del pueblo, por la que se paseaban de la mano dos mujeres mayores. Estaba anocheciendo. De vez en cuando el rumor de la clientela se veía interrumpido por las notas de bajo de un grupo de jazz local que ensayaba cerca, en un sótano.

Mariam llevaba vaqueros, camiseta blanca y una chaqueta Barbour de un verde soso, aceituna. Se había rizado un poco el pelo y lo llevaba suelto, pero sin tapar los pendientes de aro dorados que se movían con la brisa. Por su parte, Sam se había puesto una camiseta gris de manga larga, vaqueros y zapatos para conducir. Cayó en la cuenta de que parecían una pareja cualquiera de las que hacían vacaciones en la zona y llenaban la plaza. Él pidió un ragú de jabalí a la toscana, y Mariam, bucatinis *cacio e pepe*.

—Como en Èze —dijo ella devolviéndole la carta a la camarera.

Sam también sonrió pensando en la primera noche y

recordando el tintineo de sus pendientes al compás de sus cuerpos. Se preguntó si eran los mismos pendientes que llevaba ahora.

Dejó en manos de ella la elección del vino y, cuando la camarera se fue, puso una mano sobre la de Mariam, que sonrió.

—Estoy contenta de estar aquí.

Era la primera vez que daba muestras de estar tranquila desde su llegada. Del sótano donde ensayaba el grupo se escapó un acorde de metales que viajó en el aire de la noche. En la hilera de cipreses de la colina cantaba una curruca. Él mojó un trozo de pan en aceite de oliva mientras contemplaba a Mariam. Había visto la misma mirada en otros activos, y a veces también al otro lado de una mesa de póker, cuando alguien que había apostado demasiado se encontraba en aprietos. También se la había visto a ella una vez, justo después del ataque en Villefranche. La camarera les sirvió el vino y bebieron en silencio, sin soltarse de la mano. Tenía que tranquilizarla, tenía que evaluar a ATHENA.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó.

Podría haberle dado a escoger entre una docena de temores plenamente justificados, pero dejó que ella misma respondiera.

—De tantas cosas... —dijo haciendo el esfuerzo de sonreír. Luego señaló hacia el otro lado de la terraza, donde había otra pareja más o menos de su edad—. Mira a esos dos, cogidos de la mano y dándose besos mientras yo me pregunto si me están vigilando Atiyah o la Mujabarat, y pensando en lo que pasa cuanto te echan de Siria o algo peor. El ambiente en Damasco es tan precario... es como si nos acercáramos a un precipicio. ¿Y luego qué? ¿Qué le pasará a mi familia, y a mi prima? Me da miedo por...

Disimuló un sollozo con la servilleta y apretó la mandíbula intentando frenar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¿Por qué tienes miedo?

—Tengo miedo por mi familia —dijo entre lágrimas—. Por mí no, por ellos.

Sam rodeó la mesa, se sentó a su lado y le pasó un brazo por la espalda, a lo que ella respondió apoyando la cabeza en su hombro. Él no habría sabido decir cuánto tiempo llevaban en silencio cuando se acercó la camarera para retirar los platos, prácticamente intactos. Le hizo señas de que se marchara. El grupo había dejado de tocar. Hubo un goteo de músicos hacia los coches aparcados cerca de los bordes verdes de la colina.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Yo siempre te protegeré, Mariam —le susurró él al oído—. El trabajo que hemos elegido es peligroso, pero nos ha llevado a estar juntos y lo acabaremos juntos en Damasco, te lo prometo.

La besó en la frente y luego en la boca, y disfrutó del olor de su pelo mientras le acariciaba el cuello.

—Tú y yo juntos somos algo especial —dijo ella—. Eso me da poder. Sin ti no puedo hacerlo, Sam.

Él empezaba a pensar lo mismo. De repente se dio cuenta de que estaba hecho un lío colosal, pero se quitó esa idea de la cabeza para concentrarse en otra tres, enfrentadas pero inequívocamente ciertas, de eso estaba seguro. La primera era que tenía ganas de fugarse con ella esa misma noche; la segunda, que todo lo que ella había dicho era verdad, pero que seguía guardándose algo; y la tercera, que era leal, a él y a la CIA.

Como el cocinero y el encargado de la barra se habían ido ya, la camarera se acercó de puntillas con la cuenta, evitando mirar a los ojos a aquella árabe llorosa y su guapo novio. La discusión, fuera cual fuese, debía de estar zanjada, porque estaban besándose. «Qué tierno», pensó sonriendo.

Sam pagó y bajaron por la cuesta entre besos. A tres metros del coche aparcado había una pareja mayor sentada en el escalón de entrada de su casa tomando vino. Empezaron a gritarse. Él no entendía lo que se decían, pero el nivel de exaltación y de rabia era tal que se obligó a pensar en un plan B. Vio que Iona había dejado una manta en el asiento trasero al

volver de la abadía.

—En el camino de vuelta hay unos viñedos —dijo.

—Perfecto, *habibi* —dijo Mariam—. Tú conduce.

Pese a lo estrecho y sinuoso de la carretera, no se tardaba en llegar a las bodegas Boscarello. Él había aprendido a conducir por terrenos difíciles hacía una década, hasta el extremo de acabar segundo en su curso de conducción defensiva en la Granja, pero esta vez la distracción no era que se le echara encima un adversario, sino la siria del asiento de al lado.

Al llegar, aparcó en el arcén, separado de las viñas por una zanja poco profunda y un murete de piedra. Abrió el maletero y sacó la manta.

Tras saltar el murete se internaron entre las hileras de vides. A unos cincuenta metros, él desplegó la manta bajo una luna incandescente.

Se acostaron en el suelo y fueron quitándose la ropa entre beso y beso hasta que sólo quedó el calor de la piel y la sensación de Mariam envolviéndolo. Ella gimió y le pegó la boca al oído, levantando las rodillas hacia las parras.

—¿Me lo prometes, *habibi*?

Él le pasó una mano por el pelo.

—Te lo prometo, *habibti*, te lo prometo.

Notó que ella le clavaba las uñas en los hombros y vio que volvía a apoyar la cabeza en la manta para ver el cielo. Se movió despacio, viendo reflejarse la luz de la luna en la misma mirada de antes, que no dejó de preocuparle ni siquiera cuando ella empezó a apretar los ojos y a tensar los músculos de la cara a la sombra de las viejas viñas.

A la hora de desayunar, Sam, Mariam y Procter repasaron todos

los aspectos del dispositivo covcom. Mariam fue dando mordisquitos a una tostada mientras Sam le hacía una demostración de cómo funcionaba el sistema PLATYPUS.

—Funciona igual que tu iPad —dijo— porque lo es... o lo era. La única diferencia es que te permite comunicarte con nosotros. Se enlaza con el satélite por transmisión en ráfaga, es muy difícil de interceptar.

—¿Muy difícil o imposible? —preguntó Mariam.

Procter cogió al vuelo la granada de mano.

—No te vamos a pegar la trola de que es imposible, pero el adversario tendría que saber exactamente dónde está el aparato, adónde se dirige la transmisión y a qué hora está programada. Sin esos tres datos es imposible interceptarlo.

—Cuanto más largo es el mensaje, más larga es la ráfaga, y más fácil de detectar —agregó Sam—, por eso esta plataforma restringe el número de caracteres y no te deja enviar muchos mensajes seguidos desde la misma ubicación. Pero con esto podremos enviarnos mensajes cortos y programar los encuentros sin usar el punto de contacto clandestino para programar los encuentros.

—Eso está bien —dijo Mariam.

—Ya lo creo —dijo Sam—. Voy a enseñarte a hablar con nosotros. Ya te crearemos un dibujo en la pantalla como contraseña; de momento, está programado para mí, o sea que voy a abrirlo yo.

Rodeó la mesa y se sentó al lado de Mariam sintiendo que la Jefa lo observaba igual que en el porche. Notaba algo.

Él hizo una serie de garabatos con el dedo en la pantalla para abrir un programa similar a Gmail.

—La plataforma crea una bandeja de entrada ficticia con un cortafuegos, por si se te acerca alguien por detrás y ve la pantalla cuando estás escribiendo. Luego nos escribes un e-mail, igual que con Gmail, y le das a enviar. Puedes introducir la dirección y el asunto que quieras. Da igual, porque sólo puede ir

a un sitio. —Señaló el cielo—. A nosotros.

—Hay un cortafuegos que aísla totalmente esta parte del dispositivo de las otras —dijo Procter—. El falso programa de correo electrónico ni siquiera está alojado permanentemente en el iPad, es decir, que si cae en manos de la Mujabarat y buscan qué hay dentro no lo encontrarán, por la sencilla razón de que no está.

—Abres el programa con el dibujo, escribes, le das a enviar, que es lo que inicia la ráfaga, y apagas el iPad. Y ya está. La próxima vez lo abres normalmente y te encuentras todas tus aplicaciones, películas, canciones...

Sam metió la mano en su maletín y sacó una pequeña esfera negra con cables que salían por arriba y por debajo. Cada cable se acababa en una conexión USB. Uno era negro y el otro verde. En medio de la esfera había un solo botón que parecía un ombligo.

—Esto lo transferirá todo desde tu antiguo iPad en cuestión de minutos. Luego pondremos el nuevo en la carcasa de siempre y el viejo nos lo llevaremos —dijo.

Mariam se había quedado mirando el PLATYPUS.

—Me pone nerviosa —dijo sin levantar la vista—. No tengo muy claro que quiera tenerlo.

Era la típica paranoia del covcom. Sam sabía que no era imposible que Mariam estuviera a disgusto con el aparato. Una vez había captado a un general saudí que se negaba a usarlo, aunque sus dotes de espía fueran muy chapuceras y los métodos que prefería (entregas en coche, a pie o en un punto de contacto clandestino, marcas de tiza...) fueran mucho más arriesgados. Sam se lo explicó todo y recalcó las consecuencias, pero daba lo mismo, el general quería lo que conocía. A otros agentes no les gustaban los dispositivos porque les recordaban constantemente la traición. Tenías en tu dormitorio un aparato que te provocaba.

Miró de manera casi imperceptible a Procter, que tomó el relevo.

—¿Puedes decirnos por qué? —preguntó la Jefa.

—Me consta que en otros sitios estos sistemas han estado en peligro —dijo ella—. China, Irán... Ya sabéis que ahora mismo en Siria hay un contingente iraní que está ayudando al Mujabarat en sus ataques a la oposición. Tener en mi casa un aparato así... me hace sentirme... vulnerable.

Sam asintió con la cabeza.

—Lo entiendo, pero estos dispositivos nunca han sido hackeados, nunca. Lo de Irán pasó con un sistema temporal de base web. Los iraníes encontraron a unos agentes que entraban en páginas muy concretas. Los chinos fueron un paso más allá: usaron el sistema para entrar en otro desactivando el cortafuegos, y también encontraron a los agentes que lo usaban. Ahora bien, lo que no ha hecho nadie nunca es entrar en uno de éstos.

—Seguro que es lo mismo que les dijo la CIA a sus agentes en China. —Procter abrió la boca, seguramente para replicar, pero Mariam no le dio ocasión—. No quiero pasar demasiada información con este dispositivo —dijo—. Cuando tengamos mucho de que hablar preferiría que nos viéramos personalmente.

Después de un rato mirando los cables y el iPad, le pidió a Sam que lo transfiriese todo al PLATYPUS. Diez minutos después dijo que tenía que irse.

—Dentro de media hora tengo que llamar a Bouthaina.

Apareció Iona en la mesa del desayuno con el maletín, dentro de su bolsa original de tela de Ferragamo, con etiquetas y todo, y le entregó a Mariam el recibo.

—Por si te hacen preguntas —dijo—. Un recuerdo de Italia para un ser querido.

Sam vio que Mariam daba un respingo y apretaba la mandíbula, como durante la cena.

Después de abrazar a todo el mundo, Mariam guardó el nuevo maletín y les pidió a Sam y a Procter que la acompañasen hasta el coche. En el aparcamiento se la volvía a ver triste.

—Os quiero a los dos —dijo antes de cerrar la puerta, arrancar y marcharse.

Procter y Sam se quedaron mirando la polvareda que levantaba el coche hasta que se perdió de vista al otro lado de un muro de cipreses y de viñas, bajando por el valle.

—¿Ayer por la noche conseguiste una respuesta? —dijo Procter volviéndose hacia Sam.

—Tiene miedo. Y pasa algo con su familia.

—¿Te lo dijo ella?

—Como si me lo hubiera dicho.

39

Los BANDITO lo habían probado cuatro veces en otros tantos días: llevar el Pajero con la bomba ante el Departamento de Seguridad, dejarlo aparcado en un lado de la calle e instalar en el piso franco el equipo de vídeo que usaría Langley para confirmar que el objetivo era Ali Hasán. Tuvieron que desistir las cuatro veces por distintas causas: porque no funcionaba el enlace de vídeo encriptado, porque Sam estaba en un atasco y porque Ali no había salido a caminar (dos veces).

—Mañana volvemos a intentarlo —dijo Procter, viendo pasar a Ali por delante del coche junto a una mujer con un cochecito de bebé—. Como cada día.

Sam y Procter estuvieron seis horas diseñando la RDV. La orden de asesinato estipulaba que un agente de la CIA viera físicamente al objetivo antes de que apretaran el detonador. Los BANDITO podrían servir de apoyo, pero tendría que ser Sam quien dirigiera la operación a solas en el piso franco. Tenía que quitarse de encima cualquier tipo de vigilancia.

El despacho de la Jefa estaba lleno de latas de Coca-Cola Light y envoltorios de chicle. No se le notaba el cansancio; más bien lo contrario, como Sam, que estaba a tope. Se entretenía apuntando hacia una de las latas con la Mossberg, mientras Procter volvía a desglosar el plan en voz alta. Estaban decidiendo lo que haría Sam, y valorando la opción de desaparecer a secas, quitándose de encima la vigilancia activa como si estuviera en Moscú o en un entorno operativo hostil.

—Todavía no —dijo Procter—. Confirmaría que eres de la CIA,

y los cabrearía tanto que a saber de qué serían capaces. Igual te daban una paliza sólo para divertirse. Es lo que hacían los putos rusos en Moscú cuando nos escaqueábamos de manera agresiva. Eso si no te pillan y te matan, como a Val. ¿Has leído el SIGINT sobre el equipo ruso que ha llegado de Moscú?

Sí, lo había leído, el informe era la lista de pasajeros de un vuelo de carga de Moscú a Damasco que había llegado antes de salir él hacia Italia. Según la investigación sobre los nombres, a bordo iban siete agentes del SFS y cinco del SVR. Nadie sabía para qué iban allí.

—La composición del equipo ruso es rara —opinó Sam bajando un momento la Mossberg—. Es como si alguien hubiera pedido ayuda contra nosotros.

Procter asintió.

—A ver, teniendo en cuenta que en Moscú los rusos nos asignaron a algunos de sus mejores hombres, cabe la posibilidad de que hayan mandado al Equipo A en respuesta a una petición de ayuda rusa, pero sí, la verdad es que es preocupante —repuso moviendo la mandíbula.

—Es como si los sirios supieran que hemos captado a un pez gordo —dijo Sam.

Apuntó a la papelera con la Mossberg y fingió apretar el gatillo.

A la mañana siguiente Sam estaba en su cocina, repasando el mapa mental de la RDV con un café en las manos. Se puso otra taza y llamó a su madre por Skype para decirle que saldría de compras y preguntarle qué quería. Hablaron de muebles y de joyas, hasta que ella se decidió por una alfombra. Dijo que la prensa estaba llena de artículos a favor de una intervención militar estadounidense en Siria, pero Sam le quitó importancia y dijo que en Damasco no corría peligro. Se declararon mutuamente su amor y colgaron.

Cerró el portátil y fue descalzo al baño con el móvil. Le mandó un mensaje a Stapp, el técnico de la Estación, para confirmar que saldrían de copas por la Ciudad Vieja. Ya vestido, con vaqueros, zapatillas azules y una camisa blanca arrugada, salió de su apartamento en el barrio de Malki con un bolsito al hombro, y dentro del bolsito una cámara digital. Lo que había hecho en el apartamento, la cámara, la indumentaria... todo estaba pensado para encajar en la vida que llevaba y hacer creer a un equipo de vigilancia activa que se estaba preparando para un fin de semana de tantos en Damasco: ir de compras, quedar con amigos y pasearse por los sitios turísticos.

Ya estaba todo lleno de peatones, soldados con sus AK y gatos callejeros. Entró a comprar agua en una tienda y se la bebió mientras bajaba por la calle Jawaher Lal Nahro, siguiendo la hipotenusa del parque Tishreen. La vigilancia fija que vio cuadraba con su mapa mental. También el vigilante que le pisaba en solitario los talones era ya algo acostumbrado, un soldado raso de la Mujabarat que no se esforzaba por disimular su presencia, siguiéndolo a unos cuarenta metros. En la plaza de los Omeyas, donde giraban los coches como en una licuadora, Sam paró un taxi y le dijo que fuera hacia el barrio de Abasiyin.

El taxista salió disparado por el caos del tráfico en Damasco. No había peor sitio para conducir. En lo único que se fijaban los conductores era en el morro de su propio coche. Tocaban la bocina como locos, chocaban a menudo y no siempre se paraban para dejar paso a los peatones.

Al mirar de reojo por el retrovisor vio que su vigilante se sacaba una radio del bolsillo. Sam sabía que no lo dejarían tan fácilmente a su aire. Casi seguro que la llamada era a un equipo móvil que seguiría al taxi. Más obvio imposible.

La RDV se haría en pleno de centro de Damasco, pero entre Sam y Procter habían diseñado una ruta nueva de mayor duración que las diez horas estándar. Partía del borde este de la Ciudad Vieja e iba discurriendo en zigzag hacia el oeste hasta

llegar al piso franco ubicado en la misma calle que el Departamento de Seguridad, en el barrio de Kafar Susa.

Eran las ocho de la mañana. Bajó del taxi y se puso a hacer fotos. Los equipos móviles ya lo tenían localizado: justo en la entrada de un aparcamiento había un turismo negro y un vehículo amarillo con pinta de haber sido un taxi.

Salió a pie hacia Abasiyin. Los vehículos de vigilancia acabaron desapareciendo, pero ya tenía otra vez detrás al hombre de siempre. Recursos tenían de sobra, para todo el día; la clave, sin embargo, era alargar las cosas hasta que el equipo de vigilancia ya no soportara tanto aburrimiento y decidiera ponerse al servicio de una mejor causa. Acabó de registrar a las personas que lo rodeaban y absorbió la tensión en su pecho.

Ali y Volkov estaban en el centro de mando ruso. Un cierto olor corporal flotaba en el aire. Los ceniceros rebosaban de colillas. Una hilera de monitores recogía imágenes en directo del americano llegando a un restaurante, cortesía de un coche aparcado en la entrada. Los equipos de vigilancia sirio y ruso habían llegado allí al mismo tiempo que Samuel Joseph.

Kanaan, inclinado con dos rusos sobre un mapa pormenorizado del Barrio Cristiano, debatía con ellos el siguiente movimiento de Joseph.

—¿A usted qué le parece, general? —le preguntó Volkov a Ali —. ¿Será hoy?

Stapp y Sam se saludaron en la entrada a mediodía. Stapp le explicó con una gran sonrisa que el Abu George Café, un local de moda, empezaba a servir alcohol antes que cualquier otro establecimiento de Damasco.

Dentro no había nadie. Stapp le dio la mano al barman y pidió dos pintas de Stella. Se sentaron cerca de la ventana, para que

Sam pudiera ver la calle. Stapp, que no sabía nada de la operación, no paraba de hablar. Justo cuando le explicaba que alguien le había estado robando bebidas alcohólicas de la nevera de la oficina Sam vio pasar delante del café al vigilante de siempre, que lo miró sin disimulo a través del cristal, inflado como un gorila, con camisa blanca y pantalones negros de vestir baratos. Se fijó en el resto de la gente. Un hombre con vaqueros, zapatos marrones gastados y camiseta Adidas: «parece tenso, posible vigilante. Memorizar el perfil». Otro con pantalones grises y camiseta negra lisa, riendo por teléfono: «cabeza y hombros relajados, risa sincera, poco probable que sea un vigilante. Descartar».

Siguió actualizando el catálogo mientras Stapp hablaba por los codos. Se acabaron las cervezas. Stapp se pidió otra. Sam no quiso. El técnico empezó a comer pistachos con cáscara. La una y media. Era hora de atajar por la parte antigua.

Sam se fue del restaurante, quitándose de encima a Stapp con la excusa de que tenía que hacer compras para su madre.

—Pues claro, hombre —le dijo el técnico, dándole una palmada en el hombro mientras seguía dale que te pego con su cerveza.

Caminando hacia el oeste por la Calle Recta, la antigua calzada romana que cortaba el casco antiguo de este a oeste, Sam se acercó a un grupo de casas donde se vendían muebles a medida y alfombras tejidas a mano. Estuvo media hora de paseo, parándose a hacer fotos, mirar un avión que sobrevolaba la ciudad y mandarle a su madre un mensaje de texto. En la calle había pocos peatones.

Ya no le seguía el hombre de antes. ¿Se habrían retirado? No había advertido los movimientos sutiles y veloces propios de un equipo de vigilancia que intenta actuar de forma clandestina: nadie desapareciendo a toda prisa por una callejuela, ni caras

que ya hubiera visto antes, ni peatones manteniendo siempre la misma distancia. La cosa prometía.

Se metió en una trastienda llena de alfombras amontonadas. En el centro, donde las desplegaba el vendedor, había una superficie de cemento. El dueño, un tal Amin, mandó a por té con cajas destempladas a un adolescente impúber, hecho lo cual procedió a exhibirle sus productos a Sam con entusiasmo y don de gentes. Como era verdad que su madre quería una, Sam estuvo media hora evaluando el inventario hasta que se decidió por una baluchi de color rojo barro, decorada con pájaros llenos de vida y formas florales. Regateó con Amin, pero no tanto como debería, porque ya era hora de irse. Hizo una foto de otra alfombra y se dejó su cámara digital y su bolso en uno de los montones antes de reemprender su camino hacia el oeste, hacia el zoco Midhat Basha.

Diez minutos después ya no tenía dudas de que el vigilante que le seguía a pie había desaparecido. Era el momento de cambiar de dirección. Después de palparse con gestos ostentosos el lado del cuerpo donde debería haber llevado la bolsa de la cámara, rehízo a toda prisa su camino hacia la tienda de alfombras, sin volver ni un momento la cara, pero sí los ojos, para no perder detalle: el calor, la gente, el movimiento, la energía... Empezaba a sentirse limpio. Sacó barriga y escuchó su cuerpo, atento al cosquilleo. Le latía con fuerza el corazón, y le ardía la sangre en las venas.

Tras recoger la cámara y el bolso en la tienda de Amin volvió hacia el Abu George, otra vez hacia el este.

Las cuatro. Hora de retroceder por la ciudad de forma escalonada: cambios de dirección frecuentes, inversiones y media docena de paradas. Aprovecharía los giros muy cerrados de la Ciudad Vieja. En ese laberinto medieval, a un experto en calle se le presentaban decenas de ocasiones de poner a prueba a un equipo de vigilancia. Se trataba de ir despistándolos, aunque sólo fuera a ratos, dispersándolos y obligando al enemigo a

restablecer su perímetro, donde hasta los equipos más cohesionados cometían errores.

El tortuoso recorrido lo llevó por la Catedral Mariamita, el Naranj —donde se paró a mirar la carta y hacer una foto— y una farmacia a la que llegó por un atajo. La tirita grande que se compró para la ampolla que le había salido en un pie no formaba parte del plan, pero la necesitaba. Además, una parada más era una forma segura de hacer salir a la oposición. Fue entrando y saliendo de las multitudes para obligarlos a quedar expuestos mediante cambios bruscos de densidad. Cuanto más se acercaba a la mezquita de los Omeyas más llenas estaban las calles, pero en vez de sumarse al gentío cruzó la antigua calzada romana en dirección a Bab Al Saghir.

Las siete. Se notaba el ambiente cargado, no sabía Sam si por la guerra o por su propia tensión. Él no se sentía vigilado. Se paró en un puesto de *souvenirs* con baratijas favorables a Al-Ásad. En ese momento oyó su estómago y cayó en la cuenta de que necesitaba comer algo.

Con una tarrina de *buza* a medias (el elástico helado levantino), acompañada de una botella de agua, su cerebro empezó a hacerle jugarretas. Pensó que había demostrado un dominio perfecto del oficio. ¿O no? ¿La dependienta de la heladería era la misma que la de la joyería? ¿Seguro que el movimiento rápido y periférico de delante de la farmacia era un adolescente chutando una pelota de fútbol? Al poner rumbo a la estación de trenes lo asaltó el cansancio. Le dolían las pantorrillas y tenía la camiseta tan húmeda que no paraba de estirársela.

Se acordó de Benson, que en todos los simulacros de RDV veía fantasmas, y que al salir de la Granja había dejado el servicio al cabo de diez meses para perderse en el horizonte como un vaquero a lomos de un escritorio de oficina.

«Confía en el oficio», se dijo. Ya faltaba poco. El ambiente era tranquilo, pero con electricidad en el aire. Por el este empezaron a reverberar impactos de mortero. El sol quemaba sus últimos cartuchos tiñendo partes del cielo de rojo y de rosa. Él se detuvo al llegar a la plaza delante de la estación de Hiyaz e hizo una foto. De pronto vio un destello, algo que se movía en la esquina suroeste de la plaza. Había un silencio inquietante, roto tan sólo por el chisporroteo de una radio o alguien pisando papel de aluminio. Con un hormigueo en la columna, se planteó si era posible que un equipo hubiera podido evitar durante casi doce horas que lo detectasen. Se sentó en un banco.

Tenía la impresión de que le estaban dando caza.

La palabra «caza» despertó el recuerdo de un agente de apellido Sanders que tenía que encontrarse en Ankara con un activo ruso. Se reunieron tras una minuciosa r d v, pero al día siguiente mandaron al activo de vuelta a Rusia, lo pusieron contra la pared en la Lubyanka y le pegaron un tiro. En el análisis posterior se descubrió que a Sanders le había dado caza (eso, caza) un escuadrón multiequipo y mixto fijo-móvil del SVR, cuyas sospechas de que captaba activos rusos se debían a que tres semanas antes había hablado ruso en un acto diplomático. Sabían que había filtraciones en Turquía y Sanders era un cabo del que tirar. Durante días lo mantuvieron como en una burbuja, sin acercarse tanto como para que se diera cuenta, pero también sin perderlo de vista un solo instante. Él no se había enterado de nada. Bradley, que entonces era el jefe de la Estación El Cairo, obligó a todos los agentes a leer el análisis y a Sam le puso los pelos de punta porque tenía muy claro que, en el lugar de Sanders, habría hecho exactamente lo mismo que él.

Pues bien, había llegado a Damasco un equipo ruso que a saber a qué se estaba dedicando. Pensó otra vez en el informe. Uno de sus autores, un veterano de la Casa Rusia, había escrito que la única manera de asegurarse de que no se está en ninguna burbuja es desplazándose con rapidez en una dirección

perpendicular al itinerario preestablecido, con lo cual se pincha la burbuja y se obliga al adversario a replegarse. ¿Podía ser que todos los movimientos anteriores de Sam se hubieran producido en el interior de la burbuja?

Se oyó el petardeo de una moto que cortaba por la plaza hacia el río. La montaba una mujer a la que no pudo verle la cara, pero cuya ropa le sonaba de algo. ¿Un fantasma?

No estaba dispuesto por nada del mundo a ser quien jodiera la operación para matar a Ali Hasán. Era necesario que el muy cerdo pagara por lo que le había hecho a Val. Tenía que asegurarse de no estar vigilado antes de entrar en el piso franco. No sabía si lo rodeaba algún equipo, pero era necesario averiguarlo: había que romper la burbuja. Se levantó y empezó a caminar deprisa hacia el norte. Todos los almuédanos de la parte antigua llamaban a la oración vespertina, pero él no les prestaba oídos. Se dejaba llevar por el oficio, atento al cien por cien y sintiendo la calle.

Fue hasta el norte por Port Said y paró un taxi que iba en la misma dirección.

—¿Adónde? —dijo el taxista en inglés.

Él no sabía qué contestar.

—Ve hacia el norte —dijo en árabe, y cerró los ojos.

El corazón le latía muy deprisa y estaba sudando. Procuró respirar despacio. Había dedicado horas a memorizar mapas de la ciudad y, después de un minuto respirando lentamente y sin abrir los ojos, logró visualizarlos. El cementerio de Dahdah estaba justo al norte; no formaba parte de su itinerario acostumbrado, pero era un punto de interés turístico: podía explicar su presencia allí. Le pidió al taxista que fuera hasta la rotonda al lado del Ayuntamiento y torciera hacia el este por la calle Bagdad.

Al borde había un pinar poco frondoso. El sol ya se escondía detrás del horizonte. Caminó entre las lápidas haciendo fotos. Llevaba doce horas en marcha y el cansancio se le echó encima.

Cuando casi llegaba al otro extremo, oyó un chirrido de frenos seguido por los susurros inquietos de dos hombres y una mujer.

Dos proyectiles de mortero pasaron por encima sin que oyera los impactos: no veía, oía ni percibía a nadie en todo el cementerio.

Caminó hacia las voces y, de pronto, una joven lo adelantó. Tenía la misma estatura y el mismo tipo que la motorista de la plaza Hiyaz, pero ya no llevaba las botas de montar de piel, sino unos zapatos negros sin tacón. Luego pasaron dos hombres jóvenes cogidos de la mano como si fueran parientes. Miró de reojo los zapatos del más bajo: marrones y gastados. Sin duda era la misma pareja que había visto delante del Abu George cuando estaba con Stapp, aunque el tipo, entonces, no llevaba ese conjunto de chaqueta y pantalones grises, sino una camiseta Adidas.

Para huir de la nube de mosquitos, se sentó fuera, en un banco. Ya se había puesto el sol. Estuvo allí media hora, rebobinándolo todo en su cabeza y cuestionando cada decisión hasta que llegó a la conclusión de que ya tenía bastante para presentarse ante Procter. Intuía la presencia de los cazadores. Seguro que se estaban preguntando si ya los habría descubierto o si estaba esperando a su agente, de modo que se quedó sentado tanto tiempo como pudo para cabrearlos y alterar a sus comandantes. Le habían hecho perder doce horas, así que haría todo lo que estuviera en su mano para devolverles el favor.

Ali y Volkov estaban viendo imágenes en directo del agente de la CIA Samuel Joseph sentado en un banco fuera del cementerio. Ali tenía la corazonada de que habían sido reconocidos cerca de la estación de trenes, pero quería averiguar más cosas sobre la conducta de Joseph, así que se quedó junto a Volkov con la vista fija en la pantalla. Estaba impresionado, por mucha rabia que le diera tener que reconocerlo.

Encendió dos cigarrillos, uno para Volkov y otro para él. A la hora de comer se habían puesto en modo bélico, y así seguían. Obedeciendo a una corazonada, Ali había sostenido que Samuel Joseph estaba operativo. A la pregunta del ruso de si era el día, había contestado que parecía todo demasiado normal, y que se le hacía raro. «Pues vamos a tenderle una trampa, qué narices», había dicho Volkov. Lo habían rodeado con los siete equipos, creando una burbuja a lo largo de su itinerario por la Ciudad Vieja: observadores dispuestos con suma habilidad en torno al norteamericano, informando por móvil de sus desplazamientos. A Ali lo habían parecido perfectas las posiciones fijas, mérito de Volkov. Un equipo sirio, uno de los de Ali, se había aproximado un poco demasiado a Joseph cerca de la estación de tren, y luego, sucumbiendo al pánico, se había presentado en el cementerio. Y el puto americano venga a pasearse tan pancho por la ciudad.

Se interrumpieron las imágenes, y el equipo del centro de mando del Departamento de Seguridad escuchó las conversaciones por radio que los ponían al corriente de la operación.

—Aquí el Equipo Tres. Hemos desconectado el televídeo porque ha subido a un taxi. Le estamos siguiendo.

Cuando el Equipo Cinco informó de que el taxi se había parado en el apartamento de Joseph, Volkov tiró una grapadora al suelo.

Ali le hizo una señal con la cabeza y se fue a su despacho, cerrando la puerta. Miró su reloj: las diez y media. No veía a Layla ni a los niños desde hacía cinco días.

Encendió un cigarrillo y se puso a redactar el informe.

40

Hacía una mañana de calor y humedad. Rami pensó que había algo aún peor que el bochorno, y era encontrarse en un atasco con un Mitsubishi Pajero que tenía estropeado el altavoz derecho, y donde, si eran ciertas sus sospechas, había todo un cargamento oculto de explosivos militares. Se decía una y otra vez que prefería no saberlo.

A los veinte minutos encontró donde aparcar en la calle del Departamento de Seguridad, a medio camino del paseo que daba Ali cuando salía a fumar. Aparcó en paralelo a la pared de cemento y bajó para alejarse del Departamento y sus cámaras de vigilancia.

A esa misma hora, su hermano Yusuf estaba dentro del piso franco preparando el equipo de vídeo. Necesitaba comprobar dos cosas antes de mandarle el mensaje a Sam: una, que su hermano hubiera aparcado el Pajero, y la otra, que Ali hubiera entrado en el Departamento de Seguridad.

Quedó a la espera de lo segundo. El mes que llevaba casi sin moverse del maldito piso franco había tenido efectos demoledores en su estado de ánimo.

Una hora después vio el coche de Ali cruzando la verja, e incluso entrevió en la pantalla al propio general entrando en el edificio. Le mandó a Sam un mensaje encriptado: «Está.»

—Reglas de zona prohibida, desde ya —había decretado Procter estampando en la mesa el enésimo cable de Langley pidiendo

datos actualizados sobre la operación contra Ali Hasán.

Sam conocía esas reglas: «Desaparecer y reaparecer; agresivamente, de ser necesario.» Desaparecer como si tal cosa en las narices de los vigilantes. Tarde o temprano habría represalias por parte de la Mujabarat, pero él no tenía alternativa. Las presiones de Washington iban en aumento y la Estación no podía quedarse de brazos cruzados, tenían que eliminar a Ali.

Al final de la reunión en el despacho de Procter fue a consultar en su ordenador el tráfico de ATHENA. La bandeja de entrada seguía vacía. Cerró la base de datos con un brusco clic en el ratón. El silencio ya duraba más de una semana, ¿qué pasaba? ¿La habían encontrado? El gobierno local no solía informar de si había echado el guante a algún activo hostil. ¡Coño, si la CIA había tardado más de un mes en enterarse de que habían matado a Val estando detenida! Tal vez Atiyah hubiera pillado a Mariam con el maletín, o hubieran encontrado el programa en el iPad, o se hubiera muerto su padre en Alepo, o quizá sólo la pusiera nerviosa el dispositivo. Cerró bien el ordenador, fue al baño y estuvo un minuto sentado en la taza con la cabeza entre las manos, sin bajarse los pantalones. Luego salió de la Estación para lo que se había convertido en su ritual diario: sacar su móvil de la taquilla y ver si tenía algún mensaje de los BANDITO. Abrió el teléfono desechable y vio uno: «Está.»

Contestó con otro: «Desalojo.»

Se encontró con Procter, que se marchaba ya. Después de un saludo con los puños, la Jefa le dijo que había mandado un cable NIACT («Acción Nocturna») a Langley. Convocarían a Bradley y a los otros mandamases de la sexta planta, a los expertos en reconocimiento facial y al OGC, los letrados del Departamento de Justicia.

Todo dependía una vez más de que él se quitara de encima cualquier vigilancia en una ciudad que estaba poniéndose toda entera en contra de la Estación Damasco.

Fue a su apartamento, se duchó y se puso unos vaqueros oscuros, una camisa a cuadros y una americana azul claro a la que le tenía tirria. A continuación le mandó un mensaje de texto a Zelda: quería confirmar que se verían a las diez en el barrio de Al-Shaalan para tomar algo. Le comentó que antes tenía que comprar un par de cosas.

Salió del apartamento con su bandolera; dentro llevaba un teléfono y varios disfraces. Reparó de inmediato en la camioneta de vigilancia y el hombre que fumaba en la acera mirándolo sin disimulo. Daba igual, sólo necesitaba unos segundos.

Primero caminó hacia la mezquita de los Omeyas y luego hacia el norte, en dirección a la embajada, mientras aumentaba la distancia con sus vigilantes de la Mujabarat. Vio la calle. Con el pulso acelerado torció hacia la derecha, buscando posiciones fijas: nada. Echó a correr doblando a la derecha y después a la izquierda.

En la calle sólo había un coche, un BMW Serie 5 negro con el motor en marcha, el maletero entreabierto y Elias al volante. Corrió hasta el maletero, lo abrió al máximo y, tras comprobar que no hubiera testigos en el callejón (no los había), entró de un salto. Cuando ya estaba encogido dentro, notó que el coche aceleraba suavemente y torcía a la derecha. Consiguió quitarse la americana y la camisa y luego buscó a tientas en la bandolera la camiseta y la barriga postiza. Dobló al máximo el brazo para introducirlo por la manga, Elias pasó por un bache y él sintió que se lo había dislocado, pero no. Se metió la barriga postiza de espuma por debajo de la camiseta y se puso una peluca de greñas marrones y un bigote que picaba. Soltó una palabrota al pasar por otro bache y se ajustó el bigote, que se había movido.

Tumbado de espaldas en el maletero, rezó por no encontrar controles imprevistos: como los parase la milicia, y encontrase dentro del coche a un estadounidense alto con peluca y una almohada por debajo de la camiseta, la habrían cagado todos a base de bien.

Fue Kanaan quien se puso, y el cabo lo informó como pudo (tenía la respiración entrecortada, balbuceaba y soltaba palabrotas) de que habían perdido la pista de Samuel.

Él le pegó cuatro gritos y fue a dar la noticia al despacho de Ali, pero se llevó una sorpresa al ver al general Volkov bebiendo vodka en una taza. Comprendió que tendría que reconocer su fracaso en presencia de aquel hombre.

—¿Cómo que «perdido»? —preguntó Ali atragantándose por poco, y, mientras Kanaan le transmitía la penosa justificación de su subordinado, vio en el rostro de Volkov una extraña insensibilidad, excepto en sus cejas, que se levantaron un poco.

—Nos ha dado esquinazo, el muy cabrón —dijo el general en cuanto Kanaan acabó de hablar.

Ali asintió con la cabeza.

—Saben que la última vez estuvieron a punto de caer en nuestras manos. ¿Cree que más tarde saldrá de copas con su compañera de trabajo, como ponía en el mensaje? —preguntó.

Volkov bebió un poco, miró el mapa y se encogió de hombros.

—Han pasado quince minutos, tiene cuatro horas por delante, tiempo de sobra para una operación y luego unas copas con su amiga.

—Kanaan, supongo que el equipo de calle no tiene ni idea de cómo es el coche, ¿no? —preguntó Ali.

—No, no han llegado a ver ninguno.

—Igual tenemos suerte —intervino Volkov—. Puede que los intercepte algún control.

—Puede. —Ali encendió un cigarrillo y se desabrochó otro botón de la camisa. De repente hacía un calor insoportable en la sala—. Igual yo también voy de copas con Joseph.

—Muy buena idea —dijo Volkov—. A veces, en Moscú, cuando se esfuman los pillamos más tarde y les partimos la cara.

El coche dio varias vueltas antes internarse de nuevo en la

ciudad con rumbo al piso franco. Una hora y media después, Elias abrió el maletero y le sonrió de oreja a oreja a su ocupante, que se rascaba el bigote.

Sam cruzó los barrios colindantes de Kafar Susa y Al-Lawan a la luz de las farolas, incorporando una serie de técnicas antiburbujas, pero no hacía falta, no le vigilaba nadie. A las ocho de la tarde llegó al piso franco y se lo encontró vacío. Los BANDITO ya se habían marchado. Montó la cámara de vídeo en un trípode y la orientó hacia la calle, enfocando el Pajero. Después de comprobar el buen funcionamiento del enlace satélite encriptado, sacó el móvil que llevaba en el bolsillo y marcó un número muy largo y muy extraño.

—Hola, Sam, ¿nos oyes?

Era Bradley.

—Sí. ¿Tenéis señal de vídeo?

—Tenemos, tenemos. Estamos viendo una calle vacía y un Pajero sin ningún ocupante.

—Recibido, yo también. ¿Está ahí, Procter?

—Sí, Estación Damasco en línea.

—En la sala de reuniones del director también tenemos al equipo de reconocimiento facial —dijo Bradley—, tanto MOLLY, el programa de IA, como la persona de carne hueso, que se llama Susan Crawley, por cierto.

—Hola, Susan —dijeron todos.

—Bueno, equipo, a ver —dijo Bradley—, el director me ha autorizado para que en este caso sea yo quien apriete el botón. Cuando salga Ali del despacho, Susan y el programa de IA darán su veredicto cada uno por su cuenta. A partir de ahí armaré el dispositivo y activaré el sensor de infrarrojos. Sam mantendrá en todo momento el contacto visual con el objetivo y el área de explosión. Si se interpone algún peatón lo cancelamos. ¿Lo ha entendido todo el mundo?

—Sí.

—Pues venga, a esperar.

Mientras miraba las imágenes, Sam se preguntó qué hacía dentro Ali, y en que sala de aquel sitio dejado de la mano de Dios le habían arrancado el cuero cabelludo a Val.

Algo más lejos, en la misma calle, Ali acababa de seguir a Volkov al centro de mando improvisado del ruso, donde expresó su parecer de que la caza de Samuel Joseph no iba por buen camino. Al americano no se le veía el pelo en ningún sitio.

Su plan estaba empezando a dar frutos, pero se le agotaba el tiempo. Aun así, Al-Ásad le había concedido margen suficiente para darle un toque de atención al estadounidense. El siguiente paso ya sería el plan de Rustum de llevarlo a que lo interrogasen, y Ali no quería que la investigación degenerase en ese tipo de brutalidad. Por desgracia, se estaba quedando sin opciones. Mientras él intentaba jugar con educación, los americanos se metían en operaciones y le faltaban al respeto.

En todo caso, no había noticias sobre la operación de Rustum de darles a Bouthaina y los demás información falsa sobre el complejo de producción sustitutorio. Si el siguiente informe del SVR no contenía ningún dato en ese aspecto, se le cerraría a Ali su ventana y arrestarían a Samuel Joseph para sacarle el nombre a la fuerza. A decir verdad, empezaba a no verlo con tan malos ojos, debido a las travesuras callejeras del muchacho, pero aún no le parecía bien del todo.

Tenía que despejarse la cabeza. Salió a dar un paseo, llevándose los cigarrillos.

Desde el piso franco, Sam vio circular entre las bermas de cemento de la entrada del Departamento de Seguridad a alguien que le resultaba conocido. Centró en esa zona la señal de vídeo e hizo un zoom.

—Es él, es Ali.

Sólo faltaba que se situase en el lado correcto de la calle. Según el diario de vigilancia lo hacía siempre, pero no se podía descartar que rompiera alguna vez con su costumbre.

—Venga, cabrón, ponte en el lado bueno —murmuró entre dientes.

Ali se había puesto a hablar con los vigilantes. Entre risas se le estaba consumiendo el cigarrillo. Acordándose de que estaba casado, y de que tenía gemelos, Sam tuvo un momento de tristeza, una vaga percepción de que era un ser humano, pero hizo el esfuerzo de evocar a Val, su madre y la ceremonia de homenaje a los caídos.

Ali, mientras tanto, seguía de broma con los vigilantes.

Uno de los rusos, que estaba escuchando por radio a un equipo del SVS, oyó muchos chisporroteos, señal de que pasaba algo.

—¡Hemos encontrado a alguien que encaja con la descripción de Joseph! —le dijo a Volkov gritando—. En Kafar Susa. Un apartamento. Está cerca.

Volkov lanzó un vaso vacío de poliestireno, pero no logró encestarlo ni por asomo en la papelera.

—¿Dónde, a ver? Enséñamelo.

El teniente se acercó al mapa y, tras solicitar de nuevo la dirección al equipo móvil, señaló con el dedo.

—Está en la misma manzana —dijo Volkov.

Se volvió hacia Kanaan, que ya había empezado a situar a los equipos sirios para que pudieran detener al americano y la persona con la que estuviera viéndose.

—Coronel, ¿dónde está Ali?

—Ha salido a dar la vuelta a la manzana.

Volkov miró al cielo con exasperación. Levantino tenía que ser... seguro que los ablandaba el sol.

—Vaya a buscarlo, que iremos juntos a pie. ¿Me ha entendido?

Kanaan asintió con la cabeza y se llevó otra vez el teléfono a la boca para mandarles a sus equipos que se dieran prisa en llegar al apartamento de Kafar Susa.

—Ya está caminando —dijo Sam—. Por el lado bueno, el nuestro. He activado el Frisbee. —Era el apodo que se había puesto el equipo—. Estoy centrando la imagen para el reconocimiento facial.

Ali caminó despacio veinte metros y se paró a apagar el cigarrillo. Aún le quedaban cien para el Pajero. Alrededor del coche no había nadie en la acera.

En Langley, la experta en reconocimiento facial estaba inspeccionando las imágenes en directo y comparándolas con las que habían grabado los BANDITO durante su operación de vigilancia. Lo mismo hacía simultáneamente un algoritmo bautizado como MOLLY. Si se ponían de acuerdo en que era Ali, la cosa estaba hecha.

Ali reanudó su camino, lentamente.

Sam tosió y, por alguna razón, pensó en la harinera. Luego se acordó de cuando estaba con Mariam entre las viñas de la Toscana, y de la RDV en que habían estado a punto de pillarle los rusos, y de cuando lo habían dejado sin blanca en Las Vegas. Todo era él, por extraño que pudiera parecer. Se preguntó si era un asesino por hacer lo que hacía. A fin de cuentas el sensor de infrarrojos lo activaría él, aunque no detonara el explosivo.

—Ya tenemos la confirmación de Langley —dijo una voz desconocida—. Por cierto, soy Paul Gartner, jefe del OGC. Susan y MOLLY están de acuerdo: es Ali.

—Recibido —dijo Bradley—. Venga, Sam, ármalo.

Sam marcó el número en el teléfono satelital, encendiendo el sensor PIR y armando la bomba.

—Cincuenta metros —dijo.

Ali encendió otro cigarrillo sin dejar de caminar y absorbió más humo en sus pulmones, preguntándose por qué. Se lo quitó de la cabeza y miró su reloj. Habría querido ver a Layla y los niños, pero ya era demasiado tarde. Cerró los ojos y por un momento deseó estar peleándose de broma con los dos gemelos, en vez de jugar a policías para el animal de su hermano y para un presidente ridículo. Se paró, tiró el cigarrillo al suelo, encendió otro y siguió caminando.

—Veinticinco metros —dijo Sam.

—¿Qué pasa, que está mal de la cabeza el tío este? —preguntó Procter—. Porque camina como un subnormal.

—Cállate —dijo Bradley.

—Quince metros. Sigue sin haber nadie en la acera, sólo está Ali.

—Diez metros. Cinco.

—Unos dos segundos, en principio —dijo Bradley.

Ali oyó pisar fuerte detrás de él en la acera.

—¡General! —exclamó Volkov—. Ya lo hemos encontrado. ¡Vuelva!

Al mirar a sus espaldas vio que el ruso se acercaba corriendo. El giro le hizo perder el equilibrio y caerse hacia la calle, pero pudo apoyarse en el maletero de un Pajero aparcado. Se incorporó, avergonzado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Lo ha localizado uno de los equipos móviles en un apartamento de esta misma manzana, aquí en Kafar Susa. Kanaan ha mandado a varios equipos a arrestarlo. Corra, que ya acabaré de explicárselo.

Ali echó a correr.

Nada más ver al hombre que corría hacia Ali, Sam había apagado el sensor de infrarrojos. Estaba sentado en silencio, viendo cómo se extendía el caos por el monitor.

Se oyó la voz de Bradley:

—A ver, escuchadme. Sam ha desactivado el sensor. Susan, ¿podrías descifrar lo que le ha dicho el tío ese a Ali? No le he visto mucha cara de sirio. Sam, tú sal.

Sam recogió el equipo y volvió a ponerse el bigote. Acababa de darse cuenta de que no se había quitado la barriga postiza ni la peluca en toda la operación.

Intervino Susan:

—Lo que le ha dicho a Ali es «lo hemos encontrado».

—¿Oyes, Sam? —dijo Bradley—. Tú quieto, evidentemente. No hay activos contigo. Quédate esperando, y no te desconectes.

Mariam, todo el mundo de Sam, su presencia en Damasco... todo pendía de un hilo, y ese hilo lo estaba cortando Ali Hasán. Si lo pillaban dentro del piso franco, los sirios lo echarían del país, eso si no lo mataban. No podría proteger a Mariam, ni sentir su piel, ni oír su risa. Nunca volvería a verla. Soltó una palabrota y dio una patada en la pared dejando un agujero. Luego se sentó en la sala de reuniones pensando en cómo destruir el equipo de vídeo.

Ali y Volkov llegaron a la entrada del edificio de piedra blanca, idéntico a los del resto de la manzana, y se acercaron a un capitán del Departamento de Seguridad que sonreía de oreja a oreja.

—¿Cómo lo han encontrado? —preguntó Ali.

—Hemos tenido la suerte de verlo justo cuando entraba. Lo he seguido por la escalera y he visto que entraba en uno de los apartamentos.

—¿Ha visto si lo acompañaba alguien?

—No.

—Enséñeme el camino.

Subieron en silencio con el ascensor. El corazón de Ali se iba acelerando a cada piso.

Llegaron al apartamento. El capitán probó a abrir la puerta y negó con la cabeza.

Ali llamó.

—Somos del Departamento de Seguridad, abra la puerta ahora mismo.

Silencio.

—Tiene tres segundos para abrir la puerta.

Nada.

Asintió sacando su pistola. El capitán echó la puerta abajo de una patada, y Ali entró corriendo.

No había nadie en la sala de estar, tampoco en la cocina, pero al entrar en el dormitorio Ali se encontró a una atractiva joven siria fumando en la cama completamente desnuda y perfectamente tranquila. Cuando se levantó sin ningún pudor para apagar el cigarrillo, él pudo comprobar lo mucho que se cuidaba. Ella recogió el sujetador del suelo y señaló el armario con la cabeza.

Resultó que el hombre al que el equipo había identificado como Sam era Clément Lacroix, de la embajada francesa, un joven que ciertamente se le parecía y que estaba liado con una peluquera siria con un piso en Kafar Susa.

Lacroix se había escondido en el armario al oír los golpes en la puerta. Su novia, que era quien llevaba las riendas de la pareja, como casi siempre en Siria, había disfrutado de un cigarrillo en espera de que la Mujabarat se diera cuenta de su grave error.

Sam había estado esperando pacientemente a que Ali echara la puerta abajo. Transcurrida media hora, Bradley y Procter

convinieron en que era mejor que se fuese. Ni lo habían seguido ni tenía la menor idea de dónde estaban Ali y el ruso. Dejó el equipo de vídeo en el piso franco, el disfraz lo fue tirando a lo largo de la RDV hasta que llegó a su casa con la bandolera vacía y su aspecto de siempre.

Estaba agotado, pero tenía que ir a cenar con Zelda, por si los sirios no sabían que esa noche había estado operativo. Teniendo en cuenta los mensajes de texto, que seguro que leían, debían de esperarse que acudiera a la cita. El soldado raso de la Mujabarat que vigilaba la entrada de su apartamento desde hacía cinco días puso cara de susto al verlo entrar. «Pobre desgraciado», pensó él. Sopesó la posibilidad de saludarlo agitando la mano, pero la descartó porque el otro podía entenderlo como una ofensa, un desaire profesional. Ese tipo de cosas podían incitarlos a forzar la puerta de su piso para registrarlo o para dejarlo patas arriba por pura diversión.

Zelda había reservado en un restaurante de moda en Al-Shaalan, el Tree Tables. Al-Shaalan siempre había sido un barrio muy concurrido, con las aceras llenas de paseantes, parejas y familias, pero desde la guerra no había casi nadie en las boutiques de lujo y las tiendas de bebidas alcohólicas de gama alta, y los horarios de los restaurantes se habían vuelto irregulares.

Zelda se le había adelantado. Desde donde estaba sentada se veía la calle. El resto de las mesas estaban casi todas vacías. Parecía incómoda.

En la silla de al lado estaba Ali Hasán.

El general sonrió, saludó a Sam con la mano y le hizo señas de que se acercara. Cuando lo tuvo delante se levantó para darle la mano e indicarle una de las sillas vacías orientadas hacia el interior del local.

—Siéntese, Samuel, por favor —dijo en inglés.

Zelda había pedido vino, cabía suponer que antes de que apareciera el sirio. El camarero trajo la botella.

Hizo el ritual de dárselo a probar a Ali, que sonrió mientras le daba vueltas al líquido en la copa y después se lo acercó a la nariz.

—Domaine de Bargylus, muy buena elección. —Tomó un sorbo y asintió mirando al camarero, que llenó todas las copas —. ¿Saben que es el único vino sirio que se considera adecuado para su exportación? El resto son mejunjes asquerosos que se elaboran en bodegas del Estado. Los dueños de ésta son dos libaneses, aunque la bodega está en Latakia, cerca de donde es mi familia. Me han dicho que de vez en cuando los rebeldes bombardean las viñas.

Cuando Zelda levantó las manos para apoyarlas en la silla, Sam se dio cuenta de que dejaba manchas de sudor en el mantel.

—¿No le da vergüenza beber alcohol? —dijo Sam en árabe guiñándole el ojo al asesino de Val, a pesar de sus ganas de clavarle un cuchillo en el corazón.

Tenía la impresión de que Ali estaba a gusto, con la situación controlada.

El sirio se rió y bebió un poco más.

—Soy alauita, señor Joseph. Herejes de alguna manera lo somos todos.

Le sonrió a Zelda, que bajó la vista hacia las manchas de sudor de la mesa.

El camarero llegó con pan y Ali le indicó con la cabeza que podía servirles.

—Con permiso —dijo volviéndose hacia Zelda para echarle un chorrito de aceite en el pan. Después, sin dejar de mirarla, hizo lo mismo con el suyo—. ¿Está usted disfrutando de su estancia en Siria?

—Sí —repuso Zelda mirándolo a los ojos—. Era un país muy bonito.

Por lo visto, Ali no sabía suficiente inglés como para darse cuenta de que ella había utilizado el tiempo pasado con toda intención.

—Lástima que no pueda hacer una excursión a la costa o a Alepo —repuso—. Aunque Alepo ahora mismo no está muy presentable; es una pena.

—Es donde nació mi padre. De pequeña fui una vez —reveló Zelda.

—¡Ah, muy bien! Así que conoce su antiguo esplendor. Entonces ¿es usted medio siria? Increíble. Por eso dicen que Estados Unidos es como un gran crisol, un *melting pot*, como dicen. —Partió otro trozo de pan y lo mordió mirando con recelo a Sam—. Demos un paseo, señor Joseph.

Se fueron dejando sentada a Zelda, que bebió con alivio un buen trago de vino.

Mientras caminaban, Ali se encendió un cigarrillo y le ofreció otro a él, que no lo quiso. Iban hacia un parque.

—¿Nos está cubriendo algún equipo? —preguntó Sam.

—De mi departamento no, pero nunca se sabe, siempre puede haber alguna operación en marcha por parte de otro grupo —repuso Ali, que se rió de su propio comentario y tiró la ceniza del cigarrillo.

—¿Cómo están sus gemelos?

—Muy bien, gracias. Siempre he tenido curiosidad por saber qué pone en mi expediente de la CIA. ¿Tienen todo lo picante?

—Amantes hemos encontrado sólo seis.

Ali se volvió a reír y Sam se fijó en que tenía una cicatriz muy roja en el cuello.

—O sea que se les han pasado por alto las otras cuatro... Son las que más me he esforzado en esconder. ¿Será posible que no pueda encontrarlas ni la CIA? —Sonrió y se palpó el bolsillo del pecho señalando una tienda pequeña abierta las veinticuatro horas—. Tenemos mucho de que hablar, pero se me han acabado los cigarrillos.

Sam entró con él y sacó unos billetes.

—Me alegro de que el gobierno estadounidense me pague por todas las molestias que me ha estado causando —se burló Ali en

árabe.

El encargado de la caja no ocultó su perplejidad por la presencia en su establecimiento de un oficial de la Mujabarat y un estadounidense hablando tan tranquilos. Sam le sonrió.

—¿Cómo va la noche? —le preguntó en árabe.

—Muy bien, señor —contestó el hombre suplicándoles con la mirada que se fueran.

Salieron de la tienda y caminaron en silencio hasta el parque. Curiosamente, Ali no había abierto el nuevo paquete. Señaló un banco y se sentaron.

Se dio unos golpecitos con el paquete en la muñeca y, una vez alineados los cigarrillos, sacó uno y lo encendió. Esperó a que pasara de largo una pareja para volverse hacia Sam.

—Señor Joseph, si se le permite vivir y trabajar en este país es por la benevolencia de mi gobierno. Lo controlamos por su propia seguridad y las desapariciones no son tolerables.

—Comprendo —repuso Sam.

Ali siguió hablando:

—Por otra parte, haría usted mal en confundir mi cordialidad con blandura. Si vuelve a infringir las normas habrá un castigo. No hace falta que le diga que ahora mismo en el país se mueven fuerzas oscuras, y cualquier infracción de las reglas les dará motivos para desatarse.

—Comprendo —volvió a decir Sam.

—Me alegro.

Ali se acabó el cigarrillo, lo tiró al suelo y apagó la colilla con el pie. Después se levantó para marcharse.

Sam habría querido que siguiera hablando: tenía muchas ganas de preguntarle por qué habían matado a Val y ver sus ojos al oír ese nombre, pero el mero hecho de mencionarla habría asustado a Ali y puesto en peligro la operación, así que se conformó con intentar sacarle algo.

—Usted está casado y tiene hijos; lee todos los informes de Seguridad, y sospecho que no le parece bien la respuesta del

gobierno a los disturbios. ¿Me equivoco?

—Está claro que el gobierno ha cometido errores.

—¿Y cree que con este gobierno tendrá posibilidades de garantizar la integridad de su familia?

Ali encendió otro cigarrillo y le devolvió el paquete antes de irse.

—No malgaste el aliento, señor Joseph —dijo—. Por las vidas de mi mujer y mis hijos velo sólo yo. Le aconsejo que dedique menos tiempo a preocuparse por mi seguridad y más por la suya propia, lo va a necesitar.

Al llegar a su edificio, a Sam no le hizo falta saludar con la mano al agente de la Mujabarat porque éste no sólo lo miraba sin el menor disimulo, sino que le sonreía. No le sorprendió descubrir que la cerradura de su apartamento ya había sido abierta. Tampoco fue ninguna sorpresa encontrarse las estanterías por el suelo, los libros hechos trizas, el portátil destrozado a martillazos y el suelo de la sala de estar sembrado de cuchillos de cocina que habían servido para reventar el sofá. Abrió el armario de la entrada. Sin necesidad de tocar sus chaquetas descubrió que se habían meado sobre ellas. Como olía a quemado, fue a la cocina y se encontró con que habían metido cubiertos en el triturador de basura y lo habían puesto en marcha hasta estropearlo. El horno estaba apagado; aun así, lo abrió por curiosidad morbosa y encontró dentro las cenizas de sus libros. Sonrió. Se habían llevado el aire acondicionado, era demasiado valioso para destruirlo. Lo que sí lo impresionó fue el baño: habían hecho pedazos la bañera, llenado de orina el lavamanos y embutido su almohada en el retrete.

Pero hubo un detalle que superó cualquier expectativa: el montón de excrementos humanos que ocupaba el centro de su cama, rematado por una foto de él y Ali saliendo del restaurante, como si fuera la vela del pastel de cumpleaños.

41

Ali había hecho todo lo posible por no involucrar al presidente. Había llamado dos veces a Rustum y había mandado un documento estrictamente confidencial con la lista de nombres y ubicaciones falsas que su hermano había accedido a distribuir. Ante la falta de respuesta, había mandado a Kanaan al cuartel general de la Guardia Republicana, donde su ayudante esperó durante tres horas a que uno de los de Rustum lo informara de que el general estaba en su villa de Bloudan, y cuando fue hasta allí le aseguraron que Rustum estaba en Damasco. Se entendía, pues, que él no hubiera tenido más remedio que acudir al despacho del secretario de Al-Ásad y esperar a que surgiese un hueco de cinco minutos.

—Su hermano me ha asegurado que ya ha hablado con todos —dijo distraído el presidente mientras seguía navegando por internet. Ali estaba delante de su mesa, sin que lo invitara a sentarse—. Me consta que se lo ha dicho como mínimo a Atiyah, porque me preguntó por el complejo esta semana, en una reunión. —Clicó dos veces muy seguidas el ratón—. Se desprecian, y supongo que se les nota. —Se rió entre dientes—. La verdad es que me da miedo que a Rustum algún día le dé por ordenarle a Basil que asesine a Atiyah.

Se volvió a reír. Ali no supo si lo decía en serio.

—Ha hablado con todos menos uno, señor presidente —repuso —. La operación de vigilancia contra el americano sigue adelante, pero aún necesitamos poner a prueba a los funcionarios que tenían constancia de...

—He oído que el tipo despistó a su equipo —lo interrumpió Al-Ásad, absorto en la pantalla. Luego alzó la vista y volvió al

tema principal—. Pero se refiere a usted a Bouthaina, ¿verdad? A su hermano no le parece necesario ponerla a prueba.

—¿Y usted está de acuerdo, señor presidente? —preguntó él.

Al-Ásad se reclinó y puso las manos detrás de la cabeza.

—¿Qué necesita?

Ali llevó el decreto presidencial clasificado al despacho de Rustum. Un ayudante insistió en que su hermano estaba reunido, pero él pasó de largo. Al abrir la puerta se lo encontró sentado a su horrible mesa de madera de noria, leyendo informes.

—Ya puedes ir saliendo... —le dijo.

—¿Crees que tu novia está espiando para la CIA? —preguntó él.

—Vete a la mierda, hermanito. No, no lo creo.

—Pues entonces, ¿por qué no le has pasado la información falsa sobre la planta de refuerzo en Wadi Barada?

—¿Cómo sabes que no se la he pasado? Además, ¿para qué coño lo preguntas si sabes tan bien como yo que el espía es el violador ese, Atiyah?

Ali le estampó en la mesa el decreto del presidente.

Rustum lo cogió y se puso a leerlo. Luego, con la cara enrojecida, lo volvió a dejar encima de la mesa, pero con el texto hacia abajo.

—Tienes hasta esta noche para pasarle la información —le dijo él.

Dio media vuelta y se fue.

Mariam comía lentamente una naranja entre miradas de reojo al bolso gigante que había usado para introducir el maletín en el Palacio. Durante la última hora se había comido tres, que le habían teñido los dedos. La piel mordisqueada alrededor de las uñas le escocía por el zumo. Peló un poco de cáscara sin dejar de

mirar el bolso, como si pudiera trasladarlo al despacho de Atiyah sólo con su voluntad, sin necesidad de desplazarse. Resultaba irónico que aquel monstruo hubiera mandado a varios hombres con pistolas y porras para matarla en Francia, pero que su final, si ella se salía con la suya, se debería a un simple maletín.

Justo cuando masticaba un gajo vio a Bouthaina en la puerta.

—Buenas noches, Mariam.

—Buenas noches.

Le sonrió. Cuanta menos gente quedara en la planta, mejor, no quería tener que intercambiar los maletines en presencia de una multitud. Bouthaina se fue y ella volvió a mirar el bolso. Cuando se llevó a la boca otro trozo de naranja, el olor le recordó bruscamente al esbirro de Ali, Kanaan, que en uno de los interrogatorios de después de Italia se había estado comiendo una naranja que pelaba en silencio mientras su jefe hacía todo el rato las mismas preguntas:

—¿El dispositivo que nos ha entregado se conecta a un satélite?

—Sí, es lo que dijo Samuel Joseph. Ya se lo había dicho, general.

—¿Por qué se lo dio?

—Yo le di la información acordada y le dije que necesitaba una manera de hablar desde Damasco con la CIA.

Necesitaba un dispositivo. Ya le...

—¿Qué más les dijo?

R: Nada.

(Ruido de papeles.)

—¿Cuál de estas personas es la jefa de la Mujabarat de la CIA?

—Esta mujer.

—¿Nombre?

—A mí me dijo que se llamaba Artemis.

—¿Es un nombre estadounidense, Kanaan? Parece un seudónimo.

(Inaudible.)

—¿En serio? Vale. ¿Le han facilitado más casas de seguridad aquí en Damasco?

—Sólo la que le enseñé, general.

—¿Le prometió él algo a cambio de su colaboración? —Dinero.

—¿Qué cenó usted en Sant'Angelo?

—Pasta.

—¿Qué tipo de pasta?

—Bucatinis *cacio e pepe*, con queso y pimienta.

—¿Y qué comió Samuel Joseph?

—Ya se lo he dicho cuatro veces...

—¿Qué comió Samuel Joseph?

—Pasta: Ragú a la toscana con jabalí.

(Conversación en voz baja y clic de un mechero.)

—Podemos hacer un pequeño descanso. ¿Quiere ver a su prima?

—¿Cuándo la soltarán?

—Cuando usted haya acabado su trabajo.

—¿Y eso cuándo será, general?

—Cuando haya acabado. ¿Algo más?

—¿Puedo ir al baño?

Después de vomitar, Mariam se había quedado junto a la taza del váter, hiperventilando, mordiéndose los dedos. Sin darse cuenta se había hecho sangrar y había soltado un taco. Luego, tras limpiarse el dedo con papel higiénico, se había mirado en el espejo acordándose de la promesa de Sam en las viñas y sintiéndose una puta.

«Tienes peor pinta que yo, *ojti*», le había dicho Razan durante la corta visita a su celda. «Y eso que tú no eres la que está en la cárcel.»

Se acabó la naranja y recogió las pieles para llevarlas a la basura. Eran las nueve menos cuarto. Le quedaban quince minutos. Fue al baño y se lavó las manos. Al volver a su despacho, apagó las luces y cerró la puerta para dar la impresión de que no había nadie. Después se sentó debajo de su mesa abrazando el bolso gigante que contenía el maletín de documentos y con el corazón latiéndole a toda prisa. Oyó pasos fuera. Miró su reloj, casi ilegible en la oscuridad, eran las 20.58 h. «Es impaciente, además de pervertido», solía decir Bouthaina.

Oyó pasar a Atiyah por delante del despacho en dirección al de Hasan Turkmani, otro asesor de Al-Ásad. Ella había esperado hasta una fecha muy concreta para llevar a cabo la operación, necesitaba que Atiyah se encontrase con Turkmani, y preferiblemente por la noche, cuando ya no estuviera Bouthaina. Cuando se cumplieran ambas condiciones podría ir con sigilo al despacho, sustituir el maletín y volver sin que Bouthaina se extrañara de su presencia en esa zona del pasillo. Bouthaina era tan desconfiada como Atiyah, y probablemente hubiera interpretado su proximidad al despacho de este último como una prueba de traición.

En cuanto oyó que la puerta de Turkmani se abría y volvía a cerrarse, entró en acción. Cogiendo el bolso, se internó rápidamente en el pasillo y, tras dejar atrás el despacho de Bouthaina, dobló a la izquierda hacia los despachos que ocupaban Atiyah y sus subordinados. Apretó el paso hasta llegar al de Atiyah. Por suerte, estaba abierto.

Entró acordándose de la palmada en el trasero que él le había dado en la puerta. Sacó del bolso el nuevo maletín (con pasaportes estadounidenses para él y su pobre mujer, dinero en efectivo y un dispositivo que llevaba precargada una solicitud de exfiltración) y lo dejó en el suelo, al lado del auténtico.

—¿Cómo crees que reaccionará la Mujabarat? —le había preguntado Sam.

—Yo creo que lo matarán.

—Muy bien. —Había asentido fríamente—. También haremos que lleguen a su móvil unos cuantos mensajes raros de números estadounidenses, por si acaso.

Sacó los papeles del maletín original e inspeccionó a fondo el interior antes de realizar el cambio. «Hay una pega», le había dicho Iona. «En tu vídeo no se ve el interior. Hemos procurado desgastarlo un poco. Yo personalmente he metido y sacado papeles cientos de veces. Pero el interior del original podría tener manchas, rotos o arañazos demasiado característicos como

para que se confundan. Si es el caso, cancelas la operación.»

Miraba frenéticamente un maletín y otro buscando diferencias. Lo más terrorífico era no encontrar ninguna, porque le daba luz verde para continuar. Metió los papeles en el nuevo y lo dejó en el lugar del otro. A continuación guardó el viejo en su bolso y salió muy deprisa del despacho. Durante la operación había estado tan concentrada que no había tenido ni un solo tic, ni notado el sudor que le empapaba la espalda y que se le hizo evidente una vez en el pasillo. También sentía el peso del bolso en el hombro, y se estremecía al oír cada uno de sus propios pasos mientras doblaba una esquina casi corriendo para llegar a su despacho.

La puerta de Turkmani se abrió y pudo oír la voz de Atiyah. En una decisión rápida, instintiva, se metió en el despacho de Bouthaina y se quedó jadeando al lado de la mesa mientras Atiyah se acercaba. Se imaginó que le preguntaba por el contenido del bolso. «¡Qué bolso tan bonito! Enséñame lo que hay dentro, querida», podría decirle metiendo la mano. Se internó un poco más en el despacho, viendo que los pies de Atiyah obstruían fugazmente la luz de la rendija de la base de la puerta. Al cabo de un minuto dio un paso hacia la puerta, y luego otro.

Ya con la mano en el pomo oyó en el pasillo dos voces conocidas, aunque el tema, a diferencia del de casi todas las conversaciones que habían llegado anteriormente a sus oídos, no era sexual. Quitó la mano del pomo para ir otra vez al fondo del despacho y encerrarse en el baño de Bouthaina. Su objetivo había sido no ser vista, pero cuando se abrió la puerta del despacho se insultó por no haberse limitado a salir al pasillo e inventarse alguna excusa para justificar su presencia en el despacho de su jefa. Sentada a oscuras en la taza del váter, oyó las voces de Rustum y Bouthaina, que entraron discutiendo. Alguien encendió la luz. «Debería haber dicho que pensaba dejar un documento en su despacho, y que se me ha olvidado. Debería

haber dicho que he entrado porque soy sonámbula. Lo peor de todo era esconderme.» No contenta con el caos que se había adueñado de todos los aspectos de su vida, era probable que acabara de provocar su propio fin entrando tontamente en el baño de Bouthaina. Se quedó muy quieta, oyendo los latidos de su corazón en la oscuridad. ¿Para qué habían entrado? Si era para mantener relaciones sexuales, Mariam no podía haber tenido peor suerte, porque abrirían la puerta del baño y se encontrarían a una espía de la CIA sentada en la taza, cubierta de sudor y con un bolso en el que había un maletín robado.

—¿Qué es lo que no podía esperar? —dijo Bouthaina—. ¿Y por qué tenía que ser aquí? Ya estaba a medio camino de mi casa.

—Tuvimos un problema en Jableh. ¿Te acuerdas de las remesas?

—Sí, claro. ¿Qué problema?

—Pues que lo descubrieron los americanos y tuvimos que evacuar, trasladando todo el gas sarín a otro complejo, uno de refuerzo en Wadi Barada. Quería que lo supieras por si pensabas mandar algo más a Jableh.

—Ya. ¿Lo del ataque sigue en marcha?

—Sí, ya hemos producido bastante. Pero no se lo digas a nadie, *habibti*, por favor.

Al otro lado de la puerta, Mariam se imaginó la mirada de rabia de Bouthaina, que ni siquiera contestó.

Estuvo al menos media hora oyéndolos follar, no tan incómoda como aliviada porque los ruidos animales del sofá impidieran oír los que se le pudieran escapar a ella desde el baño. Oyó un ruido de tela desgarrada, probablemente las bragas de Bouthaina. Le recordó el que había hecho el vestido de Razan al pasar una pierna por la baranda del balcón de su apartamento para suicidarse, antes de acabar tirada con Mariam en el suelo,

llorando, gritando y viendo las estrellas (cosa rara en el cielo de Damasco). ¿De qué había servido salvar a su prima, si estaba en la cárcel? Había fallado a todos sus seres queridos: Razan, Sam, el tío Daoud... Sólo le faltaba encerrarse en un baño. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué había hecho? Cerró los ojos, esforzándose por no escuchar.

Para salvar a su prima había delatado a Sam a Ali Hasán, un hombre a quien odiaba. Se le apareció en la oscuridad su prima con el vestido negro de volantes, pero no roto. Razan giró sobre sí misma y luego Mariam oyó su voz: «¿Por qué ayudas a estos monstruos por mí, si yo ya soy libre, *ojti*? Lo que tienes que hacer es liberar a los demás: a Fatimah, al tío Daoud y a ti misma. ¿Y quién te va a ayudar? ¿Ali Hasán? Por favor... Del único de quien puedes fiarte es de Sam, y ahora lo has fastidiado todo.»

Había intentado proteger a su prima por puro egoísmo, pero se acababa de dar cuenta de que Razan jamás lo habría permitido. Le habría dicho que siguiera luchando. Ella había tratado de salvar a Razan; primero, de sumarse a la rebelión, y luego de las garras de Ali Hasán, pero acababa de entender que salvar a su prima pasaba por liberarse a sí misma.

Abrió los ojos.

Se quedó media hora más después de que se fueran, por si acaso. Al salir del despacho de Bouthaina, sudorosa y con los nervios a flor de piel, se apoyó en la pared, recuperando fuerzas. Una vez en el suyo se tumbó, notando el frío del suelo en la mejilla. Tenía que decírselo a Sam, pero el dispositivo estaba en manos de Ali, y el punto de encuentro clandestino quedaba demasiado lejos. Fuera cayó un mortero, bastante cerca para hacer temblar sus ventanas.

Miró la hora. Cabía la posibilidad de que Sam aún estuviera en la embajada. Recogió el bolso y salió.

Lo haría esa misma noche. Sería la manera de reparar su error y hacer que Sam cumpliera su promesa.

42

El revolcón en el sofá le había ayudado a aclarar sus ideas. En su despacho, mientras releía los informes de Ali sobre la calamitosa vigilancia a Samuel Joseph, Rustum tuvo un momento de lucidez extrema. La desaparición nocturna del agente de la CIA, la confusión con el francés, el registro del piso... Lo de llenarle la cama de mierda había sido un buen toque, pero no maquillaba el fracaso de Ali. Encima su hermanito tenía la cara dura de restregárselo en las narices consiguiendo un decreto del presidente que obligaba a Rustum a transmitirle a Bouthaina la tontería esa de mensaje. Con la mandíbula en tensión, se sintió invadido por la cólera. Volvía a ser el niño que empujaba a Ali por la escalera y se lanzaba sobre él con un cuchillo de cocina para rebanarle el pescuezo en la cama. Era la venganza. Era la salvación de Siria.

Los platos rotos los recogería él.

Tenía que arrestar a Samuel Joseph. Al enterarse, el presidente lo comprendería, aunque Ali aún tuviera tiempo para sus ridículas operaciones. Basil sólo tardaría unas horas en sacarle el nombre del traidor al americano, y entonces, con la seguridad de que en su ejército no había espías, Rustum podría desencadenar su ataque y poner punto final a la guerra. Los americanos habían tirado bombas atómicas para derrotar a los japoneses y acabar la Segunda Guerra Mundial. ¿Por qué no iba a matar él con gas a terroristas?

Descolgó el teléfono y soltó a bocajarro el nombre de Basil. Le puso con él un ayudante.

—Tengo un encargo para tus muchachos —dijo Rustum.

—No faltaba más. —Oyó el roce del auricular entre la cabeza

y el hombro de Basil—. ¿De qué se trata?

—En Damasco hay un americano, un agente de la CIA, Samuel Joseph. Ya te mandaré su expediente. Está supervisando a un traidor, y quiero que le echéis el guante.

—Entendido. ¿Milicia?

—Sí, y sin papeleo. —Rustum se acordó de los ojos de agua de fregar, de Hama y de los cueros cabelludos—. Ah, y ni gota de sangre, o sea, que procura que los chicos a los que se lo encargues lo hagan todo limpio. Lo necesito en condiciones de hablar, no muerto ni en el hospital, ¿me entiendes?

—¿Lo estará vigilando su hermano con los rusos?

—Ahora mismo los llamo y les mando que se aparten y os dejen sitio para trabajar.

—Sí, comandante. ¿Para cuándo lo quiere?

—Para ahora mismo.

Rustum colgó y marcó el número de la oficina de Ali. Lo pasaron con el asistente.

—Ponme con Ali —gruñó. Lo siguiente que oyó no fue la voz de Ali, sino al asistente balbuceando que no estaba—. ¡Pues entonces con el ruso! —rugió.

Al cabo de un momento se dirigieron a él con un fuerte acento eslavo.

—Dígame, comandante.

—Que los equipos de vigilancia se desentiendan del americano el resto de la noche. Los necesito en otra parte.

43

Como aún estaba en su piso una brigada de la empresa que limpiaba la embajada («en la vida había visto nada igual, señor Joseph», mascullaba sin descanso uno de los ellos, paseándose entre los escombros del apartamento), Sam se quedó hasta más tarde que de costumbre en la Estación, aprovechando para mirar si había mensajes en la base de datos de ATHENA: ni uno solo, como todos los días desde Italia. Agotado y preocupado, se puso la americana para irse y, al introducir la mano en el bolsillo, encontró el paquete de Marlboro que había comprado con Ali. Nunca le había dado por fumar, aunque Las Vegas fuera uno de los últimos sitios de Estados Unidos donde estaba permitido hacerlo en público. Siempre había preferido el tabaco de mascar, pero bueno, era mejor que nada.

Al salir, le pidió fuego a uno de los marines de la entrada y se sintió en la obligación de soltarle cuatro chorradas sobre lo mal que se estaba poniendo la situación en términos de seguridad. El joven marine respondió sinceramente entusiasmado con la perspectiva de que cualquier vestigio de ley y orden desapareciera en la capital.

—¿Te importa prestármelas? —le preguntó Sam señalando la caja de cerillas.

El marine contestó que no, que tranquilo. Mirando la valla, un verdadero precipicio antiescaladas, Sam se preguntó cuándo lo echaría del país la Mujabarat. El ánimo de los primeros días en Damasco se había diluido por completo dejando paso a la siniestra sensación de que todo estaba saliendo mal.

Procter le había hecho dos encargos: matar a Ali Hasán y supervisar a ATHENA, y había fracasado en ambos.

Primero en lo de Ali. Les había ido de un pelo. Sam aún no se explicaba la aparición del ruso. Tampoco sabía adónde habían ido él y Ali, pero las palabras leídas en los labios del eslavo («lo hemos encontrado») indicaban la intención de perseguirlo. Entre la advertencia de Ali y los destrozos en su piso, no cabía duda de que estaba en la cuerda floja. A la siguiente perrería que le hiciese al general, igual era a él a quien lanzaban a los perros. Ali lo declararía *persona non grata*, cuando no algo peor, como en el caso de Val.

Luego, en lo de ATHENA. Mariam le había escondido algo en la Toscana y desde más de una semana no tenían noticias suyas por el dispositivo. Algo pasaba, algo muy grave. Se encendió otro cigarrillo y, mirando la bandera estadounidense que ondeaba contra el cielo entre estelas de mortero, se acordó del manifestante que se había subido a la azotea para quitarla. Pensó en la mirada de miedo de Mariam en Italia, y en la promesa que él le había hecho.

Su temporada en Damasco tocaba a su fin. No tenía la menor idea del rumbo que tomaría su carrera a partir de esa noche. Quizá se hubiera truncado. De lo que no tenía duda era del siguiente paso.

Apagó el cigarrillo, introdujo el código para entrar en la misión diplomática y bajó a la Estación, donde una segunda contraseña lo llevó al otro lado de la puerta metálica acorazada. Recogió su maletín de la mesa y entró en el despacho de Procter. La Jefa estaba gritándole a alguien por teléfono, pero al verlo colgó. Las paredes de la embajada temblaron por una descarga de artillería del régimen. Él se apoyó en el marco de la puerta.

—Jefa, soy consciente de que estoy en la cuerda floja. ¿Qué le parece si por la mañana hablamos con Bradley y decidimos qué hacer?

Procter se lo quedó mirando sin contestar.

—Tú ocúpate de nuestra agente y obtén la inteligencia, que es lo único que importa —le respondió.

Él asintió y se fue de la Estación para caminar sin prisas hasta el parque móvil y salir del recinto cruzando otra vez los detectores de metal. Esa noche cumpliría su promesa.

Desde un banco al otro lado de la plaza, Mariam lo vio salir de la embajada. Tenía que hablar con él sin testigos ni vigilancia. Era difícil, porque lo estaría siguiendo alguien de la Mujabarat. Siempre podía alcanzarlo por la calle y pasarle el mensaje a toda prisa fingiendo adelantarlo. Tal vez funcionase. Podía contar con que él mantendría la calma, sin sobresaltarse por su aparición. También estaba casi segura de haber despistado a los del Departamento de Seguridad. Al salir del Palacio había hecho todos los movimientos ensayados desde Francia.

Sam fue por el río hacia Adnan al-Malki, la avenida ancha y con árboles que encauzaba a coches y peatones hacia la plaza de los Omeyas y el Sheraton. Había poca gente por la calle. Los combates y los morteros recluían a la gente en sus casas. Ella habría preferido que la zona estuviera tan concurrida como de costumbre. Se sentía desnuda siguiendo a un agente de la CIA sin el amparo de la multitud. Cuando él se alejó para ir por la acera del río, ella cayó en la cuenta de que no veía a nadie de la Mujabarat siguiéndolo. Qué raro... Lo tenía a unos cincuenta metros, caminando deprisa en paralelo al río. Apretó el paso maldiciendo sus tacones y su estupidez. En la calle había poca luz y menos gente, el ajetreo de la embajada ya era sólo un lejano recuerdo.

Entonces los vio: tres hombres saliendo de detrás de un contenedor para cortarle el paso a Sam. No era ningún control, ella sabía muy bien qué era. Se sacó del bolso una lima de uñas y se la metió en el puño para que nadie la viera hasta que fuese demasiado tarde. Luego dejó el bolso en el suelo. Por suerte, ya había tirado el maletín de Atiyah.

Sacudió los pies para quitarse los zapatos de tacón y echó a

correr.

Sam frenó de golpe al ver a los tres hombres en la acera medio destrozada. No iban uniformados. El más corpulento llevaba una camiseta que ponía I ♥ NY y una porra en la mano. Los otros, uno en chanclas y el otro de camuflaje, tenían cada uno un AK-47, aunque no lo apuntaban, al menos de momento. No supo ver de qué rollo iban. ¿Milicianos? ¿Delincuentes? ¿Rebeldes? En Damasco se habían difuminado las fronteras. De todas formas, daba igual. De repente vio que el de la camiseta de NY llevaba unas esposas en el cinturón. Fueran quienes fuesen, su intención era secuestrarlo.

—Buenas tardes —los saludó en árabe—. ¿Qué desean?

—Necesitamos que venga con nosotros, señor Joseph —contestó el neoyorquino.

«Mierda», pensó él. Sabían su nombre. Afortunadamente lo querían vivo, de lo contrario no habrían llevado esposas. Vaya, que quizá se pudiera hacer algo, aunque no mucho.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo en árabe, como antes.

—Somos del ejército.

Echó un vistazo a las chanclas del otro hombre y luego a su fusil, antes de mirar de nuevo a los ojos al neoyorquino.

Éste miró a un punto indeterminado detrás de él. Se oyeron pasos. Alguien se acercaba descalzo por detrás. Se preparó.

En París Beni le había explicado que uno de los grandes principios del krav magá era el *retzev*, un estallido de violencia continuo, sin pausas. Con el pavimento escociéndole en las plantas de los pies, Mariam aceleró hacia los de la milicia, que pusieron cara de perplejidad.

Tres hombres, dos de ellos con fusiles. Tenía que quitar las

armas de en medio.

Seguían mirándola, dudando qué hacer con aquella mujer bien vestida, pero descalza, que se les echaba encima con mirada de loca.

A veinte metros, el de la porra y la camiseta de Nueva York le gritó que parase, pero ella corrió más deprisa.

Cayó sobre ellos, la lima de uñas destelló cuando la clavó en el escroto de uno de los dos armados de AK-47, el de las chanclas, empapándole los pantalones de sangre a la vez que le hacía soltar el fusil con un golpe del brazo derecho. El tipo cayó al suelo gritando y llevándose la mano a la entrepierna, donde se le había quedado clavada la lima.

Aún sin haber asimilado del todo que era Mariam quien acababa de entrar en la refriega, Sam dio un paso hacia el de la ropa de camuflaje, que asistía con horror a la posible castración de su amigo.

Intentó darle un puñetazo en el esternón, pero el maletín que llevaba colgado en el hombro le trabó el brazo y falló por centímetros. El camuflado se tambaleó hacia atrás procurando levantar el fusil. Él le dio una patada en la espinilla y, convirtiendo su mano en una garra, la proyectó hacia su cara en busca de alguna cavidad. Logró introducir el dedo corazón en el ojo izquierdo de su adversario y empezó a retorcerlo, notando que se le mojaba la yema mientras el camuflado, que no había soltado el fusil, trataba de apuntarlo entre alaridos de dolor.

Una explosión en el hombro derecho lo hizo sacar el dedo de la órbita del camuflado y perder el equilibrio. Recibió dos golpes de porra en el riñón derecho. Cuando quiso levantarse, el neoyorquino le asestó otro golpe, esta vez en la espinilla, acompañado por una exclamación en tonos graves que él, ya encogido en el suelo, no consiguió entender.

Mariam se arrodilló para recoger el fusil de la acera y apuntar al hombre de la camiseta de I ♥ NY , que le estaba dando a Sam una paliza con su porra. Al presionar el gatillo, oyó el típico sonido de una ráfaga de AK y vio que las balas se clavaban en la pelvis, los muslos y la rodilla del tipo, que cayó al suelo.

Sin quitarse la mano del ojo, el camuflado dio tumbos hacia el muro bajo de caliza que se interponía entre la acera y los cinco metros de caída hasta el río. Ella le disparó una ráfaga, pero las primeras balas iban demasiado bajas y rebotaron en la acera. Las siguientes, corregida ya su trayectoria, se le clavaron en las nalgas, la espalda y el cuello, hasta que una chocó con la base del cráneo lanzando al hombre contra el muro. Sin soltar el gatillo, ella lo vio balancearse hasta rodar cuesta abajo y perderse de vista en la orilla de río.

Miró a su alrededor. Milagrosamente, en la acera seguía sin haber un solo transeúnte. El hombre con chanclas gemía en el suelo con una lima de uñas en la ingle, el de la ropa de camuflaje yacía muerto en la orilla del río, el de la camiseta de I ♥NY trataba de alejarse a rastras, pero sin mucho éxito. Sam logró levantarse con la mano en el lado derecho del cuerpo.

Notando los cartuchos en las plantas de los pies, Mariam se acercó hacia el de las chanclas, que seguía con la mano en la entrepierna. Se había sacado la lima, aunque tenía los pantalones empapados de sangre.

—¿Quién os envía? —preguntó poniéndole el cañón en la cabeza y deseando oír que eran rebeldes o ladrones. Ojalá, porque así, pese a ser grave el episodio, no sabrían que Sam era de la CIA ni podrían relacionarla con los estadounidenses.

El de las chanclas no tenía ganas de pelea.

—Basil Majluf. Somos de la milicia. —Hizo una mueca de dolor y respiró hondo para poder acabar la frase—. Veníamos a detener al americano.

Apartando la vista, Mariam presionó el gatillo y notó

salpicaduras en los pies.

—Son de la milicia oficial —le dijo a Sam en inglés, dándose cuenta de que le castañeteaban los dientes a pesar de que hacía un calor sofocante.

Con la mandíbula apretada, apuntó con el fusil al neoyorquino, que se alejaba a gatas, y apretó el gatillo hasta que vio que ya no se movía.

El ruido de cláxones llegaba hasta la embajada, pero ella no lo oía.

Era grave, se mirara por donde se mirase: tres milicianos muertos, un agente de la CIA herido y la inexplicable aparición de un activo durante el asalto. Parecía un milagro que siguiera sin haber nadie en la acera, ni transeúntes ni policías, pero después de tantos tiros no tardarían en llegar. Sam no tenía la menor idea de por qué Mariam había acudido, incumpliendo todas las normas de seguridad de las que habían hablado en Francia.

Ella fue corriendo en busca de su bolso y sus zapatos, él limpió sus huellas del fusil, cogió la lima de uñas y, tras echar un vistazo al cadáver hecho un ovillo junto al río, miró en su bolso para comprobar que hubiera un teléfono de prepago. Lo sacó y le mandó a Elias un mensaje con una dirección y cuatro puntos al final, señal de que era una emergencia.

Mariam sacó del bolso una toallita con la que él le limpió las salpicaduras de la cara y del cuello. Luego volvió a meterse la blusa en la falda, se echó el pelo hacia atrás y se frotó los ojos porque le picaban. Él le dio la dirección.

Sonó un móvil. Era el de Sam, con un mensaje: «Vale, diez minutos.»

—No podemos marcharnos juntos —dijo—. Ve hacia Al-Rauda. Será la RDV más corta del mundo, el punto de contacto queda a diez minutos.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—A un sitio donde podremos hablar.

El dinero asignado a los BANDITO había servido para comprar un sencillo apartamento en el extremo norte de Malki, a los pies del monte Qasiun. Consistía en un solo dormitorio con un colchón (sin sábanas) en el suelo, una pequeña cocina con latas de sopa y un recibidor con una mesa plegable y una silla metálica. Las luces del techo parpadeaban, olía a amoníaco de desinfectar y naftalina. En previsión de posibles apagones, los BANDITO habían puesto varios faroles de camping alimentados con pilas al pie de la pared del dormitorio.

Al cabo de dos horas le mandaría otro mensaje Elias, que llevaría a Mariam casi hasta su casa. No la dejaría en la puerta, pero sí lo bastante cerca para evitar los controles. Pese a la sordidez del piso, a él le habría encantado poder estar un poco con ella, pero dos horas ya eran casi demasiadas. Además, cualquier ausencia prolongada por parte de Mariam suscitaría preguntas en quienes la vigilaban, si es que estaba bajo vigilancia, y a él no le cabía duda de que sí.

Se sentaron frente a frente en el colchón. Las luces volvieron a parpadear y se apagaron. Sam oyó fuego de artillería sobre sus cabezas. Encendió un farol.

—¿Qué hacías tan cerca? —preguntó.

—Tenía que explicarte algo.

«¿Y por qué no has usado el dispositivo que te dimos?», estuvo a punto de gritarle, pero ya sabía la respuesta. Por eso se sentía al mismo tiempo traicionado y seguro de la lealtad de Mariam, lo cual, por otra parte, no disipaba en nada su contrariedad. Como ya no se fiaba de su buen juicio, se acordó de Procter («obtén la inteligencia») y entornó un poco los ojos al mirar a Mariam.

—¿Qué pasa?

—He oído que Rustum le daba a Bouthaina la ubicación de

una planta de refuerzo para el gas sarín.

—¿Dónde está?

—En Wadi Barada.

—¿Cómo te has enterado?

—Desde el baño de Bouthaina, por casualidad. Acababa de dejar el maletín en el despacho de Atiyah y...

Mariam empezó a llorar.

A esas alturas, seguro que los sirios ya estaban al corriente del tiroteo y lo habían vinculado con los cadáveres. Si lo encontraban podían matarlo, a menos que esperasen detenerlo y juzgarlo. Tenía que transmitir la información a Langley esa misma noche.

—Mariam, ¿quién tiene el dispositivo?

Ella lo miró a los ojos. Los de ella eran como dos llamas.

—Lo siento tanto, *habibti*, tanto... —Sollozó tapándoselos con las manos—. Perdóname, por favor, perdóname.

—¿Quién lo tiene?

—Lo siento, *habibi*, lo siento —manifestó ella entre lágrimas.

—¿Dónde está?

Ella levantó la vista con la cara húmeda y congestionada.

—Lo tiene Ali Hasán. Se llevaron a Razan, Sam. Fueron a mi casa y la arrestaron la noche antes de mi viaje a Italia. Ali Hasán ha estado utilizándome contra vosotros, *habibi*. Lo siento tanto, tanto...

Él ya se lo esperaba. Había pensado que se enfadaría al oír la confesión, pero más bien se sentía triste, triste porque ella no se lo hubiera contado en Italia, cuando Procter y él aún podían ayudarla. Entonces podrían haberla puesto a salvo. Ya no, estaban atrapados en Damasco y él tenía sus dudas de que pudieran salir vivos.

—¿Sabes qué querían del dispositivo, o de mí? —preguntó.

Mariam se había puesto a temblar y se frotaba la cara embadurnándose el maquillaje y los restos de sangre seca que no

había podido limpiarse por las prisas. Era la primera vez, en el silencio de ese apartamento cutre, que él la veía de verdad desde Italia. Tenía mal color y las facciones descompuestas, con ojeras. Se mordisqueaba un dedo ya en carne viva.

—No me lo revelaron. Ali sólo dijo que sabían que te estabas reuniendo con un traidor y que tenían que encontrarlo. Probablemente se referían a mí sin saberlo.

Sam le apartó suavemente los dedos de la boca y la cogió de la mano.

—¿Qué les has dado, aparte del dispositivo?

—Más que nada datos de contexto. Les he hablado de Procter. —Se mordió el labio—. Y del piso franco de Damasco. Me pidieron que me pusiera en contacto contigo, sabían que nos habíamos conocido en la fiesta de París, y Ali quería que operase contra ti. Quería el dispositivo.

Él hizo inventario: un dispositivo covcom de última generación y un piso franco de primera quemados a causa de la filtración de un activo sirio que debería haber sido el no va más, la joya de la corona. Los de Contrainteligencia iban a subirse por las paredes.

Se puso a dar vueltas por la habitación. Más fuego de artillería en el monte. La electricidad volvió, pero sólo unos segundos.

—¿Por qué me seguías esta noche?

—Porque había oído la información, sabía que la necesitabas y no tenía ninguna otra manera de ponerme en contacto contigo.

—¿Has hecho lo de Atiyah? ¿Ya están intercambiados los maletines?

Desde el regreso de Italia no habían llegado noticias a la Estación.

—Sí, pero no te lo había comunicado porque no tenía el dispositivo.

—¿Le has hablado a Ali de la operación de Atiyah o del ordenador de Bouthaina?

—No, soy leal, tú y yo luchamos juntos.

—Ya lo sé, *habibti*, ya lo sé.

Él se sentó y ella le puso la cabeza en el hombro sin dejar de llorar. Había traicionado a la CIA, lo pactado en Francia y a él mismo, pero le estaba diciendo la verdad. Matando a los de la milicia se lo había jugado todo. En otra vida, en otro mundo, se habrían ido a vivir juntos a algún sitio, pero estaban en Damasco, con entradas de primera fila para el descenso de la ciudad a los infiernos. Decidió dejar la rabia, la tristeza y la vergüenza a un lado para centrarse en protegerla, lo único que en esos momentos podía controlar.

—¿Han soltado a Razan? —preguntó.

Ella apretó la mandíbula y negó con la cabeza mientras miraba fijamente el farol.

—Todavía no —le contestó—. Ali Hasán es un auténtico mentiroso.

Sam pensaba deprisa, sopesando sus obligaciones y sus posibilidades. «Protege a tu agente, cumple tu promesa.»

—Pues entonces —dijo—, la única manera de protegerte es dándole a Ali exactamente lo que quiere.

Elaboraron el plan sentados frente a frente en el colchón.

—Necesitamos alguna manera de comunicarnos, aunque sólo sean unos segundos, por si algo sucede. Le diré a Elias que te dé un teléfono de prepago cuando te lleve a casa.

Les mandó un mensaje de texto a los BANDITO y le dio el número de su propio móvil de prepago a Mariam.

No le hizo falta mirar su reloj porque ya sabía que sólo les quedaban veinticinco minutos antes de que Elias llegara para recogerla.

Fue a la cocina para que Mariam no lo oyera y llamó a Procter. Le explicó el incidente con los tres hombres, pero sin revelarle dónde estaba.

—Ha llegado el momento de exfiltraros. Se acabó la fiesta —

dijo la Jefa.

En honor a la verdad, él no tenía ni idea de cómo explicarle su siguiente movimiento.

—Jefa —se limitó a decir—, esta noche tiene que transmitir lo siguiente: Inteligencia de ATHENA; el gas sarín está en Wadi Barada, subfuente confirmada.

Colgó y respiró hondo. Incluso en el supuesto de que le saliera bien, no estaba seguro de que fuera mucho mejor enfrentarse a Procter y los jefazos de la CIA que a un tribunal sirio. En última instancia, la única diferencia sería que pusieran o no una estrella en la pared en Langley.

Al volver se encontró a Mariam tendida en el colchón. Se echó a su lado.

—Perdóname, por favor, *habibi* —repetía sin parar. Él apretó su frente contra la de ella.

Se quedaron abrazados en silencio varios minutos hasta que sus respiraciones se acompasaron. Él le dio un beso.

Ella se secó los ojos y sostuvo su mirada mientras le desabrochaba la camisa. Él se estremeció.

—Ésta sí que puede ser la última vez, *habibi* —dijo ella.

—Ya lo sé —contestó él—. Pero bueno, solemos equivocarnos.

44

Era 18 de julio, una agradable mañana de sol, y Rustum entró en la sede de la Seguridad Nacional rumiando una letanía de venganzas.

A lo largo del día, la lista no haría más que aumentar.

Pero qué tediosas eran las reuniones, por Dios... El presidente había creado un grupo presidido por su hermanito para centralizar las actividades de Contrainteligencia durante la guerra. Lo gracioso era que tenían que encontrarse fuera de sus maltrechas oficinas porque en éstas no había una sala de reuniones con cabida para todos. Pero lo que de verdad exasperaba a Rustum era tener que encontrarse con tantos burócratas fofos que no hacían más que hablar y hablar.

—Comandante, necesito un momento —le dijo una voz familiar en cuanto entró en el edificio.

Era Basil, que lo estaba esperando en el vestíbulo. Rustum se apartó con él.

—¿Ya lo tenéis? —preguntó en voz baja.

No era un tema del que hablar en la sede de la Seguridad Nacional.

—Anoche hubo un incidente con la milicia.

—¿Un incidente? Habla claro, Basil —dijo llamando la atención de alguien que pasaba cerca.

—Los hombres a los que mandamos para detener al agente de la CIA están muertos —dijo Basil—. Los mató y escapó.

Rustum se había quedado de piedra. Alguien le hizo un saludo militar al que no respondió.

—Hemos encontrado los cadáveres a primera hora —siguió explicando Basil—, cosidos a balazos junto al río. Uno con una

puñalada en el pene y otro tirado en la orilla con un ojo saltado.

—¿Una puñalada en el pene?

—Sí.

—*Haywaan* —gruñó: «animal». Notó que le subía la presión —. Encontradlo.

—Estamos buscando en todas partes, comandante. —Una pausa—. ¿Y si lo encontramos?

—Lo quiero vivo... dentro de lo posible.

Ali entró furioso en la sala de reuniones y ocupó su sitio presidiendo la mesa. Se había preparado un orden del día, pero ya no servía de nada porque sólo podía pensar en una cosa: la ira incontenible que le inspiraban el sádico de su hermano y su díscolo sicario Basil. El propio Volkov, siempre tan estoico, había estado a punto de sufrir un ataque al enterarse de que la suspensión de la vigilancia decretada por Rustum la tarde anterior no sólo no contaba con el beneplácito de su hermano menor, sino que éste la desconocía por completo. Su reacción había sido tirar una taza de cerámica contra la pared del centro de mando del Departamento de Seguridad, y estaba llena de Zhuravli, su vodka preferido para las primeras horas del día, lo que permitía medir su rabia. En cuanto a Ali, había consumido dos cigarrillos mientras veía a un ayudante ruso limpiar la pared.

A partir de entonces se había abierto la veda contra Samuel Joseph, con instrucciones claras a todas las organizaciones que formaban el Departamento (diecisiete, nada menos) de priorizar su búsqueda. Él había dirigido personalmente el asalto al apartamento del estadounidense, y también habían registrado el piso franco que Joseph había preparado para Mariam Haddad, a quien él había convocado para una reunión. Ya estaban avisados todos los guardias fronterizos, y se había informado oficialmente a los estadounidenses en una tensa reunión a cuyo término, por

lo que le habían dicho, el viceministro de Asuntos Exteriores sirio había insultado al embajador de Estados Unidos. Aun así, Samuel Joseph seguía en paradero desconocido.

Mientras miraba sus papeles, le hizo señas al muchacho que servía el té, de cuyo nombre nunca se acordaba. El joven rodeó la mesa haciendo rechinar el carrito e intentó llenar su taza, pero derramó gran parte del líquido en la bandeja.

—Lo siento... lo siento, general —balbuceó mientras limpiaba los lados de la taza.

—No pasa nada —dijo él cogiéndola—. Dame una servilleta y listos. Recuérdame otra vez cómo te llamas.

—Jibril, general.

—Pues dame una servilleta, Jibril.

El muchacho, sin embargo, no lo oyó; se había quedado boquiabierto mirando hacia la puerta. Ali se volvió.

Acababa de entrar el presidente Al-Ásad. Siempre estaba invitado a las reuniones, pero hasta entonces nunca había asistido. Ali se levantó y, tras darle la mano, se apartó para ceder el lugar de honor al presidente, que procedió a saludar a todos los altos cargos repartidos por la mesa.

Rustum tomó asiento a la derecha de Al-Ásad, ignorando a Ali, que se inclinó hacia su hermano mayor.

—Sé que anoche intentaste matar al americano. ¿Lo tienes bajo custodia o es verdad que tus esbirros la cagaron?

—¿Qué te crees, que he matado a tres de la milicia sólo para despistarte, hermanito? ¿Para hacerte pensar que se escapó cuando en realidad lo tengo prisionero?

—Viniendo de ti no me extrañaría nada.

Rustum sonrió.

—Vete a la mierda, hermanito. No sé qué fue de él ni dónde está.

El presidente llegó a la altura de Rustum y le dio la mano antes de sentarse. Después de alisarse la corbata, le hizo señas a Ali de que diera por iniciada la reunión.

—El punto principal del día es la búsqueda del estadounidense Samuel Joseph —informó Ali al grupo entre miradas al precario carrito del té con el que Jibril se acercaba tras servirle té al ministro de Interior.

Al-Ásad le hizo señas y el joven hizo rechinar con fuerza el artilugio para llegar hasta donde estaba el presidente. Ali dejó de hablar porque todo el mundo estaba distraído. Jibril intentó servir el té, pero se le derramó por los lados de la taza llenando el platito del presidente y extendiéndose incluso por la mesa.

—Maldita sea —dijo Al-Ásad alejando el líquido con la mano en un vano esfuerzo de que no le mojara los pantalones.

Se quedó mirando a Jibril, que se había puesto a toquetear la bandeja como loco en busca de una servilleta. Estaba teniendo muy mala mañana. Parecía enfermo.

—¿No tienes servilletas en el carro, muchacho? —dijo el presidente señalando la parte inferior, cubierta por un mantel.

—Pues... es que... tengo que ir a buscar una, señor presidente —dijo el chico, y empezó a alejarse dejando el carrito entre Ali y el presidente.

—A ver, tú —gruñó Rustum—, llévate el carro a la otra punta de la mesa para que no estorbe.

Jibril miró primero al presidente y luego a Ali, que advirtió que le sudaba la frente, pero reinició su exposición mientras él se alejaba haciendo rechinar el carrito, que finalmente aparcó entre el ministro de Defensa y Turkmani, en el extremo opuesto de la mesa. Luego salió de la sala, pero sin dejar de volver a cada momento la cabeza. A Ali le pareció que algo raro pasaba y volvió a quedarse callado. Intentó concentrarse hojeando sus papeles.

—General Hasán —dijo el presidente—, le ruego que intente continuar. A mí también me zumban los oídos por el carrito de los demonios.

Se metió un dedo en la oreja y se puso a darle vueltas riendo.

Ali oyó un suave pitido. Luego llegó el calor, una luz

deslumbrante que lo envolvió borrando los contornos de la sala y, a continuación, la ingravidez. Era como estar girando al fondo de una piscina con los brazos y la cara ardiendo y los orificios nasales llenos de humo. Durante uno de los giros pasó por delante de sus ojos una pierna cercenada, un giro más lo hizo atisbar un agujero de contorno irregular en el suelo (o el techo) del que salía humo. Momentos después, el mundo volvió a asentarse. Mientras los contornos volvían a aparecer y la rotación se detenía, oía gruñidos, gritos, llantos y jadeos de desesperación.

—*Ya allah* —oyó que decía Al-Ásad con voz entrecortada: «Dios mío.»

Entonces descubrió que estaba sentado en el suelo, contra la pared, a varios metros de su silla, y que el presidente también había caído al suelo, aunque mantenía la cabeza erguida. Se miró las piernas, estaban intactas. Se tocó una con el dedo y sintió la presión. Intentó mover los dedos de los pies: podía.

Miró a través del humo carraspeando. Todo el suelo estaba sembrado de trozos de carne chamuscada. El otro extremo de la mesa había desaparecido. Tampoco estaban ya las placas del techo, en cuyo lugar había un gran boquete. No alcanzaba a ver hasta el otro lado de la mesa, pero a su derecha estaba Rustum, deslizándose de codos por el suelo hacia él.

Observó a Al-Ásad incorporarse con ojos desquiciados entre el humo y volver a desplomarse entre jadeos. Comprobó que podía ponerse de pie, se acercó al presidente dando tumbos y lo ayudó a levantarse. Rustum también se levantó, apoyándose en la pared para no perder el equilibrio. Mirando a su alrededor, Ali topó con los ojos del ministro de Defensa, cuya mirada furtiva parecía preguntar dónde estaba la parte inferior de su cabeza.

Una hora después, Ali estaba con Rustum y Al-Ásad en el Palacio. El presidente tenía el ojo derecho vendado y gasas en

las quemaduras de los brazos y el pecho. En cuanto a Rustum, el médico había insistido en que se pusiera un collarín de espuma en el cuello. Él, milagrosamente, sólo había sufrido algunos pequeños cortes en la cara. Aún no había llamado a Layla. No sabía qué decirle. Se preguntó si era el efecto del shock.

Estaban viendo el telediario de Al Jazeera en espera de que les llevasen a Jibril, a quien habían pillado tratando de escapar del edificio después de la explosión. En la tele salía Zahran Alloush, el señor de la guerra de Duma, que acababa de reivindicar el atentado asegurando que era el primer paso de una ofensiva para tomar la capital. Al-Ásad tiró el mando a distancia contra la pantalla, dejándola rota y sin imagen. Él se llevó las manos a la cabeza. Nadie decía nada.

Se abrió la puerta del despacho. Era el jefe de la seguridad presidencial, que hizo pasar a Jibril, esposado, sudoroso, cubierto de moratones y con los ojos como platos, probablemente por seguir aún vivo y porque el presidente continuara con vida también.

Ali sólo tenía ganas de volver a casa junto a Layla y sus hijos, pero no tenía más remedio que quedarse en el Palacio asistiendo a más desgracias. Lo odiaba, se odiaba. Jibril bajó la vista al suelo.

—Mírame, muchacho —ordenó Al-Ásad, y Jibril se estremeció. El presidente dio un paso hacia él—. ¡He dicho que me mires!

Levantó la vista y el presidente le escupió a la cara y lo abofeteó. Él se puso a llorar. Ali se volvió hacia otro lado.

—Mi padre no se pasó tres décadas construyendo Siria para que una chusma traicionera como tú la destruya durante mi reinado —declaró Al-Ásad—. No cabe duda de que este país se tiene que gobernar con la bota, la espada y la pistola. ¡En *Suriya al-Assad* no puede haber libertad precisamente por seres como tú, a los que mi familia ha tenido que mantener a raya desde

hace décadas! La gente como tú es la razón de que yo esté luchando, de que mi gobierno no se rinda. Siria es mía, muchacho, no tuya.

Le hizo un gesto a su jefe de seguridad, que se llevó a rastras a Jibril.

—Ya puede empezar —le dijo a Rustum, que asintió y salió del despacho.

Al bajar por la escalera, se arrancó el collarín.

—Encuentre al estadounidense —ordenó el presidente dirigiéndose a Ali.

Kanaan lo llevó de regreso al Departamento de Seguridad. De camino (seis controles), viendo los MIG sirios en el cielo y lo tensa que estaba la Guardia Republicana, Ali se preguntó si había llegado el momento. Llamó a Layla.

—*Habibti*, ¿estáis en casa tú y los niños?

—Sí. ¿Por qué, qué pasa?

—Durante nuestra reunión ha habido un atentado contra el presidente. A mí no me ha pasado nada, pero a otros sí. La Guardia está preparando una ofensiva.

—¿Y qué hacemos?

A Layla le temblaba la voz. Ali oyó los gritos de fondo de Sami.

Sopesó las opciones.

Huir: mala idea porque la ciudad se estaba llenando de controles y seguro que Rustum había ordenado cerrar el aeropuerto.

Esconderse: malo también porque ser encontrado por cualquiera de ambos bandos implicaba la muerte.

Luchar: de momento la mejor opción, una posibilidad de sobrevivir.

—Quedaos en casa, *habibti*, el centro de la ciudad aún es

seguro. Yo estoy yendo al despacho, pero no tardaré.

Ya en el edificio y de camino a su despacho, pasó al lado del centro de mando ruso y vio a Volkov con una sonrisa triunfal en su rostro carnoso. Tenía en una mano una taza nueva con vodka y en la otra un papel.

—General, tengo órdenes del presidente Putin en persona de facilitarle esta información «recién salida de la sartén», como dicen los americanos.

Se sentaron.

Ali estuvo a punto de corregirle la expresión («del horno»), pero se lo pensó mejor: a saber cuánto vodka había bebido ya.

Volkov siguió hablando:

—Hemos tenido suerte en Washington. Anoche llegó un dato interesante a manos de una de nuestras fuentes mejor situadas.

Le acercó un papel por la mesa.

Llevaba los mismos códigos que las otras veces (TS/HCS/ OC, REL ISR), y era muy breve, sólo cinco renglones contando la descripción de la fuente. Lo importante no era el texto, sino el título:

LOCALIZADO UN ALMACÉN DE GAS SARÍN DE LA GUARDIA REPUBLICANA EN WADI BARADA

No supo si reír o llorar: Wadi Barada, la ubicación recibida por Bouthaina.

Ali encontró a su hermano en su despacho, entre seis ayudantes que escuchaban con cara de circunstancias los berridos con que daba órdenes por teléfono de preparar los misiles y la artillería a lo largo y ancho del país. Cuando lo oyó entrar, giró todo el cuerpo porque no podía mover el cuello. Tenía una mirada feroz y el bigote chamuscado. En el Palacio no se había dado cuenta.

Siguió gritando por teléfono como si él no estuviera. Después,

se acercó a un mapa y señaló unas coordenadas en Duma. Tras estampar el auricular en la base, le hizo señas de que se sentara acompañando el gesto con una mueca de dolor. Hizo salir a todos los ayudantes.

—¿A qué vienes?

Él deslizó por la mesa el informe ruso.

—El SVR te ha enviado una copia, pero he supuesto que estabas demasiado ocupado para leerla.

Su hermano mayor estuvo mirando el informe durante unos segundos como si se imaginase que el título podía cambiar. Acto seguido respiró profundamente, bajó la cabeza y volvió a dejar el papel en la mesa, aunque boca abajo.

—Ya me encargo. Yo solo.

Ali se había planteado detener a Bouthaina él mismo, pero sabía que esta vez no se saldría con la suya: estaba acabada.

—Me lo imaginaba, hermano.

45

El informe ruso abrió un agujero de gusano en el cerebro de Rustum. Hama, febrero de 1982. Se había subido a un helicóptero de ataque en Damasco. El viento lo despeinaba, llevaba el fusil táctico en las manos e inspeccionaba los matorrales desde las alturas en espera de reconquistar la ciudad casa por casa. En Damasco, él y sus hombres bromeaban, jugaban a las cartas, allí no abrían la boca mientras observaban desde poca altura a los granjeros que señalaban a los helicópteros, prestos sin duda para avisar a los terroristas ijwan de la llegada del gobierno. En Hama, asaltaron aquel apartamento metiéndose de lleno en la vorágine, lanzando granadas y poniéndose a cubierto para devolver el fuego mientras cada nueva baja entre sus camaradas atizaba más su furia. Luego, dispararon a la familia apiñada y les arrancaron las cabelleras.

Salió del agujero de gusano en el cuarto de baño de su villa de Bloudan. Fuera se oía el helicóptero. Estaba apuntando a Bouthaina con un fusil ruso de combate. Entrevió su cuerpo esbelto dentro de la bañera hortera, la de las patas de oso, y le arrojó el informe del SVR. El papel planeó hasta posarse en la espuma. Ella lo cogió temblando. El apartamento de Hama era un lugar zarrapastroso, lleno de agujeros de bala y saturado del hedor de la muerte; ese cuarto de baño desprendía limpieza, paz, refinamiento. Al enfocar la vista, vio a Bouthaina intentando leer el papel, ininteligible de tan mojado.

—¿Qué es, *habibi*? —balbuceó ella.

Todo el mundo intentaba hacer lo mismo: alejarse, fugarse a toda costa.

Volvió a mirar aquel baño y a su novia con cara de sorpresa, como si no supiera nada del caos que sofocaba la ciudad. Apretando el fusil entre sus dedos, vio el informe hundirse en las burbujas.

—Tu sentencia de muerte —respondió al fin.

Apuntó a la cabeza a Bouthaina, que gritó. Acto seguido apretó el gatillo.

Al volver a Damasco algo nervioso por el asesinato, Rustum se encontró sentado en su despacho a Daoud Haddad. «Cierto, lo había citado.»

—Siéntese, Daoud —le dijo, a pesar de que el otro ya lo había hecho.

Le explicó que necesitaba que la Rama 405 lo asesorase, pero sin entrar en detalles, y refiriéndose más de una vez a la Guardia Republicana como las Compañías de Defensa, sus antecesoras, una antigua unidad militar de la que había formado parte durante su juventud, cuando aún era teniente, en los años ochenta.

Le explicó a Daoud que no había alternativa al gas, único tratamiento posible para las alimañas en los túneles y único terror bastante corrosivo para hacer que depusieran las armas.

—Lo pondremos en marcha lo antes posible —dijo.

Expulsarían a los terroristas de sus ratoneras a la fuerza.

Abrió el cajón de su escritorio para sacar un gran cuchillo y clavarlo en el mapa de la pared, directamente en Duma. Luego escupió sobre el mapa, formando un reguero de saliva que fue serpenteando por la carretera M5 desde Alepo hasta Homs.

Dio media vuelta.

—Bueno, Daoud —dijo saliendo del cementerio de su imaginación—, pasemos al tema del asesoramiento de la Rama 405. Hemos recibido órdenes del presidente de iniciar represalias contra los terroristas usando nuestras reservas

químicas. Mis hombres están preparando misiles balísticos en las ubicaciones enumeradas en esta orden que le transmito como nuevo jefe de la Rama 450. —Deslizó el papel por la mesa—. En la orden constan las bases aéreas donde procederemos a la mezcla y la carga.

—Nuestras reservas no son suficientes, comandante —opinó Daoud al leer el informe—, no para una operación de esta magnitud.

—Hemos producido cientos de toneladas de gas sarín en un sitio que se llama Jableh, pero los estadounidenses y los sionistas lo han descubierto, así que lo hemos trasladado todo a un búnker de la zona. Mis hombres han hecho un reparto aproximado de los componentes binarios y los han enviado a las plataformas de lanzamiento que aparecen en la orden que acabo de entregarle. Quiero que supervise personalmente los preparativos.

—¿Cuál es el plazo?

—Mañana por la mañana.

—Entendido, comandante.

Daoud se levantó y se volvió para irse tocándose el cuello.

—Ah, Daoud, otra cosa... aunque tenga usted una hija que en estos momentos se halla bajo nuestra custodia, lo considero un fiel servidor. No me falle, hágalo por ella.

46

Ese día Mariam, como tantos sirios, se preguntó si era el final: habían proliferado los controles, las calles se habían llenado de saqueadores y en Al Jazeera entrevistaban a rebeldes que aseguraban que el régimen tenía los días contados. No paraba de oírse fuego de artillería y sirenas.

A media tarde, las milicias de Zahran Alloush rompieron el asedio de Rustum y enviaron grupos de asalto al centro de la ciudad. Mariam leyó por internet una nota de Reuters que aseguraba que un batallón de la Guardia Republicana había desertado en bloque.

Bouthaina se había ido a la villa de recreo de Rustum en Bloudan, lo que la dejaba a ella al mando del Palacio, así que, después de la explosión, le había dicho al resto del equipo que se fueran a sus casas y no se movieran hasta nueva orden.

Sonó su teléfono. Era Amina, una de las ayudantes de Bouthaina.

—¡Mariam, está muerta, está muerta! —la oyó gritar en cuanto descolgó.

—¿Quién está muerta? ¿Qué ha pasado?

—Bouthaina, Mariam. En la bañera. ¡En la bañera! —Se oyeron gritos incomprensibles y el ruido de las hélices de un helicóptero. Amina continuó entre sollozos—: Rustum le ha pegado un tiro...

—¿Rustum?

—Sí. Ha llegado en helicóptero, ha entrado, le ha pegado un tiro y se ha marchado. Yo estaba en el despacho y he encontrado el cadáver. Mariam, Mariam... ha sido... ya no tiene cara, y toda la bañera está llena de...

Volvió a ponerse a gritar cosas incomprensibles. Mariam sólo entendió algo de un papel que había encontrado en la bañera.

—¿Un papel? —preguntó.

—Sí, con algo en inglés, pero no he podido leerlo: había marcas raras, y estaba muy mojado, y yo no sé tanto inglés como tú, y...

Ella, que de repente tenía mucho frío, la interrumpió.

—No te muevas, las carreteras son muy peligrosas ahora mismo. Ah, y destruye el papel, ¿me entiendes?

—¿Y si vuelve? ¿Y si vuelve el monstruo? —preguntó la joven.

Mariam pensó en la información que le había facilitado a Sam. Wadi Barada: una sola ubicación, pero oída de boca de Rustum, que se la había confiado a Bouthaina, a quien luego había asesinado. En Siria ya no existían las coincidencias. Le faltaba el aire y estaba mareada. Tenía ganas de vomitar.

—No te va a pasar nada —le dijo a Amina—. No volverá, ya ha hecho lo que quería hacer. Pero...

La joven sollozaba.

—¿Amina? —dijo levantando la voz.

—Dime... dime, Mariam —balbuceó la otra.

—No le cuentes a ningún soldado que has visto quién mataba a Bouthaina, ¿me entiendes?

La joven colgó murmurando. Ella fue al baño y vomitó.

Desde entonces estaba sentada en la cama, esperando a poner el plan en marcha, a que se la llevara Ali Hasán, a que la asesinara Yamil Atiyah o a que la matara una explosión, lo que pasara primero.

Oyó una ráfaga de ametralladora al pie de la ventana y, al asomarse, vio a un hombre embozado que cruzaba la calle corriendo con una caja colgada del hombro. Habían empezado los saqueos. El vigilante del Departamento de Seguridad ya no estaba en la entrada del edificio. Cobarde... Cerró las persianas y

se mordisqueó los dedos hasta arrancarse un trocito de piel.

Dio un respingo al oír golpes en la puerta. Al abrir, se encontró con la penosa estampa de su tío Daoud. Ya no llevaba los vendajes de después del tiroteo, pero se lo veía más derrotado que nunca. Le hizo señas de que entrase y se sentaron en la sala de estar, oyendo el motor de los aviones y los impactos sordos de los proyectiles de mortero. Le sirvió té de limón a su tío, como si fuera una visita de lo más normal.

Daoud tenía el uniforme húmedo y las axilas empapadas. El sudor acumulado en la punta de su nariz formaba gotas que caían en su taza de té, temblorosa en sus manos.

—¿Qué pasa, tío? —le preguntó.

—Habría ido a ver a tu padre —repuso él—, pero no he podido localizarlo.

Hizo una mueca. Mariam sintió en el pecho la presión de un dolor sordo, como si una mano le apretara los pulmones. Asintió.

—Me voy a una base aérea por trabajo, puede que esta misma noche. A ver, cómo te lo explico... digamos que no me extrañaría no volver.

Mariam tuvo ganas de reírse y preguntar «¿Me estás tomando el pelo?», pero ya sabía la respuesta.

—¿Qué pasa? —fue lo único que consiguió decir.

Daoud dejó la taza y se pasó una mano por la cabeza. Cuando notó que se había quedado con varios pelos, se la limpió restregándosela en la pernera.

—¿Recuerdas lo que te dije en la fiesta de compromiso de tu primo? Parece que haya pasado una eternidad... Te dije que siempre habías sido miembro de los consejos de guerra.

—Sí, tío, ya me acuerdo, y fue un honor. Es un honor.

—No puedo decirte por qué es posible que no vuelva nunca, pero voy a pedirte dos cosas como miembro del consejo. Siento que las cosas sean así.

Viendo la mirada desquiciada de su tío, Mariam no tenía ganas de oír más.

—Te escucho, tío —dijo a pesar de todo.

—Necesito que me prometas que cuidarás de Razan y te encargarás de que la suelten. Si no vuelvo, puede que haya... —se rascó la herida del cuello— preguntas, preguntas incómodas —dijo acabando la frase.

—Te lo prometo —repuso ella—. Por supuesto que lo haré, tío.

Daoud levantó un poco la cara, aunque no mucho.

—¿Qué es lo segundo?

Se sacó del bolsillo un papel mojado y desgastado que temblaba en sus manos.

—Pasa algo que conviene que sepas, algo de tanta maldad que me da vergüenza hasta mencionarlo, pero si te doy este papel estarás implicada y tendrás que tomar decisiones.

—¿Por qué me cuentas esto, tío?

—Eres miembro del consejo de guerra, ¿no? ¿Y qué es esto sino una gran guerra? ¿Quieres el papel?

«Yo no hice nada.»

Ella asintió con la cabeza y Daoud empujó el papel hasta ponérselo debajo del platillo de té. Después se levantó.

—He escrito todo lo que he podido, todo lo que sé.

Ya en la puerta, la abrazó, y ella se sorprendió llorando. También a él se le escaparon lágrimas.

—Tu padre estaría orgulloso de ti —dijo—. Sea cual sea el papel que desempeñe mi información, cuando llegue el momento dile por favor a Razan que yo di la cara y que, al final, en cierto modo la he vengado. ¿Se lo dirás, por favor?

Como no podía hablar, ella asintió con la cabeza. Sus ojos, oscuros y asustados, también decían que sí.

Daoud se puso de espaldas, pero cuando estaba a punto de marcharse dio media vuelta.

—En el papel que te he dado hay cinco ubicaciones; lo mejor sería que las destruyesen esta noche, o mañana por la mañana.

—Pero, tío, ¿cómo...?

Daoud la detuvo con un gesto de la mano y sonrió, más animado: se había quitado un peso de encima.

—No hace falta, Mariam. Te lo cuento por mí, por mi alma.

Mariam cerró la puerta.

Leyó el papel.

Vomitó otra vez.

Lamentó no tener mejor manera de ponerse en contacto con él.

Lo llamó al teléfono de prepago.

Se lo dijo todo muy deprisa.

Sintió que ya no le apretaba el pecho ninguna mano invisible.

A pesar de que aún quedaba todo por hacer.

47

Sam pensó que debía de ser uno de los mensajes más funestos de un activo en toda la historia de la CIA. Tuvo ganas de ir corriendo a la Estación, pero Mariam y él aún tenían cosas por hacer. Cogió el móvil de prepago y llamó a la embajada. Se puso uno de los funcionarios consulares.

—Diles a los de abajo que llamen a este número con un prepago. Ahora mismo, ¿vale?

El funcionario le respondió que sí, y él colgó y se puso a dar vueltas por la habitación tirando sin querer varias latas de sopa amontonadas. Cinco minutos después, sonó el teléfono. Contestó.

—Pero tío, joder, ¿dónde estás? —dijo Procter.

Nunca se había alegrado tanto de oír su voz.

—Perdone, pero es que he estado actuando con discreción. No he tenido más remedio. Le voy a leer algo, es de una subfuente de ATHENA. Tenemos que ponerlo en un compartimento de acceso restringido para que no puedan leerlo más de tres o cuatro personas. ¿Lista?

—Venga —repuso Procter. Se notó que lo decía con rabia, pese a haber cedido.

Sam se lo leyó y ella se quedó callada un momento.

—Ahora mismo lo mando y llamo a Bradley —repuso al fin—. Te digo algo en un rato.

Clic.

Pasados diez minutos, el teléfono volvió a sonar.

—Ya está enviado. Ahora, o me dices dónde estás o vuelves a Estados Unidos cargado de cadenas.

En cuanto llegó Procter, todo el piso franco se llenó de su energía oscura. Pasó gruñendo a su lado y dejó caer su bolso, que hizo un ruido de hebillas al chocar con la mesa. Él lo miró, era de cuero negro. Nunca había visto tan furiosa a la Jefa.

Procter lo fulminó con la mirada hasta que él volvió a enfocar sus ojos en el bolso.

—Traigo mi cuchillo y mi pistola de la Estación —dijo ella adelantándose a la pregunta—. Esta ciudad se ha vuelto loca, en plan Roma con los putos visigodos a sus puertas, sedientos de sangre y de botín.

Sacó una goma elástica del bolso para recogerse de cualquier manera el pelo de estropajo.

—¿Piensas decirme qué pasa? —Puso la directa, sin esperar respuesta—: Deja, que ya lo explico yo, y así tú luego me das una razón para no echarte de una puta vez, meterte en un coche y llevarte yo misma al otro lado de la frontera, hasta Amán, ¿vale?

Sam se quedó callado. Procter se apoyó en la mesa y él se sentó de cara a ella, con la espalda contra la pared.

El tono de la Jefa era tenso y descarnado, con la rabia a flor de piel.

—Tengo un agente a quien se le da de maravilla reclutar, pero me ha entrado la sospecha de que el principal instrumento que usa para evaluar a uno de sus activos es su polla. Por razones que se me escapan totalmente, el susodicho es atacado por las milicias del gobierno, así que se refugia con el activo en este palacio del placer... —Hizo un gesto amplio en referencia al triste dormitorio, y luego señaló la cama— no sin antes cometer un triple homicidio. Luego, el susodicho de los cojones manda inteligencia sin confirmar sobre una planta de refuerzo que yo, con la mayor de las premuras, le transmito a Langley.

Sam abrió la boca, pero Procter no lo dejó hablar.

—A continuación el susodicho, negándose a ponerse en lugar seguro, me obliga a hacer una RDV suicida entre controles y

fuego de artillería.

Otra intentona de Sam cortada por un dedo en la boca.

—Chist, chist. Tú ni mu hasta que acabe. Después, la subfuente del susodicho nos da la información necesaria para aguarle a Al-Ásad su fiesta del sarín, y la intrépida jefa de estación transmite la inteligencia en cuestión a Langley, asegurándose de que POTUS dé la orden de bombardear todas las ubicaciones al día siguiente y poniendo en peligro a toda la embajada si a los sirios les da por las represalias. —Miró un momento hacia la puerta, se había oído un grito en el pasillo—. Y mientras tanto, el susodicho se gestiona él solito su estación desde este piso franco, dirigiendo operaciones y negándose a decirme dónde coño está. ¿Y todo eso por qué?

—Por...

—Ya te lo digo yo, porque sabías que vendría a arrastrarte a la embajada por los huevos. Total, que mejor que me expliques unas cuantas cosas, y que sea ya. Eres el supervisor de ATHENA. Explícame qué le pasa y por qué estaba en el lugar del crimen.

Dejó de hablar y se cruzó de brazos.

—Ali se puso en contacto con Mariam. La Mujabarat lo informó de nuestra conversación en París y él detuvo a su prima Razan para presionarla. Luego, la enviaron a Italia en busca de un dispositivo sin saber que ya la habíamos reclutado. No le dieron detalles de la operación, pero dedujo que Ali estaba buscando a un topo.

Procter suspiró.

—¿Te lo ha dicho ella misma?

—Sí.

—¿Y qué otra información les dio?

—Datos sobre mí y sobre el piso franco que utilizábamos.

—¿Te ha dado alguna razón en concreto para que quisieran el dispositivo?

—No, no lo sabe. El dispositivo no lo tiene desde que volvió a Damasco desde Italia. Por eso no había comunicación con ella.

—Y por eso fue corriendo a buscarte, ¿no? —dijo Procter—. Para pasarte información al margen del dispositivo, porque estaba arrepentida.

—Exacto. Al oír casualmente que Bouthaina mencionaba Wadi Barada, supo que necesitábamos la información y vino corriendo justo antes de que me asaltaran. Ah, y Bouthaina está muerta —añadió—. De un tiro, en la villa de Rustum. Ha sido esta mañana.

—Joder... ¿Estás seguro?

—Me lo ha dicho Mariam.

—O sea, que puede que no.

—Por teléfono estaba prácticamente histérica. Me ha preguntado qué habíamos hecho con la inteligencia que nos pasó sobre Wadi Barada.

—Está claro que es buena actriz.

—No, Jefa, eso no es verdad; en Italia la noté rara, acuérdese de que se lo dije.

—Bueno, vale, pero puede nos manipule o que te manipule a ti. ¿Lo has pensado a fondo? ¿No será que los sirios querían que pensáramos que estaban trasladando el material a Wadi Barada?

—No tiene sentido, Jefa, piénselo. Aquí hay dos hechos irrefutables: el primero es que Mariam me siguió desde la embajada para darme personalmente la inteligencia sobre Wadi Barada, y el segundo, que me salvó la vida matando a tres de las milicias.

—¿Y tú mientras tanto te has dedicado a tocarte la polla?

Se notaba que no esperaba una respuesta. Volvió a mirar en dirección al dormitorio, y Sam adivinó que hurgaba en su imaginación en busca de detalles de lo que había sucedido dentro. El párpado izquierdo de Procter bajó a medias, mientras lo invitaba a continuar con un gesto de la cabeza.

—Si lo de Mariam fuera un doble juego no actuaría así —siguió diciendo Sam—, y si Ali es listo, que lo es, no habría planteado así la operación. Para empezar no habrían enviado

personalmente a Mariam con la inteligencia sobre Wadi Barada, porque se habrían disparado las señales de alarma, que es lo que ha pasado. Habrían mandado la información por el covcom, que era más fácil. En segundo lugar, si Mariam fuera mala no habría matado a los de la milicia, habría dejado que me detuvieran.

Sin detenerse en el razonamiento (señal de que estaba de acuerdo), Procter pasó otra vez al ataque.

—Pues entonces, ¿por qué coño está muerta Bouthaina?

—Para mí que Ali estaba intentando descubrir al topo. Seguro que redujeron la lista de sospechosos a un número manejable. Tenga en cuenta que no saben que Mariam nos pasó la inteligencia original sobre la prueba con el gas sarín. El caso es que Ali les facilitó a los sospechosos algún dato a sabiendas de que éste volvería a Damasco y al cabo fue el cebo que recibió Bouthaina el que llegó a nuestros oídos. No sé cómo, los sirios se enteraron y ahora está muerta.

—Qué tontería —comentó Procter sin convicción.

—¿Lo dice en serio? Nosotros pasamos la información sobre Jableh y a los pocos días la Guardia Republicana empezó a evacuarlo... Muy pocos dentro del régimen conocían la existencia del complejo, así que la lista de sospechosos resultaba más que manejable. Trasladaron el gas sarín y les pasaron información falsa. Uno de ellos debía de ser Bouthaina; alguien le habló sobre Wadi Barada, Mariam lo oyó por casualidad y me pasó la información, que yo le pasé a usted. No sé cuánta gente tiene acceso a lo nuestro, pero no serán miles de personas; de todas formas, la información se difundió por Washington, llegó a manos de un topo anónimo y por alguna vía regresó hasta Ali. Para mí que el propio Rustum la ha matado. Lo sucedido no me parece propio de Ali. Mariam no tenía ni idea de que la inteligencia fuera falsa, sólo sabía que parecía muy importante y por eso me la pasó a mí, jugándoselo todo.

Ya se había ganado a Procter.

—Pues entonces, si se creen que el topo era Bouthaina, lo más

probable es que la información de Mariam sobre las cinco zonas de despliegue sea verdad. Con Bouthaina fuera de circulación, lo lógico es que los sirios ya no vean ningún motivo para no poner en marcha el ataque con gas sarín. Como ya no hay topo...

Ya habían subido juntos hasta el punto más alto. Era el momento de saltar. Si Sam salía vencedor del debate volvería a estar en peligro de muerte. Si perdía, probablemente fuera Mariam quien muriese. Se armó de valor para el golpe de gracia.

—Sí —dijo—, a menos que bombardeemos nosotros las zonas, claro. Entonces Ali se lo pensará y llegará a la conclusión de que el topo no era Bouthaina. Aunque sospeche que nos hemos enterado gracias al satélite, harán todo lo necesario para cerciorarse. Hay dos cosas que Ali hará sí o sí. Una es detener a Mariam. Sabrá que la información sobre Wadi Barada la pasó alguien, y que probablemente no fuera Bouthaina, porque horas después de su muerte resulta que no hay ataque, con lo que ella queda absuelta a título póstumo. Entonces su mirada se pondrá en la mujer de la oficina de Bouthaina, que quizá oyera lo de Wadi Barada, y cuya lealtad, según parece, estaba bastante en duda como para que detuvieran a su prima para presionarla. La torturarán hasta que se venga abajo.

Procter había sacado el cuchillo de su bolso y lo había desenfundado para clavar la punta en la mesa. Fue girándolo mientras pensaba, dejando un agujero muy redondo.

—¿Cuál es tu propuesta de operación? —dijo finalmente.

—Creo que sé cómo proteger a nuestra agente y mantenerla como tal. Le daré personalmente a Ali lo que quiere.

—Explícame cómo.

Aplacada su ira, Procter siguió girando el cuchillo mientras escuchaba sin interrupciones. Al final lo metió otra vez en la funda y se asomó al dormitorio, fijándose en los bultos del colchón. En ese momento temblaron las paredes, y el yeso formó

nubes de polvo al desprenderse de ellas. Oyeron el chirrido de un avión a reacción. Procter se había puesto muy cerca de Sam para mirarlo, erguida en toda su estatura, inferior en más de un palmo a la de él. Un jefe de estación político, o un funcionario al servicio de sus propios intereses, habría rechazado el plan de buenas a primeras, y quizá hubiera hecho acudir al piso franco a los marines de la embajada para que se lo llevaran, preparándolo para su exfiltración, pero no fue lo que hizo Procter, y eso que tenía todo que perder. Si los mandarines de Langley exigían cabezas, la primera en caer en el cesto de debajo de la guillotina sería la de ella. Pero Artemis Aphrodite Procter sólo se atenía a dos reglas: obtén la inteligencia y protege a tu agente; lo demás no tenía importancia, y Sam había propuesto una manera de cumplir con lo uno y lo otro.

—¿Has pensado en qué pasará si no les cuadra el nombre? —dijo la Jefa—. ¿Si la Casa Blanca no llega hasta el final? ¿Si los sirios siguen dándole a la manivela sin inmutarse? ¿Si te tratan como a Val?

—Pues que acabaremos donde estamos ahora, con Mariam en la picota; pero mi propuesta nos da una oportunidad de mantenerla a salvo y controlada.

La Jefa asintió y se le fue la vista hacia el dormitorio antes de enfocarse en Sam.

Lo sabía.

Bradley en El Cairo, hacía una eternidad: «Se le permite a usted una cagada, señor Joseph, a condición de que diga la verdad. Es peor esconderse y mentir que cagarla. Un buen agente la puede cagar, pero nunca engañar. Podrá usted mentir a su mujer, su novia o sus hijos, pero no a la CIA.»

Miró a la Jefa y se le pasó por la cabeza que unos meses antes se habría planteado las repercusiones profesionales de su plan, y de la confesión, pero ya no le importaba. «Protege a tu agente», eso era lo único importante. Además, no podía mentirle a Procter. Operativamente eran un matrimonio; él había

incumplido sus promesas conyugales y quería que ella lo perdonase.

Estaba mirándola a los ojos, pero sin verla. Lo que veía era su propio cuerpo hablando con ella desde encima de la nevera, como un observador. Así era más fácil confesar.

—Estoy enamorado de ella, Jefa —dijo.

Procter dio un paso hacia él entornando los ojos.

A continuación le asestó un señor puñetazo, un gancho que impactó en la parte inferior de su mandíbula. Él se cayó al suelo. Veía tan borroso que Procter, de pie a su lado, se redujo a la masa informe de sus greñas negras. Ella se puso de rodillas para que tuvieran los ojos al mismo nivel y él hizo una mueca de dolor al intentar abrir la boca. Se llevó la mano a la zona donde lo había golpeado.

—Podría decirte que eres un inútil. En algunos aspectos sería verdad y en otros no, pero ahora mismo tienes por delante un trabajo que va más allá de la indiscreción en la que te ha metido tu polla. Ya nos las tendremos en otro momento, cuando haya pasado todo este circo de los horrores.

Lo ayudó a levantarse del suelo y apoyarse en la encimera, luego dio media vuelta y se subió la blusa gris mostrando la espalda, el tatuaje de las siete estrellas y las tiras de un sujetador naranja rarísimo, con un estampado de palmeras. Él se preguntó si estaba teniendo alucinaciones por la fuerza del golpe. Procter se bajó la blusa y volvió a mirarlo.

—Siete estrellas, una por cada agente muerto en 2009 en la base de Jost. Me hice los tatuajes cuando acabamos con los culpables. Yo estaba al mando del escuadrón: era el Ángel de la Muerte. Ésa ha sido la mayor alegría de mi vida y probablemente siga siéndolo hasta que yo misma muera. Mi tribu es ésta; he elegido mi bando, y de momento tú formas parte de él, pero que sepas que si fallas te consideraré personalmente responsable. Si tengo que tatuarme una estrella en la espalda por ti, te seguiré más allá de la tumba.

Se guardó el cuchillo en el bolso, cerró la cremallera y se lo colgó del hombro sin dejar de mirarlo fijamente.

—Estableceré los objetivos y mandaré el mensaje durante la siguiente hora. Luego, tú le dices que adelante.

Se fue sin mirar ni una vez hacia atrás, entre el fragor de otra descarga de mortero.

48

Ali notó que el móvil vibraba dentro de su bolsillo. Era Mariam.

—¿Qué hay de nuevo?

—Me ha mandado una señal: reunión de emergencia en el piso franco.

—Gracias. Te aseguro que pronto soltarán a tu prima.

Colgó.

El juego de usar a Mariam contra los estadounidenses había dado fruto. Tenía que reconocer que Mariam había sido eficaz: se había hecho con el dispositivo y les había facilitado la ubicación del piso franco. Ella había cumplido su parte, y su prima estaba ilesa y bien alimentada en la cárcel del Departamento de Seguridad. Había tenido que presionarla porque no tenía garantías, pero de manera inocua, y había funcionado.

Se acercó al iPad y lo abrió con el gesto que le había enseñado Mariam. Los estadounidenses habían tratado de ponerse en contacto con ella:

- 1. SOLICITUD DE REUNIÓN DE EMERGENCIA CUANTO ANTES Y DONDE SIEMPRE. PRESENTARSE A LAS 22.00 H.

- 2. LA VIOLENCIA EN LA CAPITAL HACE NECESARIO MODIFICAR LA EXFILTRACIÓN.

- 3. LLEVA CONTIGO PASAPORTE Y BOLSO.

- 4. SE PROCEDERÁ A LA EXFILTRACIÓN JUSTO DESPUÉS DE LA REUNIÓN.

Miró su reloj: las ocho y media de la tarde. Bajó al centro de mando ruso, donde se encontró a Volkov bebiendo de su taza.

—El americano ha programado un encuentro con Mariam.

Volkov no perdió la serenidad.

—¿Una exfiltración, con la que está cayendo?

—Sí, tienen que modificar la ruta, así que quieren comentar personalmente los detalles antes de sacarla esta misma noche.

Volkov gruñó.

—Uno de nuestros equipos de contravigilancia ha tenido controlada la casa del Barrio Cristiano todo el día y no ha visto nada, está limpia.

—Muy bien. Esta locura no pasa de esta noche.

49

Durante la RDV de camino al piso franco, Sam fue acercándose en zigzag al Barrio Cristiano sin pasar por las calles principales para evitar posibles controles, atento a cualquier cara o coche que se repitiera y manteniéndose al margen de las multitudes siempre que podía. Ya no tenía importancia, pero lo hacía por instinto y para ajustarse a las expectativas de quien pudiera vigilarlo, dando la imagen de un agente de la CIA a punto de encontrarse con un valioso activo en el corazón mismo de una Siria asolada por la guerra.

Subió por la escalera del edificio de piedra blanca. Al llegar al último piso, hizo una pausa y, cerrando los ojos, pensó en la última vez que había estado ahí con Mariam, antes de Italia. Suspiró. Si alguien lo espiaba a través de una cámara, seguramente oculta en los apliques del pasillo o en los detectores de humo, le habría resultado casi imperceptible.

En ese momento, sin embargo, entre el breve suspiro y el momento en que abrió los ojos, vio a su hermano pequeño y a Val, y pensó en las vidas que sus errores habían costado. Vio a Mariam con el vestido rojo de París.

Abrió la puerta del piso franco y oyó ruido a sus espaldas: pasos rápidos, amortiguados, pero cada vez más fuertes. Ya se lo esperaba.

Ali estaba en la cocina, fumando. Cuando se dio cuenta de que había llegado, lo miró sin sonreír.

—Bonita cocina, amigo.

Tiró la colilla al suelo de mármol y la pisó.

Acto seguido Sam sintió el aire agitarse sobre su coronilla... y todo se volvió negro.

50

El presidente Al-Ásad, que todavía tenía los brazos y el pecho vendados, convocó a Rustum y Ali al Palacio a primera hora de la mañana siguiente: el presidente ruso tenía un mensaje urgente y quería que los dos hermanos escuchasen la llamada.

Sentado en uno de los sofás presidenciales con unos auriculares, Ali oyó al presidente ruso dar los buenos días al de la República Árabe Siria en un inglés precario y, después de expresar su sincera preocupación por la seguridad de éste tras el atentado, manifestar su esperanza de que las fuerzas de seguridad sirias salieran vencedoras contra el flagelo del terrorismo. Rustum se apretaba la frente con las palmas como si quisiera meterse las palabras en inglés en el cerebro.

Acto seguido Ali oyó las fatídicas palabras, pronunciadas con el mismo acento:

—No hace ni una hora, hemos recibido desde Washington inteligencia fidedigna de una fuente bien situada del SVR que indica que los estadounidenses planean bombardearlo, presidente. Nuestra fuente lo ha sabido de un alto cargo de la CIA que estuvo ayer en la Casa Blanca, participando en las deliberaciones. —Hizo una pausa, como para dar más dramatismo a lo que seguía—: Sabemos que la inteligencia del ataque procede del mismo activo bien situado al que los estadounidenses reclutaron hace poco. —Putin continuó—: Nuestra previsión es que los estadounidenses harán uso del *Abraham Lincoln* y del Grupo de Ataque 12, que en estos momentos está desplegado en el Mediterráneo oriental. Hemos asignado recursos de imagen y SIGINT para obtener más datos,

además de poner sobre aviso a las *rezidentura* del SVR en todo el mundo. No hace falta que le diga que iremos poniendo cualquier nuevo dato a su disposición.

—¿Su fuente les ha facilitado fechas y horas? —preguntó Al-Ásad.

—Es inminente —repuso Putin—. En mi opinión, el ataque está pensado para impedir un supuesto uso de armas químicas, no para derrocar su gobierno. Aun así, mi experiencia en el trato con los estadounidenses me ha enseñado que sólo responden al uso de la fuerza, y cualquier bombardeo, por muy puntual que pueda ser, exige una respuesta firme.

Tras mostrarse de acuerdo en voz baja, Al-Ásad recitó pomposamente los lemas de su padre acerca de la resistencia, a los que Putin, como no podía ser menos, se sumó sin vacilar.

Tras el consabido intercambio de fórmulas de cortesía, vagos ofrecimientos de ayuda mutua y promesas de afecto fraternal, Al-Ásad devolvió el teléfono seguro a su soporte.

—*Ya allah. Al-Amyrikan Al-Malaeen Al Sharameet! Haywanaat! Hameer! Shayateen*! —les gritó a los hermanos Hasán, tratando a los estadounidenses de «putos cabrones», «burros» y «demonios».

Ali pensó que las últimas veinticuatro horas habían sido extremadamente difíciles para el presidente: además de estar recuperándose de un atentado contra su vida, se había tenido que plantear el uso a gran escala de gas sarín contra su propio pueblo, a lo que se añadía tener que lidiar con la posibilidad de represalias estadounidenses en forma de bombardeos. Era mucho para cualquiera.

—Rustum, ¿cuánto tardará en estar listo para empezar? —preguntó Al-Ásad haciendo un esfuerzo para parecer sereno.

—Ayer por la noche empezamos a mezclar el producto y a cargar las municiones. Podemos poner en marcha una parte cuando usted lo ordene.

—Pues adelante.

Pulsó un botón de su escritorio y le pidió té a gritos a su secretario personal haciendo muecas de dolor a causa de las quemaduras. Mirando el techo, Ali se preguntó si los bombardeos estadounidenses incluirían la residencia presidencial.

—Bueno —dijo el presidente—, pasemos a lo del topo. Creía que ya lo habían identificado, y que era Bouthaina.

—Es posible que dispongan de otro —repuso Rustum con una voz más alta de lo normal, como una radio al máximo volumen.

No tenía buen aspecto: estaba despeinado, tenía los ojos inyectados en sangre, una mirada de angustia y el uniforme sin planchar. Ali notó que había salpicaduras de sangre en uno de sus calcetines, como si después de matar a Bouthaina hubiera empezado a cambiarse de ropa, pero se hubiera quedado a medias por alguna distracción.

—Puede ser —dijo Al-Ásad—. Hay que ponerse en el peor de los casos. Ali, ¿ha conseguido sacarle algún provecho al dispositivo obtenido por su agente?

—Estamos leyendo los mensajes, pero aún no hemos podido identificar con seguridad a ningún espía, y tardaremos lo nuestro: son muy crípticos. Por suerte, los iraníes están convencidos de que pueden ayudarnos.

—El americano ya está bajo arresto, ¿verdad?

—Sí, señor presidente, lo atrapamos anoche, cuando iba a reunirse con nuestra agente. Lo tenemos bajo custodia.

—Interróguenlo hoy mismo. Es prioritario que encontremos a los espías americanos. Ese hombre mató a tres sirios y sus compatriotas se disponen a bombardearnos, cualquier violencia contra él podrá explicarse con facilidad, si no es que pasa desapercibida. Hay que obtener la información cuanto antes.

—Sí, señor presidente —repuso Ali—. Lo interrogaré personalmente hasta que tengamos nombres.

—Bueno, Rustum... —Al-Ásad sonrió al volverse hacia el

hermano mayor—. El presidente ruso tiene razón en que nuestra respuesta a un posible bombardeo deberá ser firme. ¿Qué aconseja?

Rustum se pasó las manos por el pelo, frunció el ceño y se quitó algo traslúcido del bigote.

—En los últimos meses hemos estado tratando a los agentes de la CIA en el país como si fuésemos un gato y ellos ratones de juguete. Hemos puesto en marcha operaciones elegantes para conseguir un dispositivo, les hemos tendido trampas, y en su momento era lo acertado, pero ahora se disponen a atacarnos justo en la mañana de nuestra mayor victoria, después de que sus aliados terroristas hayan querido asesinarnos a todos, señor presidente. A partir del momento en que caigan las bombas habrá que dejarse de jueguecitos: si los rusos tienen razón y nos bombardean, mi consejo es mandar a las milicias a que asalten la embajada y tomen rehenes. Podemos contar con Basil y su milicia para dejar las cosas claras. Diremos que lo han hecho por fervor patriótico, como acto de protesta contra el bombardeo de la humilde Siria por parte de Estados Unidos y la entidad sionista. —Se tosió en las manos y se limpió las mucosidades en el uniforme—. De este modo —continuó— cerrarán la embajada y la estación de la CIA, y así evitaremos que puedan seguir espiándonos.

Después de rascarse la coronilla y de toquetearse las vendas, Al-Ásad quiso conocer la opinión de Ali.

—Eso sólo serviría para que los estadounidenses redoblen la presión en forma de nuevos bombardeos, asesinatos selectivos y a saber qué más: el conflicto se nos iría aún más de las manos.

Al-Ásad sopesó ambas opciones sin quitarle la vista de encima, pero él, de algún modo, ya sabía lo que iba a decidir:

—Con las viejas reglas habría tenido usted razón, Ali, pero me temo que ahora la tiene su hermano, hay que darles una lección. —Se señaló las vendas—. Si ellos no cumplen las reglas, nosotros tampoco.

QUINTA PARTE

Libertad

51

Sam estaba atado en la celda, tiritando de frío en la oscuridad. Después de darle una pequeña paliza (nada serio, sólo unos cuantos golpes en las costillas y la cara) le habían quitado la ropa. Nadie le había ofrecido comida ni agua, y una música inidentificable que sonaba a todo volumen a través de altavoces invisibles lo había mantenido largas horas en vela. De todas formas, tampoco habría dormido, había mucho que hacer.

Llevaba horas esforzándose en organizar su mente para el asalto que se avecinaba: cada cosa tenía que estar en el lugar que le correspondía, a la vista o escondido dentro de una caja fuerte dentro de su cráneo. Ignoraba qué métodos emplearía Ali, pero sabía que, en general, el ejercicio sería muy parecido a su casi olvidado entrenamiento en la Granja, un ascenso hasta la cumbre del dolor. En el campamento base, Ali esperaría de él que dijera evasivas, mentiras y medias verdades; durante el ascenso (¿electricidad, tal vez?) prevería la aparición de las primeras fisuras: más verdades, alguna que otra incoherencia y cada vez menos mentiras; ya en la cumbre se esperaría un nombre, y después lo verificaría todo.

Para convencerlo de que había atrapado a su espía, tendría que hacerlo pensar que había ganado. No podía venirse abajo demasiado deprisa, ni tampoco mostrarse sumiso, puesto que Ali vería ambas cosas como pruebas de un engaño y seguiría hacia la cima incluso después de que él le hubiera dado el nombre.

En cuyo caso, el plan se desmoronaría, lo arrastraría hasta lo más alto de la montaña hasta haber perforado (literalmente, quizá) la caja fuerte que tenía oculta en la cabeza, y dentro de la cual había un nombre: Mariam, lo primero que él había

guardado en lo más recóndito de su mente.

A solas en la oscuridad, siguió clasificando materiales y poniéndolos aquí y allá.

Algunos los etiquetó de entrada como quemados o inocuos: su pertenencia a la CIA, la existencia del piso franco y el conocimiento de las actividades de la Guardia Republicana en Jableh y el complejo de refuerzo de Wadi Barada. Valoró entregar un paquete de ubicaciones ya gastadas o poco utilizadas para intercambio de señales y de material, sustituibles sin problemas por la Agencia. Sí, las revelaría a su debido tiempo y en condiciones extremas de coacción, tras las negativas del campamento base. Esas revelaciones selectivas le darían credibilidad a los ojos de Ali, induciéndolo a creer erróneamente que el camino hacia la cumbre estaba dando frutos.

Ya en lo más alto, le entregaría un regalo, con su lazo y todo, y dentro habría un nombre: el de Yamil Atiyah. Sería el momento de convencerlo de que habían alcanzado la cumbre, el final de la escalada. Entonces lo llevarían de nuevo a su celda y se pondrían a desmontar pieza por pieza el mundo de Atiyah en busca de pruebas. Encontrarían el dispositivo, el dinero y los pasaportes estadounidenses con nombres falsos. Su ordenador y su teléfono contendrían toda suerte de mensajes y llamadas raras.

Al abrirse la puerta de la celda entraron franjas de luz hiriente. Dos hombres lo cogieron por las axilas para llevárselo a una sala húmeda con las paredes y el techo lleno de tuberías oxidadas que entraban y salían por toscos orificios. El suelo era de baldosas marrones, y en el centro, bajo una luz intensa, cuatro sillas rodeaban una mesa endeble con un desagüe debajo.

Los dos hombres lo obligaron a sentarse en una de las sillas y se fueron. La luz del foco era agobiante. Se protegió inclinando la cabeza y cerrando los ojos. «El campamento base», pensó, la conversación inicial. Revisó de nuevo la organización de su mente y relegó a lo más hondo la caja fuerte con el nombre de

Mariam, donde también guardaba el secreto de a quién le era leal realmente y las pruebas que lo demostraban: la operación contra el ordenador de Bouthaina y las ubicaciones de la Guardia Republicana que, si no se equivocaba en sus suposiciones, tardarían poco en ser destruidas por aviones de guerra estadounidenses.

Tuvo la impresión de que pasaba una hora hasta que se oyó el chirrido de una puerta metálica cuya apertura iluminó parte de una tubería corroída. Luego, la puerta se volvió a cerrar.

Ali Hasán se sentó enfrente de él y encendió un cigarrillo. Antes de empezar a hablar, se tocó la cicatriz, puso las manos en la mesa y entrelazó los dedos.

—No hizo caso a mi advertencia —le dijo en árabe—: mató a tres sirios, se escondió y luego intentó exfiltrar a uno de sus espías. No hace falta que le diga que tenemos presa a Mariam, y en esta misma cárcel, para ser exactos. Gracias a ella lo encontramos ayer por la noche en el piso franco. —Dio una calada mirándolo fijamente, pero él no levantó la vista de la mesa ni abrió la boca—. Queda pendiente un tema de suma importancia para mi gobierno: el nombre de un espía más. Sabemos que ella no era su único contacto.

Él trató de no hacer muecas ni moverse. Decidió mencionar a Mariam más que nada por probar, ya sospechaba que Ali le diría que la habían cogido para tratar de influir en él o desestabilizarlo.

—Creía que había dicho que ya habían detenido a Mariam.

Ali se rascó la cabeza y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa. Le dio unos golpecitos en la mesa mientras, con la otra mano, tiraba la ceniza del cigarrillo encendido. Finalmente negó con la cabeza.

—De poco le servirá mentir, Samuel. Sé que hay otra persona. Necesito el nombre y la información concreta acerca de nuestros planes militares que esa persona les transmitió, y los necesito ahora mismo.

Él se puso bajo los focos para que el otro viera que le aguantaba la mirada.

—No sé a qué se refiere, Ali.

Ali se fue dejando su sitio a los dos hombres; uno mantuvo a Sam de pie mientras el otro lo aporreaba con todas sus fuerzas en las costillas cambiando rápidamente de lado. Nadie dijo una palabra, pero un sinfín de gruñidos y jadeos rebotaron contra las paredes. Siguieron así hasta que él cayó de bruces en el suelo. Entonces, uno se le sentó en la espalda y el otro lo golpeó con un objeto en el pie derecho antes de hacerlo de nuevo, con más fuerza y precisión, en la parte trasera de su tobillo. Él oyó un crujido y chilló. tenía los músculos del cuello tan tensos que sentía que se le rompían, veía arcos de luz vibrando delante de sus ojos.

Lo pusieron boca arriba y se repartieron el trabajo. Uno se dedicó a golpearle el tobillo destrozado y el pie; el otro, el que había estado sentado en su espalda, se concentró en su cara, se puso a horcajadas sobre él y, sujetándolo del pelo, le llenó la mandíbula de puñetazos, tomando el relevo de Procter.

«El típico error de los golpes en la cabeza», pensó Sam antes desmayarse: la inconciencia era un regalo.

—Pero, por Dios, que no se trata de dejarlo sin sentido —le espetó Ali a Kanaan, que había vuelto, acompañado de su hermano, de meter a Sam en la celda refrigerada y tratar de despertarlo arrojándole agua con un cubo—. Hay que hacer que siga hablando.

—Gen…

—¡No quiero oír ni una palabra! —Ali se rascó la cicatriz—. Llámame en cuanto se despierte. Y para la siguiente tanda ponle los cables.

Subió a toda prisa a su despacho pasando al lado de los rusos, que esperaban cruzados de brazos la orden de volver a su país. Ya dentro y con la puerta cerrada, se sentó y miró por la ventana. Al este, sobre Duma, se veían varios cazas y unos cuantos helicópteros de ataque. La persecución del americano lo había tenido ocupado varios meses, pero no había logrado encontrar a todos los espías. «¿Qué más me da?», pensó, y se preguntó cuándo empezaría el ataque de Rustum, cuándo bombardearían los estadounidenses y qué estarían haciendo Layla y los niños.

Oyó a lo lejos una tremenda explosión que hizo temblar el edificio. Rustum ya debía de haber empezado. Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana, desde donde vio una columna de humo sobre las oficinas del SSRC, en Barzeh.

Lo siguiente que vio, esta vez sobre el Qasiun, fue un avión. No era un MIG, así que no era ni sirio ni ruso. Era un F-35 estadounidense: lo reconoció por uno de los informes de los rusos. Soltó varias bombas sobre el palacio de Shaab. Al fogonazo inicial le siguió una nube como de algodón que se quedó flotando en el cielo ocultando el avión. «Los americanos», pensó. Estiró el cuello para ver por dónde se había ido: nada. Oía su propia respiración. Tuvo una arcada. De pronto, reapareció el avión de antes, u otro, y se alejó de la montaña por el sur, en dirección a Kafar Susa y el Departamento de Seguridad.

Acordándose de Layla y los niños, sintió náuseas por no haber tenido tiempo de despedirse de ellos. ¡Qué cobarde! El F-35 cubrió la distancia en dos segundos. Volaba bajo, al nivel de sus ojos. Él retrocedió, se dio la vuelta y se tiró al suelo, una reacción instintiva, pero inútil si el avión soltaba una bomba sobre el edificio. En el último momento, el aparato se elevó de golpe y sorteó el edificio sin problemas, rompiendo todos los cristales del lado norte.

Una lluvia de esquirlas le cayó en la espalda. El ruido

penetrante de los motores se alejó hasta desaparecer. Procuró levantarse y se limpió la ropa con las manos. Temblaba. Sintió deslizarse algunas gotas por detrás de su cabeza. En el pasillo se oían gritos. Se acercó a su escritorio dando tumbos y llamó a Layla.

—¡¿Estás bien, *habibti*?!

Lo dijo gritando porque le zumbaban los oídos. Al fondo se oía chillar a los gemelos.

Layla estaba llorando.

—Pero qué está pasando, Dios mío... He oído un par de explosiones muy grandes. Los niños están histéricos. Se ha ido la luz y en la calle ha aparecido alguien con una máscara de esquí y se ha puesto a disparar al cielo. ¿Me has oído?

Ali lo había oído casi todo, pero qué manera de zumbar, por Dios...

—¡Estamos sin poder salir, esperando a que nos maten! —gritó Layla—. ¿Y esos aviones? ¿Eran israelíes? Estoy mirando la calle desde el dormitorio y fuera hay milicianos. Esta mañana ha pasado alguien corriendo con un televisor. Toda la ciudad se ha vuelto loca, Ali. ¡Ven a casa! ¿Me oyes? ¿Ali? ¿Ali?

El zumbido iba en aumento. Otra bomba estadounidense hizo retumbar el edificio. Las ráfagas calientes de viento del verano que entraban por las ventanas abiertas le llenaban los ojos de polvo.

Del auricular brotaban los gritos de Layla, y se oía a Sami repetir: «Papá, papá, papá.» Sonó otra explosión a lo lejos, seguida por sirenas de ambulancia y, con irónico retraso, las de ataque aéreo.

Lo que él oía más, sin embargo, era el zumbido. «Qué manera de zumbar, por Dios...»

—No os mováis, Layla —dijo al fin en voz muy alta—. Escóndete en el dormitorio con los niños, ahora mismo voy. Os quiero. Díselo a los chicos.

Colgó. Iba hacia la puerta cuando ésta se abrió de golpe

estampándose contra la pared.

Al otro lado estaba Rustum, su hermano mayor, comandante de la Guardia Republicana y héroe de Hama. Tenía las facciones desencajadas y salpicaduras de sangre en el cuello de la camisa, pegada a su cuello amoratado.

Arrastraba por el brazo derecho a Mariam, que tenía las manos esposadas en la espalda, la cara roja y una mirada llena de cansancio.

—Ha llegado el día, hermanito —dijo, y a continuación tosió expulsando algo rojizo que se limpió con el brazo.

Sam se despertó en una cámara frigorífica con la piel húmeda y helada. Alguien anunció en árabe que había vuelto en sí. Dos manos lo cogieron por las axilas sin contemplaciones para conducirlo hasta la mesa. Le pusieron electrodos en los dedos y los testículos antes de dejarlo solo debajo de los focos.

Se miró el pie inerte. No podía moverlo.

Se abrió la puerta y entraron tres siluetas. No veía sus caras, pero tuvo la impresión de que la segunda empujaba a la primera. La tercera, un poco rezagada, cerró la puerta. La primera silueta era la de un prisionero al que sentaron delante de él.

Había llegado la hora del ascenso.

Lo habían planeado en el piso franco, antes de hacer el amor en el colchón mientras sus cuerpos se pedían perdón mutuamente, ella por traidora y él por haberla involucrado.

Mariam aún se sentía mal pensando en que esas faltas no eran equivalentes, ella había querido trabajar con él y con la CIA en contra de un gobierno al que despreciaba y de una vida que no controlaba, y luego, en Italia, lo había traicionado: en vez de quedarse con el dispositivo, podría haberles hablado a él y a

Artemis de las amenazas de Ali Hasán y quizá ellos habrían ideado una salida.

«Puede que nos pongan juntos», le había dicho Sam esa noche en el colchón. «Ali se cree que te considero una agente leal de la CIA, y es muy posible que lo use para presionarme. Puede que nos pongan en la misma sala o en celdas contiguas. Es muy importante que mantengas la ficción y te atengas a las normas de Ali, que te dejes guiar por él...»

Oyó un golpe en la puerta e imaginó que sería Ali, buscando utilizarla para hacer confesar al espía americano, pero era Rustum. Tenía sangre seca de Bouthaina en el uniforme, una sonrisa fija e inquietante en los labios y el cuello cubierto de moratones.

—¿Sí? —le preguntó ella.

Como respuesta, él le dio una bofetada; entonces, dos hombres más irrumpieron en el piso. Ella le clavó una rodilla en la entrepierna al primero, pero el segundo la tiró al suelo, le sujetó los brazos en la espalda y apretó su cara contra el mármol. Después de atarla se la llevaron a un coche y salieron disparados hacia el Departamento de Seguridad bajo un cielo lleno de aviones estadounidenses. A cada explosión Rustum se ponía a chillar y a berrear, el resto del tiempo mascullaba las mismas palabras: «Mi Bouthaina... mi Bouthaina... mi Bouthaina...»

Contemplando el magullado rostro de Sam, ella se imaginó usando su lima de uñas para rajarles el pescuezo a los dos hermanos, esos sádicos que se hacían pasar por policías; pero antes tenía que mantener la compostura.

—¿Por qué estoy aquí? —le preguntó a Ali luchando contra sus ataduras.

El otro no contestó.

Sonó un teléfono.

—¿Estás seguro? —preguntó Rustum Hasán.

Sam necesitó un momento para asimilar que quien había contestado era Rustum. Movió un poco el cuello de un lado a otro.

El otro gritó al teléfono:

—*Ya allah*!

Tras estampar el auricular en su base, caminó hacia Sam, que se dio cuenta porque percibió su aliento cálido y maloliente. Luego sintió cómo le ponía una mano en el hombro y lo oyó jadear mientras arrastraba una silla.

Rustum se agachó para examinarle el pie y, acto seguido, lo pisó. Él gritó de dolor. Unos puntos negros aparecieron delante de sus ojos.

El otro levantó la bota y se incorporó.

—Veo que has conseguido superar la etapa más fácil. —Miró la pared y el suelo y señaló un punto a algunos metros a la derecha de Sam—. Tu amiga Valerie murió más o menos ahí, sobre el cemento. Qué curioso, ¿verdad?

Le alborotó el pelo.

—¿Quién es el espía? —dijo Ali de repente.

Sam vio que estaba inclinado hacia una cajita negra. Sin avisar, apretó un botón.

Sam no vio nada, pero sintió de todo.

Era un dolor puro, saturado. Lo habían preparado para eso, pero las simulaciones no son más que eso: simulaciones. No había imaginado que sería como si le corriera agua hirviendo por los músculos, las venas y los huesos; un flujo continuo desde los pies hasta el cerebro, que se iba ensanchando como un globo demasiado inflado, a punto de explotar. Paró de golpe y la sala reapareció como arrastrada por una marea de luz y sonido. Vio cómo se agitaba su pecho y vomitó en el suelo.

Oyó a Mariam soltar una palabrota.

—¿Quién es el espía? —repitió Ali.

Él entrevió la caja fuerte, oculta en el palacio de la memoria que había construido en su cerebro, que contenía el nombre de

Mariam y la certeza de su lealtad a la CIA. Parpadeó para borrar el recuerdo, para olvidar en qué sala estaba, pero no logró que desapareciera. Parpadeó otra vez y entonces recordó las primeras cajas y las abrió todas de golpe, tartamudeando:

—Soy de la CIA —dijo—. No sé qué quieren, pero conozco varios sitios de Damasco... casas de seguridad a los pies de la montaña... luces oscuras, demoníacas... la Jefa, la Proctóloga, me golpeó...

—Deja de usar nombres en clave —ordenó Ali.

—Entregas presenciales junto a la mezquita... —Aunque hubiera querido, no habría podido hilvanar frases completas—. El mapa, puedo enseñarlo.

—Todo eso nos da igual —repuso Rustum.

Ali volvió a apretar el botón haciendo desaparecer el mundo. El tiempo se convirtió en un bucle interminable y abrasador, los arcos voltaicos se movían por su cabeza mientras contemplaba la caja fuerte y lo que había dentro. Olió los pinares de Minnesota y oyó llorar a su madre, luego se dejó caer contra el respaldo. ¿Era la cumbre? ¿Cuánto había tardado?

Mariam chilló y él se llenó la barbilla de sangre al toser. Oyó discutir a los hermanos, pero sin entender lo que decían; oyó la voz ronca de Mariam. Le costaba procesar el árabe.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó ella.

—¿Cómo os enterasteis de lo de Jableh y Wadi Barada? —reviró Ali.

La cabeza de Sam se desplomó hacia atrás, pero Rustum la devolvió a su sitio de un zarpazo.

La cumbre. «Ya, hazlo ya.»

—¡Lo de Wadi oído en el Palacio —vociferó—, en el pasillo!

—¿Qué? ¿Quién lo oyó? ¿En qué pasillo?

Sam no consiguió contar cuántas veces apretaba Ali el botón: el tiempo se había detenido y, en la oscuridad, reconoció la caja fuerte con el nombre de Mariam dentro. Durante uno de los bucles puso una mano encima, deslizó los dedos por el metal

abollado y oyó girar el disco.

Otra vez las descargas. Buscó recuerdos, pero se le escapaban, pasaban de largo, opacos y con manchas en los bordes, como las fotos antiguas: los maizales de Shermans Corner, su madre leyéndole un libro, la harinera, Las Vegas, la cocina húmeda de los Bradley en El Cairo... y luego Mariam: su silueta a la luz de las estrellas, su risa, el viñedo bañados por la luna. Tendió las manos hacia los recuerdos queriendo atraparlos y usarlos como escudo contra las corrientes desbocadas que hacían temblar sus huesos, pero se esfumaban al menor contacto. Pidió ayuda a gritos, pero la única respuesta, en el vacío, era el dolor.

Hasta que se acordó de la caja envuelta para Ali. «Juega tus cartas.»

Vomitó bilis en el suelo al mismo tiempo que el mundo reaparecía.

—Atiyah —dijo sin aliento—. Atiyah, Atiyah.

—¿Yamil Atiyah? —preguntó Ali.

Cuando se enfocó otra vez el mundo, Sam vio al sirio fumando y dando golpecitos con el dedo justo al lado del botón de la tortura. Daba la impresión de estar reflexionando sobre el nombre.

Él asintió. Se le pusieron los ojos en blanco y su cabeza volvió a desplomarse hacia atrás. Rustum la empujó de nuevo hacia delante.

—Oído Wadi Barada. Bouthaina. Trampa —balbuceó entonces Sam.

Algo le gritó en la oscuridad. A continuación oyó un chirrido de metal contra cemento y sintió que se acercaba a alguien rechinando por el suelo. Vio aparecer en el horizonte la silueta de Mariam. Ya no se oían los chirridos. Estaban frente a frente, casi tocándose las rodillas. Reconoció el olor de su pelo. La miró a los ojos.

El cuello se le calentó de golpe; notó un sabor metálico y luego el calor fue escarbando hacia arriba, siguiendo la

mandíbula o lo que quedaba de ella. Oyó nombres pronunciados a gritos: Bouthaina, Atiyah. Volvió a ver la caja fuerte y tendió una mano hacia ella.

Ali había estado exactamente quince segundos de espaldas al interrogatorio, intervalo durante el que le ordenó a Kanaan que registrase de inmediato el despacho de Yamil Atiyah, su villa, sus ordenadores, sus teléfonos... todo, hasta el último rincón.

Al volverse, vio a su hermano dibujando una raja irregular en el cuello del agente de la CIA.

—¡Esto por mi dulce Bouthaina! —gritó Rustum.

Tocándose la cicatriz, Ali vio a su hermano apartar el cuchillo de la mejilla de Samuel para volverse hacia Mariam.

Ella pedía ayuda a gritos sacudiéndose en la silla a la que estaba atada de manos y piernas mientras Rustum le cortaba el rostro a Sam.

—¿Sabes que yo mismo la maté? —dijo el sirio rociando de saliva la cara de Sam, cada vez más inerte—. Tú, que le habías hecho una encerrona, me obligaste.

Apartó el cuchillo de golpe y Mariam vio salir gotas de sangre por el corte. Sam escupió algo. «Quédate conmigo, *habibi*, no te vayas.»

Rustum lo cogió de la barbilla y se inclinó para mirarlo más de cerca.

—Nunca me ha gustado el montaje de la *sharmoota* esta —dijo señalando a Mariam con el cuchillo—. A saber qué os dijo en Italia. Trabajaba con Bouthaina. Igual oyó lo de Wadi Barada. Igual Bouthaina se fue de la lengua.

Se puso a la derecha de Mariam, rodeando las sillas, y le habló al oído:

—¿Mataste tú a mi Bouthaina?

—¿Quién es el espía? —tronó una voz. Mariam no supo si la de Ali, la de Rustum o la de Dios.

Se estremeció, llena de rabia, mientras miraba a Ali. Pensó en los milicianos y en Villefranche, y se vio mentalmente haciéndoles lo mismo a los Hasán: vaciando el cargador en uno y otro hermano mientras los dos estaban tirados por el suelo.

—Eres un cabrón, Ali. Yo lo único que he hecho es colaborar. ¿Te doy lo que querías y me lo pagas así? Malditos seáis los dos...

Sintió el cuchillo hundirse en su costado y hurgar por su carne mientras Rustum repetía una y otra vez la misma pregunta en voz baja: «¿Mataste tú a mi Bouthaina?» La hoja chocó con una costilla, pero Rustum la giró con un gruñido.

Mariam habría querido mirarlo a los ojos y gritar con todas sus fuerzas: «¡Sí, la maté yo, pedazo de monstruo!» Lo que hizo, sin embargo, fue mirar el mango húmedo del cuchillo. Esta vez fue Sam quien chilló con mirada de loco. Ella intentó enfocar la vista en sus ojos, como cuando hacían el amor, pero todo se emborronó y sintió algo pegajoso deslizarse por su pierna cuando Rustum extrajo el cuchillo.

Ali estaba boca arriba en el suelo de su cuarto mientras Rustum, a horcajadas sobre él, intentaba clavarle el cuchillo en el cuello para consumar la venganza por su padre y sus dos madres.

De pronto apareció su abuelo, que lo tiró al suelo y empezó a pegarle. En sus tiempos había sido un hombre fuerte. Al acabar, se sentó con la espalda apoyada en la cama, respirando con dificultad por el esfuerzo, y tomó en brazos a Ali, que lloraba. Él estaba a su lado, inconsciente.

—Entonces, ¿de quién es la culpa, abuelo? —dijo Ali con voz trémula—. ¿De quién es la culpa?

«Tuya no, mi niño, tuya no.»

Rustum sacó el cuchillo del costado de Mariam para dirigirlo hacia su cuello.

Ali se lanzó sobre él y Rustum se tambaleó hacia atrás soltando el cuchillo, que chocó con el suelo. Ali dio otro paso y empujó a su hermano antes de darle un puñetazo en la oreja.

Rustum cayó. Intentó levantarse, pero Ali recogió el cuchillo y le dio una patada en el pecho a su hermano tumbándolo de espaldas en el gélido hormigón. Después se sentó encima de él y estampó el mango del cuchillo en su nariz, que empezó a sangrar en abundancia. Al segundo golpe se oyó un crujido acompañado por un alarido de Rustum. El tercer golpe le salpicó la cara.

Tenía fijos en él los ávidos ojos de su hermano, que agitaba los brazos en busca del cuchillo o de lo que fuera. Él lo miraba a los ojos con dureza, sin dejar que se moviera. De pronto él le hundió el cuchillo en el cuello, seccionando varias capas de músculo y la carótida. Los ojos de Rustum se pusieron vidriosos. Ya no movía las piernas. Dejó de respirar.

Ali se levantó quitándoselo de encima.

Mariam se había quedado quieta con la cabeza contra el pecho mientras Samuel gritaba que había que ayudarla. Cayó al suelo con la silla, y empezó a arrastrarse por el suelo para ir reduciendo la distancia entre él y Mariam. Ali se acercó a la mesa, contra la que estuvo a punto de desmoronarse. Sam seguía gritando y arrastrándose hacia Mariam, que continuaba muy quieta, cenicienta.

De repente se abrió la puerta. Era uno de los hombres de Kanaan, que, ante la carnicería, se llevó las manos a la cabeza y se quedó mirando el cadáver de Rustum.

Ali encendió un cigarrillo a tientas.

—Que venga un médico, enseguida.

Sam iba a rastras hacia Mariam gritándole que siguiera despierta. Más que aire, lo que entraba en sus pulmones

parecían cristales. A duras penas podía mover el cuello, pero a pesar de todo vio el cadáver de Rustum en el suelo, a Ali apretando su camisa contra las costillas de Mariam y a un hombre que entraba con algo sobre ruedas, penetrando en una luz brumosa.

La cabeza de Mariam colgaba sin vida, sus ojos ya no brillaban.

—¡Mariam! ¡Mariam! ¡Mariam! —bramó Sam.

Alguien lo hizo levantarse y, al desplomarse sobre una camilla con ruedas, sintió que todo su cuerpo gritaba de dolor. La celda desapareció. Sintió el viento en la cara y vio intensas luces en lo alto. Vio la sala con la caja fuerte todavía cerrada. Por unos instantes vio a Mariam a su lado, en otra camilla. Alguien gritó muy por detrás del horizonte. Mariam estaba de lado, con la herida hacia arriba. La persona que gritaba tenía en las manos una bolsa con algo líquido. Del cuerpo de Mariam salían tubos.

La miró a los ojos, buscando algo, lo que fuera.

Después, se lo llevaron.

52

Ali regresó a su despacho en estado de shock, sin su camisa blanca, que había recibido un nuevo uso como tosco torniquete para Mariam. Hasta Volkov, tan impasible siempre, se quedó boquiabierto al verlo pasar junto al centro de mando ruso. Una vez en su despacho, barrió los cristales rotos de su silla (testimonio del paso del avión estadounidense) y procedió a encadenar rápidamente seis cigarrillos. Cuando ya no le temblaban las manos, se puso una camisa que guardaba por si acaso en el cajón de su escritorio.

Llamó a Layla.

—¿Dónde estás? —preguntó ella—. ¿Dónde estás, Ali? ¡Ven a casa ahora mismo!

Al fondo se oía llorar a los gemelos.

—¿Estáis a salvo? —preguntó.

—De momento sí. Estamos en el vestidor. Ven a casa.

—Rustum está muerto.

—¿Muerto? ¿Cómo ha sido? ¿Por las bombas?

—Ha pasado algo en la oficina. Se le ha ido la cabeza y está muerto.

—¿Cómo que «se le ha ido la cabeza»?

—Ya te lo explicaré después.

Le temblaba la mano derecha. Intentó sacar otro cigarrillo del paquete, pero se le cayó al suelo. Lo recogió.

—¿Estás a salvo, Layla? ¿Con los niños?

—Sí, pero ven.

—Ya voy, pero antes tengo que hacer algo.

—¡Ven a casa! —chilló ella.

—Te quiero.

Colgó y encendió el cigarrillo.

Al llegar al filtro se levantó para asomarse a la ventana rota y ver las columnas de humo que se elevaban sobre Damasco. Oyendo las sirenas, recapituló el desastre.

Acababa de matar a su hermano, el comandante de la Guardia Republicana.

Su agente, Mariam, agonizaba varios pisos más abajo en una sala improvisada de hospital.

Acababa de torturar brutalmente, y quizá incluso con éxito, a un agente de la CIA para sonsacarle información, y aún lo tenía prisionero.

Los esbirros de Basil estaban asaltando la embajada de Estados Unidos.

Sonó su teléfono. Era Kanaan.

—¿Qué pasa?

—Estamos en el despacho de Atiyah. Hemos encontrado un maletín de documentos con un compartimento secreto. Dentro había pasaportes estadounidenses con nombres falsos, aunque con aspecto de ser oficiales, fajos de billetes y un dispositivo. No sé qué contiene, pero es la primera vez que veo uno así.

—¿Y el ordenador, y el teléfono?

—En el teléfono hay mensajes de texto bastante raros de números estadounidenses y europeos. Lo más seguro es que estén en clave. En la cuenta de correo electrónico, más de lo mismo.

—Adelante con el arresto, traedlo y encerradlo. Llamaré al Palacio para dar la noticia.

Al bajar, se fijó en la mirada de los rusos, penetrante, llena de recelo y de preguntas, pero le dio igual, no tenía tiempo.

—Ponga Al Jazeera, Volkov.

El ruso encendió uno de los televisores.

En el canal estaban dando paso («¡Última hora!») a imágenes del presidente de Estados Unidos dirigiéndose a la prensa desde la Casa Blanca. Dijo que Estados Unidos había recibido

información de inteligencia creíble según la cual el gobierno sirio planeaba usar armas químicas. A consecuencia de ello, explicó con voz firme, Estados Unidos había bombardeado una serie de objetivos sirios para detener el ataque y dejarle bien claro al bárbaro de Al-Ásad que no se toleraría algo tan cruel. Tras afirmar que estaban convencidos de haber evitado el ataque químico, abrió el turno de preguntas. Un reportero señaló que el número de víctimas de la guerra civil ya ascendía a cientos de miles de personas, y preguntó por qué Estados Unidos había intervenido para frenar un ataque con gas sarín, pero no la masacre anterior, más convencional. Detrás del atril, el presidente daba muestras de nerviosismo. Ali apagó el televisor.

A juzgar por su actitud, Volkov tenía preguntas, y no pocas, pero él dio media vuelta y se refugió de nuevo en su despacho. Tenía que irse a casa. En su mesa, con la espalda expuesta al viento que entraba por las ventanas rotas, se planteó desertar e irse en coche a Jordania con su familia, pero, después de los ataques, seguro que había controles en todas las carreteras y también en el aeropuerto. Tenía documentación oficial. Podía funcionar... o no. Corría el riesgo de que su huida fuera interpretada como la de un asesino, cosa que supuso que era. La Mujabarat detendría e interrogaría a los padres y el hermano de Layla, y era posible que los hicieran volver con la amenaza de represalias violentas. Así era como ataban a la gente al trono.

Bajó, localizó el archivador, abrió el cajón de arriba y encontró la carpeta donde ponía «Nivel del agua en el lago al-Ásad, informes y análisis, 1988-1992». Sacó una cinta de vídeo y fotos de dos cadáveres: el de Valerie Owens y el de su activo, Marwan Ghazali. Usó el bolígrafo que llevaba en el bolsillo para apuntarse un número y una frase corta en un trozo de papel que metió en la carpeta. Tras mirar brevemente los ojos sin vida de los cadáveres en ambas fotos, llamó al médico mientras subía.

—¿Está consciente el americano? —preguntó.

—Sí, en mal estado, pero en situación de hablar, aunque yo no

le haría un interrogatorio.

—Tomo nota. Voy de camino.

La llegada de Ali provocó la desbandada de los médicos, que lo dejaron a solas con Samuel. El estadounidense tenía una hilera de puntos de sutura en el cuello y la mejilla. Le habían vendado la mandíbula y enyesado el pie.

Estaba de espaldas. Miró a Ali, parpadeando.

—¿Se ha muerto Mariam? —preguntó.

—No lo sé. Yo estoy aquí, con usted.

Ali tenía ganas de fumar, pero era una sala muy pequeña y no estaba seguro de que los pulmones del estadounidense pudieran soportarlo. Se frotó la cicatriz.

—Ahora tenemos una marca parecida —comentó.

Samuel parpadeó otra vez con la mirada fija en el techo.

—Hoy han pasado varias cosas raras, Samuel. Nunca había tenido una mañana así. Quiero irme a casa y estar con mi familia, y seguro que usted también, así que voy a hacerle una propuesta.

Sam intentó orientar la cabeza hacia Ali, pero hizo una mueca de dolor y volvió a quedarse boca arriba, escuchando.

—Siempre podría retenerle de forma indefinida, claro —afirmó Ali—. Esperar a que se recupere y someterlo otra vez a las descargas para verificarlo todo. Nuestros amigos de Hizbulá tienen experiencia en interrogatorios prolongados a estadounidenses: al jefe de la Estación Beirut, William Buckley, lo tuvieron prisionero varios años sólo para cerciorarse de que le habían sacado toda la información; y para dejar las cosas claras, por supuesto. Recurriendo otra vez al cuchillo le sonsacaría a usted más datos.

Samuel no respondió.

—Mis hombres están deteniendo ahora mismo a Yamil Atiyah.

Más silencio.

—Esta mañana su gobierno ha bombardeado Siria y, de paso, ha evitado un supuesto ataque químico. Hay varias bases afectadas y nuestro contraataque no ha tenido éxito.

Samuel gruñó por el esfuerzo de intentar hablar.

—¿Por qué me lo explica?

—¿Sabe de qué me he dado cuenta? De que no me importa nada este gobierno, pero sí mi familia. Es lo único que me importa. ¿Y sabe qué ha hecho este régimen? ¿Lo entiende, por poco que sea? Pues atar a su suerte a gente como yo. Lo que le pase a mi familia depende de lo que pase con el gobierno. En su sistema, ustedes tienen elección. Hay capacidad de... ¿cómo se dice? Inter... inter...

—Intervención.

—Eso es, capacidad de intervención. Usted ha sido libre mucho tiempo y lo da por hecho. Probablemente presuponga que yo, en Siria, tengo tanto margen de maniobra como usted, pero es evidente que no, soy un esclavo, como los demás; de mayor rango, pero un esclavo. Ahora bien, no quiero que mi familia muera, ni tampoco que el gobierno de Estados Unidos siga persiguiéndome. Por eso quiero ofrecerle dos cosas.

Dejó la carpeta encima de la cama.

—Ésta es la primera.

—¿Qué es?

—Un vídeo del interrogatorio de Valerie Owens y su activo, Marwan Ghazali. Me imagino que ya sabe que los dos están muertos. En el vídeo verá que intervine en el transcurso del interrogatorio para tratar de salvarle la vida a ella, aunque no lo conseguí. Mi hermano Rustum me sujetó mientras uno de sus hombres le cortaba la parte superior de la cabeza. Luego me obligaron a redactar un informe inventándome una retahíla de sandeces sobre una sobredosis de analgésicos.

Sacó de la carpeta la foto de Owens y la puso en manos de Samuel, que la miró como si ya la hubiera visto.

—¿Y cómo sé que la cinta no es falsa? —preguntó.

—¿No le parece un poco enrevesado por mi parte grabar hoy una cinta así y ponerla en sus manos? Seguro que en algún recoveco del archivo de la CIA o del Mosad tienen fotos y grabaciones donde se oiga su voz, pueden usarlas para autentificar esta cinta cerciorándose de que es quien digo.

—¿Cómo se llama ese ayudante?

—Basil Majluf, el general Basil Majluf.

Ali se levantó para ponerse a su lado.

—Sé que no puede hablar en nombre de su gobierno —dijo apoyando las manos en la baranda de la cama—, mucho menos tal y como están las cosas, pero quiero que me dé su palabra de que, cuando vuelva, les comunicará a sus superiores que he aportado esta información de buena fe. Me gustaría que se tuviera en cuenta a la hora de elegir los objetivos de futuros bombardeos, o si me pongo en contacto con ustedes para pedir ayuda durante los últimos días de este régimen. ¿Nos entendemos?

Samuel tardó en contestar:

—¿Qué va a decir que le ha pasado a su hermano?

—La verdad, que llevó al interrogatorio a mi agente, Mariam, para presionarlo a usted, pero que perdió el control y tuve que matarlo antes de que él la asesinase a ella.

Samuel asintió con la cabeza.

—Pero ha dicho que me ofrecería dos cosas antes de soltarme. Una es la cinta de Basil, ¿y la otra?

53

Cuando tenía nueve años, una vieja pitonisa de la isla griega de Hidra le había descrito su propia muerte a Artemis Aphrodite Procter.

—Y era violenta de cojones. Bastante más que esto —le dijo a toda la Estación mientras oía caer la segunda descarga de lanzagranadas en los pisos de arriba, los de la misión diplomática.

Hacía media hora que los autobuses de los *shabiha* habían llegado a la rotonda como anuncio de una nueva manifestación con sus actos vandálicos y sus dos o tres intrusos de rigor en el recinto de la embajada, pero lo que acababa de tener lugar era, a sus ojos, una incursión en toda regla, con un par de marines muertos a balazos en la entrada oeste y el uso de Semtex para reventar la puerta... a menos que fuera una mina terrestre o a saber qué otra mierda; verlo, no lo había visto, sólo había oído la llamada del quejica de seguridad, de cuyo nombre nunca se acordaba, y luego... la invasión: un puñado de psicópatas de las milicias pululando como insectos por todo el edificio.

Dio orden a grito pelado de que la Estación pusiera en marcha la Fase de Destrucción Tres (exfiltración de personal y autodefensa de los agentes). No quedó entero ni un papel. Los discos duros y todo el material de comunicación se disolvieron en los destructores de ácido. Mientras todo se iba reduciendo a añicos, llamó a Bradley.

—A ver, Ed, necesitamos un regimiento entero con caballos, helicópteros y toda la pesca porque los locos estos quieren entrar y cepillársenos.

Levantó el teléfono para que Bradley oyera los disparos y las

explosiones, y al cabo de un rato colgó.

Se aproximó a las pantallas que había cerca de la mesa del agente de apoyo, con imágenes del circuito cerrado del recinto, y vio a marines disparando contra milicianos junto al parque móvil, a milicianos corriendo hacia el despacho del embajador a través de una puerta reventada y a un grupo de funcionarios del Departamento de Estado y marines subiendo a toda prisa a la segunda planta para refugiarse hasta que pasara el ataque. Por la primera planta se paseaba un sirio con uniforme de general de la Guardia Republicana. Llevaba un fusil de combate y un cuchillo, el muy jodido. Un caos total.

—Nos han pillado con el coño al aire —dijo Procter mientras contaba a los agentes con la vista—. ¿Dónde carajo está Zelda?

El edificio de la misión diplomática recibió otra descarga de lanzagranadas que hizo temblar las paredes.

Alguien dijo que Zelda estaba arriba, en la SCIF, informando al embajador.

—¡Mierda! —exclamó Procter. Todos estaban apiñados a su alrededor, cada uno con un arma, mientras ella observaba las pantallas—. ¿Qué hace aquí dentro un puto general de la Guardia Republicana? —preguntó sin dirigirse a nadie en especial.

Vio que el hombre desenfundaba un cuchillo y entraba en un despacho. Las pantallas mostraron las imágenes de dos milicianos que bajaban al rellano de la Estación. Iban despacio, mirando a todas partes, con los AK-47 en posición de disparo.

—A la puta mierda.

Procter cogió su escopeta Mossberg, abrió la puerta acorazada y salió de un salto al rellano. Después de pegarles dos tiros a los hombres de fuera, regresó con un giro del cuerpo. Oyó gemidos y empezó a gritar en árabe, prometiendo una muerte rápida a cambio de saber quién estaba al mando. Más gemidos.

Reiteró la oferta.

—El general Basil Majluf —contestó alguien—. Mató al

guardia; nosotros... nosotros... no queríamos...

Un borboteo, otro gemido y silencio.

—¡Mierda! —exclamó Procter.

—Jefa, ¡Zelda se está escapando! —exclamó alguien.

Procter se volvió hacia las pantallas: Zelda había salido corriendo de la SCIF. Vio salir del despacho del embajador al tipo de la Guardia Republicana, el tal Basil, que disparó contra la analista, y, en otra cámara, cómo ésta bajaba rodando por los escalones hasta el rellano y cómo Basil corría tras ella con un cuero cabelludo entre rojizo y blanco en la mano. De pronto, en la mente de Procter no cupo nada más que aquella explosión en la base afgana de Jost. Recargó el Mossberg y salió a buscar a Zelda.

Al doblar la esquina y toparse con un miliciano, levantó el arma hacia sus ojos enormes y redondos y le voló de cuajo la puta cabeza con un solo disparo. Zelda estaba boca abajo al pie de la escalera.

—Te voy a arrastrar las tetas por el suelo, ¿vale, Z? Si notas que vas a desmayarte del dolor me avisas.

Después de otro disparo hacia una sombra que bajaba por los escalones, agarró a Zelda por un hombro y la arrastró por el rellano hasta meterla en la estación, mientras las paredes se llenaban de agujeros de bala. Oyó una voz extrañamente grave quejándose de lo indecentes que eran las mujeres ijwan, siempre con el pelo al aire. Luego la voz pidió refuerzos. ¿De qué carajo iba el rollo ese de ijwan?

Miró la cara de la analista, cada vez más pálida. Tenía las piernas francamente jodidas.

—¡¿Me oyes, Z?! —le gritó.

Al oír un crujido en el rellano, se volvió de golpe y disparó dejando sin media pierna a un hombre que estaba apuntando un lanzagranadas hacia la Estación y que se derrumbó en el suelo.

—¡Están sacando la artillería pesada! —exclamó. Volvió a mirar a Zelda: no se movía—. ¡Que alguien le haga un

torniquete o lo que sea, joder!

Uno de los agentes de apoyo empezó a enroscar algo en las piernas destrozadas de Zelda.

—Aguanta, Z, aguanta.

Asomándose de nuevo por la esquina, le disparó una ráfaga a otro hombre que venía por el rellano.

Cuando lo tuvo delante, chillando desesperadamente desde el suelo, le encañonó la sien, apretó el gatillo de la Mossberg y volvió a la Estación.

Oyó otra vez la voz rara del tal Basil.

Después de agazaparse, se lanzó con gran rapidez al rellano, donde alcanzó a verlo, todavía sosteniendo un cuero cabelludo en la mano.

Le disparó y acto seguido el otro cayó de bruces e intentó refugiarse en la escalera, reptando hacia atrás. Mientras se arrastraba, ella le disparó otra vez y oyó inmediatamente el impacto de la bala al clavarse en la cadera derecha, seguido por un grito de lo más satisfactorio.

Notaba el calor de las balas que pasaban justo al lado de su cara. Acordándose en aquel preciso instante de lo que le había pronosticado la vieja adivina griega, con la ubicación y la hora exactas, se planteó seguir corriendo hasta el final del rellano, a sabiendas de que en ese instante era invencible, pero no podía dejar a Zelda.

—Le he dado en el culo, Z —dijo entrando otra vez en la Estación—. En la puta nalga. Tú aguanta, cariño.

Una granada se estampó en el baño destrozado del pasillo. Tras colocarse de espaldas al calor, Procter se irguió en su metro y medio de estatura.

Gritó en árabe que había visto su propio deceso y que no era así.

Y que ella, Artemis Aphrodite Procter, era el Ángel de la Muerte.

54

Sam no recordaba nada del trayecto en coche a la embajada, salvo que a su lado iba Ali, dando órdenes por radio a sus hombres. No se notaba el pie y aún tenía la vista borrosa e inestable: formas y colores agrupados en puntos que giraban sin cesar, entre momentos efímeros de claridad que no tardaban en verse eclipsados de nuevo por la bruma.

Al llegar a la embajada se dio cuenta de que pasaba algo: gritos lejanos, columnas de humo espeso, la voz de Ali diciéndole que esperara en el coche... De hecho, tampoco habría podido caminar. Se oyeron más ruidos por la radio y Ali dio órdenes a una de sus unidades, situada junto al coche. En el sótano del Departamento de Seguridad había explicado que su segunda muestra de buena voluntad sería un traslado seguro a la embajada, acompañado, como dictaba la prudencia, por él mismo.

Sam trató de incorporarse y mirar por la ventanilla con el sol de cara. ¿Qué entrada era? La de la rotonda. Vio autobuses y una multitud, oyó el tableteo de ametralladora dentro del recinto, seguido por un disparo de pistola muy cerca, en la rotonda. Más gritos. ¿Sería el final que le esperaba: ser destrozado por las hordas frente a la embajada? Intentó sentarse, pero al no poder mover el pie le faltaba un punto de apoyo. Oyó otro disparo de pistola, más cerca que antes.

Oyó una voz, disparos, más gritos.

Ali abrió la puerta, notó una presión en el hombro y luego varias manos que lo levantaban de su asiento. Alguien (quizá un médico, le había llegado una ráfaga de olor a amoníaco) le clavó una aguja en el costado. Después del pinchazo empezó a notar

un calor agradable en las venas. Se estaba moviendo, lo estaban metiendo en la embajada. Veía el suelo: piedras, grava y pavimento, todo moviéndose. Luego, suelos de madera deslizándose a gran velocidad. Al girar la cabeza hacia la izquierda vio a Ali. Tenía la sensación de estar precipitándose por un abismo, como en un sueño febril. Quería sentir el calor del sol en la cara. Quería a Mariam junto a él.

Cerró los ojos para imaginarse los de ella y, cuando volvió a abrirlos, tenía a alguien a su lado. Distinguió gradualmente una mata negra de pelo revuelto. Aquella persona tenía algo en la mano, un palo o un arma. Intentó moverse, pero no pudo.

Esa persona se agachó para decirle algo.

—Ya iba siendo hora de que aparecieras, Jaggers.

55

SEIS SEMANAS DESPUÉS

La cámara de visión nocturna se enfocó lentamente en un Pajero aparcado en la acera. No había nadie en la calle, salvo una pareja joven que debía de haber salido a dar un paseo vespertino.

El hombre que manejaba la cámara tosió moviendo el objetivo y luego volvió a enfocar el sucio edificio de piedra. Alrededor de una garita, cuatro guardias se reían bajo la cruda luz de una lámpara de vapor de sodio.

—A ver si se queda a dormir o qué... —dijo alguien.

Otra tos del que manejaba la cámara en silencio.

Un pitido.

—Aquí Gartner, del OGC. ¿Aún estáis esperando?

—Sí, por lo visto hay una fiesta de pijamas —comentó Procter.

—Cállate, Procter —ordenó Bradley.

—Acabamos de hacer otra comprobación con MOLLY a partir de la colección de vídeos de la semana pasada y la biblioteca de fotos. Ya funciona el algoritmo. No sé por qué fallaba.

—Recibido.

La cámara se enfocó en la entrada del Departamento de Seguridad.

—Sale alguien —dijo el que manejaba la cámara.

Las imágenes se centraron en la silueta que estaba dibujándose en la entrada.

Las semanas transcurridas desde la destrucción de la embajada

estadounidense habían puesto a Langley en modo de crisis total. El director había creado un cuerpo especial para Siria, recurriendo, por lo que había oído Sam, a más de doscientos analistas, operadores, técnicos, lingüistas y seleccionadores de objetivos. Quedarse sin estación en Damasco había llevado a la creación por parte de la CIA de una célula especial centrada en Siria, con Procter al mando. Mientras convalecía en Alemania de su operación en el pie, a Sam le habían llegado rumores de que al equipo de Procter le habían encargado encontrar a los culpables del caos en Damasco. El negro balance se lo expuso Bradley durante una llamada telefónica muy tensa: habían muerto catorce estadounidenses, concretamente seis marines, el agregado de defensa y siete funcionarios del Departamento de Estado. También habían fallecido doce sirios del servicio diplomático. En Landstuhl había otros treinta y seis estadounidenses hospitalizados, cuatro de ellos agentes de la CIA, como era el caso de Zelda. Al hacer la suma en su cabeza, Sam cayó en la cuenta de que en términos de víctimas mortales era el peor día para la presencia estadounidense en el extranjero desde el bombardeo del cuartel de los marines en Beirut, el de 1983.

—¿Ya sabemos quién encabezó el ataque? —preguntó.

Se dio cuenta de que Bradley no tenía ganas de hablar. Oía el roce del teléfono entre sus oídos. El que manejaba la cámara tosió. Sam dejó que se alargara el silencio.

—El mismo psicópata de mierda que mató a Val —dijo finalmente Bradley—, el general Basil Majluf. Durante el asalto a la embajada les cortó la cabellera a algunos de los nuestros. Procter dice que también fue él quien disparó a Zelda. Lo estamos buscando, al muy hijo de puta. De momento no puedo decir más, como comprenderás.

Bradley tosió otra vez. Fue entonces, en ese segundo de silencio tenso antes de que Bradley cambiara elegantemente de tema, cuando el cerebro de Sam empezó a procesar el pozo en el que se encontraba.

Al final, lo tuvieron toda una semana en Landstuhl, mordiéndose las uñas en espera de que empezara la ofensiva burocrática. Nada más bajar del puente aéreo fue recibido por Bradley, que le ofreció un apartamento amueblado en Tysons Corner para unos cuantos meses. También le explicó que lo habían puesto en situación de baja administrativa, con todos los accesos temporalmente anulados. Ed no estaba enfadado, sino triste, como si tuviera que sacrificar a un perro que había mordido al hijo de los vecinos.

Los investigadores redactaron un expediente exhaustivo para la sesión —no programada aún, pero inminente— en que un jurado compuesto de peces gordos de la CIA dirimiría el destino de Sam. En el mejor de los casos, libre de cualquier sospecha por parte de Contrainteligencia y atado entre seis y veinticuatro meses a una mesa en Langley; en el peor, adiós al servicio, a la placa azul y a los permisos de seguridad: ve poniendo tus cosas en la caja, y prepárate para el demoledor aburrimiento de la vida civil.

Las semanas en Langley fueron desagradables. Cuatro exámenes psicológicos. Visitas diarias por parte del equipo médico. Tres chequeos oficiales. Una bronca entrevista de tres días con un equipo rotatorio de investigadores cada vez más furibundos, cuyo único objetivo era construir una cronología minuciosa de su última semana en Damasco. Tuvo que entregar todos los dispositivos de comunicación que obraran en su poder, tanto los personales como los profesionales. Le hicieron preguntas sobre todas sus RDV, y sometieron a un masaje de tejido profundo a todos los cables y evaluaciones de activos que había escrito desde El Cairo.

Como extensiones de este sinfín de «entrevistas» e interrogatorios, los polígrafos fueron igual de agresivos, gritones y coercitivos, pero a cada nueva panda de investigadores con ojos de cemento Sam les brindaba el mismo relato: la verdad. De cara al polígrafo se formulaban todas las preguntas para admitir

un sí o un no como respuesta. Le pidieron detalles íntimos, gráficos y cronológicos de su relación sentimental con Mariam, y él se lo contó todo. («¿Mantuvo usted una relación sexual con su activo Mariam Haddad en Francia, Damasco e Italia?») Le preguntaron por las circunstancias en que le había puesto Ali en libertad y por su posterior aparición en la embajada en ruinas. («¿Le dio usted información clasificada al general Ali Hasán más allá del nombre, los buzones clandestinos y las casas francas ya especificadas?») Le preguntaron por el triple homicidio. («¿Le dijo a usted Mariam Haddad que había ido a la embajada para facilitarle a usted inteligencia al margen de su canal con Ali Hasán?» «¿Mató Mariam Haddad a los tres milicianos?»)

A las dos semanas murió Zelda.

En Landstuhl no había salido de la uci. La CIA la trasladó en avión a Washington para el funeral, y Contrainteligencia tuvo el detalle de hacer una pausa en la somanta burocrática para que Sam pudiera estar presente. También asistieron Bradley y Procter. Sam se acordó de cuando la analista se había subido al coche de la Jefa en el aeropuerto internacional de Damasco, pletórica y llena de ganas de desentrañar la red de compras electrónicas del Palacio. La sensación de náusea persistió al pensar en el cable con el que Procter y él habían alargado la misión temporal de Zelda: LA ESTACIÓN SOLICITA TRES MESES DE EXTENSIÓN PARA PRESTAR APOYO A LAS OPERACIONES DE INTELIGENCIA DE PRIMERÍSIMA IMPORTANCIA QUE SE ESTÁN DESARROLLANDO. Chorradas asépticas. Él había contribuido a su muerte, como a la de Val.

Intentó pillar a Procter después de la ceremonia, pero ésta se marchó sin darle tiempo.

Esa noche Bradley lo invitó a cenar en su granja.

—Mi primera cena en casa desde hace tres meses y mira si soy burro que decido que vengas tú.

Angela ayudó a Sam a bajar del coche de Ed, lo estrujó llorando entre sus brazos, preparó unas hamburguesas a la plancha y les ayudó a acabar con seis latas de Coors en el

porche. La primera ronda la terminaron en silencio, contemplando las franjas de luz crepuscular sobre la Cordillera Azul.

Bradley abrió su segunda cerveza y tomó un trago. Sam pensó que parecía cuatro años más viejo que antes de Damasco.

—No estamos teniendo esta conversación, ¿vale? Como se enteren los de Seguridad me achicharran el culo.

Sam se acabó de un trago la primera cerveza y asintió.

—De ATHENA no se sabe nada. Desde el sótano de Ali, ni mu. En lo que coincide cada vez más gente es en que no nos engañó, al menos no durante mucho tiempo. Lo de su prima lo confirman unos documentos robados. La soltaron, por cierto.

Sam sonrió un poco al oír la noticia y se volvió hacia Bradley, el padre a quien le había fallado... o al que había traicionado. No sabía muy bien cómo enfocarlo, pero daba igual, estaba avergonzado.

—Lo siento, Ed. Con ella la cagué. Espero que me perdones.

Bradley asintió con la cabeza.

—Puedo perdonarte, y ya te he perdonado. No pienso flagelarte por eso, ya te has confesado y has reconocido tu error.

Sam metió la mano en la nevera para sacar otra cerveza, la segunda, e hizo una mueca de dolor mientras se le cortaba la respiración. Se apoyó en el respaldo y la abrió.

Volvieron a beber en silencio, mientras se ponía el sol al otro lado de la cordillera.

—El sistema de covcom que le dimos a ATHENA sigue siendo un enigma —dijo Bradley—. La NRO ha analizado a fondo la plataforma satélite y ha encontrado algo raro, como malware. Faltan detalles, pero hemos transferido a todos los activos y estamos muy atentos. Existe la posibilidad de que Ali y los técnicos iraníes robaran unas cuantas semanas de tráfico covcom. Contrainteligencia está haciendo una auditoría de la información para averiguar si serán capaces de deducir la identidad de alguien a partir de los mensajes. Quizá tengamos

que exfiltrar a unos cuantos, si pensamos que están quemados.

—¿Cuántos activos hay en la plataforma?

—Cuatro, sin contar a ATHENA.

—Qué desastre —masculló Sam.

—Pues sí. Ojalá te lo hubiera dicho ella en Italia. Así podríamos haberla sacado.

Dejó la lata encima de la mesa y apoyó la frente en las manos. Bradley le puso una mano en la espalda. Permanecieron de nuevo en silencio. Después de unos minutos, Sam levantó la cabeza y se quedó mirando las montañas. Bradley bebió otro trago de cerveza sin quitarle la mano de la espalda.

—Es probable que programen la sesión del comité para que no se solape con las vacaciones. Los polis han ido bien, pero queda mucho. Más no puedo decir, como comprenderás. En lo que creo que ya no insistirán es en lo de Contrainteligencia. No creen que mientas. Es un buen presagio de cara a la posibilidad de que sigas en el servicio. He visto bastantes sesiones de este tipo para saber que siempre se hace balance. Por un lado está el desliz de liarte con un activo, y la decisión posterior de dicho activo de entregarle un dispositivo de covcom a un servicio hostil. Por el otro lado están tu confesión, lo sincero y abierto a colaborar que te has mostrado desde entonces y la suma de todos tus actos en Damasco el 18 y el 19 de julio.

Bradley se acabó la cerveza y tiró la lata.

—Por cierto, voy a explicártelo desde mi perspectiva. Tu gestión del caso ATHENA desembocó en una operación militar estadounidense que frenó un ataque devastador. Entre los dos salvasteis miles de vidas. Eso les va a quedar de una claridad meridiana. Es algo irrefutable, y que te honra. Lo polémico será tu decisión de entregarte; y tu relación con ella, por supuesto: ¿ha creado un peligro mayor para ti y para tus activos, y le has dado quebraderos de cabeza a Contrainteligencia, en el sentido de que igual no te acuerdas de todo lo que le dijiste a Ali?

—Si yo hubiera huido y Mariam hubiera delatado a Atiyah,

Ali no se habría creído en ningún caso su versión sobre la inteligencia de Wadi Barada. La habrían torturado hasta que lo reconociera todo.

Bradley asintió.

—Estoy de acuerdo, pero no tengo ni idea de cómo lo verán ellos.

—Vale, pero has visto muchos casos como el mío. ¿Qué te dice tu intuición?

—Dos años a prueba en la central, aunque creo que me muevo en un cincuenta por ciento de probabilidades.

—¿Cuál es la otra cara de la moneda?

—Que te echen.

Sam asintió con la cabeza y se acabó de un largo trago su segunda lata, percatándose de que le daba igual siempre que Mariam lograra salir viva.

—Hay una cosa más. Espera aquí.

Bradley entró y bajó descalzo a la Caja. Al volver tenía en las manos un papel. Se sentó. Después de abrirse otra cerveza, y de frotarse la barbilla rasposa, empezó a hablar y se calló de golpe, como si tuviera sus dudas de que fuera prudente decirlo. O hablar, en general.

—Estás de baja administrativa, o sea, que correcto no es, pero bueno, a la mierda —dijo—,, necesito tu ayuda.

Tendió el papel doblado a Sam, que lo cogió y le dio vueltas en las manos, aspirando su olor de humo y ceniza. La última vez que lo había visto era en la cárcel subterránea de Ali, con un gotero lleno de sedantes. Sintió náuseas por volver a tenerlo delante.

Una sonrisa irónica torció la boca de Bradley.

—Puede que no te acuerdes, pero esto lo metió Ali en la cinta de vídeo que te dio antes de llevarte otra vez a la embajada. Por cierto, el vídeo confirma su versión: el general Basil Majluf, bajo la atenta mirada del recientemente fallecido Rustum Hasán, asesinó a Val y a Marwan Ghazali durante un interrogatorio.

Hizo una mueca, mirándose los zapatos.

—¿Y Ali mientras tanto qué hacía?

—Es lo raro. La grabación no es concluyente, pero da la impresión de que intentó pararle los pies a Basil y que se lo impidió su hermano Rustum, permitiendo que Basil le cortara a Val el puto cuero cabelludo.

Sam asintió con la cabeza.

—¿Qué quieres que haga?

Desdobló el papel, y al ver los números se dio cuenta de que correspondían a un teléfono sirio. También había una frase en árabe. Dobló otra vez el papel.

—Aún no tenemos una orden ejecutiva para matar a Basil, pero calculo que antes del final de esta semana nos darán luz verde —dijo Bradley—. No se puede tener un historial más sangriento. Es responsable de las muertes de quince estadounidenses, incluidos Zelda y Val. El problema es que no consigo dar con él.

—¿POTUS no quiere volver a bombardear Damasco?

—Basil ha desaparecido. No utiliza ningún canal de comunicación, nunca va a la oficina y ha abandonado su villa. Es un fantasma. Ni siquiera sabríamos dónde tirar las bombas.

—También me escondería yo si hubiera matado a un montón de americanos —dijo Sam.

—Mira, ahora mismo quien mejor conoce a Ali eres tú, más que nadie en todo el gobierno de Estados Unidos.

—Y quieres saber si creo que nos ayudaría a encontrar a Basil.

—Exacto. ¿Tú cómo lo ves? Dijiste que Ali tenía sentimientos encontrados sobre el régimen. ¡Si te pasó un vídeo que le pone a Basil una diana gigante en la espalda, qué leches!

Sam gruñó.

—Ali me dijo que quería que nuestro gobierno lo tuviera en cuenta a la hora de elegir los objetivos de futuros bombardeos.

—¿Y crees que nos ayudaría si se lo pidieras tú?

Ali. Sam se miró el pie cojo y volvió a verse achicharrado por

la electricidad mientras el general trataba de sonsacarle un nombre. Luego se acordó de la sonrisa de Ali en el restaurante, con Zelda, una sonrisa de buena persona, medio bondadosa. También se acordó de lo que le había dicho sobre el régimen antes de dejarlo en libertad, y de su mirada de odio al pronunciar el nombre de Basil Majluf.

—Es un tío complicado —fue lo único que logró mascullar.

—Eso está claro —dijo Ed mirando de reojo el pie de Sam, y esperó a que siguiera mientras los mosquitos se lanzaban como kamikazes contra las luces del porche.

—¿Habéis investigado el número que sale en este papel? —preguntó Sam.

—Sí, es de la oficina de Ali.

—¿Y mi baja administrativa? Ya no tengo accesos.

—Que le den a la baja administrativa, quiero que la operación la llevéis Procter y tú. A ella le parece bien. No se lo diremos a nadie más. De devolverte los accesos ya me encargo yo; temporalmente, claro. Empezaríais en Langley y lo cerraríais en Amán, donde Procter tiene su nuevo chiringuito. Suponiendo que POTUS firme una nueva orden, claro...

Se le fue otra vez la vista hacia el pie.

—Ed, te lo agradezco mucho, pero hazme el favor de no seguir mirándome la pata, por amor de Dios. Por mí no te preocupes. No hay nada que me apetezca más que rematar la faena. Cuenta conmigo.

Sam se acabó la tercera cerveza, aplastó la lata y miró con frialdad a Bradley. Quería participar en la operación, pero dudaba que sirviera para encontrar a Mariam. La persona a quien más quería en el mundo había desaparecido en medio de Damasco: muerta, prisionera o muda. Vista por última vez en una camilla, con un cuchillo en las costillas. Como siempre que se le aparecía la imagen, dejó paso a un vacío que lo arrancaba de su propio cuerpo.

Esperó a que se le pasara.

—¿Cuándo empiezo? —preguntó.

Sam y Procter se pusieron a planificar la operación como un viejo matrimonio después de una pelea, ignorando los deslices de Sam, siguieron adelante con buen ánimo, en sus papeles de siempre. Sam mencionó una vez a Mariam, pero Procter, que incluso desde Amán, por videoconferencia, supo interpretar su gesto avergonzado, proyectó hacia la pantalla una pequeña mano pixelada. Viendo su mirada de rabia cuando la bajó, Sam redirigió la atención colectiva hacia una serie de imágenes recientes por satélite del Departamento de Seguridad, y señaló que el número de coches aparcados en la calle adyacente había experimentado un aumento considerable en las últimas semanas. Procter asintió y le dio un buen bocado a lo que parecía una barra de chocolate Payday extragrande.

—Siguiente foto —dijo.

Sam, en consecuencia, lo dejó correr.

El obstáculo más acuciante con el que se podía topar la operación era la insistencia de la Casa Blanca y de la sexta planta en que la CIA autenticase la identidad del objetivo con MOLLY, el algoritmo, y Susan, la especialista en reconocimiento facial. A la CIA ya no le quedaba nadie en Damasco. ¿Quién manejaría las cámaras? Los encendidos debates que provocó este particular en el operativo culminaron en un cruce de cables entre los que se encontraba la respuesta de Procter a la propuesta hecha medio en broma por Sam de que probasen a usar el software de MOLLY desde un dron de vigilancia. En la réplica, de un solo párrafo, la Jefa calificaba la idea de «chorrada del carajo». Sam interpretó el lenguaje malsonante como una forma un poco retorcida de perdón, ya que a sus enemigos Procter les respondía con el silencio.

Finalmente Sam abogó por la solución más limpia: usar a los BANDITO. Ya habían pasado por el polígrafo y sabían de qué iba la

cosa. Sam alegó que eran su único recurso. Costó que se lo autorizaran, porque la participación directa de extranjeros en una operación letal ponía nerviosos a los letrados, pero Bradley y Procter tiraron cada uno de sus hilos, y al poco tiempo todos tenían en sus manos un ejemplar de la orden de asesinato revisada de la CIA contra el general Basil Majluf. Sam guardó el suyo en la caja fuerte que tenía debajo de su mesa. A excepción de unos cuantos vasos vacíos de Dunkin' Donuts, su espacio de trabajo temporal en Langley era un desierto.

Sólo quedaba un paso, el más importante: encontrar a Majluf. A Sam le esperaban dos noches sin dormir.

Empezó un miércoles a la hora de comer. Se presentó en la puerta de una sala del sótano de Langley con un letrero que decía GLOBAL TECHNOLOGY SOLUTIONS. Llevaba el papel que Ali había metido en la carpeta. Le abrió un técnico de la NSA que lo hizo pasar a un cuarto oscuro con varios cubículos estériles en el centro y una hilera de monitores de televisión en cada pared con informativos de varias cadenas y luego a una sala lateral. La cara de Procter podía verse en una pantalla. En la mesa estaba uno de los lingüistas de la CIA: Abdalá, sirio de nacimiento. Había un solo teléfono y varios ordenadores contra la pared. El técnico se sentó delante de uno y le hizo señas a Sam de que también tomara asiento.

—Como ya explicamos en su día, si el MOIS, los rusos o quien sea intenta localizar esta llamada parecerá que haya salido de una antena del barrio de Meze —dijo, señalando una imagen aérea del borde occidental de Damasco con puntos azules en las antenas de telefonía móvil.

—Pero, Jason, joder, que ya lo has repetido veinte veces —le dijo Procter, a pesar de que no se llamaba Jason—. Venga, todo el mundo a ponerse los auriculares del carajo y a mover el culo. Todo tuyo, Sam.

Después de repasar por última vez el plan con Abdalá, Sam desdobló el papel y marcó el número. En Damasco eran las ocho.

Lo más probable era que Ali estuviera en su despacho. El teléfono sonó dos veces antes de que se pusiera alguien.

—¿Diga?

—Hola, amigo mío. Perdona que no te devolviera la llamada ayer por la noche. Sólo quería que supieras que he mandado el vino —dijo Abdalá en un árabe levantino irreprochable, leyendo el papel que Ali le había dado a Sam.

Una pausa larga. Sam oyó respirar, cambiarse el teléfono de lado y mover un cajón y unos papeles.

—Gracias. ¿Cuánto te debo? —dijo Ali.

Abdalá leyó tres precios que juntos formaban un número telefónico.

—Muy bien, gracias —dijo Ali.

Se cortó la llamada. Sam notó un cosquilleo en el cuello. Se le estaban poniendo los pelos de punta.

Miró al técnico de la NSA.

—Pásalo por el reconocimiento de voz, pero es él, Ali Hasán.

Se volvió hacia Procter, que levantó los dos pulgares.

—Ahora, si nos llama él nos ayudará a encontrar a Basil —dijo Sam.

Procter hizo el gesto de cortarse la tráquea con el pulgar. La pantalla se quedó negra.

Sam encontró a Iona Banks sentada en su banco de trabajo del espacio asignado a los Servicios Técnicos en la central antigua, una habitación sin ventanas, saturada de fluorescentes. Iona sonrió y, tras pasarse la mano por el pelo del lado de la cabeza que no se rapaba, le hizo señas de que se acercara a la mesa. Luego apartó varias bandoleras negras de Gucci («las llevan todos los chinos de Inteligencia», dijo), sacó una carpeta de un cajón y se la tendió.

—No sabes cuántas preguntas tengo y no hago —dijo.

—Muy lista.

Puso la mano en la carpeta y la apartó un par de centímetros.

—Aunque una sí que tengo que hacerla: ¿cuántas probabilidades hay de que me echen?

Sam se inclinó y, con los antebrazos apoyados en la mesa, miró distraído la foto de su placa. Qué joven salía...

—Pocas.

Iona soltó la carpeta sonriendo y, al ver la placa azul de Sam, arrugó el ceño.

—Por cierto, ¿eso cuándo te lo quitarán?

—Pronto. Primero tengo que hacer algo en Amán, y luego empezará el proceso de evaluación.

Sam abrió la carpeta. Dentro había un sobre con matasellos francés que contenía folletos de alojamientos turísticos y hoteles. Los hojeó hasta detenerse en uno de un *château* en Èze.

—¿De dónde has sacado esta foto?

Iona se limitó a fruncir el entrecejo.

—¿Qué les has dicho a los de Documentos?

—Que lo hicieran y punto. No me han preguntado nada, les encantan estas cosas.

—¿Parecerá que viene de Villefranche? —preguntó él.

Iona contestó con una sonrisa burlona.

—Sí. De hecho es un pack promocional de parte del Office de Tourisme de Villefranche, buena gente. Es su manera de intentar convencerla de que vuelva a pasar las vacaciones en la zona.

—Perfecto.

Se quedaron en silencio un momento.

—¿Ella está bien? —preguntó Iona poniéndose seria.

—No lo sé.

Ver la foto del *château* de Èze lo había hecho sentir una opresión en el pecho. Cerró la carpeta.

Iona asintió sin decir nada.

Él releyó cinco veces la dirección de Damasco de la parte delantera para asegurarse de que fuera la correcta, luego volvió

a meter el prospecto del *château* de Èze en el sobre, le entregó a Iona la carpeta y dio dos golpes en la mesa con los nudillos.

Pocos días antes de salir hacia Amán, Sam entró cojeando en el Centro de Despliegue Global con su pasaporte diplomático negro y el cable donde Procter autorizaba su TDY. La placa del mostrador identificaba como «Cornelia G.» a su provecta ocupante, cuya EOD (fecha de ingreso en el servicio), a juzgar por el bastón que había en el suelo y por las gafas de culo de vaso, debía de remontarse a los lejanos tiempos de Eisenhower. Sam sonrió y se presentó, Cornelia no. Lo que hizo fue levantarse y, tras coger los papeles con mano temblorosa, empezar a introducir el número de identificación de él en su ordenador.

Al cabo de unos minutos levantó la vista y releyó el cable en el que Procter autorizaba el viaje.

—¿Lo has falsificado, cariño? —preguntó.

Sam se rió y las facciones de Cornelia se contrajeron en una mueca. A Sam se le borró la sonrisa.

—No —contestó—. Compruébelo en la base de datos de cables, si quiere.

Ella lo hizo, aunque tardó bastante en teclear los números. Al final, miró hacia arriba y susurró:

—¿Y cómo lo has conseguido, cariño, si estás de baja administrativa? Es la primera vez que veo algo así, y eso que llevo mucho tiempo trabajando. En principio, no deberías tener acceso a este cable de autorización, y menos viajar en misión oficial. —Señaló la placa—. ¿De qué color es, por cierto? ¿Llevas la roja? ¿Tienes que ir acompañado por una de esas personas tan simpáticas que te tienen controlado por si se te ocurre llevarte documentación clasificada de la cámara?

Hizo un gesto hacia los que esperaban su turno detrás de Sam. La cola ya llegaba al pasillo.

Sam le enseñó su placa azul.

—De momento sigue siendo azul, Cornelia.

Esta vez sí hubo una sonrisa en el rostro de la anciana, cuya mirada legañosa se posó en la cicatriz.

—Bueno, cariño, me gustaría preguntarte qué atrocidad has cometido, pero te lo ahorraré, aquí no duran mucho los cotillas. —Se puso a leer por iniciativa propia las cláusulas del reglamento 41-2 de la CIA, como si fuera la Biblia—. «Los viajes deberán tener una duración igual o superior a trece horas, escalas incluidas, para justificar la adquisición de una tarifa superior a la de clase turista básica (o su equivalente) en una aerolínea estadounidense: Delta, American, United, etcétera.»

El «etcétera» sonó como un «amén».

Consciente de que con Despliegue no se podía discutir, Sam asintió con una sonrisa y dijo que por supuesto, que ir sentado hacia atrás y en medio de la fila, cerca de uno de los baños, le iba de perlas. Cornelia reservó el billete, imprimió los documentos que lo identificaban como secretario segundo (de comunicaciones) y procedió a ocuparse del alojamiento.

—Ya sabes que la habitación tiene que estar por encima de la tercera planta y por debajo de la novena, cariño. No hay excepción que valga. La tercera para estar a salvo de los coches bomba, y la novena para que lleguen las escaleras de los camiones de bomberos. A los de operaciones no os podemos reservar el ático porque sí.

Miró la mano izquierda de Sam, sin anillo, y chasqueó la lengua.

Sam apagó la tele y volvió a la cama de su habitación en el hotel Four Seasons de Amán. Amanecía, y el tráfico de la rotonda ya era una auténtica vorágine. Sentado en el borde de la cama, deslizó la vista desde la alfombra hasta el baño. Luego estiró las sábanas y respiró profundamente, con dolor.

También le dolió vestirse. Lo hizo con movimientos torpes.

Oyó cuatro golpes en la puerta justo cuando caminaba hacia allí. Se asomó a la mirilla, quitó la cadena y abrió.

—Venga, Jaggers, a activarse, que hoy es el gran día.

Estuvieron en la Estación mientras empezaba a anochecer. Procter salió de su despacho. Un agente de apoyo de Amán llevo comida de una cadena estadounidense, Bennigan's, para los integrantes del operativo, que, distribuidos en torno a una mesa de reuniones, empezaron a sacar hamburguesas, tiras de pollo, aros de cebolla y cantidades ingentes de patatas fritas de los recipientes de poliestireno.

—Me han dicho que es el último Bennigan's que queda en todo el mundo —comentó Procter—, aquí, en medio del desierto.

Bradley estaba de guardia en Langley, Sam armaría la bomba desde Amán.

El detonador estaba entre Susan, la experta en reconocimiento facial, y una bandeja de pieles de patata fritas que aún no había tocado nadie. Procter le dijo a Sam que tenía que ir a mear.

—Acompáñame, que aquí soy tu responsable.

Tuvo el detalle de dejarlo esperando en la puerta del baño de señoras. Al salir, señaló una hilera de mesas vacías y se sentó. Sam acercó una silla. Ella se sacó una goma elástica del bolsillo y se hizo una coleta.

—No seré yo quien te redima, pero sí que te perdonaré, es lo máximo que puedo hacer.

Sam tuvo ganas de abrazarla.

—Gracias, Jefa —se limitó a decir.

—Ah, y siento lo de ATHENA —añadió Procter—. Era nuestra chica en Damasco, un activo de primera. Y no saber qué le ha pasado... vaya mierda. Yo coincidí en Kandahar con un tío que desapareció de golpe, así, como si nada, ¡puf! Me volví loca. Aún me afecta sólo de pensarlo, y eso que no me lo follé.

Sam ya estaba bastante familiarizado con Procter para interpretarlo como emoción sincera, no como una indirecta para

recordarle sus infidelidades a la CIA: era una muestra de empatía.

Asintió con la cabeza y Procter lo miró a los ojos.

—Eres consciente de que, aunque reapareciese, te querríamos tanto en el caso como a un judío en la Meca, ¿verdad?

—Pues claro, Jefa.

Ella asintió y, tras escupir en una papelera, se desató el pelo y estiró la goma entre los dedos.

—La noche en que me lo confesaste... en ese piso franco de mierda de Damasco... dijiste algo interesante.

—Dije muchas cosas.

—Sí, es verdad, pero usaste una palabra intrigante que no les repetí ni a los de Contrainteligencia ni a los de Seguridad cuando me preguntaron qué había pasado, después de tu confesión en Landstuhl. Dijiste: «Estoy enamorado de ella, Jefa.» Cito textualmente. No «me la he tirado, Jefa», ni «nos estamos acostando juntos, Jefa»: «enamorado». ¿Te suena de algo?

Sam se acercó más a ella.

—Una vez Bradley me dijo que se le puede mentir a todo el mundo menos a la CIA. Por eso le conté a usted la verdad.

Procter negó con la cabeza.

—Bueno, entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó—. Si fuera puro sexo me imagino que tarde o temprano lo superarías, pero el amor, por lo que me han dicho fuentes de toda confianza, es mucho más jodido quitártelo de encima.

—No hay ningún plan —dijo Sam—. No se puede hacer nada.

Procter volvió a recogerse el pelo.

—Supongo que no, pero te voy a hacer una pregunta, Jaggers. Cuando viniste a Damasco eras un agente lleno de entusiasmo, con un futuro glorioso por delante. Pero ahora... —No acabó la frase—. Digamos que se te ve un pelín mermado.

Sonrió sin convicción.

—«Mermado» es una buena palabra —dijo Sam—. Lo describe bien. ¿Y la pregunta?

—¿Valió la pena Mariam?

El uso del nombre real de ATHENA, una contravención de las reglas del oficio (él sospechó que intencionada), lo pilló desprevenido, pero no tuvo tiempo de contestar porque justo entonces los interrumpió la voz de Susan desde la sala de reuniones.

—Acaba de sumarse la OGC.

Al volver a la sala vieron a Elias Kasab enfocando la cámara en el edificio del Departamento de Seguridad. Sam se sentó al lado de Procter y estuvo todo el rato moviéndose en la silla, arrepentido de haberse olvidado de tomarse el Vicodin de la noche para el dolor del pie.

Vieron salir a Ali Hasán, que echó a caminar despacio por la acera.

—¿Dónde leches está Basil? —preguntó Procter—. ¡Que ya no queremos matar a Ali Hasán, joder!

Ali encendió un cigarrillo de camino a la garita y miró el cielo nocturno, salpicado de nubes. Las últimas semanas habían sido de las peores de su vida. Llevaba quince días sin pasar por casa. No se miraba ni al espejo. Ya no tenía importancia.

No había cambiado de cargo ni de sueldo, lo cual entraba en lo normal para un ascenso en Siria. Lo anómalo, lo terrorífico, era el alcance de sus nuevas obligaciones. «Releve usted a su hermano», había dicho Al-Ásad con mirada pétrea después de que Ali le explicase que había matado a Rustum. La confesión en sí no había provocado ninguna respuesta por parte del presidente. «La Guardia Republicana es suya. Haga todo lo necesario para aplastar la rebelión.» Ali sospechaba que, al mismo tiempo, Al-Ásad había puesto en marcha una investigación sobre él, pero de momento ese fantasma mantenía las distancias.

Desde entonces, temía por su cordura. Había empezado a tener una pesadilla recurrente en la que Layla gritaba y

desaparecía entre las llamas. Lo soñaba en su despacho, en un camastro, casi siempre justo antes del amanecer.

Esa noche, sin embargo, antes de volver a su trabajo, y a las pesadillas, tenía por delante otra distracción. Apagó el cigarrillo y se encendió otro mientras esquivaba los coches por la acera.

Caminaba sin prisas, llenándose los pulmones de humo. Se veía abriéndole la garganta a Rustum. Pensó en su hermano, mientras se rascaba la cicatriz, con la esperanza de que le provocase alguna emoción: rabia, culpa, pena, alegría...

Lo que fuera.

Pero no, no sintió nada. Siguió caminando mientras el recuerdo se diluía en la noche.

Mirando las imágenes del paseo de Ali, también Sam se rascó su cicatriz, que en su caso partía del lado derecho del cuello y llegaba hasta el arranque inferior de la mejilla. La siguió con el pulgar. Notando que Procter lo observaba, dejó caer la mano.

—¿Qué, Jaggers, alguna novedad? —preguntó la Jefa.

—De momento no.

Ali estaba a unos cincuenta metros del Pajero.

—Está dando la vuelta muy despacio —intervino Elias.

—Me cago en la leche... —dijo Procter—. Vuelve a entrar y tráeme a Basil.

Kanaan estaba en el vestíbulo del Departamento de Seguridad, esperando a Ali.

—Por fin ha empezado a hablar, jefe. Ya sé que está ocupado, pero creo que le convendría ir.

Ali bajó con él al sótano, a la misma celda que habían usado para la prima de Mariam Haddad, la chica flaca con la mala suerte de tener el ojo vendado. Kanaan abrió la puerta, él entró en la sala, donde hacía un frío polar, y encendió un cigarrillo

para calentarse mientras se acercaba a la cama de cemento donde estaba el prisionero.

—Ibrahim —dijo—. ¿O acaso tengo que llamarte Abu Qasim? —Sonrió—. Tengo entendido que has confesado ser quien fabricó la bomba que estuvo a punto de matar al presidente.

—Y a ti —gruñó Abu Qasim—, que estuvo a punto de matarte a ti también.

—Cierto —murmuró Ali.

—Y a tu hermano.

—Me habrías hecho un favor. Al final tuve que matarlo yo mismo.

Le echó humo a la cara. Abu Qasim volvió la cabeza, sorprendido, antes de enfocar nuevamente sus ojos en el suelo.

Ali chasqueó la lengua.

—Pero bueno, no quiero más información sobre el pasado. Lo que quiero saber es el futuro.

—¿Qué?

—¿Dónde está la Muerte Negra? Tu mujer, la francotiradora. ¿Dónde está? ¿Adónde se dirige?

Resollando, Abu Qasim cerró los ojos y sonrió.

—Eso es lo único que no puedo decirte, general.

Él se levantó y apagó el cigarrillo en el suelo.

—No puedes, pero me lo dirás.

Le hizo una señal con la cabeza a Kanaan, que fue a buscar un cubo de agua helada y se la echó encima al prisionero a fin de prepararlo para otra sesión. Abu Qasim gritó.

—Sarya, Sarya, Sarya —masculló después.

Decía el nombre de una manera que hizo que Ali pensara en Layla.

Al volver a su despacho, oyó una voz inconfundible.

—Sigo sin recibir las respuestas que necesito de Kanaan —dijo Basil, que estaba dentro, sentado.

Ali se reunió con él en la mesa y encendió un cigarrillo.

—Me sorprende que pueda sentarse, Basil, con la perdigonada que le clavó en el culo la loca de la CIA durante su demencial asalto a la embajada.

Sonrió, pero Basil no le hizo caso.

—Es usted responsable de haber interrumpido mi operación contra la embajada de Estados Unidos, una operación autorizada —dijo Basil—. Necesito respuestas, y no quiero que me las dé Kanaan. Me ha hecho venir a su despacho, ¿no? Pues reúnase usted conmigo —gruñó—, no me mande a su subordinado.

—Estoy tratando de ganar una guerra que usted y mi hermano estuvieron a punto de perder, y que ha estado dándome mucho trabajo.

Ali señaló la puerta con la cabeza, pidiéndole a Basil que se fuera. Basil escupió en el suelo, se relamió el bigote y, después de encender también un cigarrillo, le echó una bocanada por encima de la mesa. No se levantó.

—Salga, Basil.

—Me está...

—Salga.

Se puso lentamente en pie y apagó el cigarrillo en la mesa antes de volverse hacia la puerta.

Ali no solía recurrir a las amenazas y tampoco revelaba secretos en arranques de rabia, no se llegaba a lo más alto de la Mujabarat siendo un bocazas. Sin embargo, tenía cuentas que saldar.

—Vi lo que les hizo a los americanos en la embajada, Basil.

De camino a la puerta, Basil, *el Comanche*, se detuvo y se volvió despacio con cara de perplejidad.

—Se lo hizo a Valerie Owens en este mismo sótano, y ya lo había hecho en Hama.

El otro sonrió de oreja a oreja.

—Basil —continuó Ali mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero—, siempre me había parecido usted un espíritu

maligno, un demonio, pero sólo es un perro rabioso que quiere que lo feliciten por los cadáveres que le lleva a su dueño. —Se levantó y se acercó hasta oler su aliento húmedo y ver el brillo de saliva de su bigote. Se estaban mirando a los ojos—. Y su dueño está muerto, Basil.

Se pasó un dedo por lo alto de la frente.

Basil ya no sonreía. Dio media vuelta y, antes de marcharse, escupió otra vez en el suelo.

Mientras encendía un nuevo cigarrillo, Ali abrió un cajón y sacó una libreta usada. La abrió por el final hasta encontrar la página: tres precios. Un número telefónico.

Los marcó en un móvil que había pagado en efectivo y envió un mensaje de texto.

A Sam le sonó el móvil. No hacía falta, no le había quitado los ojos de encima en toda la noche. Leyó el texto en árabe: «Saliendo.» Se lo enseñó a Procter, que asintió con la cabeza.

—Venga, vamos a hacerlo de una puta vez.

Sam vio que el responsable de la cámara la enfocaba en la entrada del Departamento de Seguridad. Basil salió a la acera, pasando junto a la garita, y se metió entre los coches aparcados.

—¿Susan? —dijo Procter.

—Estoy en ello. —Susan estaba muy atenta a las imágenes captadas en directo por Elias. Al lado, en otra pantalla, se reproducían simultáneamente otros vídeos—. Damasco, ¿podrías acercarte un poco más?

Elias enfocó el objetivo en la cara.

—Gracias. —Pasaron varios segundos—. Acabo de mandar mi dictamen al OGC.

—Recibido. Ya tengo los resultados de Susan y de MOLLY —dijo Gartner—. Luz verde. Es él, Basil.

—Sigue sin haber nadie en la calzada ni en la acera —señaló Elias.

—Lo estoy armando —respondió Sam.

—Con esa manera tan curiosa que tiene de caminar va más deprisa que Ali —observó Procter.

Sam vio que Basil pasaba junto al maletero del Pajero. Procter murmuró algo para sus adentros, como una especie de conjuro.

—Val, Zelda, en tributo —dijo Sam mientras Basil llegaba a la altura de la puerta delantera derecha.

La explosión reventó la puerta del Pajero arrojando una cortina de plástico derretido y trozos de aluminio que, tras atravesar la cabeza y el cuerpo de Basil, fue a dar contra la pared de cemento.

En la pantalla se veía una nube de humo que surgía de un pequeño incendio en el interior del coche. Elias centró la cámara en la zona de la explosión. Se vio la pared ensangrentada, un gran zapato negro y una pelambrera muy tupida.

Parecía la parte superior de una cabeza.

Con el parpadeo de las luces de Villefranche-sur-Mer en la distancia, la mujer fue enfundando su cuerpo en un vestido rojo, con el pelo recogido a la altura del cuello. Las ventanas estaban abiertas, y la brisa de la noche movía las cortinas. Un rumor de bocinas y sirenas subía de la calle. Le cerró la cremallera del vestido a Mariam, que dejó caer su pelo por la espalda, mientras él le ponía los labios en el cuello. Después él se puso un puñado de pelo largo en la mano y aspiró.

«Puede que de viejos podamos vivir así.»

Al despertarse, Sam oyó llamar a la oración. Se notaba raro. Sólo se dio cuenta de por qué después de haber cogido las muletas y haberse paseado diez minutos por la habitación, como le habían prescrito los médicos de Langley: estaba en paz. Era la primera vez desde Damasco.

Se preparó café, encendió la tele y vio que daban la noticia de otro ataque con misiles estadounidenses en Damasco, mientras

se leía bajo las imágenes: PRESENCIA DE FUERZAS ESPECIALES DE ESTADOS UNIDOS EN TODA SIRIA.

La apagó.

Se quedó otro día en Amán, durmiendo, leyendo, bebiendo más café y preguntándose cuándo recuperaría la sensibilidad en el pie.

Lo que más hacía era pensar en ella.

Al anochecer se presentó Procter en la habitación del hotel y le tendió un papel doblado.

—Ya sé que has perdido tus accesos y tus privilegios, Jaggers, pero tengo una entrega especial en un punto de contacto clandestino situado en nuestro antiguo territorio —dijo—. Los BANDITO siguen haciendo la ronda. Esto lo he sacado de la Estación de tapadillo, infringiendo varias normas y leyes, pero bueno, a la mierda; total, va dirigido a ti.

Sam la miró con recelo.

—Podría decirse que es instinto maternal.

Procter le guiñó el ojo mientras daba media vuelta, aunque no le salió del todo bien.

Sam salió al balcón con el papel y lo desdobló mientras se levantaba una tormenta de arena al sur del cielo, cada vez más rojo.

56

Mariam subió por la montaña en una neblina de dolor.

Apretándose el costado derecho con la mano, recuperó el aliento mientras contemplaba su arruinada ciudad. Era el primer paseo largo que daba desde que los médicos la habían dejado salir del hospital.

Todo el mundo decía que había tenido suerte: penetrando entre las costillas, la hoja había llegado a perforar un pulmón, pero habían logrado cortar rápidamente la hemorragia y se recuperaría por completo. De lo que tenía ganas era de aire, y su médico había estado de acuerdo en que le sentaría bien.

Por la mañana, bastante antes del alba, había ido a verla Razan. Ella estaba desvelada, así que la había visto entrar en la habitación en penumbras con una mochila vieja.

—Ven conmigo, *habibti* —le había propuesto.

Ella sabía que eso iba a suceder tarde o temprano: desde que Ali Hasán la había soltado y el tío Daoud había desaparecido en pleno bombardeo, su prima había estado callada, pero ya no era la Razan enfurruñada de después del primer ataque de la Mujabarat, ni la Razan de las pataletas, sino una Razan centrada que se estaba preparando, una Razan dispuesta a convertirse en refugiada. Se incorporó en la cama para abrazar a su prima.

—No puedo acompañarte, *habibti*. Ojalá.

Las dos se pusieron a llorar. Razan le acarició los dedos.

—Los tienes mejor, *habibti* —dijo.

Se tumbaron en la cama y Mariam le acarició el pelo. Fueron

durmiendo a ratos mientras el paso de las horas iba acercando el alba. En un momento dado, Mariam se levantó de la cama y fue a su vestidor dejando la puerta abierta para que entrara la luz de la luna. Encontró una bata y se la puso; así, si Ali había puesto cámaras en su dormitorio podría explicar la excursión. Se sentó en el suelo y sacó una caja llena de papeles de debajo de un montón caótico de ropa. Estaba repleta de fotos viejas, cartas, correo comercial y revistas que no se había molestado en tirar. Encontró el sobre que había llegado ese mismo día, el del matasellos francés cuya visión le había provocado un nudo en el estómago. Llevaba esperándolo todo el día y quería abrirlo a solas, no con Razan dando vueltas por el piso. Abrió el sobre con mucho cuidado, sin hacer ruido, y empezó a hojear los folletos hasta que vio el *château* de Èze. Se lo quedó mirando un rato hasta que, dándose cuenta de que no respiraba, cerró los ojos e inhaló profundamente. Al otro lado de la cárcel de Ali, Sam le había hecho saber que estaba a salvo. Era su turno.

Volvió a la cama y se acurrucó contra Razan.

—El tío vino a verme antes de desaparecer —dijo finalmente mientras salía el sol.

Razan se incorporó con cara de perplejidad.

—Me dio una lista de los sitios que la Guardia Republicana tenía planeado usar durante el ataque químico.

Razan apartó la vista y miró en silencio a través de la ventana. No daba crédito a las palabras de su prima,

—Quería que les diera la información a unos amigos.

—¿A unos amigos?

—Sí.

—¿Te lo pidió?

—Sí, con insistencia, aunque sabía bien lo que eso suponía para él.

—¿Y tú se la diste?

—Sí.

Razan se quedó un momento callada.

—Y luego llegaron las bombas, y mataron a papá —susurró.

Mariam se acostó en la cama y se echó a llorar. Razan se pegó a ella. Permanecieron en silencio hasta que fuera, en la calle, sonaron dos bocinazos cortos seguidos por otro más largo. Razan sacó un hiyab de su mochila y se lo puso.

—¿Lo tienes todo preparado? —preguntó Mariam secándose los ojos—. ¿Documentos, pasaporte, dinero?

—Sí, *ojti*. He sido precavida.

Mariam sintió que le flaqueaban las piernas mientras se abrazaban. Miró a su prima intentando hacer todas las fotos mentales que pudiera: el pelo largo, las piernas delgadas, la sonrisa traviesa, los ojos brillantes... eso sí, se la imaginó sin el parche, recuperado el uso de ambos ojos. Razan se apartó y se echó la mochila al hombro.

—Te quiero, *ojti* —dijo—. Y entiendo que tengas que quedarte.

—Y yo que tengas que irte, *ojti* —repuso Mariam—. Pero te quiero más.

Razan ya estaba yendo hacia la puerta.

—Espera —pidió Mariam apretando la mandíbula para no llorar—. No quiero saber adónde vas, pero necesito algo a lo que aferrarme, algo para imaginarme tu nueva vida por si no nos vemos... en mucho tiempo. —También Razan tenía la cara tensa —. ¿Qué tal tu nuevo nombre, el que usarás para escaparte?

Su prima pareció alegrarse de golpe.

—Umm Abiha —dijo.

Dio media vuelta y se marchó.

En la montaña, con la piel vibrando bajo el aire del anochecer, Mariam se encaminó a la cima. «Esta chica es puro fuego», solían

decir de ella en París durante sus años mozos, viendo cómo machacaba a sus adversarios. Golpes incisivos, ángulos precisos, fuerza despiadada... el fuego de la venganza en los ojos. Haciéndose más dueña de sí misma a cada asalto, a cada arremetida, como si fueran hachazos a su jaula.

Siguió adelante mirando la ciudad. Su tío siempre decía que Siria era el corazón del mundo. «Por este sitio corre sangre antigua. Sus ciudades se han mantenido en pie desde la creación y seguirán estándolo hasta el final... y el final será aquí», decía señalando el suelo. «Será aquí donde se acabe el mundo.»

Vio brillar las luces del centro de Damasco.

El resplandeciente Palacio desde donde el presidente controlaba a sus esclavos.

Los negros estandartes de la yihad desplegándose en la oscuridad de Duma.

Recordó la manifestación y el grito de su prima, y sintió hecha añicos la esperanza, sustituida por una guerra entre dioses rivales.

«Y los destruiré a los dos.»

Ya estaba cerca. Jadeante, sudorosa, pugnaba a cada paso por llegar a la cima. No podía quitarse a Sam de la cabeza: compartían un mismo viaje y él, su compañero, no estaba con ella. Sabía el nombre de lo que sentía. Se obligó a susurrarlo por primera vez mientras subía la montaña.

Llegó a la cumbre cuando los últimos rayos de luz se retiraban detrás del horizonte al oeste de Damasco. Se apretó el costado. «Sigue moviéndote, sigue luchando, sigue adelante.» Se sentó en un muro de piedra y contempló su antiguo hogar. Luego, después de mirar a todas partes para cerciorarse de que estaba sola, se sacó el mensaje del zapato.

Y habló con él, diciéndole todo lo que no podía escribir.

Se arrodilló para meter el mensaje en la lata, se levantó y empezó a bajar por la montaña.

Agradecimientos

Escribir una novela es un deporte de equipo, aunque solitario. Casi todos los días de la fase de escritura los he pasado a solas delante de un ordenador, creando un mundo de ficción poblado por personajes ficticios. Escribir es un esfuerzo solitario por naturaleza, pero en última instancia cualquier libro necesita parientes, amigos y simpatizantes que, a modo de parteras, ayuden a traerlo al mundo real, y éste los ha tenido a montones.

No podría estarle más agradecido a mi editor en Norton, Star Lawrence, que tanta dedicación ha puesto en mí y en esta historia, y cuyos comentarios, siempre brillantes, han sido lecciones de valor incalculable sobre cómo escribir y narrar. Gracias por apostar por mí.

Mi agente, Rafe Sagalyn, leyó los primeros esbozos y capítulos (muy rudimentarios), lo pulió todo y me animó a seguir, ayudándome a que el proyecto cruzara el desierto de los primeros borradores y alcanzara la tierra prometida de un acuerdo en firme con una editorial, cosa que siempre le agradeceré.

Don Hepburn tuvo la gentileza de ser uno de mis grandes consejeros y confidentes a lo largo del proceso de escritura, fuente inestimable de conocimientos, anécdotas de guerra y lecciones operativas que aparecen aquí y allá en la novela. Huelga decir que cualquier error es de mi exclusiva responsabilidad.

Dave Michael, amigo de la universidad, y víctima de alguna que otra broma, cumplió con creces las expectativas y aprovechó que corregía el libro para enseñarme a escribir bien. Gracias por darle tanta caña a esta novela, mejorándola.

Mi padre, escritor por derecho propio, leyó varias versiones del manuscrito, me hizo comentarios perspicaces y me dio ánimos a cada paso del camino. Gracias por estar siempre, papá.

Kent Woodyard, amigo del alma y ser humano por encima de la media, me dio consejos e ideas en los primeros esbozos, cuando el concepto no iba mucho más allá de cuatro garabatos en una servilleta. Años antes ya había soportado con tesón mis primeros pinitos literarios, que eran malísimos. Gracias por haber seguido leyendo lo que te mandaba y por ponerte a veces al teléfono.

Alex Holstein, además de hacerme comentarios siempre agudos, sagaces y sinceros, me ha dado ánimos a cada paso del camino, y lo ha amenizado con su humor. Su apoyo moral y su compañerismo han sido decisivos.

Tim Grimmett veló porque no metiera demasiado la pata en las escenas de Damasco, y me salvó de varios errores vergonzosos.

Es una satisfacción enorme ver cómo se forma un equipo detrás de un relato, y pocos hay tan unidos como el de Norton, ICM y Curtis Brown. Nneoma Amadi-obi lo mantuvo todo en movimiento. Dave Cole me salvó de equivocarme y lo mejoró todo. Rory Walsh sabía las respuestas. Stephanie Twaites y Helen Manders, de Curtis Brown, defendieron el libro por el mundo. José Prata, de Lua de Papel, en Portugal, me dijo unas palabras de enorme bondad, y fue el primer editor extranjero que compró el libro.

Es larga la lista de buenos amigos y antiguos compañeros de la CIA que leyeron las versiones iniciales del manuscrito y me brindaron su ayuda a lo largo del camino. Hunter y Mary Beth Allen, Elisabeth Jordan, Blake Panzino, Marcus Gibbons, Mike y Jenny Green, Mark Weed, Griffin Foster, Jon Flugstad, Beryl Frishtick, John Wilson, Tomas Kivney, Anna Connolly, Erin Yerger, Sarah G., Becky Friedman, Betsy y Tim Martin, Elle Varnell, Joe L., James D. y Rob y Sahar Sea se tomaron la

molestia de leer y me dijeron con sinceridad lo que pensaban. Gracias, profusamente, a todos. Brice Wells no leyó el manuscrito, pero tuvo la generosidad de ahorrarle trabajo al departamento de arte de Norton esbozando en una servilleta (tal como suena) la cubierta del libro, después de varios tequilas con agua en el bar Reata de Fort Worth. Es una pena, pero al final quedó muy poco del concepto, y eso que tenía mucha garra.

Tampoco puedo encarecer bastante las apreciaciones y los puntos de vista que me dieron varios lectores afincados en Damasco —a los que mantendré en el anonimato para protegerlos—, lo cual no quita que cualquier error o licencia creativa se deban exclusivamente a un servidor. Me he esforzado al máximo por ser fiel a la realidad en la imagen que doy de Damasco, con la salvedad de un toque creativo que vale la pena mencionar: es cierto que desde el monte Qasiun se tienen unas vistas espectaculares, y que hay un restaurante bastante correcto, pero los itinerarios de running que usa Mariam para sus entregas son totalmente ficticios. La montaña está muy militarizada y, desde la perspectiva de la profesión, sería un desastroso punto de contacto clandestino.

Sin dejar de ser ficticia, la Siria de esta novela se inspira en hechos reales que ocurrieron durante los primeros dos años de la rebelión, entre 2011 y 2013. Es verdad, por ejemplo, que en julio de 2011 la embajada de Estados Unidos en Damasco fue asaltada y vandalizada por una multitud de simpatizantes de Al-Ásad que no cometieron actos violentos, pero sí dejaron fruta podrida y grafitis obscenos, y estropearon el aire acondicionado. Las escenas de masacre con las que se encuentran Abu Qasim y Sarya de camino a Damasco se produjeron en mayo de 2012 en Taldou, una de las tantas localidades de la región de Houla, en el centro de Siria. Lo más probable, aunque discrepen las versiones, es que ascendieran a más de cien las víctimas de fuerzas favorables al gobierno y milicianos, ejecutadas casi todas de manera sumaria. Más de la mitad eran mujeres y niños. En

cuanto al ataque ficticio con gas sarín de Rustum, por desgracia tiene precedentes muy reales en el campo de batalla sirio: a lo largo de la guerra civil se han producido más de trescientos ataques con armamento químico, con aplastante mayoría de los que ha perpetrado el régimen contra centros de población en manos de los rebeldes. Es muy posible que el más infame de todos, el que en agosto de 2013 empleó gas sarín en los alrededores de Damasco, concretamente en la zona de Ghouta (de la que forma parte Duma), matara a más de mil personas. La bomba que está a punto de acabar con las vidas de Ali, Rustum y el presidente se inspira en el ataque del 18 de julio de 2012, cuando alguien, con toda probabilidad un grupo de rebeldes (aunque tampoco en este caso coinciden todas las versiones), puso una bomba en la sede de la Seguridad Nacional, en pleno centro de Damasco, y la hizo estallar durante una reunión de máximo nivel entre altos cargos militares y de inteligencia. Entre los muertos figuraban el ministro de Defensa, el viceministro de Defensa (cuñado del presidente), el ministro de Interior, el jefe de la Seguridad Nacional y un asesor del Palacio que había sido titular de la cartera de Defensa. En el ataque real no estaba el presidente, ni tampoco, evidentemente, Ali y Rustum, personajes de ficción.

Esta novela no habría sido posible si no hubiera tenido un pasado en la CIA. He procurado describir la Agencia (con sus agentes, sus procedimientos y sus operaciones) con toda la precisión no sólo posible sino conveniente, dado el imperativo, todavía vigente, de proteger la información clasificada. Es justo dar las gracias al Publication Review Board de la CIA, cuyos lectores cribaron varias versiones de este manuscrito para asegurarse de que no contuviera nada que pudiera poner en peligro sus fuentes ni sus métodos.

Ha sido bastante divertido construir la CIA ficticia de esta novela, y no lo ha sido menos filtrar los detalles reales que hacían que a veces fuera tan raro vivir en el mundo secreto. Así,

centrándonos en lo anecdótico, es verdad que en la central de la CIA, en Langley, había una máquina de perritos calientes, que los relojes nunca estaban del todo sincronizados, que en algunos países cabía efectivamente la posibilidad de encontrarte excrementos humanos en la cama al volver a tu habitación de hotel y que, como lamenta Sam, la CIA es tan capaz de localizar a terroristas en puertos aislados de montaña como incapaz, a veces, de ofrecer a sus agentes el material de oficina más básico.

Con todo, y a pesar de sus imperfecciones y complicaciones, siento afecto y admiración por la CIA, y espero que los lectores salgan de esta novela con una comprensión más profunda de su misión y de los sacrificios que hacen sus agentes para proteger Estados Unidos y su forma de vida. La CIA sigue siendo una institución esencial para el mantenimiento de la seguridad de Estados Unidos y del orden mundial. Sus agentes, analistas, seleccionadores de objetivos, agentes de apoyo, científicos y técnicos, codificadores, lingüistas, gestores (en la mayoría de los casos), conserjes, técnicos, agentes secretos, agentes especiales, contratistas, chaquetas verdes, médicos y muchos otros cuadros hacen que el mundo sea mejor y más seguro. Trabajan sin descanso, y en gran medida en la sombra, por el bien de nuestra gran república, y estamos en deuda con ellos.

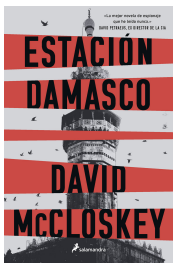
También quiero dar las gracias a mis dos hijos, Miles y Leo, que al final de cada día de escritura desempeñaban el papel de comité de bienvenida (a veces alegre, otras demencial) para celebrar mi regreso a la realidad. No podría ni contar de cuántas maneras han influido en este libro su energía, su vitalidad, su sentido del humor y su amor incondicional. Aunque no tengáis edad para leer estas líneas (ni cualquier otra cosa, dicho sea de paso), espero que este libro os dé algún día ni que sea una pequeña parte de la dicha que me ha procurado a mí escribirlo junto a vosotros. Y en cuanto a mi hija Mabel, recién llegada al mundo, espero que algún día esté orgullosa de él.

En último lugar, aunque primero en importancia, toda mi

gratitud y amor a mi mujer, Abby, responsable de más de un personaje y línea argumental, y principal defensora, cómplice y musa del libro. Ella es quien me ha empujado a seguir adelante en todas las encrucijadas, cuando me tentaba la idea de dejarlo. No podría tener mejor compañera ni en la literatura ni en la vida.

«La mejor novela de espionaje que he leído nunca».
General David Petraeus, ex director de la CIA.

«Un thriller sobresaliente».
Financial Times



Siria arde en llamas. Asediado por las protestas populares en las calles, el sanguinario dictador Bachar el Asad responde con una violencia cada vez mayor, que incluye, se sospecha, el uso de armas químicas.

La CIA manda a su agente Sam Joseph a París con la misión de reclutar a la funcionaria Mariam Haddad, una siria que forma parte del círculo íntimo del dictador. Pronto, Sam y Mariam se encuentran en Damasco para dar con el responsable de la desaparición de un espía estadounidense, compartiendo mucho más que información privilegiada y poniendo en peligro la misión y sus vidas.

La crítica ha dicho:

«Este soberbio debut de un antiguo analista de la CIA es una de las novelas de espionaje más impactantes desde la magnífica Caballos lentos de Mick Herron».
The Daily Mail

«Un ex agente de la CIA ha escrito uno de los mejores y más auténticos thrillers de espionaje de los últimos años».
The Times

«Una narración maravillosa. [...] Un thriller sobresaliente y una lectura esencial para los aficionados al género».
Financial Times

«Tan asombrosamente buena que casi no puedo creer que sea una primera novela. David McCloskey tiene un talento espectacular. Incluso al principio de su carrera, me recuerda a Frederick Forsyth y Daniel Silva».
Gregg Hurwitz

«Soberbio, emocionante, aterrador, escrito sin adornos por un agente de la CIA, casi real en sus detalles sobre el espionaje de la agencia en Siria, las luchas salvajes en el palacio de Bachar el Asad y las intrigas de Oriente Medio. Muy recomendable».
Simon Sebag Montefiore

«Un debut estimulante. [...] McCloskey retrata el brutal funcionamiento interno del régimen de El Asad, así como la ocasional ineptitud de la CIA. Los aficionados al espionaje esperarán con impaciencia su próxima obra».
Publishers Weekly

«Sin duda, una de las mejores entradas en el género del thriller de espionaje moderno».
Courrier Diplomatique

«¡Una lectura verdaderamente sensacional! De hecho, Estación Damasco es la mejor novela de espionaje que he leído nunca. David McCloskey vivió Siria de primera mano como analista de

la CIA, y nos ofrece un retrato emocionante, gráfico, apasionante y realista, aunque ficticio, de la CIA y del sangriento y trágico levantamiento sirio. Viví este episodio extraordinariamente frustrante de la historia de la agencia y no pude dejar de leer este libro».
General David Petraeus, ex director de la CIA

«La pesadilla de la guerra civil siria es retratada vívidamente por David McCloskey en Estación Damasco. [...] No es sólo una novela de espionaje realista, es la vida real».
David Ignatius, *The Washington Post*

«Un libro apasionante y bien escrito que es en parte thriller, en parte historia de amor, en parte relato de espionaje y en parte ficción histórica sobre Siria y la Primavera Árabe. Cualquiera de esos elementos por sí solo hace que merezca la pena leerlo; la combinación lo hace irresistible».
Foreign Policy

«Un *thriller* propulsivo que es a la vez una clase magistral de espionaje y una conmovedora historia de amor prohibido ambientada en la brutal guerra civil siria».
People

David McCloskey, máster en política energética y Oriente Medio por la Johns Hopkins School for Advanced Studies, trabajó como consultor de McKinsey & Company y analista de la CIA, donde escribió regularmente para el President's Daily Brief, prestó testimonio clasificado ante comités de supervisión del Congreso e informó a altos funcionarios de la Casa Blanca, embajadores, oficiales militares y miembros de la realeza árabe. En la agencia, trabajó en estaciones de campo de la CIA en todo Oriente Medio. Es autor de las novelas *Estación Damasco y Moscú X*. En la actualidad, vive en Texas con su mujer y sus tres hijos.

Título original: *: Damascus Station*

Primera edición: junio de 2024

© 2021, David McCloskey
All rights reserved
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Jofre Homedes Beutnagel, por la traducción
Mapa de Damasco de World Sites Atlas
© OpenStreetMap contributors (openstreetmap.org),
por los datos de calles de Damasco

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son fruto de la imaginación del autor o están usados de forma ficticia. Cualquier semejanza con hechos, escenarios o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño original de Pete Garceau
Imagen de la cubierta: urf/iStock Photo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos

Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19851-12-3

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Estación Damasco

Primera parte. Asesinatos

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Segunda parte. La captación

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Tercera parte. Bombas

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Cuarta parte. La caza
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Quinta parte. Libertad
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre David McCloskey

Créditos